

Maldita

MI SUERTE

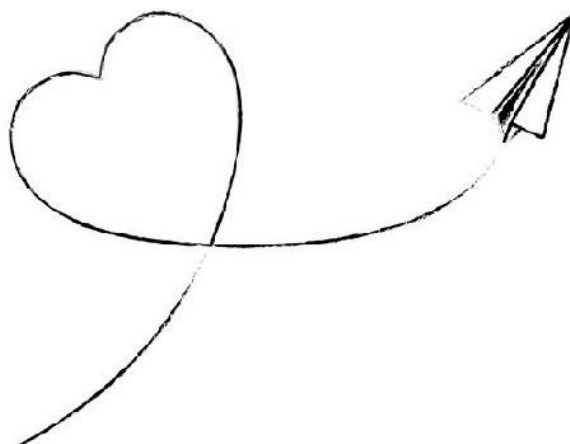
Ana Martín Mañas - Cristina G. Cantero



Maldita

MI SUERTE

Ana Martín Mañas – Cristina G. Cantero



Maldita mi suerte

© de la obra Ana Martín Mañas y Cristina G. Cantero

Primera edición, diciembre de 2019

ASBN:

escribocontigo@gmail.com

Instagram: @escribocontigo

Corrección y maquetación: Elisa Mayo (elisamayoescritora@gmail.com)

Diseño de cubierta: Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

Ilustración contraportada: Diseñada por macrovector / Freepik

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

A todos los que ya no están, porque sé que desde algún lugar nos miran con una sonrisa. Se os echa de menos. **Cristina**

A las que cuidan y hacen que la vida de los demás sea más alegre y feliz. **Ana**

SINOPSIS

¿Qué pasa cuando juntas a dos desconocidos en un viaje alrededor del mundo?

Ada, veintiséis años y eterna becaria. Intento de diseñadora de moda y desafortunada por naturaleza.

Gabriel, treinta y un años y abogado de éxito. Siempre lo ha tenido todo excepto libertad para hacer lo que le dé la gana.

Un sorteo. Dos personas. Unas estrictas condiciones. Un suculento premio.



1. Maldita mi suerte

Ada

Otro día más y la misma rutina aburrida e insulsa de todos los días. Siempre viendo todo desde la barrera, ¿por qué Marco aún no confía en mí? Estoy harta de ser la chica de los cafés y los recados. «Ada, tráeme un café», «Ada, recoge mi ropa de la tintorería», «Ada, lleva a mis chicos a la peluquería» (él llama «sus chicos» a sus dos insufribles chihuahuas), y así una larga lista de cosas que debería hacer él mismo; pero, claro, es demasiado divo, estupendo y maravilloso como para hacer esas cosas vulgares de persona normal. Aunque debo reconocer que, por lo menos, recuerda mi nombre.

Voy renegando, despotricando; echar espumarajos por la boca sería demasiado evidente. De pronto, choco con alguien.

¡Oh, mierda y requetemierda!

Levanto la mirada, temerosa, y veo que el café que llevaba en las manos ahora está en la camisa de mi jefe. Lo miro a los ojos, aunque, a decir verdad, mejor no haberlo hecho. Si las miradas matasen...

—Pero ¿en qué narices estás pensando?! ¡Mira cómo me has puesto! ¡¿Sabes lo que vale esta ropa?!

—Yo... lo siento, es que no le he visto y...

—¿¿Que no me has visto?!

—No.

—¿Y se puede saber qué narices estabas mirando?

—Yo, lo siento, de verdad.

—Me dan igual tus estúpidas disculpas. ¡Me has arruinado la ropa! Esta ropa vale más que todos esos *trapejos* que llevas. Es que no sirves ni para traer el café. Estás despedida.

—No, por favor, no me despida.

—Mucho he tardado en despedirte. Asúmelo, Ada. ¡No tienes talento! Llevas más de medio año, y sigo sin ver nada en ti. Este no es tu sitio. Te has equivocado de carrera.

—Pero... si ni siquiera ha visto mis diseños.

—No me hace falta. Con verte a ti me basta.

—Deme una segunda oportunidad. No le defraudaré, lo prometo.

—¿Y qué vas a enseñarme? ¿Faldas de volantes y camisas de flores?

—No..., si me diera una oportunidad...

—¿Una oportunidad? Te la he dado. ¿Qué crees que hacías aquí? Si no has sabido

aprovecharla, es tu problema. Muchos matarían por tu puesto. —Ya me está cabreando... ¿Lo dice en serio?

—¿Por traerle el café? ¿Por llevar su «exquisita ropa» a la lavandería? ¿O por llevar a bañar a sus chuchos?!

Todo el mundo nos mira, si es que aún quedaba alguien que no lo estuviera haciendo. Mi jefe está rojo de rabia, más si cabe, y acercándose a mi cara, sisea:

—Fuera de aquí, estás despedida. ¡Recoge tus cosas y lárgate! Apártate de mi camino.

Me hago a un lado y lo dejo pasar. Cuando levanto la vista veo a todos mis compañeros y todos los modelos mirándome; algunos, con cara de pena, y otros, con superioridad. Estoy más que harta; se pueden ir todos a paseo, me largo de aquí. ¿Para qué suplicar más? Ni hablar. Total, ese estirado no me ha valorado en ningún momento. Me dirijo a mi escritorio, cojo una bolsa de tela de uno de mis cajones y empiezo a meter todas mis cosas. Tampoco es que haya mucho que recoger, la verdad. Quizá nunca haya sentido este trabajo como mío y por eso ni siquiera siento que el escritorio me pertenezca. A partir de hoy, empieza una nueva etapa. Tengo que ser positiva, seguro que mi suerte cambia. Lo que está por venir tiene que ser bueno. ¡Debe serlo!

Voy a Recursos Humanos, firmo mi carta de despido y bajo en ascensor las trece plantas hasta la calle. Si es que trabajar en la planta número trece no podía traerme suerte... Llamadme supersticiosa, pero el tiempo me ha dado la razón.

A esta hora la calle es un hervidero de gente, todo el mundo va de un lado a otro buscando un restaurante donde almorzar. Todos van hablando por teléfono, seguro que manteniendo importantes conversaciones. En medio de todos ellos... estoy yo. Parada frente a la puerta de mi extrabajo y con la bolsa con mis pocas pertenencias colgando de mi mano. Intento decidir cuál va a ser mi siguiente movimiento.

Una idea cruza por mi cabeza, y no es porque sea mía, pero creo que es la mejor idea que he tenido en mucho tiempo. ¿Que cuál es? Tres palabras: helado de chocolate.

Camino hasta el centro comercial más cercano, seguro que hay alguna heladería. No entiendo cómo trabajando tan cerca nunca había entrado a este lugar; aunque supongo que será porque siempre he preferido las tiendas pequeñas, no me gustan las cosas hechas a gran escala. Me gusta que sean únicas.

Quizá es un buen momento para explicaros que soy diseñadora de moda, aunque no ejerzo como tal. Creía que mi antiguo jefe me daría la oportunidad de mostrarle mis creaciones, pero nunca lo hizo.

Diseño mi ropa y, alguna que otra vez, familiares y conocidos me han pedido que les haga una pieza, pero hasta ahí llega toda mi experiencia. Debo decir que estoy orgullosa de ella, me encanta la ropa con alma y supongo que por eso desde hace años no he entrado a un centro comercial a comprarme nada.

Me gusta que lo que lleve puesto represente lo que soy y cómo me siento en cada momento. Puede sonar a una tontería, pero, para mí, es muy importante. Desde pequeña ya tenía claro a qué quería dedicarme de mayor. Les hacía los vestidos a mis muñecas; incluso, vestía al perro de la familia, cosa que cabreaba enormemente a mi hermano. Le sacaba de quicio que pusiera vestidos al que, según él, era todo un macho alfa. Nuestro perro era un adorable Bulldog; macho, sí, pero adorable.

Llego hasta una heladería y pido mi helado. Mientras lo preparan, me pongo a mirar el móvil. ¡Dios, tengo doscientas notificaciones! ¿Qué está pasando? ¡No puede ser! Han grabado el momento en el que Marco me despedía. Mi vida se ha acabado. ¿Es que esta gente no tiene otra

cosa que hacer?

—Aquí tiene —dice la heladera, señalando la tarrina de chocolate.

—¡Oh, gracias! —alcanzo a decir. Pero, antes de que pueda hacer nada, un hombre trajeado coge mi helado y le da las gracias a la heladera—. Perdona, ese helado lo he pedido yo. —Debe de ser una equivocación. Sí, porque, además, no queda más de chocolate.

—No, este helado es mío —dice el hombre trajeado.

—Mira, he tenido un día penoso. ¡Necesito ese helado! —Puedo parecer desesperada, incluso borde, pero estoy siendo muy simpática.

—Lo siento por ti. Pero yo lo he pedido antes.

—Son cuatro con ochenta euros. ¿A quién le cobro? —interviene la heladera.

Antes de que pueda hacer nada, le doy un billete de cinco euros, le quito la tarrina de las manos, en menos que canta un gallo, y corro. Doy vergüenza ajena, lo sé.

—¡Gracias! Hasta luego —grito, mientras sigo corriendo. Al menos, soy educada.

—Espero que el resto del día sea tan agradable como tú. —Oigo antes de salir de la heladería.

—Será imbécil. —Ups, he dicho eso en voz alta...

—Al menos no voy vestido como un esperpento.

—¡Que te den, señor engreído ladrón de helados! —Salgo, toda digna.

Por fin lo pierdo de vista. ¿Es que no quedan hombres educados? Guapo sí, pero vaya morro tiene, querer robarme mi preciado helado con las más deliciosas y exquisitas chispitas de chocolate. Pero ¿dónde se ha visto eso? En fin. Me siento en un banco y me quedo empanada, mirando el suelo, mientras devoro mi helado. Me siento una anciana viendo la vida pasar. Tengo ganas de llorar desconsoladamente. Qué asco de vida. A ver si van a tener razón, y no tengo talento. Tanta carrera y tanto trabajo duro, ¿para nada? Para colmo, empieza a sonar Adele y su *Somebody Like You* por todo el centro comercial. Me pongo a cantar de forma dramática. Yo sí que tengo un problema. Tengo que cambiar el chip ya. Pero, mientras, me regocijo en mi propia desgracia. Como *drama queen* me llevaría el primer premio.

Cuando termino el helado, me pongo en pie. Al cruzar las puertas del centro comercial, veo a un chico joven repartiendo boletos. Al verme, se acerca a mí y me ofrece uno.

—¡Hola! ¿Te apetece participar en un sorteo?

—No sé, no es que tenga mucha suerte, así que dudo que me toque algo.

—Bueno, si no rellenas el boleto, no lo sabrás.

—Cierto, tienes razón. ¿Qué sortean?

—Un viaje. —Mmm..., vacaciones... Hace siglos que no tengo vacaciones.

—Has dicho la palabra mágica. —Él sonríe y pone un boleto en mi mano.

—Rellénalo y ponlo en la urna roja que hay en aquella mesa. El sorteo se efectuará a las dos, en la primera planta, ya verás que han montado un pequeño escenario para la ocasión.

—Vale, gracias. —Miro mi reloj y veo que son las doce. Bueno, mientras, doy una vuelta y se me pasará el rato rápido. Tampoco tengo nada mejor que hacer, así que me quedaré a ver el sorteo y al afortunado que gane.

—De nada y suerte.

Me dirijo adonde me ha dicho, dejo la bolsa con mis cosas en el suelo, a un lado, relleno los datos rápidamente y meto el papelito en la urna roja. No creo que me vaya a tocar, pero por probar no pierdo nada.

Me giro para recoger mi bolsa y empiezo a ponerme nerviosa cuando no la veo. No puede ser, ¿en serio? Camino por la zona, buscándola, pero no la encuentro. No puedo creerlo, me han

robado la bolsa con las cuatro chorradas que tenía dentro. Vaya suerte tengo... El día va de mal en peor. Lo único que había de valor era una fotografía con mi abuela, pero, por suerte, tengo una copia en mi ordenador.

Me dirijo a Objetos Perdidos y doy parte del robo. La chica, muy amable, toma mis datos y me dice que me avisarán, si encuentran mis cosas. ¿Algo más podía pasarme hoy?

Entro en Primark. Sí, ya lo sé, yo no suelo entrar en estas tiendas, pero necesito distraerme. ¿A quién quiero engañar? El despido me ha dejado hecha polvo. Al rato, después de recorrerme todos los pasillos y quedarme solo con un monedero rojo con un pompón, me dispongo a volver a casa. Entonces me acuerdo. ¡El sorteo! Anda que si me tocan unas vacaciones..., me arreglan el día.

Voy derechita hacia la primera planta donde hay una gran multitud de gente rodeando un escenario. Esto parece una firma de discos de algún cantante famoso. Me pongo a escuchar al presentador, que no acaba de atinar con el micrófono. Mira, otro torpe como yo.

—¡Buenas tardes a todos! Procedemos a explicar detalladamente las condiciones del sorteo. Esto no es un simple concurso, es la gran oportunidad de salir de la zona de confort y empezar una nueva vida. —¿Nueva vida? No suena mal, después de todo—. Los afortunados viajaréis alrededor del mundo, conoceréis otras culturas y viviréis experiencias que os pondrán constantemente a prueba. Esto no acaba aquí. Solo habrá dos ganadores y no os podréis separar mientras dure el viaje. En cada ciudad que visitéis tendréis un supervisor que os contará qué os espera en cada sitio. Inmortalizaréis vuestro recorrido en redes sociales. Os convertiréis en unos *influencers*. Y lo más importante, si conseguís terminar el viaje..., redoble de tambores..., el premio es una dotación económica de cien mil euros por persona. —¿Tan difícil puede ser acabar un viaje con otra persona? ¿En qué narices estarán pensando para pintarlo de esa manera?—. Os preguntaré cuál es el objetivo de este viaje. Se trata de un experimento social, cuyos participantes serán nuestros viajeros. ¿Qué pasa cuando juntas a dos desconocidos en una vuelta al mundo? Pronto lo descubriremos.

»Los ganadores del sorteo tendréis cuarenta y ocho horas para preparar las maletas y poner rumbo a un destino desconocido. Así será siempre. Os esperará uno de los responsables del proyecto en el aeropuerto de El Prat para empezar el juego. ¿Alguna duda? ¿No? ¡Pues que empiece el sorteo!

Madre mía, pero ¿a qué clase de sorteo me he apuntado? Pensaba que eran unas simples vacaciones. Igualmente, puede ser divertido seguir a esta gente en redes sociales. Al fin y al cabo, es como un *reality show*. Y me encantan los *realities*.

—Y el primer ganador del sorteo es... ¡¡Ada Blanch!! Si te encuentras aquí, sube al escenario, por favor.

¡Esa soy yo! ¡Me ha tocado! ¡¡Ay, madre mía!! Me quedo con la boca abierta, anonadada. ¿Viaje? ¿Mundo? ¿Desconocido? Me da vértigo solo de pensarlo, pero tengo que dar la cara. Casi me da un mareo. Pero ¡si nunca me toca nada! ¿Qué casualidad es esta? Debo de estar soñando. En cuanto me pellizque estaré en mi cama, nerviosa por afrontar la próxima semana de trabajo. Levanto la mano tímidamente.

Mierda, es real. El público me aplaude y me indica que suba al escenario. Allá voy. «Intenta no tropezar».

—Ada Blanch, eres la primera afortunada del día. ¿Estás dispuesta a participar en este experimento? —El presentador me mira expectante.

—Sí, estoy dispuesta. —Me falta el aire. Mientras, veo al público jalea el ambiente. ¿Qué he

hecho? ¿En serio voy a hacer esto?

—Bien, ahora pasemos a conocer al segundo afortunado y tu posible compañero inseparable de viaje, Ada.

—Vamos.

—Y el segundo ganador del sorteo de los *Social World Travelers* es... ¡¡Gabriel Abad!! ¡Felicidades!

Entre la multitud se abre paso el ganador hasta que consigue subir al escenario. Por unos momentos lo miro intrigada, pues su cara me resulta familiar.

¡No puede ser! ¡Es el ladrón de helados! ¡El guapo maleducado! ¡El imbécil trajeado que se burló de mi ropa! Si es que, como dice @lavecinarubia, es para bajarse de la vida...

Cuando se coloca al otro lado del presentador, se inclina un poco hacía delante y me mira. Una de sus cejas se eleva y en su cara aparece una sonrisa de superioridad. Cuadro mis hombros, saco pecho y le devuelvo la mirada desafiante.

—Señor Abad, ¿acepta el reto? —le pregunta el presentador.

—Acepto.

Maldita mi suerte.



2. La puerta indiscreta

Ada

Todavía no me lo puedo creer. Tenía que ser él...

—¡Ya tenemos a los elegidos que viajaran juntos hasta un destino desconocido! —Empieza a relatar el presentador—. Ahora solo queda firmar el contrato oficial en el que aceptáis las condiciones que os proponemos. Aquí tenéis los papeles y los bolígrafos.

Me dirijo a la mesa donde se encuentra el contrato. No estaba tan nerviosa desde que empecé a trabajar para Marco. Algo grita dentro de mí que me deje de líos y me vaya a la Oficina de Trabajo, pero mis sueños también invaden mi mente. Me pongo a pensar en todo lo que podría hacer con ese dinero: mi propia firma de moda, sin jefes, sin juicios gratuitos, sin cafés... —si algún día tengo un taller, no pienso poner cafetera—. Y, por momentos, sonrío como una tonta en mi burbuja de felicidad... hasta que alguien perturba mis proyectos mentales y vuelvo a la realidad.

—Ada, ¡te estoy hablando! Te llamas así, ¿no? ¿No me oyes? Deberías leer la letra pequeña antes de firmar nada, ¿no te han enseñado eso? —me habla el ladrón de helados, que, por cierto, tiene nombre: Gabriel.

—¡Sí, me la estaba leyendo! Tú no te preocupes por mí. Sé firmar los papeles yo solita.

—Pues no parece que te estés enterando de nada...

—A ver, Gabriel, yo sé lo que hago con mi vida. ¿Tú lo tienes claro?

—Ese no es tu problema.

—Perdone usted...

—Joder, la que me espera durante el viaje...

—Serás... Pues nadie te obliga a firmar, así que, si no me quieres de compañera de viaje, no firmes.

—Vamos, Ada. Firma el contrato —me anima el presentador.

—Espérese un momento. Tengo que leerme todas estas cláusulas —gruño—. No tienes pinta de necesitar el dinero del premio —le digo a Gabriel.

—Vaya... La señorita ropa chillona juzga a los demás por la apariencia. Soy más que este traje de marca.

—No quería ofenderte, pero tú me has juzgado desde el minuto uno por mi ropa.

—Tendréis tiempo de hablar, creedme. —El presentador está cada vez más pesado.

—Usted no presione y déjenos leer en paz. —Y se pone a leer sus papeles. Vaya con el

trajeado...

Después de un silencio incómodo, que parece durar siglos, Gabriel firma. Intento leer toda esta masa gris, que a cualquier mortal le costaría entender, pero al final acabo haciendo un escaneo y planto mi firma debajo. Bien, pues ya está. Me voy de viaje. Nueva vida, ¡allá voy!

Bajamos del escenario y aprovecho para poner los puntos sobre las íes. No quiero que haya mal rollo en el viaje, aunque, la verdad, no hemos empezado con buen pie.

—Gabriel —lo llamo cuando empieza a irse. El muy estúpido ni siquiera iba a despedirse...

—¿Qué?

—Mira, no quiero ser borde, pero creo que es mejor que dejemos las cosas claras.

—Ah, ¿sí? Habla. —Este se cayó al nacer o algo. Suelto aire y decido seguir hablando.

—Verás, que no nos caemos bien es obvio, pero si los dos queremos ir al viaje y llegar hasta el final, pongamos de nuestra parte para, como mínimo, soportarnos.

—Me parece que a mí me va a tocar soportar más...

—¡Serás capullo! Mira, da igual, déjalo, ya veremos cómo sale esto. —Él me mira con una sonrisa chulesca.

—Muy bien. —Este se cree que puede reírse de mí.

—¿Sabes qué? Aquí te quedas, estirado. —Me doy la vuelta, melena al viento, y me largo sin despedirme.

No voy a girarme, pero sé que su mirada me sigue hasta que doy la vuelta a la esquina. «Hasta nunca», pienso, pero en cuarenta y ocho horas nos volveremos a encontrar.

Será mejor que le cuente las novedades a mi familia.

Sin avisar, voy a visitar a mis padres. Mi madre me abre la puerta y al no esperar mi visita, se pone muy contenta.

—Hola, cariño mío, qué alegría verte. ¿Tenías algún día de vacaciones?

—No exactamente. —Mi madre me conoce. Sabe que pasa algo.

—Pasa, cariño, tu padre ya ha llegado. Dime qué ha pasado, que a juzgar por tu cara, tienes algo que contarnos.

Avanzo por el pasillo y llego al salón, donde está mi padre sentado en el sofá. Se levanta a darme un beso y nos sentamos los tres.

—¿Leche, café...? —me dice mi madre.

—No, gracias. No me apetece nada.

—Vale, hija, pero cuéntanos lo que sea que tienes que explicar, que nos tienes en ascuas.

—No sé por dónde empezar. Lo primero, me han despedido.

—Ah, lo siento, Ada. Pero tú vales mucho. ¡Ya saldrá algo mejor! —Mi madre siempre animándome.

—Entiendo que estés triste. Llevas tanto tiempo esforzándote para avanzar en este mundo de la moda..., y ese tal Marco no te estaba valorando. Así que no te vengas abajo, pequeña. Tienes meses de paro, puedes ir buscando otro trabajo tranquilamente —me dice mi padre.

—Sí, ahí está la cuestión. Es que ya tengo algo que hacer a partir de ahora.

—¿Ya has encontrado algo?

—No, mamá, me voy de viaje. ¡He ganado un concurso!

—¡Wow! ¡Cómo nos alegramos, cariño! ¿Adónde vas? ¿Cuándo?

—Me voy en cuarenta y ocho horas. Mmm, no sé adónde vamos.

—¿Cómo? ¿Vamos? ¿Con quién vas?

—El concurso es un experimento social. Vamos dos desconocidos a un destino sorpresa,

aunque ya conozco a la persona que va conmigo.

—¿Y es majo o maja?

—Sí..., muy majo..., se llama Gabriel. —Mejor no entrar en detalles con mi madre o no dejará que me vaya.

—¡O sea, que va en serio! —Mi padre no se lo creía.

—Sí, papá, lo que estoy diciendo va en serio. En cuarenta y ocho horas me voy de viaje y no sé cuándo volveré. Y todavía no os he contado lo mejor y lo más importante. Cien mil euros. Ese es el premio, si conseguimos acabar el viaje sin saltarnos las normas.

—Ada, esto es muy raro. No sé por qué te apuntas a estas cosas. No te estarán timando, ¿no?

—No, mamá. Es serio. Ya he firmado un contrato. Imagínate, mamá, que todo va bien, y consigo ese dinero. No me haría falta buscar trabajo porque podría montar mi propia firma. ¡Mi sueño, mamá! ¡No puedo dejarlo escapar! ¿Y si esta es mi oportunidad de ser alguien en la moda?

—Tú ya eres alguien para nosotros. Pase lo que pase, tus padres siempre estarán ahí para apoyarte. —Casi me emociono al escuchar las palabras de mi madre.

—¡Mucha suerte, hija! —Mi padre está visiblemente emocionado también.

—Voy a tener que irme a hacer las maletas. —Me rompo totalmente al decirlo, pero de felicidad.

—¡Claro! Tendrás que llevarte ropa de abrigo y de verano, porque no sabes qué te puede hacer falta.

—Vaya, no lo había pensado. ¡Qué horror hacer esta maleta! Quizá te llamo luego.

—Como quieras, hija. Y ven a despedirte de nosotros antes de irte.

—Por supuesto, nos vemos.

—¡Adiós Ada! —me responden al unísono.

Cuando llego a casa empiezan a invadirme los nervios. Solo de pensar en la maleta me estreso. Cojo la más grande que tengo y la abro encima de mi cama. A ver, a ver... ¿qué meto yo aquí?

Empiezo por el calzado. Zapatillas para ir cómoda y quedan bien con todo; botas de piel, por si vamos a un sitio frío. Oh, y sandalias. «¡Estas son monísimas!». Me pongo a rebuscar en mi armario. Mi casa es puro desorden ahora mismo. Ropa y cajas desperdigadas por el suelo y el escritorio.

¿Qué más? Jerséis. Echo todos los que encuentro en mi armario que no parecen de pordiosera. Pantalones y tejanos por un tubo. Tops y camisetas de manga corta nunca están de más. Y ahora aprovecho para meter mis modelitos estrella. Vestidos y faldas *sport* diseñados por mí. Estoy deseando ponerme esa falda de cerezas al más puro estilo *pin up*. Tampoco olvido mi blusa de volantes, es mi yo personificado. Mi abuela fue la que me enseñó a hacer este estilo de volante. Desde entonces, no pierdo ocasión de ponerme algo despampanante donde los volantes sean los protagonistas. Cualquiera diría que estoy en la Feria de Abril, pero le pones un tejano con rotos y descosidos y ya podría pasar por *blogger* famosa.

Me falta la ropa interior. Empiezo a sacar bragas y sujetadores del cajón. ¡Dios, no puedo llevarme esto! Piñas, ¿en serio? «Ada, en qué estabas pensando». ¿Qué clase de diseñadora llevaría estas bragas? Lo que me recuerda que no tengo traje de baño. ¿Y si nos llevan a alguna isla paradisíaca? Mi mente se teletransporta a una playa, estirada en una tumbona, en la que estoy con un *trikini* negro, una gran pamea y un *daikiri* en la mano. Vuelvo a la Tierra. ¡Tengo que comprarme bikinis! Cojo el bolso y mis llaves y me voy derecha a Ginger Blue. Es una tienda un poco cara. Pero hacen cosas muy especiales y me merezco ese caprichito por todo ese tiempo aguantando al estirado de mi exjefe. Total, quizá dentro de unos meses tengo dinero para hacer lo

que quiera.

Empiezo a ojear la sección de mujer, que tiene gran variedad de modelos. Podría estar el día entero buscando, pero no tengo tanto tiempo; son las seis, y en dos horas cierran.

La dependienta se acerca a mí, y le explico, más o menos, lo que estoy buscando. He pensado en comprar un bikini, un trikini y un bañador. Nunca se sabe. Sí, lo sé... quizá me estoy autopremiando demasiado, pero si no me mimo yo, ¿quién va a hacerlo?

Entre ella y yo escogemos como unos diez modelos de cada y me dirijo al probador. Menos mal que aquí no hay límite de piezas por persona, porque sería un incordio tener que salir para buscar más.

El probador es casi tan grande como el salón de mi casa. ¿Os he dicho que vivo en una caja de cerillas en el centro de la ciudad? Pues sí. En fin, cuando todos los trajes están colgados y perfectamente ordenados en los colgadores, la dependienta sale para dejarme intimidad, no sin antes recordarme que la llame para lo que necesite.

Me desvisto y empiezo a probarme uno tras otro. Al rato, caigo en la cuenta de que no he cogido ningún pareo y he visto algunos preciosos.

Decido salir a buscar a la dependienta. Llevo puesto un bikini negro, que aprieta mis pechos lo suficiente como para que quede claro que están ahí. En el escote se ven tres tiras de pecho a pecho igual que a los lados de la braguita. No creo que haya nadie más por aquí, asomo la cabeza por la puerta y, al ver vacío el local, decido salir. Lo hago mirándome la zona de la braguita para asegurarme de que todo está en su sitio cuando mi cabeza topa con algo duro. ¡Dios! ¡Qué dolor! Estoy haciendo de esto, chocar con la gente, una costumbre. Debería empezar a preocuparme.

Levanto la vista y lo que veo me deja clavada en el sitio. ¡Joder, vaya espalda! Esto no es una espalda, es una pared de ladrillo.

—Lo sien... —digo, frotándome la frente.

La pared de ladrillos se gira y, entonces, el riego a mi cerebro se corta. Cuando consigo despegar la vista de esa tableta de chocolate, que me ha subido la tensión, por lo menos, el espécimen levanta la vista lentamente recorriendo mi cuerpo por el camino: mis piernas, mis caderas, mi cintura, mi pecho y... sí, mi cara. Y os prometo que la suya es todo un poema. Un poema terco y ladrón.

—Tú —digo en voz alta.

—Yo. —Creo que a él tampoco le llega mucho riego al cerebro...

—¿Me estás siguiendo? —Le pregunto.

—¿Yo? Para nada —dice él con aires de superioridad.

—Sí, tú.

—¿Puedes mirarme a la cara? —vuelve a intervenir Gabriel. Aunque, ya puestos, aprovecho para volver a mirar lo bien que le queda ese bañador estilo hawaiano.

—Mmm... —Su mirada hace que me acalore. Con tan poca ropa me siento vulnerable y no puedo pensar con claridad.

Me fijo más en él, su cuerpo es atlético y musculado, aunque no en exceso. Su pelo es oscuro y resalta con el color tostado de su piel. Echo la cabeza levemente hacia atrás para mirar sus ojos, que ahora me observan llameantes, son de un marrón que me recuerda a las avellanas, un color cálido, pero que en él resulta hasta peligroso. Estamos mirándonos el uno al otro, cuando oímos a una de las chicas de la tienda gritar y varios gritos de hombre. El trajeado engreído, que ahora mismo está en bañador, se asoma a ver qué pasa y, antes de que pueda preguntar, coge todas sus cosas del probador, me agarra del brazo y me arrastra al probador que yo ocupaba.

—¡Joder! ¿No había nada más para probarte? Coge todas las prendas —susurra.

Y mientras yo cojo toda la ropa, él tira del enorme espejo que hay en la pared y deja a la vista una puerta oculta que abre para que entre. Vuelve a colocar el espejo y cierra la puerta.

El espacio aquí dentro es muy reducido porque está lleno de cajas. Deduzco que debe de ser un almacén. Me he quedado mirando la pared del fondo. Mis brazos aún sostienen todas las prendas que he cogido del probador y mi mente está procesando qué es lo que ha pasado. Él está marcando en su móvil. Un momento después está dando aviso de un atraco. Eso hace que todo mi cuerpo se tense y toda la ropa caiga al suelo. ¿Se puede tener peor suerte? ¿Un atraco? ¿En serio?

Cuando cuelga se queda callado. Puedo notar el calor que emana de su cuerpo. Está demasiado cerca.

—¿Cómo sabías que existía esta puerta? —Me giro para preguntarle.

—Mejor... no preguntes.

—En serio. Es raro saber que esto está aquí.

—Misterios de los probadores. —Sonríe—. Tranquila, la policía llegará en unos minutos, las chicas habrán dicho que no hay nadie más en la tienda. —Su voz es ronca, su aliento golpea mi cuello y hace que todo mi vello se erice. Mi respiración empieza a ser más trabajosa.

—Va...vale. —¡Ada llamando a neuronas! ¿Dónde estáis cuando os necesito? Oh... sí, ya sé dónde estáis—. ¿Has estado aquí con alguna chica? —Y entonces me mira con cara de extrañado.

—Me acojo al derecho a no declarar.

—Vale, ya no pregunto más. Vaya con los probadores...

Unos segundos después, él vuelve a hablar:

—Vamos a estar un rato aquí dentro, quizá deberíamos pensar en algo para distraernos.—Me lo quedo mirando sin pronunciar lo que está pasando por mi mente—. ¿Qué? —dice Gabriel, extrañado al ver que no contesto.

—Nada, nada. Sí, ¿qué podríamos hacer?

—Me refería a conocernos un poco, parece que vamos a pasar bastante tiempo juntos a partir de mañana. —Sonríe.

—Ah, eso, sí, claro... —¿En qué estará pensando?

—No creo que tarden en llegar, siempre hay alguna patrulla cerca de esta zona.

—Sí, eso espero, no me gusta estar en espacios tan reducidos.

—¿Tienes claustrofobia? —me pregunta, sorprendido.

—No, pero tampoco pensaba quedarme encerrada con un hombre al que apenas conozco, en bikini, y en un espacio húmedo, oscuro y siniestro.

—Tampoco exageres, al menos estamos a salvo. Además, eso de que casi no me conoces va a cambiar pronto.

—Eso parece. ¿Adónde crees que nos llevarán primero? —le pregunto.

—No tengo ni idea, pero supongo que saldremos de España. ¿Has viajado mucho?

—No, la verdad es que, aparte de los viajes de instituto y de la universidad, poco más. Tú, imagino que sí.

—Sí, pero más por trabajo que por placer.

En ese momento empezamos a escuchar gritos en la tienda. Gabriel abre ligeramente la puerta para oír qué es lo que está pasando.

—Parece que la policía ya ha llegado. Esperemos un poco para salir.

Nos quedamos en silencio, intentando escuchar los ruidos que provienen del interior de la tienda, pero, en ese tiempo, no puedo evitar percibir la respiración de Gabriel. Permanecemos

pegados a la puerta y nuestras pieles se tocan sin querer. Contengo el aliento. Él se gira lentamente y nos miramos por unos segundos hasta que oímos cómo golpean la puerta. Nos sobresaltamos.

—Les habla la policía. Ya pueden salir. No hay peligro.

Cojo mi ropa del suelo y salgo del almacén del horror con el corazón aún acelerado. Paso rápido junto a Gabriel para meterme en otro probador, vestirme y largarme de aquí.

Antes de que pueda salir de la tienda, un policía me hace algunas preguntas y después me deja ir, pero cuando estoy a punto de cruzar la puerta una mano me sujeta. Me giro sorprendida.

—¿Estás bien, Ada? —Es Gabriel.

—Sí, claro. Adiós. —Y salgo corriendo.



3. ¡Vaya vuelo!

Ada

Ha llegado el día, hoy emprendo el viaje y no puedo evitar preguntarme cuál será nuestro primer destino. En un rato lo averiguaré. Llamo a un taxi y bajo a esperarlo a la puerta de casa. Estoy impaciente, aunque reconozco que no me apetece mucho volver a ver al guapo estirado.

Cuando llego al aeropuerto, sigo las instrucciones que me dieron y me dirijo al mostrador ciento treinta. Tengo la esperanza de que anuncien el destino, pero no hay suerte. Qué raro, ¿verdad? Entonces, alucino cuando veo al presentador del sorteo al lado de un tío con cámara, ¿en serio? Qué vergüenza, por Dios.

—Hola —les digo al acercarme.

—¡Hola, Ada! Eres la primera en llegar. Esperemos que tu compañero no se haya echado atrás. Vamos a grabar unas tomas de vosotros en el aeropuerto y mientras cogéis el vuelo para las redes sociales.

A lo lejos, oímos a alguien hablar, muy enfadado. Los tres nos giramos buscando esa voz. Yo, aunque no quiera reconocerlo, sé de quién es.

—Ya te lo dije hace dos días, me voy de viaje. Hace dos años que no tengo vacaciones, así que no creo que tengas nada que decir. De todas formas, me da igual. —Se queda callado unos segundos—. ¡¿Que yo tengo qué?! ¿Desde cuándo crees tú que yo soy capaz de hacerme cargo de tu bufete? No, padre. Nunca has confiado en mí, da igual cuantos casos gane, da igual lo que haga, para ti nada vale. Ahora tengo que dejarte, nos vemos a mi vuelta. —Y cuelga sin más.

Todos estamos mirándolo cuando llega hasta nosotros. Se da cuenta de que hemos oído todo lo que ha dicho y su cara se torna roja, pero no de vergüenza.

—¿Nos vamos ya o qué? —Tan simpático como siempre... Me voy de viaje con la alegría de la huerta... ¡Qué bien lo vamos a pasar!

—Antes de nada —nos dice el presentador—, hay una cosa más. Durante el viaje solo tendréis un móvil que os proporcionamos nosotros. Tendréis que compartirlo.

—¿Compartirlo? ¡¿Cómo que un solo móvil?!

—Pero ¿tú no te habías leído el contrato, Ada? —Ya ha tenido que salir Gabriel con su superioridad y condescendencia.

Me limito a sonreír tímidamente. Es obvio que no tenía ni idea de esto, así que asumo las consecuencias y paso de él.

—Aquí tenéis. —Y el presentador me entrega el móvil que tendremos que compartir, por

desgracia—. Ahora dadme los vuestros. Ya podéis ir al mostrador.

—¿Ese es el nuestro? —digo, señalando el que tenemos detrás, después de que le entreguemos nuestros teléfonos.

—Sí, ya podéis dejar las maletas y recoger los billetes, os grabaremos mientras tanto.

—Vale —contesto y avanzo hasta colocarme delante de la azafata que está tras el mostrador.

—Buenos días, ¿el pasaporte? Puede ir colocando las maletas en la cinta —me dice ella.

Se lo doy y hago un esfuerzo sobrehumano para subir mi maleta a la cinta. Menos mal que tiene ruedas porque, si tuviera que cargar con ella, iba a ir dejando piezas de ropa por el camino.

El cámara se coloca muy cerca de mí para grabarlo todo y, antes de que pueda quejarme, oigo:

—Apártate un poco, no hace falta que grabes desde tan cerca y mucho menos que enseñes en pantalla su documentación. —Gabriel ha venido calentito. El cámara refunfuña pero se aleja.

Acabo los trámites y la chica por fin me da mi billete. Una enorme sonrisa se dibuja en mi cara, ¡voy a poder mirar adónde vamos! Bajo la vista al billete, mientras oigo la risilla del cámara. No pone nada. ¿Serán capaces de no poner el destino en el puñetero billete? Me giro para cantarle las cuarenta al presentador, pero mi cara se estampa, sin querer, con la cámara.

—Jo... —¡Casi me rompo la nariz!

—Pero yo... —Pongo mi mano sobre la boca de Gabriel para acallararlo. Me toca a mí.

—Pero, tú, ¿de qué vas?! ¡¿Quieres no pegarte a mi culo, por favor?! Ya sé que es complicado porque es de un redondo perfecto, pero seguro que puedes conseguirlo —le digo, dándole unas palmaditas en el hombro al cámara.

Gabriel empieza a reírse y recuerdo que mi mano aún está pegada a su boca. La quito y me alejo un poco para que él pueda facturar su equipaje.

—Buenos días —le dice la azafata con una sonrisa que ni la del anuncio de la pasta de dientes.

—Buenos días —le contesta él muy amablemente. Vaya, con ella sí que es simpático.

Cuando acabamos de facturar y pasar el control, caminamos tranquilos hasta la puerta de embarque. Ahí, sí o sí, tiene que poner el nombre del destino, ¿no? Pues no. Tampoco, solo está el número de vuelo. Pero qué mala gente, nos van a meter en un avión sin saber siquiera adónde vamos. No creáis que no intento preguntar al personal que está en el mostrador, pero el pesadito del presentador y el cámara me siguen y los avisano de que no pueden decirnos nada, ni a mí ni a Gabriel.

Me resigno a mi mala suerte y voy a sentarme cerca de Gabriel. Él me ignora, muy concentrado en su libro. Pues nada, menos mal que me he traído el *ebook* cargadito de novelas por si no conseguía conexión a internet en el viaje.

Al cabo de un rato, volvemos a tener al cámara, como una mosca cojonera, pululando a nuestro alrededor. Me acerco a Gabriel y, susurrando en su oído, le digo:

—Oye, qué pesados son, ¿no?

Se gira para mirarme y sonrío con aire travieso... Eso sí que es una sonrisa de anuncio. ¡Ada llamando a hormonas! Estaos quietecitas y tengamos la fiesta en paz.

—¿Quieres portarte mal? —Uf, ¡qué calor me está entrando!

—¿Cómo de mala tengo que ser? —Me mira perspicaz, y suelto una carcajada.

—¿Quieres perderlos de vista?

—Soy toda oídos.

—Vale, acércate. —Y vaya si lo hago, me acerco a él y empieza a susurrar en mi oído su maléfico plan.

Minutos después...

—Chicos, chicos, me estoy mareando... —Me dejo caer en los asientos para apoyar la cabeza.

Rápidamente se acercan el cámara y el presentador.

—¿Estás bien? —me pregunta el presentador.

—Necesito azúcar, estoy muy mareada. Deben de ser los nervios.

—Quedaos aquí, voy a buscar un zumo o algo parecido.

El presentador se aleja deprisa, mientras el cámara me levanta los pies para que se me pase el mareo. Miro de reojo a Gabriel, que está aguantándose la risa, y se dispone a hablar.

—Tengo que ir al baño.

—Ni hablar, ¿es que no tienes conciencia? —dice el cámara.

—Hay cosas que no pueden esperar.

—Uy, ahora que lo dices, yo también necesito ir —digo, y me pongo en pie.

Me agarro al brazo de Gabriel, y caminamos con el cámara a nuestro lado que me mira incrédulo. Cuando llegamos cada uno entra en el suyo. Paso de largo los compartimentos del baño y me dirijo hacia la otra salida. Me quedo allí, esperando a que Gabriel haga lo mismo, y podamos huir. Él lo tiene más difícil, si el cámara lo sigue dentro del lavabo, pero lo consigue, y minutos después, sale por la puerta triunfante. Acto seguido corremos por el enorme pasillo del aeropuerto hasta encontrar un bar en el que escondernos un rato.

Poco después estamos sentados en una terracita exterior que han montado hace poco en el aeropuerto, tomándonos una cervecita a la salud del presentador y el cámara perdidos. Podemos decir que tenemos un momento «tregua de cerveza».

—¡Por las huidas perfectas! —dice Gabriel, mientras levanta su botellín.

—¡Y los planes brillantes! —Nos reímos.

Cuando se acerca la hora del despegue, empezamos a caminar de nuevo hasta nuestra puerta de embarque, donde encontramos al presentador y al cámara con cara de pocos amigos.

—¡Hola, chicos! ¿Dónde estabais? —les dice Gabriel, y yo intento aguantarme la risa, pero fracaso.

—Sí, sí, muy graciosos sois los dos...

Después de enseñar nuestros billetes, entramos por el túnel que llega hasta el avión.

Por fin nos sentamos. Juntos, por supuesto. Porque, claro, el hecho de no soportarnos demasiado no le importa en absoluto a la organización. De hecho, disfrutan. Pero después de las cervezas, hasta podría decir que Gabriel me mira con buena cara. Mejor tener el viaje en paz, desde luego.

Sentada, mirando por la ventana, pienso en qué me deparará el futuro. ¿Cuántas horas estaremos en el avión? A juzgar por el tamaño, no muchas, espero. Podría decir que solo el hecho de viajar ya me hace ilusión. Llevo mucho tiempo sin vacaciones, lo que significa no haber salido de España en una larga temporada. Estoy deseando ver algo nuevo.

Justo cuando acabo de ponerme cómoda y abrocharme el cinturón hasta que casi me corta la circulación, se acerca a nuestro lado una señora mayor agarrada a un bastón y con un estilismo que parece salido del videoclip de *Like a Virgin*, de Madonna.

—Hijo, ¿puedes meter mi maleta arriba, si eres tan amable?

—Claro, señora. —Gabriel se levanta para ayudarla.

—Qué fuerte estás, niño, tú debes de hacer mucho deporte.

—Sí, se podría decir que algo hago cuando puedo. —Cómo le gustan a este hombre los

cumplidos, aunque vengan de ancianas octogenarias.

Finalmente, la señora se sienta a su lado y nos quedamos los tres mirando el horizonte del asiento de delante, a la espera de que el piloto haga acto de presencia con su voz.

—Buenos días, les habla el capitán. En breves momentos despegaremos del aeropuerto de El Prat. El tiempo de vuelo es de dos horas y veinte minutos. Por favor, abróchense los cinturones y manténganse sentados durante el despegue. Gracias.

—¿Sabe usted adónde vamos, señora? —se me adelanta Gabriel.

—¿Yo? Qué va... —Vaya con la señora «estilo».

—Están todos en el ajo —le comento a Gabriel. Aunque para ajo, el que se acaba de comer la señora. Huele desde aquí. Pero qué estilazo tiene...

Al cabo de unos minutos, ese olor ya me está mareando, esta vez, de verdad.

—Me voy al baño, así me despejo. —Paso por encima de Gabriel y de la señora, a los que rozo con mi falda larga de rayas.

Me doy la vuelta, dando un giro brusco con mi coleta, y camino por el pasillo en plan diva hasta el baño. Porque, sí, cuando me pongo uno de mis modelitos, me siento poderosa. Dentro, me levanto la falda y hago un pis. Este baño es diminuto. No entiendo cómo a alguien se le podría ocurrir tener sexo aquí. De hecho, me da repelús hasta tirar de la cisterna, porque suena como la aspiradora de los *Teletubbies*.

Presiono el botón, y como parece que no funciona, le doy muchas veces. No se pone en marcha, así que decido ignorarlo y lavarme las manos. Después, me miro en el espejo para retocarme el pelo. Justo en ese momento, la cisterna se pone en funcionamiento y empieza a succionar más fuerte que nunca, queriendo arrastrar mi falda consigo. Debe de haberse quedado enganchada en la tapa metálica que cierra el agujero.

Doy un tropiezo y tiro con fuerza de ella para que el váter pare de absorberla. Pero no tengo éxito y empiezo a ponerme nerviosa. ¡¿Por qué me pasan estas cosas a mí?! Esto debe de ser el karma por la escapada de antes. Tiro y tiro, pero el plan no funciona. «Vamos, Ada, piensa. Si no consigues sacar la falda, tendrás que salir por el pasillo en bragas y va a ser que no».

Entonces se me ocurre una idea: llamar a una azafata. Sin soltar mi falda, asomo la cabeza por la puerta del baño y busco la cara amable de alguna de ellas. No veo ninguna. ¡¿Dónde están cuando se las necesita?! Mientras paseo mi mirada de un lado a otro, una cara conocida se mete en mi campo de visión.

—¿Buscas algo? —me dice Gabriel con señas.

—Problemas. A-za-fa-ta —vocalizo. Pero no lo entiende porque me mira totalmente incrédulo —. Llama a una azafata y dile que venga. —Y le hago un gesto con una mano.

«¡No, pero qué hace este hombre!».

Se dirige hacia mí. No ha entendido nada, desde luego.

—¿Por qué quieres que venga? —me dice.

—Es que no quería que vinieses tú, que no te enteras.

—¿Qué te pasa? ¿No tienes papel? —Se está riendo de mí.

—No exactamente...

—Ahora en serio, ¿te pasa algo? ¿Necesitas algo?

—Mira, te voy a pedir que entres a este estúpido baño y que me ayudes antes de que me dé una subida de tensión de los nervios, porque ya no puedo soportarlo más. —Sí, estoy histérica.

—Vale, vale. —Entra con la cara más seria que le había visto hasta ahora.

Cuando ve el panorama se empieza a reír muchísimo.

—Pero ¿qué has hecho, Ada? —Nunca le había visto reír tanto hasta este vergonzoso momento.

Vaya, el señor «seriedad» sabe reír.

—No preguntes. Si quieres ayudarme, empieza a tirar de la falda. ¿Sabes lo que me costó hacerla? Estuve meses pensando en su diseño. ¡Tenemos que salvarla! ¡Deberías ser un buen compañero!

—Venga, sí, diseñadora, arreglemos el marrón. —Se coloca detrás de mí, bien pegado, coge un trozo de la falda, cuya mitad llevo todavía puesta, y empieza a tirar con fuerza, poniendo a prueba su espalda de ladrillos.

Nunca pensé que una situación así nos iba a acercar tanto. Noto su boca respirando en mi nuca y sus tejanos Levi's rozan mis piernas una y otra vez. De la fuerza que está haciendo, leves gemidos escapan de su boca.

—¡Vamos! ¡Sí, sí, sí! ¡Así! —lo animo—. ¿Te ayudo?

—Esto es una batalla entre el váter y yo —me contesta.

—¡Ooohhh, sí! ¡Ya casi está!

Empiezan a haber turbulencias y todo el avión se mueve.

—¡Nooooo! —maldigo. Y sin pensármelo dos veces me agarro al brazo de Gabriel. Me aterran estas turbulencias. ¡El avión se cae! Pero Gabriel sigue en su lucha contra el inodoro.

Notamos otra sacudida que casi nos tumba. Al otro lado de la puerta, escuchamos la voz de una azafata que me pide que salga, ya que a causa de las turbulencias debo regresar a mi asiento y abrocharme el cinturón. Como comprenderéis... no puedo salir.

Poco después, la azafata decide ignorarme, por lo que podemos concentrarnos en mi falda. Gabriel se ensaña y empieza a gemir más fuerte. ¡Está dándolo todo!

—¡Aaaahhhh, por favor!

Pero con el tirón final la falda se rompe. Una parte de ella queda incrustada en el váter, por lo que Gabriel se da por vencido, y yo me quedo, como era de esperar, con una falda que apenas me tapa el culo.

—Lo siento, Ada. Lo hemos intentado. —Después de tratar de mantener el tipo empieza a reírse de nuevo. La situación es cómica, pero yo solo quiero salir de aquí.

—¿Y ahora qué hago yo? —Hago pucheros.

—En serio, lo siento, de verdad. Toma, ponte esto, al menos, para salir del paso. —Gabriel se quita su chaqueta y me la da para que me la ate a la cintura.

—¿Cómo me queda?

—Mejor no preguntes... Mmm... da el pego, sí.

—Madre mía, qué vergüenza.

—No podemos salir juntos de este baño. Saldré yo primero, ¿vale? Al rato sales tú. Y disimula, por favor.

Gabriel se va y no sé si llorar o reírme a carcajadas. Me espero unos minutos y me decido a salir por la puerta. Esta vez, guardo la diva que llevo dentro para otra ocasión. Marcho por la pasarela como si fuese «el camino de la vergüenza», intentando evitar las miradas de los pasajeros, que clavan sus ojos en mí con caras de asombro y pecado.

Por fin, llego a nuestros asientos. Se acabó el calvario.

—Hijos, podríais disimular un poco, que se ha enterado todo el avión de vuestro *affaire* en el baño —la señora «estilo» nos reprende con su especial simpatía—. Todos hemos hecho cosas en los aviones...

—¡No, no! Si no estábamos haciendo nada de eso —decimos Gabriel y yo al unísono.

—Sí, sí. Llamadlo como queráis. —La risa de la mujer es contagiosa, así que nos damos por

vencidos—. Pero quizá es demasiado para un avión, ¿no? Que has dejado a tu pobre chica sin falda. El Grey ese os ha afectado demasiado.

—Oh, no... —Y ya no sé ni qué cara poner—. Señora, ¿no tendría algo de ropa para prestarme? Para no ir de esta guisa, más que nada, ya me entiende.

—¿Por qué iba a tener algo de ropa aquí? —Ya ha vuelto la alegría de la huerta.

—Hijo, no te olvides de que las mujeres siempre vamos preparadas. —Doña «estilo» abre su bolso, del que no se ha separado ni medio minuto, y saca una falda que debe de haber comprado en una tienda de *souvenirs*. Sí, una falda llena de monumentos y la frase: «I love Barcelona»—. Se la iba a llevar a mi nieta, pero creo que a ti te hace más falta y me has caído bien.

—¡Muchas gracias! —Y me la pongo ahí mismo. «Seré una *fashion victim* cuando lleguemos adonde sea que vayamos», pienso con toda mi ironía.

—Disculpen. —Una azafata se acerca a nosotros con un sobre en la mano—. Esto es para ustedes.

Gabriel lo abre y en el interior leemos una dirección de hotel.

—Les habla el capitán. En breves momentos tomaremos tierra en Londres. La temperatura exterior es de doce grados. Durante el aterrizaje, no se levanten y mantengan abrochados los cinturones de seguridad hasta que el avión se detenga por completo. Deseamos que hayan tenido un buen vuelo.



4. Welcome to London!

Ada

¡Londres! ¡Estamos en Londres! Siempre había querido venir, pero con mi minisuelo de ayudante era imposible. Tengo tantas ganas de empezar a ver cosas que voy dando saltitos por toda la terminal. Salimos del aeropuerto de Heathrow en dirección a la parada de taxis.

—Oye, Gabriel —lo llamo, porque parece que tenga que ir a apagar un fuego.

—Dime. —Se para y espera que llegue a su lado.

—¿Tú sabes inglés?

—¿Tú qué crees? —Qué listillo es...

—Hombre, pues no lo sé. Nos conocemos desde hace más o menos dos días, no me ha dado tiempo a profundizar en nuestra relación.

—Tienes razón, perdona. Es que esto de ni siquiera saber adónde íbamos me tenía nervioso. Sí, sé inglés.

—Perfecto, yo solo lo chapurreo. —Me mira, riéndose.

—Anda, vamos a coger un taxi.

Gabriel, con su perfecto inglés de abogado, le dice la dirección al taxista y en cuestión de veinte minutos estamos en la puerta del hotel.

Entramos y me quedo con la boca abierta. Es un hotel precioso. No es que sea muy grande, pero está decorado con mucho mimo hasta el más mínimo detalle.

Un señor muy educado nos pide la documentación y, después de hacer los trámites, nos la devuelve junto con dos llaves, un mapa turístico y una caja cerrada, que es de la organización del concurso.

Cogemos las maletas y nos acercamos al ascensor. Miro el número de habitación y al salir, voy mirando las puertas, buscando la quinientos sesenta y nueve. Cuando por fin la encuentro, me paro en la puerta y veo que Gabriel también se detiene, así que me giro. ¿Qué querrá?

—¿Quieres que me quede yo la caja? Voy a darme una ducha rápida y después, si quieres, bajamos a tomar un café y miramos lo que hay dentro —le digo.

—Ada...

—Bueno, vale, si no, ven a mi habitación y lo miramos aquí.

—Es que...

—A ver, Gabriel, no seas borde, vamos a intentar llevarnos bien, nos quedan muchos días de viaje y...

—Ada, escúchame, esta también es mi habitación —me dice, enseñándome su tarjeta donde pone el mismo número que en la mía.

—¿Qué?! Tiene que haber un error, vamos a la recepción, seguro que ese hombre se ha equivocado —digo, mientras cojo mi maleta, dispuesta a bajar a solucionar la metedura de pata.

—Ada. —Su mano me sujeta por el brazo para que deje de andar—. No hay ningún error.

—¿Cómo? —No entiendo nada, creo que mis ojos se van a salir de sus orbitas.

—Que no hay error, tenemos que compartir habitación. ¿No decías que te habías leído bien el contrato? —Me sonrío altivo.

—Bueno..., quizá esa parte no la vi.

—A ver, somos adultos, podemos compartir habitación. Siempre hay dos camas individuales, las separamos y punto. No voy a colarme en tu cama, ni en la ducha mientras estés dentro —dice, mirándome fijamente, y no sé por qué, pero solo imaginarlo metiéndose en la ducha mientras yo estoy mojada y ver cómo el agua resbala por esos cuadraditos tan bien formados que tiene...—. ¿Ada? ¿Me estás escuchando?

—Mmm... Sí, sí, no hay problema, somos adultos. —Evito mirarlo al contestar.

Empujo la puerta y entramos en la habitación. Coloco mi tarjeta en la ranura y se encienden las luces. Hay un pequeño pasillo con un armario empotrado, a la izquierda, y la puerta del baño, a la derecha. Asomamos la cabeza y no está nada mal, porque hasta hay una ducha y una bañera de hidromasaje.

—¿Ves?, mientras tú te duchas, yo puedo darme un baño relajante —me susurra Gabriel al oído, y doy un bote.

Él suelta una risilla y sigue avanzando por el corto pasillo. Salgo del baño y voy a reunirme con él. Lo veo mirando algo con mucho interés, quieto, sin moverse.

—¿Ga... —Oh, ya veo—. ¿Esto también lo habías leído en el contrato, abogado? —Soy puñetera, lo sé.

—Qué graciosa eres... No, esto no lo sabía. —Minipunto para mí.

Ambos nos quedamos callados, mirando el panorama que tenemos delante. ¿Previsible? Puede ser, pero creo que los dos estábamos tan centrados en descubrir adónde nos llevaban que no habíamos pensado en nada más. Ahora, ante nosotros, una cama de matrimonio blanca e impoluta nos da la bienvenida a Londres.

—Bueno, pues... ¿qué lado quieres? —le digo, y se gira sorprendido—. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo dormir en la misma cama que yo?

—A mí... no-me-da-mie-do-na-da —dice en un susurro, acercándose cada vez más a mí, arrinconándome contra la pared—. ¿Y tú? ¿Tienes miedo?

No sé por qué motivo, mi respiración se ha acelerado. Quizá es porque todo lo que veo es a él, su olor me está nublando la razón y sus ojos miran a los míos, queriendo atravesarlos. El marrón de los suyos ahora es casi negro. En un momento de lucidez doy un paso al lado y me alejo de él.

—Coge el lado que quieras, a mí me da igual. Voy a darme una ducha y después, si quieres, miramos la caja. —Voy hasta mi maleta y empiezo a buscar ropa limpia que ponerme. Esta falda ha hecho su función, pero no pienso llevarla puesta ni dos minutos más. Sin ni siquiera dirigir una mirada a Gabriel, que sigue observando la pared donde yo estaba apoyada, entro en el baño. ¿Qué narices acaba de pasar?

Cuando salgo, me siento como nueva. Nos disponemos a mirar el interior de la caja del concurso.

Hay una nota:

¡Bienvenidos a Londres! Tenéis todo el día para hacer turismo. Hoy podéis ir donde queráis. Ahora bien, no os olvidéis de colgar fotos constantemente en redes sociales. Nuestros seguidores están impacientes por descubrir cómo va vuestro viaje. Os aconsejamos no perderos lugares maravillosos como Hyde Park, London Eye o Madame Tussauds, uno de los museos de cera más visitados del mundo. Recibiréis más noticias nuestras mañana.

Y recordad:

«Viajar sirve para ajustar la imaginación a la realidad, y para ver las cosas como son en vez de pensar cómo serán». Samuel Johnson.

—¿Adónde vamos?! —Estoy emocionadísima, con ganas de empezar a andar y hacer fotos.

—Podríamos empezar dando un paseo por el centro —me dice.

—¡Vamos! ¡Come on! —Gabriel me sonrío.

Empezamos a caminar por el barrio de Westminster. Las calles son un hervidero de gente y una avalancha de turistas haciéndose fotos.

Pasamos por el Big Ben, donde me paro para hacerme la foto reglamentaria. Gabriel parece haber estado mil veces en Londres, así que se muestra poco emocionado. Pero ya me va bien, porque me hace de fotógrafo, que, a decir verdad, no se le da mal.

#EstrenándonosEnLondres #BigBen #ArrancaElViaje

A medida que colgamos fotos en redes sociales, nuestro único móvil se llena de corazones. ¡Vaya! ¿Por qué nos sigue tanta gente? ¡Ni que fuésemos famosos!

Pasamos por la Abadía y el Palacio de Westminster hasta que llegamos a Hyde Park. Llevamos toda la mañana andando y estamos hambrientos, así que buscamos un puestecito de comida. Luego, nos sentamos en el césped a disfrutar del espacio, mientras comemos *fish and chips*. Creo que don «espalda de ladrillos» se va a saltar la dieta durante el viaje. A pesar de su elegancia, verlo comer algo callejero hace que este hombre me parezca menos estirado. Y mira que es difícil seguir siendo sexi mientras comes algo grasiento.

Intento no quedarme embobada viéndolo comer.

—Bueno, estamos en Londres. Sé que ya has estado, pero ¿crees que esta vez será algo diferente? —Pruebo a entablar una conversación agradable.

—Quién sabe. —Gabriel es de pocas palabras, a veces—. Dicen que no depende tanto del sitio que visitas, sino con quién.

—Y yo soy tu compañera ideal. —Río irónicamente.

—Quizá, quién sabe.

—Otro «quién sabe» más y me largo —lo reprendo—. Tampoco soy tan mala persona.

—Me has hecho pelear con tu falda, pero no te lo tendré en cuenta. Prometido.

—¡Pero... si fuiste tú el que vino! —Y no podemos evitar reírnos los dos.

—Da igual, guardemos ese tema como una anécdota que no contaremos a nadie. Se hundiría mi reputación. —Cómo se nota que es abogado.

—Sí, sí. Queda entre nosotros.

—Y bien, ¿me vas a contar algo de ti para poder conocerte? —Él quiere más.

—¿Qué quieres saber? —le pregunto con curiosidad.

—Todo.

—Empecemos por el principio y luego yo decido donde parar.

—Cuéntame. Estoy deseando saber por qué llevabas ese mono tan raro el día del sorteo. Seguro que tiene una explicación.

—Para tu información, ese mono era uno de mis trajes estrella. Menos bromas con mi mono *palazzo*, eh.

—Vale, vale, si tú lo dices...

—Y tú, ¿qué? ¿Te puedo preguntar qué pasó cuando llegaste al aeropuerto? Parecías muy enfadado con alguien. Se te veía afectado.

—¡No! Mejor no hablemos de ese tema. —Y todo el buen rollo se va al garete. Si lo sé, no digo nada.

—¿Te parece si nos movemos? —digo, intentando romper el silencio incómodo.

—Sí, ¿dónde quieres ir?

—Quiero hacerme una foto con la realeza.

—Pues como no vayamos al museo de cera, chica...

—¡Oh, sí! ¡Vamos, por favor! —Antes de que pueda reaccionar, tiro de su brazo para coger el metro.

Después de unas cuantas paradas, llegamos al Madame Tussauds. Es alucinante todo lo que ven mis ojos. Las figuras son tan hiperrealistas que podrían pasar por personas reales. No sé ni hacia dónde mirar, así que recorro las salas acercándome a todos los famosos que conozco para hacer algunas fotos. Actores, modelos, políticos... todos están aquí. Ya puedo decir que tengo una foto con Ryan Evans, haciendo de Capitán América. Y con Johnny Depp. Y Marilyn Monroe, imitando su subida de falda. Las faldas y yo.

Incluso, atravesamos una zona de terror, que me hace soltar más de un grito. Menos mal que soy comedida.

Llegamos a la zona de la realeza. Allí nos acercamos a la Reina Isabel II y a los Duques de Cambridge. ¡Son idénticos, qué pasada!

—¡Oh, Gabriel, mira! Sí que se han dado prisa en hacer la figura de cera de Meghan Markle. ¡Y eso que todavía quedan meses para la boda con el Príncipe Harry! —Me acerco para hacerme una foto con mi pose más formal y sonriente. Toco la estatua sin querer y, de pronto, me llevo el susto de mi vida. ¡¡La figura se mueve!!

—¡¡Aaaaahhhhh! —gritamos los dos al unísono. ¡Vaya susto! Nos abrazamos sin querer.

—¿Quería algo? —La mismísima Meghan Markle se gira para preguntarnos. ¿En serio? ¿Qué está pasando?

—¡Es usted! Casi me da un infarto. Pensábamos que era una figura de cera. Disculpe, por favor. No queríamos molestar. *Sorry, sorry*. —El corazón todavía me late a mil por hora, pero intento poner la mejor de mis sonrisas.

—Sí, disculpe, no queríamos molestar —dice Gabriel, en inglés, para zanjar el tema, mientras tira de mí para que nos vayamos de aquí.

—No se preocupen. —Y se va con toda su elegancia...

Es, entonces, cuando Gabriel se aleja de mi cintura.

—¡Dios, Gabriel, ha sido horrible! ¡Se me va a salir el corazón por la boca! Pero ¿qué hace aquí la futura princesa, haciéndose pasar por estatua de cera? —Ahora ya riéndome.

—Sí, sí, tengo que reconocer que casi me da algo a mí también. Sí que es un poco raro... —reconoce.

—Voy a ir al baño. ¿Te importa esperarme aquí?

—Sí, claro. Cuando salgas seguimos el *tour*.

—Mientras tanto, ten cuidado con lo que tocas. —Lo miro traviesa.

—Lo haré, descuida.

Busco el baño más cercano, entre los pasillos de estatuas, aún nerviosa por lo que acaba de pasar. No todos los días se cruza una con la futura princesa. Y qué manía tiene este hombre de acercarse tanto a mí; las hormonas se me revolucionan cada vez que estamos a dos palmos de distancia.

Me lavo las manos y salgo del baño, buscando a Gabriel. Mi sorpresa llega cuando lo veo hablando con una chica guapísima. Parecen muy entretenidos. Ella le está tocando el brazo, mientras él se muerde el labio. Se acerca para decirle algo y la chica sonríe como una tonta.



5. Noche picante Gabriel

Ada desaparece tras la puerta del baño, y yo aprovecho para mirar las nuevas notificaciones del móvil que compartimos. Esto de que nos hayan confiscado nuestros teléfonos y solo podamos usar este, en parte, va bien, porque mi padre no podrá ponerse en contacto conmigo, y estas serán unas vacaciones de verdad.

—Hola —escucho—. Perdona, ¿sabes por dónde tengo que ir para llegar a la sección de la realeza?

Levanto la vista del móvil. «Vaya...». Una rubia impresionante está delante de mí. Inmediatamente mi cara forma una sonrisa lobuna, marca de la casa. Es alta y delgada, y su cuerpo está enfundado en un prieto vestido que resalta cada una de sus curvas.

—Hola. Pues casi la has encontrado, está justo al girar esa esquina. —Le señalo el camino por el que acabamos de llegar Ada y yo, y ella me regala una amplia sonrisa.

—¡Oh, gracias por ayudarme! Me hace mucha ilusión ver las estatuas de la familia real. ¡He oído que ya han puesto la de Meghan! —Me entra la risa, pero, para disimular, empiezo a toser.

La rubia inmediatamente se preocupa y empieza a darme palmaditas en la espalda.

—Tranquila, estoy bien.

—¡Qué susto! Mmm... ¿Cómo te llamas? —Su mano resbala por mi brazo, haciendo la presión necesaria para averiguar si hay buen material bajo mi cazadora.

—Gabriel. —Su sonrisa se amplía y su cuerpo se acerca más al mío, haciendo que sus pechos se aprieten contra mi brazo.

—Eres español, ¿verdad? Yo soy Charlotte. En tu país dais dos besos, ¿cierto?

Antes de que pueda contestar, ya se ha enganchado a mi cuello y me está plantando dos besos peligrosamente cerca de la boca. Sin quedarme atrás, la sujeto por la cintura y la pego bien a mi cuerpo.

—¿Por qué no nos vemos más tarde? Toma mi teléfono —me dice, mientras saca una tarjeta de su bolso y me la tiende—. Llámame. —Y sin más, se da media vuelta y se va.

Pues sí que ha sido rápido...

La sigo con la mirada hasta que desaparece por la esquina. «Mmm..., creo que sí voy a usar ese número de teléfono...».

Veo a Ada caminando al fondo, dirigiéndose a la zona de terror, así que me encamino hacia allí. ¿Por qué no me ha avisado? Si no llego a verla, aún estaría esperándola en la puerta del

baño.

—Ada, ¿por qué no me has avisado de que ya habías salido? —Ella no me contesta y sigue mirando las figuras de cera—. Oye, te estoy hablando. —Sigue sin contestarme.

Decido dejarlo estar, ya me hablará cuando le dé la gana. Y de paso, que me explique qué he hecho para que ni siquiera me dirija la palabra.

Me pongo a hacer fotos a las estatuas y las subo a las redes. Así pasamos el resto de la tarde; Ada deambulando como un zombi silencioso por el Tussauds, y yo, como fotógrafo.

#CodeándonosConLaRealeza #VayaSusto #NecesitamosRCP

Al salir de allí, intento volver a hablar con ella, pero nada. Ya no sé qué decirle, no sé qué he hecho tan grave como para que no me hable. Porque antes de entrar al baño todo estaba normal, y cuando ha salido... ¡Oh! No puede ser...

—Ada, ¿estás celosa? —le digo cuando, al fin, entramos a la habitación.

—¿Qué? Tú estás loco, ¿no?

—No sé... Es que como no me hablas... y antes de que entraras al baño todo estaba bien... He llegado a dos conclusiones: o te has cabreado porque he hablado con Charlotte o te ha abducido un extraterrestre malhumorado en el baño. Y la verdad es que lo del extraterrestre es bastante improbable, así que...

Sin decirme nada, empieza a reírse como una loca, tanto que acaba revolcándose por el colchón. Yo la miro alucinado. ¿En serio? En fin, supongo que ya no está enfadada. Después de unos minutos, se seca las lágrimas y, sentándose a lo indio en el centro de la cama, me mira y dice:

—Así que Charlotte, ¿eh?... Anda, ve a ducharte, si quieres, mientras yo pido la cena para que nos la suban. ¿Te parece bien? No tengo ganas de salir.

—Claro, sin problema.

—¿Te apetece algo en particular? Yo iba a pedir una hamburguesa con patatas y ensalada.

—Lo mismo para mí. —Me meto en el baño.

Cuando salgo con la toalla anudada en la cintura, Ada ya se ha puesto el pijama y está bocabajo en la cama, con los pies cruzados en alto y mirando la tele embobada. Desvía su mirada hacia mí, y puedo sentir cómo sus ojos me recorren. Es casi como sentir sus manos paseando por mi piel. Me la quedo mirando hasta que acaba su repaso. Cuando nuestros ojos se encuentran, alzo una ceja y le pregunto:

—¿Has acabado?

—No, aún no —me contesta con chulería.

—Perfecto.

Tiro de la toalla, e inmediatamente ella entierra la cara en la cama. Empiezo a reírme, y ella levanta la cabeza para descubrir que llevo un bóxer puesto y me lanza una almohada que impacta contra mi pecho. Me giro sin decir nada y voy a acabar de vestirme al baño. Una vez dentro, valoro la opción de meterme en la ducha otra vez si lo que tengo entre las piernas no se relaja.

Cuando por fin logro controlar a mi amiguito, salgo y casi choco con Ada, que va a abrir la puerta. ¡Joder con el pijama! El pantalón corto apenas tapa su culo respingón, y esa blusa de tirantes... Su pelo largo y castaño se balancea sobre su espalda con un movimiento hipnótico. Cuando se gira, sus ojos color miel me miran inquisidores. ¿Pretende que me sienta avergonzado por mirarle el culo? Ni hablar. A este paso, voy a tener que pasar la noche en la ducha.

Después de dejar la cena en la pequeña mesa de la habitación y darle propina, el camarero

sale de la habitación y ambos nos sentamos a cenar sin apenas mirarnos.

—Que aproveche.

—Igualmente. —Ataco mi hamburguesa, que debo admitir que está deliciosa, hasta que unos segundos después empiezo a notar un ardor en la boca. El calor sube de nivel e, incluso, empiezo a sudar—. Pero ¿qué mierda...?

Mi hamburguesa pica como el demonio. Me lanzo a por el agua y me bebo la botellita entera de golpe, pero en cuanto acabo, vuelve a picar.

—¿Pasa algo? —Ada me mira preocupada desde su sitio, mientras sigue comiendo su hamburguesa.

—Pica, pica muchísimo.

Cojo patatas y empiezo a comerlas sin parar, a ver si eso calma el picor y ayuda un poco. Cuando miro a Ada, veo una tímida sonrisa asomando en su boca. «Será...».

—¿De verdad? Pues he pedido las dos iguales, y la mía no pica.

—¿En serio? —No habrá sido capaz de pedir mi hamburguesa con picante como venganza, ¿no? ¿O sí?

—¡Pues claro! No sé mucho inglés, pero me defiendo lo suficiente como para pedir dos hamburguesas —me dice ofendida.

—Perdona, deben de haberse equivocado.

—¿Quieres que te pida otra?

—¡No, no! No te preocupes. —Solo falta que pida otra y diga que le pongan laxante. La próxima vez debo acordarme de pedir yo la cena...

Después de cenar, decidimos echar un vistazo a la guía de Londres que compramos esta tarde y así planificar un poco el día de mañana. Decidimos ir al London Eye por la mañana temprano para evitar muchas colas, y por la tarde, a pasear por Picadilly y callejear para ver sus calles y plazas.

Ada bosteza. Debe de estar agotada, y la verdad es que yo también estoy cansado. Apagamos la luz y nos metemos en la cama, cada uno muy pegado a su lado. Va a ser una noche larga...

—Buenas noches, Gabriel. —Oigo su voz en la oscuridad de la habitación.

—Buenas noches, Ada —digo, girando mi cara hacia ella, aunque solo logro ver la sombra de su perfil.

Me desvelo a media noche. El colchón no es el más cómodo del mundo, pero este calorcito que noto hace que no quiera abrir los ojos. Un momento... ¿Calorcito? Oh, no... Me despierto del todo en milésimas de segundo. Sin darme cuenta, me he acercado a Ada y, ahora mismo, mi cuerpo está perfectamente encajado con el suyo. La abrazo desde atrás, mi brazo descansa sobre su cuerpo y mi mano está entre las suyas. Despacio, empiezo a retirarme hasta llegar a mi lado de la cama. Ella se remueve por un momento, pero no se despierta. Bien, cada uno en su lado. Me quedo bocarriba y en cuestión de minutos, vuelvo a estar dormido.

La luz que se cuela entre las cortinas hace que me despierte, pero no quiero. Se está tan bien aquí... Al final el colchón no ha resultado ser tan horrible. Además, este cuerpo caliente pegado al mío hace que... «Espera, espera».

Abro un ojo y al mirar hacia abajo, veo una mata de pelo castaño esparcido sobre mi pecho. Su mano descansa sobre mi pectoral izquierdo. Creo que sigue dormida, porque no se mueve y su respiración es acompasada. No pienso mover ni un pelo hasta que se despierte. Esto va a ser

divertido.

Unos minutos después, cuando estoy a punto de volver a quedarme dormido, noto que su respiración cambia, y su mano empieza a masajear mi pecho inconscientemente, resbalando después hacia mi estómago, lo que hace que cierta parte de mi anatomía se ponga en pie.

—Buenos días —le digo.

Voy a tener que acelerar el proceso, si no quiero que descubra a cierto amigo. Noto el momento en el que se despierta del todo y se da cuenta de dónde está.

Al principio se queda muy quieta, pero después se levanta de un salto y se queda de rodillas sobre la cama, arrastrando las sábanas con ella, lo que deja mi pecho desnudo y mi apretado bóxer al descubierto. ¿He dicho que me entró calor y a media noche me quité el pijama? Pues sí.

—¡Lo siento, Gabriel! Yo no... Yo... Es que no sé cómo...

—No te preocupes, sé que soy irresistible...

—¡Pero qué creído eres! Habré rodado dormida hacia ti sin darme cuenta.

—Ya...

—¿Qué intentas decir?

—¿Yo? Nada. Solo habrás rodado sin darte cuenta —imito su tono.

—Pues eso acabo de decir.

—Pues eso.

—Pues eso. —Se levanta toda digna de la cama y, después de coger ropa de la maleta, se mete en el baño.

«Y tú, haz el favor de comportarte», pienso, mirándome la entrepierna.

Pido el desayuno y me visto, mientras Ada sigue en el baño. Después de desayunar, esta vez sin aderezos picantes, cogemos el metro para llegar al London Eye. Por suerte, no hay muchísima cola, así que compramos los *tickets* y nos disponemos a esperar. Mientras, Ada va a hacer algunas fotos del río Támesis con el Big Ben de fondo, y yo hojeo la guía, donde encuentro algo muy interesante...

Cuando después de treinta minutos de cola, por fin es nuestro turno, subimos en una cabina en la que una familia algo variopinta ha entrado antes que nosotros. El movimiento de la noria es bastante lento, así que nos da tiempo a subir con calma. Cuando va por la mitad de la plataforma, uno de los niños empieza a llorar y a decir que se quiere bajar, que bajen todos, que la noria se va a caer. Monta tal escándalo que el padre y la madre, avergonzados, deciden bajar justo antes de que el chico cierre la puerta, lo que nos deja solos en la cabina.

—¡Vaya! Menudo *show*. ¿Será verdad que se va a caer la noria? Imagínate que ese niño es un pequeño brujito y ha visto el futuro —me dice Ada, toda seria.

—No digas chorradas, es solo un niño caprichoso que se quería salir con la suya.

—Sí, sí, ya lo veremos...

Damos vueltas por la cabina, nos hacemos fotos y observamos las vistas. Es imponente, se puede ver todo Londres.

Aunque he venido bastantes veces por cuestiones de trabajo a esta ciudad, la verdad es que nunca he hecho turismo. No había tiempo: venía, visitaba a los clientes y volvía a España. Así que esta manera de viajar, de estar aquí, en parte es completamente nueva para mí.

Desde la visita de ayer al Tussauds, Ada sigue distante. No es que esas cosas me importen normalmente, la verdad es que soy una persona que aprecia el silencio. Pero con ella es diferente. En estos pocos días que nos conocemos, he podido ver que es una persona muy alegre. Verla así de callada y meditabunda no me gusta, aunque lo cierto es que debería darme igual.

De pronto se me ocurre algo y no puedo evitar dibujar una amplia sonrisa, lo cual es raro en mí. Creo que he reído o sonreído más en estos tres o cuatro días que en los últimos diez años.

—¿Por qué sonríes así? —me pregunta Ada, pillándome desprevenido. No me había fijado, pero estaba mirándome.

—¿Por qué no debería? Estoy de vacaciones, a coste cero, con una chica preciosa y divertida que me acompaña, y lo más importante, he desayunado comida sin picante. ¿No puedo sentirme feliz?

—La verdad es que no te pega mucho... Cuando te conocí, no sonreías, solo tenías cara de llevar un palo metido por el culo —dice, mientras se sienta en el banco en el centro de la cabina.

—Vaya, gracias por el piropo.

—Lo siento, pero es la verdad.

—Lo sé. Supongo que ahora estoy más relajado. Vivir constantemente con la presión de tener que hacer siempre que todo salga perfecto, de siempre ser perfecto, es complicado. La relación con mi padre... no es la mejor del mundo. Trabajo en su bufete de abogados, y aunque soy el que más casos lleva y el que más casos gana, nunca soy lo suficientemente bueno para él.

—Lo siento. Debe de ser duro que tu propia familia no te valore. ¿Y tu madre?

—Lo es. Mi madre murió cuando yo era pequeño.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes, hace mucho tiempo de eso. Además, ahora estoy aquí y quiero disfrutar de esta experiencia. Quiero que lo pasemos bien y que aprovechemos cada minuto al máximo, porque eso es lo que vamos a llevarnos. Al final, eso es lo que cuenta.

—Claro. Yo también quiero pasarlo bien. Esto es casi como si nos hubiera tocado la lotería.

—Cierto.

—Está bien, compañero de viaje, a partir de ahora... ¡a disfrutar al máximo y a pasarlo bien!

—¡Así se habla! En cuanto salgamos de aquí, nos tomamos una cerveza para brindar por el viaje.

—Trato hecho —dice, ofreciéndome su mano para cerrar el pacto. La cojo y la aprieto con la mía mientras la miro a los ojos.

—Hace un rato se me ha ocurrido una cosa...

—¿Y qué es? No podemos tener sexo aquí, Gabriel... —Creo que mi mandíbula llega hasta el suelo de la impresión.

—¡Estás loca! Aunque ahora que lo pienso... —digo, tirando de su mano para acercarla más a mí—. No era eso a lo que me refería, pero si te sientes caliente... —Me da un manotazo y se levanta del asiento.

—¡¡Era broma, pervertido!! —me dice, riéndose a carcajadas, y yo me quedo mirándola, embobado.

«Pero ¿qué mierda me pasa?». Sacudo la cabeza y se lo intento explicar... Bueno, más o menos...

—Vale, vale, pero escucha esto. —Me acerco a ella y la acorralo contra el cristal. Sin llegar a tocarla, acerco mi boca a su oído y le susurro—. Antes de que acabe el viaje, vas a estar debajo de mí, encima o a mi lado, gritando mi nombre.

—Se... ¡Serás cochino!

—¡Yo hablaba del parque de atracciones! Qué mente más sucia... —Se queda perpleja, y sigo—. Bueno, a lo que iba... Tengo una sorpresa para ti. Cuando nos bajemos de aquí, vamos a tomar unas cervezas, como te he dicho antes, comemos algo en un típico *pub* inglés y después te llevo a

ver tu sorpresa. ¿Qué te parece?

—¡Genial!



6. Maldita sorpresa

Ada

Bajamos de la noria. Esos treinta minutos que ha durado el recorrido han dado para mucho. Creo que es la primera vez que hablamos de forma tan cercana, bromeando todo el rato y sin contestaciones inoportunas. ¡Al fin! No tuvimos un buen comienzo, las cosas como son, pero ahora parece que hemos encontrado el equilibrio.

Que me molestó lo de la otra noche, pues sí. Que le pedí al servicio de habitaciones que la hamburguesa picase como el mismísimo infierno, pues también. Pero ahora estamos bien y eso es lo que importa. Total, si me paro a pensarlo, hace pocos días que nos conocemos.

—¿Te parece bien el plan, Ada? —Gabriel, con su voz ronca, interrumpe de golpe mis pensamientos.

—¡Sí, claro! Estoy hambrienta, pero muero por ver esa sorpresa de la que me has hablado.

—Dale tiempo. Primero iremos a comer.

—Sí, señor —me burlo de él, dejándole las riendas de la situación.

Cogemos el metro y vamos hasta Covent Garden. Había visto este sitio en películas, así que me giro mirando de un lado a otro para no perderme ningún detalle. Me encanta Londres, es una ciudad moderna, con muchos sitios históricos que ver, y me apuesto lo que quieras a que en menos de lo que pensamos la organización del concurso nos llevará a otro lugar del globo terráqueo. ¡Tenemos que aprovechar lo que nos quede aquí!

Andamos hasta que llegamos a un callejón estrecho que parece sin salida. Allí, un poco escondido, encontramos un *pub* que, según Gabriel, es muy conocido en Londres. Se llama Lamb & Flag. Cuando entramos, parece que hayamos hecho un viaje en el tiempo; el lugar tiene dos pisos y está recubierto de madera que parece bastante vieja, así como de cuadros antiguos. Es hora de comer, así que está llenísimo de gente, que habla muy fuerte alrededor de la barra.

Un camarero nos lleva hasta el comedor del piso de arriba, donde nos acomodamos. Nos recomienda que pidamos lo que llaman *Roast of the Day*, que es ternera acompañada de verduras, puré de patatas y un pan muy especial.

—Eso y unas cervezas —le pide Gabriel.

Nos quedamos solos en nuestra mesa, donde reina el silencio en contraste con nuestro alrededor.

—¿Qué te parece el sitio? —Gabriel lo rompe rápido.

—La verdad es que es muy pintoresco. Es algo así lo que me imaginaba cuando hablabas de un

pub tradicional inglés —le digo.

—Me alegro de que te guste. Que sepas que este sitio era uno de los lugares preferidos de Charles Dickens.

—¿En serio? Qué curioso. —Me fascinan los sitios que guardan pequeñas historias detrás—. Me encanta la historia de *Cuento de Navidad*. ¿La conoces?

—Los fantasmas del pasado, presente y futuro. Sí. —Asiente.

—Al protagonista se le presentan los fantasmas para hacerle darse cuenta de que estaba siendo un avaricioso y asqueroso egoísta.

—Vaya, a quién me podría recordar eso... —Puedo imaginar en quién está pensando.

—¿Te gustaría saber tu futuro? —Me pongo mística.

—Mmm... Sí y no. En parte, prefiero no saber qué va a ocurrir. ¿Y si me atropella un autobús de estos rojos de dos pisos? La ignorancia es la clave a veces.

—¡Ay, no digas eso! Yo sí tengo curiosidad. Mi vida ahora mismo va donde a la organización del concurso le apetece. Yo nunca había hecho algo así. Siempre había preferido las zonas de confort, ¿sabes?

—Las zonas de confort acaban siendo aburridas. Yo soy abogado más por obligación que por verdadera vocación. Por el hecho de seguir el negocio familiar, que, por cierto, sigue yendo como la seda. Pero ¿de qué me sirve tanto prestigio y dinero si luego no tengo tiempo ni para hacer el viaje de mi vida? —Gabriel está empezando a confiar en mí.

—¿Y esto se podría considerar el viaje de tu vida?

—Ya lo veremos. Por lo menos no tengo que rendir cuentas a nadie. Solo a Instagram —me dice, mientras ríe.

—Exacto. —Y yo también me río con él.

Acto seguido le hacemos una foto a la comida y la colgamos en las redes:

#FoodiesLondres #Foodporn #ElRoastEnCompañíaSabeMejor

—Total, tampoco tienes novia... —Cuando esas palabras salen de mi boca me arrepiento al instante.

—No, no tengo novia. No soy mucho de novias —aclaro Gabriel, que parece estar disfrutando con la conversación.

—¿Eres de novios, entonces? —Igual me he perdido algo.

—No, Ada, me gustan las mujeres —aclaro—. Me refería a que no soy de relaciones serias. He tenido pocas en mi vida y no salieron muy bien.

—Vamos, que te agobian los compromisos.

—Normalmente. Ahora mismo, cuantas menos ataduras, mejor. —Pues vaya con Gabriel...

—¿Y tú qué? ¿Tienes o has tenido pareja? —Ahora ejerce el rol de entrevistador.

—Ya te contaré. Lo dejamos para otro momento —le digo, y él me mira extrañado, pero asiente conforme.

Hemos degustado una comida deliciosa y nos disponemos a coger el metro. ¿La dirección? No tengo ni idea. Gabriel quiere darme una sorpresa, y me estoy empezando a poner un poco de los nervios.

Después de unas cuantas paradas, nos bajamos.

—Ya estamos en Camden.

—¿Te refieres a ese megamercadillo rollo alternativo?! —He oído hablar de él. ¿Qué

emoción! No había pensado en venir a este sitio.

—¡Vamos, diseñadora, que esto te va a gustar! —Cómo me conoce...

Hay muchísima gente, así que agarro a Gabriel del brazo y tiro de él para empezar a callejear por el mercadillo. Hay un montón de puestecitos con antigüedades y moda gótica. No es exactamente mi estilo, pero rebuscando un poco, encuentro piezas *vintage* súper originales.

Intento regatear con el señor del puesto con mi inglés nivel medio. No sé si me entiende, pero yo le sigo el rollo. Al final, acabo con una bolsa llena de complementos y cuarenta y cinco *pounds* menos en el bolsillo, pero estoy muy orgullosa de mí misma.

Cuando nos queremos dar cuenta, se nos ha hecho tarde, así que pensamos en comprarnos algo de comer en un puestecillo callejero y luego volver a nuestro hotel. Justo entonces, mis ojos avistan una falda de tul en un perfecto negro brillante, con volantes y un vuelo que ni María Antonieta.

—¡*Oh, my God*, eso tiene que ser mío! —Vuelvo a tirar de Gabriel para que me siga, pero él decide quedarse e ir pidiendo la comida, así que me alejo sola en busca de la falda.

Le pregunto al vendedor, que me dice el precio, y empiezo a tocar el tejido para asegurarme de que es lo que estoy pensando. Es entonces cuando una señora entra en el mismo puesto y empieza a hablar conmigo.

—Ten cuidado, señorita. Puede que esta noche sea movidita —la mujer empieza a hablar y me asusta. ¡Qué narices sabe esta mujer de mi vida!

—Perdone usted, pero no me conoce de nada. —Empiezo a sentir repelús.

—Puede que no creas en nada de lo que digo, pero hay personas, como yo, con el don de poder ver el futuro. —Todo eso dicho con un halo misterioso hace que se me acelere el pulso.

—¿Es usted adivina? —al fin alcanzo a preguntarle.

—Así es. ¿Quieres saber algo más?

—No, no. No estoy segura. Ya me ha dejado usted bastante desconcertada. ¿Acaso hay algo que podría contarme? —Empiezo a impacientarme.

—Por ejemplo, puedo decirte que el amor se encuentra donde menos te lo esperas. Esta noche se te pondrá a prueba, tómatelo con calma y disfruta. No te desanimes, porque aunque a veces las cosas parecen no ir bien, en cualquier momento, tu destino puede cambiar.

Después de escuchar esto, me quedo patidifusa. Completamente en blanco. Es justo entonces cuando aparece Gabriel con la comida.

—¿Qué? ¿Va todo bien? ¿Te quedas la falda?

La adivina aprovecha ese momento para marcharse por donde ha venido, sin decirme ni tan siquiera «adiós». Solo me lanza una última mirada, que no logro descifrar. Todavía estoy desconcertada por lo que acaba de pasar. Ya casi ni me hace ilusión lo de la falda, pero el vendedor, que tiene muchas ganas de quitársela de encima, consigue convencerme. La meto en otra bolsa y buscamos un banco o algún rincón para poder sentarnos a comer.

—Te noto un poco rara —Gabriel empieza la conversación.

—Rara... ¿yo? Para nada. Son imaginaciones tuyas. —No pienso contarle nada de lo que ha ocurrido.

—Entonces, ¿te ha gustado la sorpresa?

—¡Sí! Ha sido muy divertido venir a este sitio. Se puede decir que he estado en mi salsa —le contesto alegremente.

—¡Genial! Sabía que te gustaría. Y...

—¿Y qué? —«Suéltalo ya, Gabriel, porque me va a dar algo».

—Que ya no te odio. O te odio un poco menos. —Su cara sonríe como un niño que acaba de contar un chiste.

—Ah, eso. Pensée que todavía me odiabas. —Cómo le gusta reírse de mí a este hombre.

—Lo de dejarme sin aquel helado de chocolate todavía no te lo he perdonado —contesta burlón.

— En serio?  Me est s diciendo que todavía te acuerdas de ese helado? —Lo que me faltaba. Esto es surrealista.

—Necesitaba ese helado, seguramente, tanto como tú —me sorprende.

—Lo dudo. —Mi cara de digna estirada surge de repente.

—Dicho esto, será mejor que vayamos al hotel. —Ahora quiere marcharse, después de este bombazo. Qué exquisito es.

—Sí, será mejor que nos vayamos. —Y voy repitiendo cosas por lo bajini. Vuelvo a recordar cómo nos conocimos y casi me entra urticaria.

Cuando llegamos al hotel, estamos reventados. No puedo evitar correr hacia la cama y tirarme encima de un salto. Así soy yo. Sencillita.

Más tarde, me ducho, me pongo el pijama y empiezo a preparar la ruta que seguiremos mañana. Gabriel, por su parte, cuando sale de la ducha se viste con ropa más elegante. Al parecer piensa salir, pero a mí no me apetece en absoluto. No hace falta recordar que la organización no quiere que nos separemos a más de no s  cuántos metros de distancia.  Cosas del concurso! Pero creo que solo va a tomarse un *gin-tonic* en el bar del hotel. No tardará mucho en volver.

—Voy a tomarme algo en el bar.  Est s segura de que no te apetece venir?

—No, la verdad es que ahora mismo no me apetece tomar nada. Creo que la cena no me ha sentado del todo bien. Si no te importa ir solo...

—No te preocupes. No tardará mucho.

Yo continúo revisando los museos que queremos ver y los monumentos por los que todavía no hemos pasado. Estoy feliz porque hoy hemos tenido un día muy agradable, pero no puedo evitar pensar en lo que me ha dicho la adivina misteriosa. Siempre había creído que será genial conocer el futuro, pero ahora no s  qué pensar. Le doy vueltas y no le encuentro ningún sentido. Estoy tranquila mirando mi guía de viaje en una habitación de la ciudad de Londres  Qu  podría pasar esta noche?

Pasan un par de horas y empieza a entrarme sueño, así que me meto en la cama y me tapo.   Qu  estar  haciendo Gabriel, que tarda tanto?  Le habr  pasado algo? . Lo dudo, así que mejor intento conciliar el sueño y ya vendrá cuando quiera. Así me evito abrazos indeseados.

Un rato después empieza a sonar el tono de llamada del móvil   Qui n narices llama a estas horas de la noche? . Gabriel no puede ser, porque el único móvil que tenemos es este. Después de mis especulaciones, finalmente, lo cojo.

—Hola, Ada, te llamamos de la organización del concurso. Si no quer is incumplir las normas, Gabriel y t  deberíais estar juntos.

—Está abajo, en el mismo bar del hotel. Pensamos que no habría problema con eso. —Tengo miedo de que hayamos hecho algo mal.

—Si es así, está bien, pero av salo de que no puede salir del hotel sin ti y que debéis compartir la habitación.

—Por supuesto, ya lo sabemos.

—Bien, estamos en contacto. —Y cuelga sin más.

Me da una pereza horrible tener que vestirme ahora y bajar al puñetero bar para recordarle al

señorito que tiene que volver al nido a dormir. Cojo una bata fina, la llave de la habitación, me calzo mis zapatillas de conejitos y salgo para llevar a cabo mi misión.

Recorro el lugar con la mirada hasta dar con él. Está sentado de espaldas en la barra, tomando un *gin- tonic*. Me acerco a él.

—Gabriel. —Se gira sorprendido.

—¿Qué haces aquí? —Me recorre de arriba abajo con la mirada.

—¿Qué miras?

—¿Tú qué crees? —me dice, elevando las cejas.

—¿Algún problema con mis conejitos? —Muevo mis pies, haciendo que las orejitas bailen.

—No, ninguno en absoluto.

—Mmm... a lo que venía...

—¿Venías a enseñarme tu modelito?

—Qué gracioso eres, cielito... No, vengo a decirte que han llamado de la organización para recordarnos que no podemos separarnos y que, por supuesto, tenemos que compartir habitación.

—¿Cómo?! —Una rubia chillona me interrumpe.

—Eh... —Gabriel alterna su mirada entre nosotras.

—¿Y esta quién es, Gabi? —le dice la rubia, mientras se agarra a su brazo. Me suena de algo y no sé de qué.

—Ada, ella es Charlotte. Charlotte, mi compañera de viaje, Ada —dice Gabriel un tanto tenso. Ah..., la del museo.

—Pues no me la imaginaba así, encantada, niña —dice, mientras me hace un repaso. ¿Niña? Pero ¿esta de qué narices va?

—No puedo decir lo mismo. Te espero en la cama, Ga-bi. —Me marcho toda digna, conejitos danzando y bata al viento.

Subo en el ascensor, despotricando sola en voz alta. La gente me mira, pero no me importa. Me meto en la cama y no puedo evitar pensar en ella: Charlotte. ¡Maldito imbécil, ladrón de helados! Mira que hacerme salir de la cama para ir a buscarlo, y él, tan tranquilo, de copas con Charlotte. ¡Qué poco le interesa el concurso! Espero que no ponga en riesgo el premio o me va a oír. Ahora sí que mi humor nocturno desciende hasta los fondos del inframundo.



7. Bajo la lluvia

Gabriel

Después de que Ada y sus conejitos salen del bar, Charlotte se pone muy pesada; que por qué tenéis que compartir habitación, que cómo es posible que os obliguen a compartir cama, que por qué no abandonas el viaje... Y hasta ahí podríamos llegar, nadie va a decirme qué hacer con mi vida.

—Mira, Charlotte, creo que será mejor que lo dejemos para otro día.

—Pero ¿por qué? Si no estáis juntos, ¿no?

—Ada no tiene nada que ver con esto. Vamos a dejarlo aquí.

—Como quieras, pero que sepas que ella no me llega ni a la suela de los zapatos.

—No, ella te pasa muy por encima de la cabeza... —Sin esperar su respuesta, dejo un billete sobre la barra y me voy.

Necesito tomar un poco el aire, no me gustan estas situaciones. No me gusta verme en estas tesituras de celos absurdas. Siempre he dejado muy claras cuáles son mis intenciones cuando tengo algo con una mujer.

Ada me resulta atractiva, de eso no hay duda, pero tener algo con ella sería peligroso. ¿Y si ella quisiera más? Tengo claro que yo no quiero comprometerme; mi objetivo ahora es conseguir ese dinero y montar mi propio bufete. Ella no parece que sea de esas chicas que acceden a tener relaciones sin compromiso, algo que dure solo mientras estemos de viaje o, incluso, menos. Estropearíamos esta experiencia y quiero disfrutarla al máximo.

Me dirijo a la parte alta del hotel. Quizá pueda acceder a la azotea. No puedo salir del edificio sin Ada, así que la opción de salir a dar un paseo nocturno queda totalmente descartada. Para mi suerte, hay acceso a una terraza. La noche es fresca, bastante, contando que estamos en primavera y esto es Londres. Camino hasta apoyarme en la barandilla. La ciudad está completamente iluminada, unos pocos coches circulan por sus calles y apenas algunas personas deambulan a la luz de las farolas.

Es relajante notar el aire contra la piel. Levanto la vista al cielo, donde están empezando a formarse algunas nubes. Supongo que no tardará en llover.

—Creí que estarías en alguna habitación del hotel con Charlie... —Oigo a Ada detrás de mí.

Me giro al escuchar su voz y no puedo evitar sonreír al verla. Lleva una parca que cubre su cuerpo hasta por encima de las rodillas y en sus pies siguen los conejitos.

—En algún momento, tendrás que explicarme la historia de esos conejitos.

—No hay mucha historia detrás; me los regaló mi abuela cuando no atravesaba un buen momento, supongo que con la intención de levantarme el ánimo y desde entonces no me he separado de ellos.

—Bonito regalo.

—Los regalos en sí no son importantes, lo importante es lo que significan y, sobre todo, de quien provienen.

—Supongo que sí. Nunca he recibido ese tipo de regalos. Normalmente me daban un cheque.

—Vaya. Esos tampoco están mal a veces —bromea.

—Cierto.

Por unos segundos nos quedamos en silencio, observando la ciudad.

—Tu regalo de hoy, por ejemplo, ha sido precioso —me dice ella, rompiendo el mutismo.

—Yo no te he hecho ningún regalo.

—Sí que me lo has hecho, has elegido acompañarme a Camden en vez de ir a cualquier otro lugar porque sabías que a mí me iba a gustar. Eso es un regalo. Así que gracias —al decir esto último se gira hacia mí, buscando mis ojos.

—De nada, entonces. —Y no tengo ni idea de por qué, pero mi voz suena ronca —. ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba aire fresco, no podía dormir.

—Siento si antes Charlotte te ha molestado.

—No me ha molestado. Aprendí hace mucho a ignorar comentarios que no me interesan.

—Pues me ha parecido que te habías ido enfadada.

—¿Yo? Qué va... ¿Por qué debería?

—No sé, es solo una sensación. No deberías enfadarte porque no tengo nada con ella, aunque tampoco contigo...

—Ni que yo quisiera algo contigo...

—Ah, ¿no? —le susurro, mientras me acerco más a ella.

Desde este mismo instante sé que estoy jugando con fuego y que acabaré ardiendo. «Apártate, Gabriel, mantente alejado. No puedes, no con ella, el viaje se irá a la mierda... Acabas de pensar hace un rato que esto no era buena idea».

—Gabriel, yo... —Su voz tiembla al hablar y no es de frío.

Mis manos van hacia su cara, y juro que se han movido solas, ni siquiera estaba pensando en tocarla, pero una vez rozo su piel no puedo apartar las manos de ella. Su piel es suave, cálida. Mi pulgar toma la iniciativa y roza su labio inferior, arrastrándose por él. Tiembla, pongo mi mano izquierda en su cintura y acerco mi cuerpo aún más al suyo hasta que no queda espacio entre nosotros.

—Ada...

Mi cabeza empieza a bajar en busca de sus labios, estamos tan cerca... Nuestras respiraciones se aceleran y sé que ya he perdido toda mi puñetera determinación. Se acabó, tengo que probarla, ahora.

Unas gotas empiezan a estrellarse con fuerza contra nosotros y nos separamos de golpe al notar el agua helada. «Justo lo que necesitaba para enfriarme... las ideas».

—¡Mierda! ¡Que fría está! —grita, dando saltitos e intenta cubrirse torpemente la cabeza con sus manos.

—¡Esa boquita!

—Cállate y corre, ¡¡que vamos a pillar una pulmonía!!

—¡¡Qué sosa!! Solo es agua. Y luego soy yo el que lleva un palo metido por el culo...

—¿Y qué quieres hacer?

—¿Bailar? —«¿En serio, Gabriel? ¿No se te ocurre nada más estúpido?».

—Estás como una cabra —me dice, incrédula.

—Puede que sí, pero ¿bailas conmigo? —Tiendo mi mano hacia ella.

Sonríe, saca el móvil del bolsillo de la parca y antes de que pueda preguntarle, la música comienza a sonar. Coge mi mano y empieza a moverse, lo que hace que mi cuerpo enseguida se ponga en movimiento. Ahora mismo ya estamos completamente mojados, así que... ¿qué más da un poco más?

Bailamos hasta que acaba la canción sin parar de reír y de hacer el payaso. ¿Por qué nunca se me ha ocurrido hacer esto antes? Es... liberador, aunque solo no sería lo mismo. En una última pirueta, Ada rueda bajo mi brazo y acaba enroscada a mi cuerpo.

—Estamos empapados —dice, mirándome.

—Lo sé. —Mis brazos la envuelven por la cintura.

—Deberíamos entrar, nos pondremos enfermos...

—¿Qué canción era? —digo sin soltarla.

—*La cintura*, de Álvaro Soler.

—Me gusta.

—A mí también. —Su mirada se vuelve cálida.

Sin poder evitarlo, ese imán vuelve a atraerme hacia ella, hacia su boca. Mis manos aprietan su cintura, atrayéndola más a mí. Sus manos se aferran a mi cuello.

—¡Disculpen! ¡Será mejor que entren! Voy a cerrar la terraza. —Nos giramos sorprendidos y vemos a un hombre del personal del hotel que nos sujeta la puerta para que entremos. Al pasar nos da un par de toallas para que nos sequemos un poco.

—Gracias —decimos a dúo Ada y yo, para después ir hasta el ascensor.

El ambiente se ha vuelto raro. «Normal, si no hubieras intentado besarla dos veces, merluzo». Bajamos en silencio el trayecto en ascensor y cuando entramos a la habitación, cedo el baño a Ada para que se duche primero. Tras discutir por unos segundos, al final accede. En diez minutos vuelve a estar fuera y paso yo para intentar entrar en calor bajo el agua caliente.

Cuando salgo, Ada ya está metida bajo las sábanas en su lado de la cama. Sus ojos están cerrados, pero sé que no está dormida. Debemos hablar sobre lo que ha pasado hace un momento. La ducha me ha servido para aclarar las ideas. Algo entre nosotros solo traería problemas. Si queremos lograr nuestro objetivo, que es ganar ese dinero, será mejor que mantenga mis manos alejadas de ella.

—Ada, ¿estás despierta?

—Sí —su voz suena soñolienta.

—Solo quería aclarar algo y te dejo dormir. Yo... creo que lo mejor es que olvidemos lo que ha estado a punto de pasar allí arriba. No quiero hacerte daño y no quiero estropear el viaje. Es mejor que nos mantengamos en la línea de la amistad y no pasemos de ahí.

—Claro, no hay problema. —«¿De verdad? Así, ¿tan fácil?».

—Perfecto. Que descanses.

—Igualmente, hasta mañana. —Vuelve a girarse hacia su lado. Bien. Ahora solo tengo que conseguir dormir...

Los días siguientes los pasamos paseando por Londres, haciendo fotos para las redes sociales y conociéndonos un poco mejor.

Una mañana nos despierta el sonido estridente del teléfono móvil. Me arrastro por la cama y, estirando el brazo sobre Ada, que sigue durmiendo como un tronco, lo cojo de su mesita de noche. Por un momento me quedo absorto mirando su cara envuelta por su pelo castaño, revuelto sobre la almohada, hasta que otro timbrado me hace reaccionar.

—¿Sí?

—Buenos días, en treinta minutos os recogerán en la puerta del hotel para llevaros al aeropuerto.

—¿Puedo preguntar adónde vamos?

—Puedes, pero no voy a decírtelo. No os retraséis. Estamos en contacto. —Y cuelga.

—¿Nos vamos? —Me giro hacia ella al oírla y no puedo evitar reír—. ¿De qué te ríes?

Señalo su cabeza, y rápidamente lleva sus manos hacia allí para notar que su melena está alborotada y salvaje. Está preciosa. «Mierda, Gabriel, céntrate o de esta no salimos vivos».

—Hay que ponerse en marcha, en treinta minutos nos recogen en la puerta del hotel —le digo, desviando la mirada.

Ada da un salto de la cama y se dirige al baño, cogiendo antes algo de ropa mientras murmura palabras que no alcanzo a entender. Algo así como... «puñeteras prisas...».

Niego, divertido, con la cabeza y me pongo en marcha. Recojo las pocas cosas que tengo esparcidas por la habitación. Por suerte, soy bastante obsesivo del orden y casi todo está bien colocado en el armario, con lo que tardo solo unos minutos en ponerlo otra vez en la maleta. Aparto ropa para vestirme después de ducharme y, para hacer tiempo, ayudo a Ada con sus cosas. Meto la ropa que tiene en el armario en su maleta y recojo algunas cosas que también tiene por la habitación.

—¡Vaya! ¡Gracias! No hacía falta —me agradece al salir del baño y ver que casi todas sus cosas ya están en la maleta.

—De nada.

Me meto en la ducha y dejo que el agua resbale por mi cuerpo durante unos segundos. ¿Adónde nos llevarán esta vez? Me enjabono rápido y, después de aclararme, salgo de la ducha. Me visto dejando mi pelo húmedo, no me da tiempo a secarlo. Unos pantalones tejanos, una camiseta blanca y me pondré la cazadora de piel. Ahora que me miro al espejo, quizá debería afeitarme, desde que empezamos el viaje no lo he hecho. No tener que ir al bufete a trabajar me da esa libertad. Mi padre no me dejaría entrar allí, si hubiera un solo pelo en mi cara... Decidido, la barba se queda.

Cuando salgo, Ada ya está esperándome con todo listo. Se ha puesto unos *jeans* ajustados y una camiseta blanca. Cuando me ve salir, coge su chaqueta y se la pone a la vez que yo. Cuando nos miramos no podemos evitar reír, ¡vamos vestidos igual!

—¡Parecemos gemelos!

—Quedamos muy bien juntos —le digo con picardía, mirándonos en el espejo grande que hay en la puerta del armario.

—Vamos, llegaremos tarde. —Abre la puerta y sale tirando de su enorme maleta. Yo la sigo en silencio.

Después de más de diez horas de viaje, entre aeropuertos y vuelos, aterrizamos en Riviera Maya. Estamos muy emocionados. Pasar del frío y la humedad de Londres al sol y calor de aquí es un gran cambio.

Tras un buen rato en coche, por fin llegamos al resort. Y debo decir que ambos nos quedamos con la boca abierta. Es impresionante; tiene playa privada y las habitaciones están repartidas en muchos pequeños edificios de aire caribeño. Hay varios restaurantes, algunas tiendas y una discoteca dentro del recinto.

En la recepción nos dan un sobre de parte de la organización del concurso con dinero para gastar durante nuestra estancia aquí y unos folletos con las excursiones que podemos elegir. Hay muchísimas que nos llaman la atención: buceo, nado con ballenas, visitas a diferentes sitios turísticos e increíbles playas. Tendremos que repartir bien el tiempo.

Después de dejar nuestras maletas en la habitación, hacemos una foto para Instagram:

#MéxicoLindoyQuerido #AdayGabrielenelCaribe

Vamos a comer algo y a explorar por el resort. Estamos cansados, pero tan emocionados por descubrir este lugar nuevo que nos da igual.

Comemos algo y vamos a uno de los chiringuitos a tomarnos nuestro primer cóctel, mientras hablamos de lo primero que haremos mañana por la mañana. Cuando estamos ahí, se acercan a nosotros dos parejas, a los que teníamos vistos de la llegada al hotel, y se presentan. En seguida nos ponemos a hablar y hacemos buenas migas; tanto, que decidimos ir a celebrar la primera noche en Riviera Maya yendo a la discoteca a tomar algunos tequilas.

En la discoteca bebemos chupito tras chupito, *daikiri* tras *daikiri* y bailamos canción tras canción. Noche, música y tequila, ¿qué podría salir mal?



8. Noche, música y tequila

Ada

El sol apunta ferviente hacia mi cara, se hace cada vez más difícil seguir durmiendo. Tengo que asumirlo: es de día y hay muchas cosas que hacer hoy. Sin embargo, la cama me abraza y no tengo ganas de levantarme.

—Buenos días, Ada —la voz de Gabriel suena más ronca que nunca. Yo apenas puedo entreabrir los ojos para mirarlo.

—Buenos días —alcanzo a decir, soñolienta.

Poco a poco me voy despertando y, entre bostezos, estiro mis músculos de forma poco sutil. Cuando por fin decido abrir los ojos, veo la habitación llena de ropa tirada por el suelo. Parece que haya pasado una estampida de elefantes por aquí. Me quedo más de diez segundos asimilando lo que estoy viendo. Entonces miro hacia abajo. Allí estoy yo, debajo de las sábanas con unas braguitas y un sujetador. Nada más que añadir.

—¡¡Gabriel!! —chillo. Y mi reacción no la considero desmesurada, básicamente, porque no sé qué narices ha pasado aquí.

—¿Qué quieres? No hables tan fuerte, me duele mucho la cabeza, joder. —Gabriel sigue medio dormido, ajeno a la jungla que parece nuestra habitación. Pero yo no puedo quedarme tranquila.

—¡¡Gabriel!! ¿Qué hemos hecho? —Mi tono de voz es cada vez más preocupado. No lo quiero ni pensar, pero no puedo dejar de hacerlo.

—¿Qué hemos hecho de qué? —Ahora parece que se está despertando, porque se acaba de girar hacia mí, con su especial desperezo sensual de anuncio de colonia.

—Muy fácil. ¿Qué ha pasado esta noche? No me acuerdo.

—¿No te acuerdas de nada? —Me pone ojos de corderito degollado.

—No...

—Yo tampoco, Ada. —Nos miramos intensamente.

—Genial —digo con toda la ironía que me queda.

—No te preocupes, Ada. —«¿Que no me preocupe?».

Desvió la vista de él y vuelvo a admirar la habitación desastre. Me levanto y me llevo la sábana conmigo, sin importarme dejar a Gabriel sin ella.

—¡Ada! ¿Qué haces? —me dice, sobresaltado—. Si quieres verme desnudo, solo tienes que

pedirlo.

—Vístete, anda. Me muero de hambre, vamos a desayunar.

Él está en calzoncillos, lo cual no sé si es bueno o malo. «Pero... qué sexi está así», pienso durante unos segundos y, antes de que tenga que recoger mi baba con pala, voy derecha a la maleta en busca de algo que ponerme.

Me decanto por algo básico: un *short* y una camiseta de manga corta. Mientras me acabo de arreglar, voy metiendo prisa a Gabriel, que está hecho polvo. Se podría decir que compartimos un dolor de cabeza horrible, digno de una resaca brutal. «¿Cuántos *daikiri* me bebí?». O mejor, ¿cuántos nos bebimos? Porque al parecer se nos fue de las manos.

Cuando Gabriel está listo, salimos de nuestra maravillosa villa con aspecto desastroso y nos dirigimos al comedor al aire libre, donde nos está esperando un gran bufé con todo tipo de comida: fruta fresca, ensaladas, bollería, embutido, pan...

Cogemos un poco de todo y nos sentamos en una mesa frente a una palmera. Minutos después, se nos acerca una de las parejas que conocimos ayer en el hotel.

—Hola, chicos, ¿cómo estáis? Ha sido un despertar resacoso.

—¡Hola! —A Gabriel le cuesta hasta hablar, pobrecito mío. Menos mal que estoy yo—. Sin duda, ha sido un despertar un poco horrible.

—Pero recuerdo pasármelo muy bien, la verdad. Nos reímos muchísimo. —Laura es tan mona y simpática que me la llevaría a casa.

—¿Sabéis lo peor? No nos acordamos de nada de lo que hicimos ayer. Solo tenemos algunos *flashes* de la noche —comenta Miguel.

—¡Nosotros tampoco! —dice Gabriel, por fin.

—Qué bien —digo. Esto es de risa. Aunque no sé si reírme o llorar.

Enseguida, llega la otra pareja que conocimos ayer: Aitor y María.

—¡Hola, chicos! —dicen los dos al unísono.

Acercamos otra mesa para poder sentarnos los seis y desayunar juntos.

—Vaya novecita, eh... —empieza Laura.

—Brutal —dice Aitor—. De lo que nos acordamos, claro.

—¿Vosotros tampoco os acordáis? —digo. «Vaya, parece que lo de pasarse con el tequila no fue solo cosa nuestra».

—Madre mía. Vaya fiesta nos montamos nosotros solos. —Aitor es uno de los chicos más graciosos que he conocido. Ayer no podíamos parar de reír de todo lo que soltaba por esa boca.

—¡Hasta bailé! —Miguel es más tímido y un buenazo.

—Ya me acuerdo de tu súper baile, cariño —le dice Laura con ironía.

—¿Y qué vais a hacer hoy? —pregunta Aitor al grupo.

—Pasaremos la mañana en la playa del hotel. Necesitamos relax. ¿Os apuntáis? Por la tarde, si no tenéis nada planeado, podríamos hacer alguna excursión juntos. Hay sitios alucinantes que ver por aquí.

—¡Nos apuntamos! —dicen Aitor y Laura.

—Estoy deseando pisar esa playa de arena blanca y agua turquesa —digo al grupo.

—Me parece genial —está de acuerdo Gabriel.

Después del gran desayuno, nos encontramos en la playa del resort. Sentados en unas tumbonas y con un refresco en la mano, podemos decir que estamos la mar de bien. Nunca he estado en una playa como esta, así que me parece como estar en un sueño. Me siento divina con mi bikini negro de tiras que marca mi silueta; tanto, que hasta me apetece hacer un poco de postureo, así que me

hago algunas fotos con el móvil y las cuelgo en nuestras redes sociales:

#TostándomeAlSol #AguasCristalinas #ParaísoEnLaTierra

—Esto es el paraíso —le digo a Gabriel, que está en una tumbona a pocos centímetros de la mía.

—Ahora podremos descansar de verdad. ¿Sabes el tiempo que llevaba sin unas vacaciones así?

—Yo hace mil siglos que no tenía y mucho menos en un resort de cinco estrellas en mitad del Caribe.

—Si en el fondo tenemos cosas en común. —Di que sí, Gabriel.

—Eh, chicos, he traído la cámara, ¡vamos a hacernos algunas fotos de recuerdo! —Esa es Laura, que le encanta fotografiar cada cosa que le pasa por delante. Ella y su cámara son uña y carne.

—Gabriel, ¿nos hacemos tú y yo una para redes?

—Mejor te la hago yo a ti.

Gabriel me hace la foto y me pasa el móvil para que la vea. Después, la subo a Instagram y espero que los corazoncitos aparezcan:

#LaSirenita #AlPríncipeNoLeGustanLasFotos #CuandoNoMireFotaza

—¡Ay, Dios! ¡Vaya foto colgamos anoche! —digo en voz alta.

—¿¿Qué?! Déjame ver eso. —Gabriel se va poniendo más pálido mientras mira nuestra foto de borrachera con tequila.

#CantayNoLlores

Le quito el móvil de las manos y le digo:

—No le des más vueltas. Lo hecho, hecho está. Creo que es la foto en la que tenemos más *likes* —digo, riéndome, al ver su cara de horror.

Laura nos llama y acabamos todos en la orilla haciendo posturas extrañas. Luego, nos ponemos todas las chicas y le pedimos a Aitor que nos haga una foto en la que salimos estiradas en la arena como si fuésemos unas lindas sirenas. Veo que Gabriel no me quita ojo.

—¡Estas fotos han quedado espectaculares, niñas! —dice Laura, que tiene toda la razón.

—Ya ves, qué pasada.

—¡¡Aaaahhhh!! ¡No os lo vais a creer! —grita Laura.

—¿Qué ocurre? No me asustes —le digo.

—Sabéis que nunca me separo de mi cámara... Pues ayer, durante la noche, hice más de trescientas fotos. Están aquí.

—¡Qué fuerte, podremos saber qué hicimos! —dice María, que se acaba de emocionar.

—¿Y estáis seguros de que queréis saber qué paso? Quizá damos vergüenza ajena, y yo tengo una reputación. —Gabriel a su rollo.

—¡Tenemos que ver esas fotos, Laura! —le digo. Es absolutamente necesario.

—A ver...

Laura empieza a pasar fotos atrás en la cámara muy lentamente. Empezamos por el principio de

la noche, cuando todavía parecíamos personas normales y civilizadas. En la primera foto, estamos en una mesa, tomándonos unos cócteles típicos mexicanos. Más adelante, ya empezamos a tener las mejillas rojas y unas sonrisas de oreja a oreja.

—Aquí nos estábamos descojonando, por lo visto —dice Miguel.

—Vaya pintas... —María se lleva las manos a la cabeza.

Setenta fotos más adelante ya nos encontramos de pie en la discoteca. Un baile por aquí, un baile por allá y la cosa se va desmadrando. También hay videos. Esto ya se sale. No tengo ni puñetera idea de cómo bailar salsa, pero allí estoy, dándolo todo con una de las chicas.

Luego, empezamos a saltar en un pasillo, que no había visto hasta ahora. Más limón y tequila. Los chicos se desabrochan la camisa. Más risas. Se inicia un nuevo video. Estoy sola sentada en uno de los sofás, mirando el suelo. Viene Gabriel y tira de mi brazo para salir a bailar. Nos acercamos. ¡Mucho! Parece que estamos entrelazados, bailando desinhibidos en la discoteca. Nuestros amigos nos rodean, mientras lo dan todo. ¡Qué siga la fiesta!

Más chupitos. Se suceden las fotos y los videos. María y Aitor se van agarrados con unos vasos de tequila en la mano. Laura y Miguel no paran de saltar y decir: «¡Olé, la fiesta!». Gabriel y yo estamos más pegados que nunca. Con la excusa de que estamos bailando, poco falta para rozarnos cualquier parte del cuerpo. Tengo mi pierna entra las suyas mientras muevo las caderas. Gabriel sonrío y pone una de sus caras ardientes. El vídeo acaba ahí.

—Ya no hay más fotos ni vídeos —dice Laura—. Bueno, ahora ya sabemos que se nos fue un poco la olla, pero podría haber sido peor. Lo que pasara en las habitaciones ya es un gran misterio.

—Bendito tu amor por la fotografía, nena —le dice María a Laura mientras la abraza.

Es entonces cuando desvío la vista y observo a Gabriel, que mira hacia otro lado. Se ha quedado muy serio. Podría decir que hasta blanco. De hecho, se va solo hacia la orilla y se queda mirando el mar. ¿Qué mosca le habrá picado?

Me debato entre dejarlo estar e ir a hablarle. Al final, como no puedo estarme quieta, voy hacia él para averiguar qué le pasa.

—Gabriel, ¿te pasa algo? Te has puesto muy raro de repente.

—No, para nada —me contesta.

—Vamos, no puedes engañarme. Te has puesto muy tenso —le insisto.

—Será mejor que me dejes un rato a solas, Ada.

Me voy sin decir nada. No entiendo qué le ocurre a este hombre. Si es que es peor que yo, que a veces soy la reina del drama. ¿Qué ha podido pasar? Si hace unos minutos estábamos riéndonos de las tonterías que hacíamos en las fotos. En fin, espero que no sea nada importante.

Después de un rato chapoteando en las aguas cristalinas del Caribe, Gabriel se acerca a mí. Eso sí, sin quitarse la cara de preocupación.

—Ada —me habla mientras anda.

—¿Qué pasa, Gabriel? Mira, no te entiendo a veces. ¿Es que no confías ni un poquito en tu compañera de viaje? Si hasta compartimos cama, por favor... —Estoy un poco indignada.

—Ada, no es eso.

—Entonces, ¿qué es? Dímelo ya.

—Que ya me acuerdo de lo que pasó anoche.

—¡Ah, pues genial! ¿Serías tan amable de explicármelo? Porque yo no recuerdo absolutamente nada. —Gabriel se queda mirándome, como valorando si contarme lo que sabe o no.



9. Sustos, tortugas y abrazos Gabriel

—Gabriel, ¿me oyes? ¿Piensas explicarme qué pasó o no?

Me quedo mirándola. Para qué narices le he dicho nada, seguro que es una cagada explicarle lo que pasó entre nosotros. «Pues haber cerrado la boca, macho».

—Sí, te oigo, es solo que...

—¿La liamos mucho?

—Un poco.

—¿Cuánto? —Vale, allá vamos...

—Nos besamos.

—Buf, me habías asustado, eso tampoco es para tanto, ¿no? Un piquito se da a veces entre amigos...

—No fue un piquito.

Me mira sorprendida, aunque, la verdad, no sé de qué se sorprende... Es obvio que, si no tuviéramos que compartir este viaje, ya nos hubiéramos abalanzado el uno sobre el otro.

—Entonces... —Vale, se acabó. Se lo suelto y que sea lo que tenga que ser.

—Nos devoramos el uno al otro, Ada. Fue empezar a besarnos y ya no podíamos parar. Nuestras bocas se buscaban una y otra vez. Nos arrancamos la ropa casi a mordiscos. Nuestras manos moldearon el cuerpo del otro hasta incendiarlo. Pero cuando nos quedamos en ropa interior en la cama, parece que algo de riego llegó a nuestro cerebro y decidimos parar antes de ir más allá.

Se ha quedado con la boca abierta, se mueve inquieta y me mira como si... como si quisiera un poco más de eso. Mi zona sur levanta la mano en ese momento, sumándose a la demanda. «Lo que me faltaba».

¿Podría habérselo dicho de otra manera? Seguramente. Pero es imposible simplificar lo que pasó anoche a unos simples besos porque no fue así. Porque, sí, estábamos algo bebidos, pero eso no hubiera pasado si no nos atrajéramos mutuamente de esta manera tan... salvaje.

Creo que nunca había tenido una necesidad tan primitiva de nadie. Una necesidad de tocar, besar y saborear cada parte de su cuerpo.

—Yo...

—No pasa nada, Ada. Habíamos bebido y se nos fue un poco de las manos. —¿Qué voy a decirle? No quiero que se sienta incómoda.

—Va... vale, ¿todo bien, entonces?

—Sí, el único que va a necesitar tiempo para cicatrizar es mi hombro. —Me mira sin entender. No he dicho que no sea un poco travieso...

Me giro completamente hacia ella y le muestro el mordisco que dejó anoche sobre mi piel. Se pone roja hasta la raíz del pelo y sus dientes atrapan su labio inferior, donde mis ojos caen sin poder evitarlo. Nos miramos fijamente y antes de que pueda decir nada más, me giro hacia el mar y corro a meterme dentro. Lo sé, soy un cobarde. Una vez salgo a la superficie, me giro hacia la orilla y la veo todavía ahí de pie, mirándome. «Infierno, allá voy, espero que sea mejor de lo que dicen». Justo en ese instante, vuelvo a pensar en todo lo que pasó anoche...

No se nos resistió ni la salsa, ni el pop ni la bachata. Teníamos tanto alcohol encima que la vergüenza estaba por los suelos también, la verdad.

Sin despegarme del cuerpo de Ada, nos dijimos cosas que no nos hubiésemos dicho sobrios.

—¿Sabes que esa barba te queda genial?

—¿Te gusta?

—Sí, me gustan los hombres con barba. —Puso sus dedos sobre mi mentón, mientras yo sonreía como un tonto.

—Ada, me encanta cómo eres.

—¿Y cómo soy?

—Eres muy alegre y eso me gusta. Estoy muy a gusto contigo, aunque tuvimos un mal comienzo.

—Tú me has sorprendido, la verdad.

—¿Te gusta el Gabriel que ves ahora?

—Sí. Me parece un hombre muy interesante.

—¿Interesante? Me matas —le sonreí. Estábamos tan cerca que no podía ni pensar.

—No tengo ganas de irme de aquí —dijo, mientras colocaba sus brazos alrededor de mi cuello.

—Sabes que los camareros quieren cerrar ya, ¿verdad? —reí.

—Ups. Vamos a la habitación, entonces.

Fue oír sus palabras y mi cuerpo entró en estado de ebullición porque, aunque en ese momento el alcohol dirigía mis pasos, era muy consciente de lo que podía pasar entre nosotros. Toda esa atracción contenida, la tensión sexual que a cada minuto que pasaba sentía que podía explotar por los aires como una bomba al cortar el cable equivocado.

Con muchas dificultades y más de un tropezón por los pasillos del resort, llegamos a nuestra villa. Sin pensarlo dos veces, nos dirigimos al balcón, donde seguimos nuestra conversación. Mi cabeza cada vez se sentía más despejada de alcohol, pero mi cuerpo cada vez estaba más embotado por el deseo.

—Me lo estoy pasando muy bien, este sitio es increíble —dije.

—Yo también.

Desde el balcón, tenemos vistas al jardín, lleno de árboles y fauna exótica. Hacía un calor importante, pero ya no sabía si era por el alcohol, por el clima tropical o porque estaba demasiado encima de mi compañera de viaje.

—No quiero que este viaje acabe nunca. —Ada apoyó su cabeza en mi hombro.

—Yo tampoco. —La miré inclinando mi cabeza. Ada dio un paso al frente y, al girarse,

quedamos cara a cara.

Cogí sus manos y acaricié sus dedos, la miré. Le acaricié el dorso y, lentamente, subí por sus brazos, creando círculos lentos que erizaron su piel. Vi cómo se mordía el labio inferior, apoyé mi frente en la suya y suspiré al dejar salir poco a poco el aire de mis pulmones. Mis manos siguieron su recorrido hasta llegar a sus hombros. Coloqué cada una de ellas a un lado de su cuello y las deslicé hasta sujetar su mandíbula para alzar un poco más su cara.

—Yo... —susurré.

—Tú... —Su voz sonaba tan alterada que no pude evitar volver a mirarla a los ojos. Estaban brillantes, llenos de ese anhelo contenido que yo también conocía muy bien.

Desvié después la mirada a sus labios y dejé escapar un gemido al ver que sus dientes lo estaban apresando aún más fuerte. Mi mano se movió y tiré de él para evitar que se hiciera daño y porque, ¡joder!, yo quería morderlo también. Me incliné un poco y dejé un suave beso sobre él y en las comisuras de su boca, lo que provocó que un gemido estrangulado abandonara la garganta de Ada. Nos estaba torturando un poco más a ambos y era muy consciente de ello, pero quería disfrutar cada segundo y llevarla tan al límite que cuando atacara su boca cayera rendida a mis caricias.

—Gabriel...

No necesité nada más, solo mi nombre saliendo de su boca y ya no hubo marcha atrás. Entonces, antes de dejar que la razón nos rompiera el momento, nos besamos. Nos besamos lentamente al principio, saboreándonos, disfrutándonos. Mi boca buscaba la suya una y otra vez, entré en ella y cuando percibí su sabor la rodeé con los brazos para acercarla más a mí, si era posible. El ansia nos pudo, y el beso se volvió desesperado; enlazamos nuestras lenguas y nos marcamos el uno al otro con los dientes. La pasión se desató. No surgieron más palabras, solo besos.

Bajé mis manos hasta su culo y de un tirón la insté a que rodeará mi cintura con sus piernas. Seguimos besándonos, mientras caminaba hacia el interior de la habitación, y la apoyé en la primera pared que encontré para poder usar una de mis manos.

Acaricié su cara y ella me agarró por el cuello con poca delicadeza. Sus labios eran perfectos: suaves, húmedos y estaban hinchados por culpa de mis besos. Hundí mi mano en su pelo y tiré de él para acomodar mejor mi boca a la suya. La situación fue subiendo de tono, y el calor de nuestros cuerpos aumentó. Nuestras respiraciones se entrecortaban y sonaban jadeantes. Empecé a frotarme con ella buscando algo de fricción. Mi cabeza cayó hacia atrás, y Ada lamió mi cuello para después morder mi hombro con fuerza.

Desesperado por sentirla con cada parte de mi cuerpo, giré sobre mí mismo en ese momento y nos acerqué a la cama. La dejé en el suelo, sobre sus pies, y Ada empezó a desabrocharme la camisa mientras su mirada seguía el camino que iban dejando al descubierto sus manos. Se inclinó y besó mi pecho con suaves y húmedos toques que aún aceleraron más mis revoluciones, haciendo que me olvidara de ir despacio, pero me contuve. No paraba de tocarme de arriba abajo, mientras yo la observaba intensamente. Nos besamos una y otra vez, su lengua recorrió mi boca. Le arranqué la camiseta de un tirón y después le desabroché el pantalón, y ella lo bajó hasta sus tobillos para deshacerse de él de una patada. Dejamos la ropa tirada por el suelo, sin importarnos nada. Volví a alzarla entre mis brazos y, mientras hundía la cara en su cuello para morderlo, nos dejé caer sobre la cama.

—Ada... —susurré.

—¿Qué? —me dijo entre besos.

—¿Estás segura de esto?

—Completamente —dijo sin dudar.

—Eres preciosa.

Me la quedé mirando por un minuto, pero a mí me pareció una puta eternidad. En ese momento, parece que algo de riego llegó a mi cerebro e hice lo que tenía que hacer. Me separé de ella lentamente hasta sentarme en la cama.

—¿Gabriel? ¿Qué pasa? —me dijo con cautela.

¿De verdad tenía que darme por hacer lo correcto en ese puto momento? Pues sí.

—No quiero hacerlo así. Podríamos arrepentirnos de esto.

—Quizá hemos ido demasiado lejos.

—Eso creo.

Bajó la mirada al colchón, decepcionada. Y no pude callarme las siguientes palabras.

—Ada, no creas que no quiero hacerlo. Porque, joder, no hay nada, absolutamente nada, en este momento, que desee más que entrar dentro de ti y hacer que disfrutemos hasta que salga el sol. — Me miró alucinada por lo que acababa de decir—. Pero no creo que debamos hacerlo así. No quiero que nuestra primera vez sea así, borrachos y que mañana no recordemos nada de lo que ha pasado. Seguro que más adelante nos arrepentiríamos de ello.

—Tienes razón.

—Gracias por decírmelo, porque ahora me gustaría mandarme a la mierda a mí mismo, volver a devorar tu boca y seguir hasta el final, pero no voy a hacerlo.

—Vale —dijo muy flojito con los ojos como platos.

—Voy a darme una ducha. Duérmete, Ada. —Asintió y se estiró, tapándose con la sábana.

—Buenas noches, Gabriel.

—Buenas noches.

Vuelvo al presente. Después de un rato nadando para aclarar la mente y enfriar... el cuerpo, decido que ha sido suficiente y salgo del agua en busca de los demás. Están todos en las tumbonas de cháchara. Ha sido una suerte dar con estas dos parejas, son muy majos.

—No sé... yo no creo que sepa hacer eso, Miguel —le dice Laura a su pareja.

—Claro que sí, cariño, yo te enseño, es muy fácil.

—¡Eh, Gabriel! ¿Te animas tú también a hacer kayak? Estamos pensando en hacerlo esta tarde —me dice Miguel al ver que me acerco a ellos.

—Claro, ¿por qué no? Puede ser divertido. —Miro hacia Ada por primera vez después de nuestra charla—. ¿Tú qué dices? ¿Quieres ser mi compañera de aventuras?

—Creo que a eso ya accedí —me dice pícara.

—Cierto, ¡entonces no hay más que hablar! ¡Esta tarde, kayaks!

Pasamos el resto de la mañana en la playa, entre chapuzón y chapuzón nos tostamos al sol. Cuando Ada me pide que le ponga un poco más de crema en la espalda descendiendo unos peldaños más hacia el infierno y, justo cuando acabo de ponérsela, vuelvo a darme un chapuzón refrigerante....

Después de comer y una pequeña siesta para reposar la comida y coger fuerzas para la actividad de la tarde, vamos a la caseta junto a la playa donde se encuentran los kayaks y el equipo necesario.

Lo pasamos bien. Aunque al principio damos vueltas sin poder controlar el kayak, finalmente, conseguimos que vaya donde queremos. Sospecho que Ada remaba de manera contraria a como le

decía solo para hacerme la puñeta, pero nos hemos reído muchísimo, así que haré la vista gorda.

Al final acabamos haciendo carreras e intentamos volcar los kayaks de los demás, con lo que nos damos unos cuantos chapuzones.

Mientras estamos devolviéndolos, escucho a unos chicos hablando de una playa que tiene la segunda barrera de coral más grande del mundo donde han hecho *snorkel* y han visto tortugas marinas, mantas raya y cientos de peces. Les pregunto qué playa es y cómo podemos llegar a ella. Con esa valiosa información en mi poder me dirijo al encuentro de los demás. ¡Ya tenemos plan para mañana!

—Chicos, tengo una propuesta para mañana.

—Dispara —me dice Aitor, mientras ataca su primer plato. Este tío no tiene fondo, se llena el plato como cinco veces en cada comida.

—*Snorkel*.

—¡*Ma acuto!* —dice, y yo lo miro porque no sé qué ha dicho.

—¡No seas cochino! Traga antes de hablar —le dice María, dándole una colleja—. Ha dicho que se apunta. Yo os acompaño... pero no creo que me bañe.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Debe de ser alucinante poder ver los peces —dice Miguel, por lo que deduzco que él y Laura también nos acompañarán.

—Porque yo...

—No pasa nada, cielo, hay confianza —la apoya Aitor.

—Yo... no sé nadar. Y seguro que hay que ir muy adentro para poder ver los animales.

—Laura, no te preocupes. Si quieres entrar, todos te ayudaremos, y si no quieres, pues no pasa nada. Tú decides. Pero hoy has subido en el kayak, ¿no? —la apoya Ada.

—Sí, pero nos hemos mantenido en la zona poco profunda.

—Por lo que me han explicado unos chicos, en la misma playa se pueden alquilar chalecos salvavidas, así que no te hundirás. Y como ha dicho Ada, todos estaremos contigo para ayudarte —le explico.

—Gracias, chicos, lo pensaré.

Esa noche decidimos quedarnos en uno de los bares con terraza al aire libre del hotel. Eso sí, nadie se arriesga con el tequila otra vez. Algunas cervezas y mucha charla. Mientras bebemos con calma, nos enteramos de que Laura y Miguel son de Valencia, y Aitor y María, de Santander. Espero que la organización nos deje aquí unos días más porque lo pasamos bien con ellos.

Tras una noche sin incidentes y durante la que, debo decir, me he aferrado a mi lado del colchón casi con los dientes para no rodar hacia el lado de la cama de Ada, nos levantamos y vamos a desayunar para encontrarnos con los demás.

—¿Tienes ganas de hacer *snorkel*? —le digo a Ada mientras vamos hacia el bufé.

—Sí, he leído que se pueden ver un montón de especies de peces. Lo que me da un poco de cosilla es tener a alguna tortuga gigante demasiado cerca.

—Sí, debe de impresionar.

—A ver si tenemos suerte y vemos alguna.

Después de desayunar salimos del recinto y, siguiendo las indicaciones que nos dio ayer uno de los camareros cuando le preguntamos, cogemos una *van* como cualquier otro mexicano de a

pie.

El paseo en *van*, aunque no es muy largo, sí que es peculiar. La furgoneta no pasa por su mejor momento. Los asientos reglamentarios han sido retirados y en su lugar hay unos bancos hechos de madera que recorren el perímetro de la parte trasera.

Nos amontonamos como podemos en la parte de atrás de la furgoneta y, entre risas, llegamos al destino.

Caminamos hasta la playa y enseguida vemos la caseta donde alquilan los salvavidas, gafas y aletas. Las chicas deciden coger chaleco, aunque Ada y Laura sí que saben nadar. Lo cierto es que hay que entrar bastante en el mar para llegar a la barrera de coral. Ellas creen que se cansarán y así irán más seguras.

Después de colocarnos las gafas y demás, nos disponemos a entrar cuando vemos que María se queda parada en la orilla. Aitor se acerca a ella para preguntarle qué le pasa. No quiere meterse. Le da miedo. Así que decide quedarse en la playa, tomando el sol. Laura, para sorpresa de todos, decide acompañarla. Ada se disculpa con ellas, pero les dice que ella lo va a intentar y que, aunque le da cosa, quiere ver los peces, corales y, sobre todo, ¡las tortugas! Sonríe al oírla, es valiente. Sé que le da mucho respeto, pero va a echarle ovarios y va a meterse en el agua.

Me mantendré cerca de ella por si me necesita. Además, hemos comprado una cámara acuática, seguro que salen unas fotos muy chulas.

—¡¡Gabriel!! —me llama a gritos cuando ya no tocamos fondo. Me giro hacia ella que está haciendo aspavientos.

—¿Qué pasa? —A lo mejor le ha dado un tirón.

—¡¡¡Una tortuga!!! ¡¡¡Y viene hacia mííí!!! ¡¡¡Aaahhh!!!!

—Tranquila, no te muevas. —Me meto bajo el agua y la veo. «¡La leche! ¡Es enorme!».

—¡Es preciosa! ¡Toma, hazle fotos! —me dice, emocionada.

Al cabo de un momento la tortuga decide seguir su camino, pero hemos podido hacerle algunas fotos.

—¡Qué suerte hemos tenido! —Está contenta.

—La verdad es que sí, hay gente que viene y no consigue ver ninguna.

No sé cuánto rato llevamos dentro del agua, pero empiezo a estar arrugado. Creo que deberíamos ir saliendo, pero Ada está tan emocionada, descubriendo peces, que me contagia su entusiasmo.

En un momento dado escucho unos gritos amortiguados. Salgo a la superficie y veo a Ada nadando deprisa a la vez que grita:

—¡¡¡María!!! ¡¡¡María!!

—Mierda... —Veo como Aitor y Miguel se dan cuenta, a la vez que yo, de que María se está hundiendo y se lanzan a nadar para llegar a ella. Me pongo en movimiento rápidamente.

Adelanto a Ada y sigo nadando hasta llegar a María que ha empezado a hundirse. Me sumerjo y la saco a la superficie. Empieza a toser sin control, intentando expulsar todo el agua que ha tragado. Nado con ella sujeta hasta llegar a la orilla donde la siento para que respire mejor; en ese momento llega Aitor, y le cedo el puesto para que compruebe que está bien.

—Gracias, Gabriel —me dice él.

—De nada, amigo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Ada.

—Yo... lo siento. Laura estaba tomando el sol y yo he ido a mojarme los pies. Solo quería meterme donde hiciera pie, pero me rodearon unos peces grandes y sin darme cuenta me he ido

metiendo hacia dentro. Me he puesto nerviosa cuando he visto que apenas hacía pie y no he sabido... yo...

—Ssshhh... tranquila, nena, ya ha pasado —le dice Aitor.

Los demás nos alejamos un poco, y es entonces cuando me doy cuenta de que Ada está llorando. La envuelvo en mis brazos.

—Tranquila, está bien, Ada. Está bien gracias a ti, que la has visto y has gritado.

—Yo... he pasado mucho miedo. No podía nadar más deprisa, pensé que se ahogaba —me dice entre hipidos.

—Ya está; está bien, no lo pienses más —le digo y la abrazo aún más fuerte. Cuando empieza a temblar, la muevo conmigo hasta donde hemos dejado las toallas y la envuelvo con una, abrazándola después.

—¿Cómo es que nadas tan deprisa? —me pregunta.

—Tengo mis secretos. —Le guiño un ojo y consigo que sonría por un momento.

El viaje de vuelta es silencioso, con cada uno de nosotros sumido en sus pensamientos. Ha sido un día genial, aunque nos hemos llevado un susto tremendo. Por suerte, María está bien y todo ha quedado en eso.

Al llegar al hotel comemos algo rápido y cada pareja se va a su habitación a descansar un poco.

Por la tarde decidimos ir de compras a Playa del Carmen. Lo pasamos bien, el ambiente vuelve a ser el de antes, y María está más tranquila. Compramos algunos *souvenirs* y nos hacemos muchas fotos.

Mientras paseamos, encontramos una agencia de viajes local y aprovechamos para reservar excursiones organizadas.

Los dos días siguientes pasan volando. Visitamos Tulum, Playa Paraíso, Cobá, Ek Balam, el Cenote Ik Kil, Chichen Itzá y Valladolid.

Estamos agotados después de los días de turismo. Aquí hace bastante calor, aunque aún es primavera. Creo que nunca he bebido tanta agua en un solo día. Cuando llegamos al hotel, a Ada y a mí nos espera una sorpresa... El *showman* del sorteo nos recibe.

—¡Hola, viajeros! —Ada y yo nos miramos sorprendidos.

—Hola... —decimos a la vez.

—Os sorprende verme, ¿cierto?

—Pues... sí. ¿A qué debemos su encantadora presencia? —le digo.

—Voy a haceros una pequeña entrevista. La gente quiere saber más de vosotros. Acompañadme. Nos han ayudado a preparar un espacio para ello.

Nos despedimos de los chicos y lo seguimos. En una zona apartada de la playa han preparado unos sofás, unos focos y hay un chico con una cámara. Espero que no sea el mismo que el del aeropuerto...

Cuando nos acercamos, veo que no y respiro tranquilo; el otro era un tocapelotas. Pero entonces se gira del todo. Y... ¿cómo describirlo...? Un puñetero *playboy* de anuncio... Y en este momento está exhibiendo su sonrisa Profidén ante Ada, que lo mira *flasheada*... Genial, a ver si acabamos pronto.

—Chicos, él es Cristian. —¿Como el Grey? Estupendo.

—Gabriel —le tiendo la mano, educado.

—Encantado, y tú debes de ser Ada. —Se acerca a ella para darle dos besos.

—Sí, así es. Me dejaréis unos minutos para que pueda arreglarme, ¿no? —les pregunta ella.

—Imposible. Tengo que coger un vuelo. No hay tiempo que perder, sentaos.

—Pero... —Ada no lo ve claro, yo creo que está preciosa.

—No te preocupes, estás perfecta —le dice el sucedáneo de Grey, antes de que yo pueda hablar.

—¿Qué dices? ¡Debo de tener pelos de loca! Llevamos todo el día por ahí...

—Hazme caso, quedarás genial en cámara. —Le guiña el ojo y la acompaña hasta que se sienta en el sofá.

La entrevista se me hace eterna, el presentador no para de preguntarnos chorradas que no quiero contestar. Así que no paro de pegarle cortes. Por lo que al final decide centrar su atención más en Ada que en mí. Aunque la pobre está agotada, le contesta de manera educada.

Para rematar, el cámara no para de tirarle sonrisitas. Yo estoy a punto de tirarle otra cosa a él, pero me contengo. Cuando por fin acaba la entrevista, nos ponemos en pie, y cuando empezamos a despedirnos para largarnos a la habitación y caer en coma hasta el día siguiente, el presentador nos para.

—No tan deprisa, chicos. A partir de ahora las normas del concurso van a cambiar.



10. Atada a ti

Ada

—¿Cómo que las normas del concurso van a cambiar? —decimos Gabriel y yo al unísono.

—Se acabaron las comodidades. A partir de ahora vais a tener que buscaros la vida —nos dice el presentador del concurso.

—Ya lo hacíamos, ¿no? Teníamos mucha libertad. —No quiero creer lo que nos está diciendo.

—No. Lo que va a pasar a partir de ahora no tiene nada que ver con las espectaculares vacaciones que os hemos ofrecido hasta ahora. El concurso no ha hecho más que empezar.

No puedo evitar ponerme nerviosa. ¿Qué nos van a hacer ahora? Ahora que todo iba perfecto...

—¿Cuáles son las nuevas normas del concurso? —pregunta Gabriel un tanto intrigado.

—A partir de ahora... seréis mochileros. Llevaréis encima solo lo necesario, como un saco de dormir. Os hará falta.

Empiezo a pensar en toda la ropa que me he traído y en qué voy a hacer con ella. El corazón comienza a latirme más fuerte, porque al parecer todavía hay más normas.

—Contaréis con tres euros al día para gastar en comida o transporte; el resto, será cosa vuestra. Sobrevivid haciendo autostop, alojándoos en casas de locales o suplicándole al del autobús. En el próximo destino podréis conseguir algunas recompensas si superáis los retos que os propongamos.

—¿Hasta cuándo estaremos viajando así? —pregunto con preocupación.

—Hasta que la organización lo considere. Se os irá informando según transcurra el concurso. ¿No os acordáis de lo que firmasteis en el contrato?

Al escuchar sus palabras, Gabriel gruñe porque sabe que tiene razón.

Me quedo en *shock*. Yo, que apenas he salido de mi zona de confort, ¿me está diciendo que me vaya a explorar con tres euros al día? ¿Y se queda tan pancho? Me giro para ver la cara de Gabriel, que también cambia por completo.

—¿Algo más? —pregunto con cara de susto.

—Por supuesto, se me olvidaba. La próxima etapa de vuestro viaje será grabada las veinticuatro horas hasta que la organización lo decida. Para eso contaréis con la presencia de Cristian, al que ya conocéis —prosigue con tono burlón.

Ahora sí que ya siento que me va a dar un infarto. No recordaba estar tan nerviosa desde que hice la puñetera selectividad. «Vida, apíadate de nosotros y no nos pongas muchas trabas en

nuestro viaje», pienso, mirando el techo.

—Ahora, tenéis quince minutos para recoger todas vuestras pertenencias y estar preparados en la puerta del hotel. Si no estáis a la hora, quedaréis descalificados y, por descontado, el viaje se acabará aquí.

—¡Dios mío! ¿Por qué tan rápido? ¡No me va a dar tiempo!

—El tiempo ya está contando —dice, mientras se ríe de nosotros y se da la vuelta con aires de superioridad. No nos queda otra que echar a correr hacia la habitación.

—Ada, antes de nada, no te pongas nerviosa. ¡Podemos hacerlo! —Gabriel intenta tranquilizarme, pero, en el fondo, él también está acelerado.

—¡No va a dar tiempo! —pienso en voz alta, mientras abro y miro el armario lleno de ropa.

—No vamos a abandonar ahora, sería un fracaso. Así que, va, ponte las pilas, que tenemos que guardar todo esto y salir cagando leches de aquí.

Empezamos a correr de un lado al otro por la habitación. Mientras, se puede palpar el estrés en el ambiente. Abrimos las maletas y echamos la ropa sin pensar. Si mi madre viera toda esta ropa arrugada, me mataría. Luego, me paso por el baño para recoger el neceser y todos los botes de cremas que tengo por el medio. ¡Si es que... para qué tantos «por si acaso»! «¡Madre mía!», no puedo parar de decir en voz alta.

—¡Me estás poniendo muy nervioso, Ada! ¿Podrías callarte, por favor? —dice Gabriel, mientras suda las cataratas del Niágara.

—¡No puedo! ¡Déjame! —La *drama queen* que hay en mí empieza a salir de su guarida.

—No puedo cerrar la maleta, ayúdame, Ada —me dice Gabriel.

—Ahora sí me necesitas, ¿eh?

—Vamos, Ada, no seas borde. Ayúdame, que nos quedan dos minutos.

—Si es que, en el fondo, soy buena persona...

—La cremallera se ha atascado —dice, mientras tira de ella con fuerza. Acabo de tener un *flashback*. Esto me suena de algo.

—¿Y si nos sentamos encima? —Se me ocurre.

—¡Ponte encima, ya! —me grita Gabriel.

—El otro día no me decías lo mismo, ¿eh? —Los nervios me hacen decir cosas que no debo.

—Ada, joder.

Sin pensárnoslo dos veces y apurando el último minuto, nos sentamos los dos encima y acabamos cerrando la maleta. Luego, cogemos las llaves de la habitación y salimos pitando de allí hasta llegar a la puerta del hotel. Allí nos está esperando el presentador y el resto del equipo, entre ellos, Cristian.

Entonces me acuerdo. No nos hemos despedido de nuestros amigos.

—Habéis estado a punto de perderlo todo —apunta el presentador.

—Pero estamos aquí —suelta Gabriel con cara de pocos amigos.

—¿Podemos despedirnos de nuestros amigos antes de partir? —les digo.

Justo antes de que me contesten, aparecen los cuatro por la entrada, de casualidad, y sin pensármelo dos veces, corro a abrazar a María y a Laura.

—Nos hemos enterado de que os vais ya —apunta María.

—Chicas, ha sido un placer haberos conocido —les digo entre sollozos.

—Para nosotras también —dicen, mientras me abrazan.

—Seguiremos en contacto, no os preocupéis. Y ahora, ¡a por todas! Tenéis que llevaros la pasta del premio. ¡Queremos verte triunfar, Ada!

—Jo, hace solo unos días que nos conocemos y ya os quiero. —Me pongo sentimental.

—¡Tenéis que salir ya! —interrumpe el presentador.

—Vete, pequeña —Laura me insta a que me largue.

Me despido rápidamente del resto de chicos y Gabriel hace lo mismo. Después, nos metemos en el taxi que nos lleva al aeropuerto.

Casi diecisiete horas de avión después, que se hacen eternas y agotadoras, llegamos a nuestro destino. Estamos en China, concretamente en Pekín. Antes de salir del aeropuerto, nos llevan a una sala especial y nos dan unas mochilas con unos sacos de dormir. Nos piden que las preparemos con lo estrictamente necesario. Del resto de las maletas se encarga la organización del concurso.

—¡Ya podéis caminar solos! —nos dice el presentador.

Miro a Gabriel, que me devuelve la mirada, y entendemos que empieza nuestra aventura en la capital china.

—Se me olvidaba. Hoy vais a contar con una dificultad añadida —continúa diciendo.

Tengo miedo de lo que pueda soltar por esa boca. Creo que ya hemos tenido bastantes novedades en las últimas horas. En el fondo, me aterroriza lo que pase a partir de ahora, pero tengo a Gabriel a mi lado. Con él todo parece más fácil.

—Vais a pasar el día esposados —dice con una amplia sonrisa.

—Pero ¿esto por qué? —Gabriel empieza a cansarse de los continuos cambios de la organización.

—Nadie dijo que fuera fácil. Si queréis llevaros el premio, tendréis que ganároslo a pulso. —Coge unas esposas y nos las coloca de forma que quedamos unidos por una mano.

—¿Podemos irnos ya? —se apresura Gabriel.

—Tenéis que trasladaros al centro de Pekín, a la Plaza de Tian'anmen. Allí tendréis que encontrar a un supervisor. Os dirá cuáles son los siguientes pasos.

—Pero esa plaza es gigante, ¿cómo vamos a encontrar a una personita entre tanta gente?

—¡Que continúe la aventura y mucha suerte! —el presentador ni se molesta en contestar.

Decidimos hacernos una foto para compartir con nuestros seguidores las nuevas circunstancias:

#HastaQueLaLlaveNosSepare #Esposados

Por fin, salimos del aeropuerto y nos topamos con la realidad. ¡Vaya caos! Tenemos tres euros que no nos llegan ni para el autobús que lleva hasta el centro de Pekín, así que optamos por ir andando hasta que nuestro cuerpo aguante.

Al rato, estamos exhaustos, así que nos sentamos para coger aire. Cristian, por supuesto, no se separa de nosotros ni un segundo, así que él también necesita descansar. Cuando su cámara no está grabando es bastante simpático y nos va dando ánimos para seguir con el viaje. ¿Cómo describirlo? Es un chico muy mono; alto, con el pelo un poco largo y despeinado y unos ojos verdes en los que te puedes perder. Diría, incluso, que es un poco *hippie*.

—¿Cómo estáis, chicos? Contadle a la cámara —nos dice Cristian.

—Ya no puedo más. Vamos a tener que buscar un plan B.

—¿Vas a estar grabando todo el puñetero rato? —Gabriel parece que odia la presencia de Cristian, pero no entiendo por qué. Solo hace su trabajo e intenta ser amable.

—Es mi trabajo, Gabriel —contesta Cristian.

—No importa, vamos a preguntar a alguien. Quizá, si cogemos el autobús desde aquí, nos llega el dinero —propongo.

—Y si nos gastamos el dinero ahora, ¿cómo vamos a comer? —Gabriel valora la situación.

—Pues no sé. Que nos den algunas sobras en algún restaurante, le pedimos a alguien... Yo qué sé, Gabriel. Solo intento pensar en cómo llegar hasta allí.

Entonces se nos viene el primer problema: el idioma. Le pido a Gabriel que les pregunte a los locales, en inglés, cómo podemos llegar a la plaza, pero algunos se quedan mirando como un pasmarote y pasan de nosotros. Veo que mi compañero se empieza a desesperar, hasta que encontramos una parada de taxis.

No nos llega el dinero, pero empiezo a suplicarle a un conductor que, por favor, nos lleve hasta la plaza. El conductor no para de mirar nuestras manos esposadas, y yo, como puedo, le intento explicar que es un concurso. Al ver que apenas me entiende, se me empiezan a caer las lágrimas. ¡Esto va a ser muy duro!

De pronto, el taxista parece tener una idea. Se baja del coche y, mirándome, empieza a gritar:

—¡Foto! ¡Foto! —Me señala y le da a Cristian su móvil, que parece de la prehistoria.

Negociamos con él. Ya que quiere una foto conmigo que, al menos, nos sirva para algo. Nos lleva unos cuantos minutos de gesticulación y palabras mal dichas en inglés entendernos con el taxista, pero accede.

El conductor se agarra a mí y sonríe mientras Cristian nos hace la foto. Después, antes de que se arrepienta, nos metemos con rapidez en el taxi y cerramos la puerta

—¡Gracias, gracias, gracias! —le digo—. Tenemos que ir a la Plaza de Tian'anmen. Le enseño un mapa, que hemos conseguido en el aeropuerto, porque si se lo digo yo misma, quizá acabamos en la dirección contraria.

Después de echarnos unas risas con el taxista, nos deja cerca de la plaza. Tal y como tenía entendido, es enorme, así que va a ser misión imposible llegar hasta nuestro supervisor. Pensamos que deberá llevar algún cartel, que busquemos como locos. Además, pasamos un montón de controles policiales donde nos obligan a dejar las mochilas y lo más raro de todo es que saben que venimos. Espeluznante, sin duda. Ni que fuéramos famosos.

Nos empieza a pesar el llevar las esposas porque a veces nos cuesta ponernos de acuerdo hasta para caminar.

—Ada, tenemos que ir en esa dirección, ¿no ves que antes teníamos el palacio a la derecha?

—No, te equivocas. ¡Hazme caso por una vez en tu vida! —le grito.

—Pero mira el mapa, que no cuesta tanto entenderlo.

—¿Acaso tú entiendes estas letras que parecen jeroglíficos, listillo? —Maldita suerte la nuestra, no quedaba ni un triste mapa en inglés.

—Entiendo lo suficiente como para saber que tenemos que ir hacia allá.

Somos tozudos. Muy tozudos. Tanto que empezamos a caminar en direcciones contrarias, tirando de las esposas. Con tanta tontería, nos caemos al suelo. Cristian se descojona al mirarnos, y Gabriel le echa una mirada asesina.

—¡Basta ya de una vez! Vamos para allá, si no lo encontramos, damos la vuelta y punto. ¡Se acabó! —Y saco a relucir mi cabreo delante de los dos.

Gabriel asiente de mala gana y seguimos caminando. Poco después, distinguimos a lo lejos una persona que sujeta un cartel con el nombre de la organización del concurso: Social World Travels. Pero, vamos, que más pequeño y discreto no podía ser.

—¡Bienvenidos a Pekín, viajeros! —nos recibe con toda su simpatía.

—Hola —le digo, mientras aprovecho para coger aire.

—Es vuestro primer día aquí y os vamos a dejar ver los edificios emblemáticos como el Palacio Imperial, conocido como la Ciudad Prohibida, o el Memorial de Mao Zedong. Aquí tenéis las entradas —dice, señalando el sobre que nos acaba de entregar—. Cuando hayáis acabado, tendréis que buscar un sitio para dormir. Nos encontraremos mañana, a las 11 h, en la Muralla China.

—¿Y ya está? ¿No tienes nada más que decirnos? —pregunta Gabriel.

—No, nada más.

—Pues yo creo que sí. ¿Te das cuenta de que la muralla se puede ver desde el espacio? ¿Podrías especificarnos dónde quieres que nos veamos?

—Ah, se me olvidaba. Este es el lugar —nos dice el nombre del sitio y nos entrega la dirección exacta.

—¿Seguro que se te olvidaba? —dice Gabriel con ironía.

El chico nos mira sin decir nada.

—Pues, gracias, supongo —le digo con una sonrisa sarcástica.

Después del cabreo, nos destensamos y comenzamos a disfrutar de los monumentos. Aquí, en China, parece que todo es a lo grande, por lo que estamos impresionados. Cuando terminamos, gastamos lo poco que llevamos en un puesto de comida callejera. Después de todo el esfuerzo, los *noodles* con caldo nos saben a gloria. Ahora viene lo bueno: que alguien nos acoja en su casa para dormir, porque no nos queda ni una triste moneda.

Caminamos y nos separamos un poco del centro de la ciudad. Allí llamamos a la puerta de algunas casas, suplicando que nos dejen quedarnos esta noche. Negativa, tras negativa, nos impacientamos. Lo normal, vamos. ¿Quién en su sano juicio dejaría dormir a dos desconocidos en su casa?

—¡No puedo más! Os lo juro. Necesito dormir. —Estoy exhausta.

—Yo tampoco —Gabriel se tumba en el suelo de asfalto.

—No vamos a dormir en la calle —le digo, preocupada.

—No, tenemos que seguir intentándolo.

Pasamos por una calle donde las casas son muy estrechas. Llamamos a la puerta y nos abre un joven con gafas y cara de «qué pintáis vosotros aquí».

—Hola, estamos buscando un sitio para dormir. Estamos participando en un concurso y no tenemos dinero. *No money* —intento explicarle con las manos.

El chico me contesta algo que no entiendo.

—¿Qué dice, Gabriel? —le pregunto.

—Yo creo que dice que sí, ¿no?

—Pues si no lo sabes tú...

—No te pongas así otra vez.

—¿Nos podríamos quedar en tu casa esta noche? —le digo al joven, ignorando la pullita de Gabriel, y haciendo el gesto de dormir—. ¡Gabriel, díselo tú! —El cansancio me puede.

—¿Nos podemos quedar en tu casa esta noche? —le dice Gabriel en inglés, a velocidad tortuga.

—Gabriel, ¿y si le ofrecemos algo a cambio como al taxista? ¿Qué llevas en la mochila? —digo.

—Pues no mucho, solo ropa —dice Gabriel—. ¿Y tú?

—Lo mismo.

En ese momento el chico se fija en la cámara con la que Cristian nos está grabando.

—¿*Show*? —pregunta ilusionado. Gabriel y yo asentimos frenéticamente—. *Ok, ok*. —El chico señala el interior de su casa para que entremos. Parece que nos ha entendido y nos va a dejar quedarnos.

Ahora sí sonrío como una tonta. Podemos dormir bajo techo. ¡Yuju!

Atravesamos un largo pasillo, y el joven, que dice que se llama Lin, nos abre la puerta de la habitación más pequeña que he visto en mi vida. Nos dice que podemos dormir ahí con nuestros sacos.

Parece un zulo, ya que apenas cabe una persona, pero tenemos que agradecer que nos haya ofrecido su casa para quedarnos a cambio de nada. Colocamos los sacos de los dos como podemos donde más tarde vamos a dormir.

—Bueno, chicos, os dejo solos. Os doy una cámara para que la uséis antes de acostaros. Nos vemos mañana temprano, cuando venga a buscaros.

—¿Cómo qué te vas? ¿Adónde vas? —le pregunto.

—Estaría encantado de dormir contigo, pero no con él —dice, señalando a Gabriel.

—Más te gustaría a ti compartir el saco conmigo.

El cámara se gira sin contestarle y se va.

Nos metemos en los sacos como podemos, puesto que seguimos esposados. La posición no es la más cómoda del mundo, y menos, estando tan cerca de él, después de nuestra conversación en la playa. Pero es lo que hay, así que apagamos la luz e intentamos acomodarnos y cerrar los ojos.

—Perdóname por lo de antes. Estaba un poco nervioso con todo —me dice Gabriel en tono conciliador.

—Yo también lo siento. Va a ser difícil adaptarnos a esto.

—No te preocupes, vamos a por ello. ¡Conseguiremos el premio!

—Eso espero. ¿Qué postura prefieres? —Me avergüenzo de haber dicho eso al instante.

Gabriel se ríe antes de contestar.

—Normalmente, prefiero encima, pero al lado tampoco está mal.

—Estoy hablando de cómo dormir, merluzo.

—Pues eso. Al lado está bien, por ahora. —Quedamos de frente, con nuestros brazos unidos en medio.

—Ahora, si no te importa, buenas noches.

—Buenas noches, Ada. —Me acaricia la cara con una mano y cierra los ojos.



11. Sin murallas entre nosotros

Gabriel

Al abrir los ojos lo primero que veo es el pelo revuelto de Ada. Ha sido una noche horrible; apenas hemos podido dormir. Un rato después de grabar un pequeño vídeo con la cámara que nos había dejado Cristian y apagar la luz, seguíamos sin encontrar una postura cómoda para dormir. Me acuerdo y no puedo evitar sonreír.

—Ada, deja ya de revolverte como un gusano, ¿qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? ¡Será más bien qué no me pasa! Tengo frío, el suelo está duro y no poder cambiar de posición por culpa de las puñeteras esposas... ¡me están matando! ¡Además, huelo a cerdito! ¡¡Diossss, necesito una ducha!! No hemos podido, ni siquiera, cambiarnos de ropa por culpa de las esposas, es asqueroso.

Solté una carcajada, pero lo cierto es que la posición era incómoda de narices y sí que era verdad que empezábamos a oler fatal. Menos mal que el cámara nos quitaba las esposas para poder ir al baño porque si no vaya *show*...

—¿Qué tal si pensamos en otra manera de ponernos? —le ofrecí.

—Pues no hay mucho donde elegir...

—He visto unas cajas amontonadas detrás de esa cajonera. Podemos ponerlas en el suelo, evitaran algo el frío y amortiguaran un poco lo duro del suelo. Si te parece bien, juntamos los sacos y podemos darnos calor el uno al otro. Aunque tengo fama de hombre de hielo, desprendo calor igual que cualquier mortal. ¿Qué me dices?

—Que ya estamos tardando.

Nos pusimos en pie y en unos minutos nuestra *suite* de esa noche estaba rediseñada. Los cartones de colchón y nuestros sacos unidos. Nos miramos por un segundo antes de meternos dentro del saco doble que habíamos creado, ambos sabíamos el riesgo, pero era algo que íbamos a asumir.

—Gracias, Biel. —Mi corazón dio un pequeño salto al oírla, nadie me ha llamado así nunca. En su boca sonaba... bien.

—Que descanses, Ada.

Y aquí estamos ahora, yo, de lado, con Ada entre mis brazos, básicamente hemos dormido frente a frente. Después del cambio que habíamos hecho, los dos caímos rendidos por el sueño.

Las esposas no supusieron una molestia, puesto que nuestras manos quedaron unidas en medio. Una buena excusa para mantener mi brazo libre rodeando a Ada. Lo único que ha cambiado es que ahora nuestros dedos están entrelazados. ¿Quién de los dos habrá buscado la mano del otro durante la noche?

—Buenos días. —Despierta la Bella Durmiente.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido? —Lentamente, noto cómo sus dedos se deslizan de los míos.

—No demasiado mal.

—¡Vaya! Pensaba que ibas a decir que la estufa que habías usado era la mejor del mundo, dañas mi corazón...

—¡No voy a alimentar tu ego desde tan temprano, machote! Hay que moverse, ¿cierto?

—Sí, el *camaracho* ese debe de estar a punto de llegar.

—¿Por qué lo llamas así? Es muy simpático.

—Sí, simpatiquísimo.

—En fin, da igual. ¿Crees que hoy tendremos un día duro?

—Me gustaría decirte que no —le digo, mientras nos ponemos en pie y recogemos todo—. Pero estos cabrones de la organización quieren vernos sudar la gota gorda... así que prepárate mentalmente de que va a serlo.

—Lo intentaré.

—Yo te voy a ayudar. Sé que puedes hacerlo, eres fuerte. Tú solo piensa en los cien mil euros —le digo, sonriendo.

—Eso haré.

Salimos de la habitación y nos encontramos a nuestro anfitrión sentado en la única silla que hay en lo que parece hacer las funciones de cocina, comedor y salón a la vez. Está desayunando y, en cuanto nos ve, nos ofrece comida. Cosa que le agradecemos, ya que no sabemos si más tarde podremos comer.

—Muchas gracias por dejarnos dormir aquí y por el desayuno —le digo en inglés, antes de salir por la puerta. El chico nos saluda con la cabeza y nos desea suerte en el poco inglés que sabe. Al salir vemos que Cristian ya nos está esperando fuera.

—¡Buenos días, chicos! ¿Listos para seguir con la aventura? —Qué buen humor se gasta esta mañana..., seguro que ha dormido en una cama.

—Buenos días —contestamos Ada y yo a la vez.

—Bien, como sabéis, hoy tenéis que llegar hasta la muralla. Aquí tenéis el dinero que equivale a tres euros. ¡Mucha suerte!

—¿Y ya está? —Al cerebro de mosquito este se le olvida que tiene que quitarnos las esposas, así que levanto nuestras manos unidas para recordárselo.

—¿Qué? Ah, sí, las esposas. No vamos a quitáros las aún...

—¡¿Qué?! Pero él dijo que... —le recrimina Ada.

—Lo sé. Sé lo que dijo, pero han cambiado de opinión y quieren fastidiaros un poco más. Lo siento, preciosa. —¿Preciosa? Este tío me está tocando la moral.

—Venga, Ada, da igual. Vamos, tenemos que llegar a la muralla. Quizá haya algo bueno esperándonos.

—Vale, vamos.

—Esa es mi chica fuerte. —Ella me sonrío, y cuando miro hacia el cámara con una enorme sonrisa de superioridad me encuentro con su cara de vinagre. Chúpate esa, Grey de pacotilla.

Ponernos las mochilas es un *show*, hemos tenido que desatar cada una de las asas para poder colocárnosla y después volver a atarla. Vaya fastidio...

—¿Cómo conseguimos transporte o dinero? —me dice Ada cuando ya estamos listos.

—Lo de conseguir dinero está complicado, a no ser que me digas que tienes algún talento oculto como que sabes cantar, eres contorsionista, que lanzas cuchillos o algo así, y podamos montar un *show* callejero —bromeo.

—Bueno... —Me giro hacia ella, sorprendido al oírla.

—¿Qué? ¿Sabes lanzar cuchillos? Podemos usar al cámara de diana.

—¡No lanzo cuchillos! ¿Crees que he salido del circo?

—¿Entonces?

—Dicen que canto bien... y estoy pensando que, a lo mejor, podríamos hacer un pequeño cartel explicando lo del concurso, quizá a la gente le haga gracia y nos dé algo...

—Vale, vamos a buscar un cartón.

—¿No quieres oír si canto bien?

—No. Lo hagas bien o mal, nos servirá para llamar la atención. —La cara que pone hace que no pueda evitar reír.

Decidimos probar suerte cerca de la entrada de la ciudad prohibida, no justo delante porque no queremos problemas con la seguridad, pero sí lo bastante cerca como para que los miles de turistas que la visitan pasen por delante de nosotros.

Por el camino encontramos una caja de cartón. Tendrá que servir para hacer nuestro cartel. Ada saca un bolígrafo de su mochila; chica precavida. Escribimos la siguiente frase: «Participamos en un concurso, necesitamos dinero para llegar a la muralla, ¿nos ayudas?». Todo ello en inglés y en español, nunca se sabe.

Encontramos un buen sitio y nos preparamos, Ada saca una gorra de su mochila y la deja en el suelo, yo sujeto el cartel con mi mano libre. Noto que Ada está nerviosa, no para de cambiar el peso de un pie a otro. Uno mi mano a la suya para darle ánimos, le doy un apretón suave y le susurro:

—Puedes hacerlo. —Inmediatamente me sonrío y empiezo a cantar.

Si me pinchan en ese momento, no sangro; estoy alucinando. Bueno, yo, el cámara y todas las personas que caminan a nuestro alrededor, que en el momento en que la voz de Ada abandona su garganta se paran hipnotizados a escucharla. Yo no puedo dejar de mirarla, su voz se eleva por encima de todos los ruidos que nos rodean. La gente empieza a hacer corrillo a nuestro alrededor y puedo oír cómo las monedas empiezan a caer en la gorra.

Su voz hace que todo el vello de mi cuerpo se erice; todos y cada uno de mis poros están en pie de guerra. Esta mujer es una auténtica caja de sorpresas. ¿Que si canta bien? ¡¡Podría dedicarse a ello!!

La letra de la canción avanza, ella se gira para mirarme con una sonrisa, y así nos quedamos hasta que termina; con nuestras miradas enredándose, igual que nosotros, aunque no quiera reconocerlo.

Cuando acaba de cantar, la gente aplaude y puedo decirles que, por lo menos, están un par de minutos aplaudiendo. Yo... no puedo evitarlo. Mi mano libre sujeta su cara, pero cuando estoy a punto de besarla, veo sus ojos, giro un poco más la cabeza y dejo un ligero beso justo en la comisura de su boca.

—¡Ada! Ha sido increíble. —Se acerca Cristian a felicitarla, mientras me agacho y recojo la gorra ahora llena de billetes y monedas.

—Gracias, no es para tanto.

—Claro que lo es, ahora, gracias a ti tenemos dinero para conseguir un taxi y llegar a la muralla. Has estado genial, podrías dedicarte a cantar. Por cierto, bonita canción —le contesto, cortando cualquier réplica del cámara.

—No seas exagerado. Pero sí que nos ha venido muy bien. La canción es *Fuiste tú*, de Ricardo Arjona y Gaby Moreno. —Sonríe de manera pícaro al ver la gorra rebosante de dinero.

—Vale, te toca una ración más de comida con este dinero que hemos conseguido. —Le guiño el ojo.

—No, estamos empatados porque la idea ha sido tuya, así que compartiremos esa ración extra, y no te deshagas del cartel, puede servirnos en cualquier momento. —Le hago caso, lo enrolló y dejo que lo ponga en mi mochila.

—Vamos a contar el dinero.

—Vale.

Nos ponemos a ello y vemos que hemos conseguido... ¡trescientos veinticinco yuanes! Son, más o menos, unos cuarenta y tres euros al cambio. Tenemos de sobra para el taxi, así que no perdemos tiempo y vamos en busca de uno.

Nos cuesta encontrar un taxista que nos quiera llevar. Cuando ven las esposas, imagino que piensan que somos delincuentes o algo así, y como muchos no hablan nada de inglés, es complicado hacerles entender la situación. Finalmente, encontramos uno que accede a llevarnos cuando le explicamos que esto es un *show*.

Tardamos una hora. Una puñetera hora en llegar a la muralla, pero, por suerte, llegamos a tiempo y nos han sobrado ciento veinticinco yuanes. Nada más llegar encontramos al presentador.

—¡Qué alegría veros, chicos!

—No sé si podemos decir lo mismo. ¿Vas a quitarnos ya las esposas?

—No, bueno, sí, pero solo para subir al telesilla, por motivos de seguridad. Después os las volverán a colocar. Estamos aquí porque tenéis que encontrar un cofre. Creedme que os interesa encontrarlo. Subid con el telesilla, buscad el cofre que está en una de las torres próximas y bajad por el tobogán. Nos vemos abajo.

Suelta la esposa de la muñeca de Ada y, sin decirnos nada más, se da la vuelta y se marcha. Genial, pues vamos allá.

—Gabriel...

—¿Qué pasa?

—Me da miedo el telesilla. ¿Y si luego no sé saltar para bajarme?

—Es muy fácil, Ada, es como cuando vas a esquiar.

—Es que... no he ido nunca.

—¿En serio? No puedo creerlo, eso habrá que arreglarlo cuando todo esto acabe. Ahora relájate, solo ponte delante y te sentarás sin darte cuenta, cuando llegemos arriba salta y apártate. Yo te avisaré.

—Vale.

Nos colocamos uno a cada lado como nos indica el hombre encargado del telesilla y cuando veo que se acerca el siguiente, aviso a Ada.

—¡Ahora!

—¡Lo he conseguido! —grita y empieza a dar saltitos con los brazos hacia arriba. Esto hace que el telesilla comience a tambalearse. Ada se caga de miedo y empieza a gritar histérica, mientras me estruja el brazo—. ¡Esto se va a caer! ¡Vamos a morir! Pero ¿por qué me han obligado

a subir aquí? ¡Quiero bajar! Gabriel, deja que me tire. ¡Necesito bajar ya! Chinito, dale potencia, por favor. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!

—Ada, cálmate ya de una vez. Deja de mover este cacharro, que no es una coctelera. Vamos a llegar enseguida.

—¿Que me calme? ¡¿Que me calme?! ¡No puedo calmarme, no quiero calmarme! Quiero bajar ya de este trasto.

Empiezo a resoplar y, sujetándole la cara entre las manos, le pregunto:

—¿Nos hacemos un *selfie*?

—¿Qué *selfie* ni *selfo*? Estoy yo ahora para *selfies*... —Se tapa la cara con las manos.

—Ada. —Me ignora—. Ada...

—¿Qué quieres? —me grita.

—Que tenemos que saltar.

Ada me mira con los ojos muy abiertos y al ver que es verdad lo que le estoy diciendo, se asusta aún más y se agarra a mí.

—Tienes que soltarme y saltar hacia tu derecha para que no te arrolle el telesilla.

—Tengo miedo.

—¿Preparada?

—No.

—A la de una... a la de dos... y a la de... —Antes de que diga tres, el chino, que nos está esperando arriba, ya está tirando de ella para que salga del asiento.

Cuando me reúno con ella, veo que ha agarrado al chico y no quiere soltarlo. Cojo sus manos y la llevo conmigo hasta el mirador que hay un poco más adelante para que se relaje.

Por unos minutos, disfrutamos del momento y ella consigue calmarse.

Aparece un chico del concurso y vuelve a esposarnos, mientras nos indica la dirección que debemos seguir para encontrar el cofre. Antes de emprender la búsqueda, oigo que Ada le dice:

—No pienso volver a subirme a ese cacharro infernal.

Nos lleva un buen rato. Después de andar lo que nos parecen mil kilómetros sin ningún altercado, aunque parezca mentira, encontramos el cofre. Y llamadme iluso, creía que iba a ser como el de los piratas, enorme. Pero nada más lejos de la realidad, es un cofre enano.

—¿Para esto nos hacen andar hasta casi la extenuación? Esta gente está completamente loca —se queja Ada.

—Bueno, no adelantes acontecimientos, vamos a ver qué hay dentro, Miss catastrofista.

—Vale, sabelotodo. —Le sonrío y abro el cofre por fin.

Hay una nota:

¿Os gustaría pasar una noche durmiendo en una cama? ¿Tomar una larga ducha de agua calentita? ¿Cenar una buena comida? Pues debéis superar la prueba que encontraréis en Donghuamen Night Market. Volved a la zona de la Plaza de Tian'anmen y buscad este pintoresco mercado.

—¿En serio? ¿Esto es todo? ¡Malditos sean!

—Ada, relájate. Vamos a bajar de esta muralla, llegaremos hasta ese mercado, superaremos la prueba y esta noche será perfecta.

—Si tú lo dices...

—Confía en mí.

—Lo hago, vámonos. ¿Cómo ha dicho que había que bajar de aquí?

—En tobogán, venga, será divertido.

Bajamos por una especie de tobogán, subidos en una plataforma con asiento cuyo freno es una palanca que llevas entre las piernas que debes ir subiendo y bajando según quieras ir más rápido o más lento. Ada, al principio, se muestra un poco insegura, pero después le grito que frene porque la tía se embala y tengo miedo de que en una curva salga volando.

—Bien, ya estáis aquí. Habéis encontrado el cofre, ahora solo os queda llegar al mercado y superar la prueba para conseguir esa succulenta recompensa. ¡A por todas! Por cierto, tenéis que volver haciendo autostop —dice el supervisor.

—¿Por qué? Hemos conseguido dinero y podemos usarlo como nos dé la gana —le contesto.

—Pues porque lo dice la organización, guardaos ese dinero para otra ocasión. Y ahora, yo de vosotros, empezaría a buscar transporte; el mercadillo abre al atardecer y es cuando deberéis estar allí.

En este momento me apetece mandar a la mismísima mierda al puñetero presentador y a toda la organización, pero no lo hago. Me callo y tiro de Ada para empezar a buscar transporte.

Cuando llevamos más de media hora intentando que alguien nos lleve, por fin para un coche. Es un chico joven. Le explico en inglés la situación y, sorprendentemente, habla el idioma y, además, es estudiante de español, así que la ocasión le parece perfecta para practicar un poco.

El camino es largo, casi de una hora, y el chico no para de preguntarnos cosas. Estamos muy agradecidos de que nos lleve, pero estamos agotados por la caminata de la muralla. Le digo que estamos muy cansados y parece que eso le hace entrar en razón porque se calla y sigue conduciendo.

Ada, a los dos minutos, está frita a mi lado, apoyando su cabeza en mi hombro. El cámara va en el asiento de delante y decide que no va a grabar más, parece que nos va a dar un respiro. Dejo caer mi cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

Cuando estoy casi en el quinto sueño noto un zarandeo brusco. Asustados, nos despertamos.

—¿Qué pasa? —pregunto acelerado.

—Aquí, el colega, creo que se está durmiendo —me dice el cámara, mientras notamos que el taxi se desplaza hacia el carril contrario.

—¡Mierda! ¡Tira del volante! —le grito a Cristian.

—¡¡Lu!!!! ¡¡Te estás sobando!! —le grita él al chaval.

—¿Eh? ¿Sobando? ¿Qué *queler decil* eso?

—¡¡¡Que te duermes, leche!!! ¿No has dormido esta noche o qué? —le dice Cristian.

—No mucho. Yo *estudial pala* examen —dice, mientras vemos cómo sus párpados caen sin que pueda evitarlo.

—¡Despierta! —Ada se inclina sobre mí y le da un tortazo. Vaya mala leche que se gasta cuando quiere. Cristian y yo la miramos sorprendidos.

Lu abre los ojos de golpe, pero unos segundos después se le vuelven a cerrar. Aún nos queda más de media hora para llegar y esto no pinta bien.

—¡Abrid las ventanillas! —Ada mete la mano entre los dos asientos delanteros y baja las ventanillas a tope—. Vale, y ahora todos a cantar.

Y así empezamos a cantar todas las canciones chorras que conocemos para que nuestro conductor no se duerma. Al principio, a pesar de cantar a gritos, el tío sigue pegando cabezazos, hasta que Ada se harta y, ni corta ni perezosa, vacía su botella de agua sobre la cabeza del pobre Lu.

El resto del camino lo pasamos riendo con la versión española con acento chino de *El cocherito Leré*, de Lu, que después de la ducha, no vuelve a cerrar los ojos.

Nos deja justo en la zona del Donghuamen Night Market. Callejamos entre los curiosos puestos del mercado, y la verdad, no me gustan nada las ideas de lo que puede ser la prueba que se me están viniendo a la mente. Espero estar equivocado.

Al final de una de las calles vemos que hay un corrillo de gente e intuimos que pueden haber montado algo del concurso. Vamos para allá y, efectivamente, nuestro presentador *favorito* está allí.

—Bienvenidos, chicos, ¿qué tal la vuelta por la ciudad?

—Bastante... musical.

—Ya me explicareis de qué va eso, pero ahora, ¿estáis listos para la prueba que tenemos preparada? Si la pasáis, tendréis un sitio donde dormir, una ducha que usar, una cena que degustar y un premio sorpresa.

—Estamos más que listos —digo, después de mirar a Ada. Tenemos que conseguirlo.

—Bien, pues adelante. Traedlos —les dice a dos locales que tiene al lado.

¿Qué narices van a traer? Cuando vuelven... no puedo creer lo que ven mis ojos. No puede ser cierto...



12. Como agua de mayo

Ada

¡No puede ser! Abro los ojos como platos y rezo para que no sea verdad.

Ante nosotros, hay una bandeja enorme de lo que parecen pinchos morunos al estilo Beijín. Para ser más exactos, un sinfín de bichos fritos en aceite de hace mil siglos: escorpiones, gusanos, caballitos y estrellas de mar y saltamontes. ¡Ah, sí! Creo que también hay grillos.

Gabriel y yo nos miramos con cara de asco y ganas de sellarnos la boca para no abrirla jamás. ¿Quién se comerá estas cosas? Entre semejante escena y el agobiante mercadillo nocturno lleno de turistas, haciéndose *selfies* con los insectos, estoy empezando a angustiarme, pero parece que no soy la única.

—Ahora ya conocéis Donghuamen Night Market. Como podéis ver, la gastronomía del país dista mucho de la nuestra, pero esto es pura *delicatessen* para los locales —nos dice el presentador.

—Sí, sí, tiene muy buena pinta todo —digo con ironía.

—Esta es la prueba: ¿Queréis poder daros una ducha caliente, degustar una estupenda cena y dormir en una cama en condiciones? Para eso, uno de vosotros tendrá que degustar dos de estos manjares. Vosotros decidiréis quién y qué. Sencillo, ¿verdad?

—No, no y no —repito indignada.

—¿Estáis seguros de que no queréis daros una ducha? —dice el presentador, mientras sonrío burlón.

Me paro a pensarlo unos segundos... Solo son dos bichos. No vamos a morirnos por esto.

—Gabriel, necesitamos una ducha. Olemos a pescado podrido.

—Eso es precisamente a lo que huele esto —dice, refiriéndose no sé si a las estrellas de mar o al ambiente en sí.

—Va, seguro que tú te has comido algún bicho alguna vez. Tú has viajado mucho —intento convencer a mi querido compañero.

—Ada, no. No juegues con esa voz socarrona. No pienso comerme esto, tengo el estómago sensible.

—¡Dios, qué ascazo! —Esta vez me escucha todo el mundo.

—*Lico, lico*. Muchos *tulistas plobal* bichos —nos asegura el señor del puesto.

—¡Vamos, tenemos que decidirnos ya! Necesito quitarme esta ropa maloliente.

—Ada, no puedo. —Gabriel se gira, haciendo una arcada.

Me pongo cada vez más de los nervios y empiezo a mirar de un lado al otro sin saber qué hacer. «¡Solo es un bicho, Ada! ¡Si te encantan las gambas! Piensa que es una gamba salida de una gran paella de arroz con marisco en el paseo marítimo».

Vuelvo a mirar a Gabriel, que lo está pasando fatal; no para de taparse la boca y hacer movimientos extraños. Creo que va a vomitar.

—Está bien. Yo... me los como —digo, poco convencida.

—Ada, ¿vas a hacerlo? —Gabriel está realmente preocupado.

—Alguien tiene que luchar por este viaje. Me debes una. —Lo miro de reojo con cara de mala leche.

—Te debo una, Ada.

Me acerco a la bandeja para decidir qué sería capaz de comerme. Mejor algo pequeño, que pase rápido y casi ni me entere. Cojo un pincho de saltamontes y lo acerco a mi boca.

—Si mi madre me viese hacer esto... —Y sin dilatar más la cuestión, me lo como.

—¿Y bien? —Gabriel sigue con una cara de asco que no parece que sea yo la que se está comiendo estos manjares dignos de dioses.

—Podría haber sido peor. —Sonrío de complacencia. Sabe a langostino.

—Lo estás haciendo genial, Ada. ¿Qué más quieres probar? —me dice el presentador.

—Mmm... el gusano ese.

—Adelante, valiente —me anima.

Sin masticarlo mucho, me lo trago. Seguidamente, maldigo a Simba y a todo el elenco de *El Rey León* por decir que esto era «viscoso pero sabroso».

—¡Agua, por favor! —grito hasta que alguien me la acerca. Acto seguido, me la bebo como toda una (no) señorita, con la mano que me queda libre—. ¡Finito! ¡Queremos el premio ya!

—¡Ada, estoy tan orgulloso de ti! —A Gabriel le cambia la cara y ahora sonrío incrédulo.

—Sí, sí... yo también. Me debes una. Que no se te olvide, Biel.

Ada 1; Gabriel 0.

#ViscosoPeroSabroso #ManjaresChinos #NuncaMás

El presentador busca en su bolsillo algo para nosotros. Mientras, Gabriel y yo levantamos nuestras manos esposadas, señalando con nuestros ojos para que nos dejen libres.

—¿Tan mal estáis juntos? —Para socarrona la voz del presentador.

—Será cabrón. —Gracias a Dios, Gabriel lo dice tan bajito que solo Cristian y yo lo escuchamos.

Rendidos, asumimos que tenemos que seguir esposados. Nuestro querido *showman* nos da la llave de una habitación que, al parecer, es de un albergue situado no muy lejos de aquí.

—Hasta luego —dice Gabriel, que tiene ganas de irse ya.

—Volveremos a vernos, viajeros —se despide.

Llegamos al albergue y la verdad es que después de haber dormido en el suelo de un cuartucho, esto es una maravilla. Nuestra habitación es pequeña, pero la cama es cómoda y tenemos un baño privado.

Cuando entramos a la habitación, tengo claro cuál va a ser el siguiente paso.

—Gabriel, ducha.

—Sí, ¿y cómo piensas ducharte si estás esposada a mí?

—No me fastidies, no lo había pensado.

—La verdad es que yo tampoco, hasta que has tirado de mí tan fuerte que casi me estampo contra la columna del pasillo.

—A ver, Gabriel, déjate de tonterías y piensa con ese lindo cerebro que tienes debajo del pelo.

—Sí, señora.

—A ver, tenemos una mano libre, igual podríamos ducharnos por turnos mientras el otro deja el brazo por detrás de la cortina. No sé si me entiendes.

—O sea, ¿quieres que me desnude delante de ti y luego me quede con el brazo estirado hasta que termines?

—¿Por qué es todo tan difícil? —me lamento.

—Va, tampoco pasa nada. ¿Y si nos duchamos en ropa interior?

—¿En ropa interior? No es mala idea...

—Decidido —adjudica Gabriel.

—Que así sea.

—Un momento..., todavía seguimos teniendo un problema.

—¿Qué problema, Gabriel? ¡No podemos tener más problemas!

—¿Cómo narices nos quitamos la ropa? —Gabriel empieza a resoplar.

Me quedo parada unos instantes mientras mi cabeza discurre. A los segundos voy derecha hacia una de nuestras mochilas, tirando de Gabriel. Rebusco con cara de concentración y finalmente, doy con lo que estoy buscando.

Con tijeras en mano, me pongo firme frente a Gabriel, que se queda mirando como un pasmarote, especulando qué voy a hacer con él.

—Quédate quieto —le digo seria.

—Ada, ¿qué vas a hacer?

Me centro en su cuerpo. Lleva una camiseta azul marino de manga corta. Él me mira desconcertado. Antes de que pueda pensar, lo miro fijamente y corto su camiseta con las tijeras. Sí, la destrozo y queda inservible.

Los pectorales de Gabriel quedan al descubierto y aunque huele a rancio, el sudor hace que brille. Se ha puesto tan tenso, que hasta el pelo se le ha mojado ligeramente.

—Vale, Ada. Creo que ya sé lo que tengo que hacer.

Le paso las tijeras, pero niega con la cabeza y hace que caigan al suelo. Al instante, pone sus manos firmes en el borde de mi camiseta y tira fuerte hacia arriba con su mano libre, rajándola de forma seca y tosca; deshachando de golpe la tela y dejando entrever mis pechos enfundados en un sujetador lencero de color negro.

Todo mi cuerpo se tensa y se pone en pausa. Nuestras miradas se enfrentan y empiezan un juego peligroso. Me muerdo el labio, esperando más. Quiero más.

Con mi mano útil me desabrocho el botón del pantalón y, directamente y sin remordimientos, me lo quito. Gabriel me imita y se deshace de los suyos, quedándose solo con un bóxer negro, que ahora mismo marca su entrepierna.

Me señala con la cabeza que nos metamos en el baño y yo asiento, acercándome de su mano hasta la ducha, que está a ras de suelo. Una vez dentro, activa el grifo y el agua cae sobre mí, empapando todo mi cuerpo. Agradezco tanto esas gotas de agua que gimo de placer. Quizá porque la temperatura fría del agua contrasta con el calor que desprende mi piel. Después, Gabriel hace lo mismo y el agua empieza a resbalar por su torso fuerte ante mí. La situación hace que mis

pezones se endurezcan y se noten por debajo de la ropa interior, que empieza a pesar.

Nuestros ojos vuelven a encontrarse, y sé que ambos estamos evaluando la situación: esto es peligroso. Habíamos decidido no tener nada, pero me da en la nariz que hemos perdido la batalla.

El agua sigue cayendo mientras clavo mi mirada en él y sus cálidos ojos marrones impactan en mí sin remedio. La mirada de Gabriel baja hacia mi boca, y yo vuelvo a atrapar mi labio para evitar que otro gemido salga de mí.

—Ada... —susurra muy cerca de mi boca.

Une nuestras manos esposadas y las levanta por encima de mi cabeza, mientras me hace retroceder bruscamente hasta que mi espalda roza las baldosas. Su otra mano se aferra a mi cintura y su boca se arrastra por mi mandíbula, saboreando mi piel.

No quedan centímetros entre nosotros, y jadeo al mismo tiempo que intento coger aire. Gabriel se acerca peligrosamente a mi oreja y después a mi cuello, que lame y besa sin cesar.

En esos momentos, se me pasa por la cabeza lo que puede pasar, pero enseguida apago mi mente. Mi cuerpo manda y me da igual todo. Lo deseo aquí y ahora, y lo que pase después no me importa. «Vive el momento, Ada», digo para mí misma.

Entonces, Gabriel perfila la tira de mi sujetador con su lengua hasta llegar a mi pezón erecto que castiga con un suave mordisco.

—Dios... —suspiro.

Enredo los dedos de mi mano libre en su pelo y lo obligo a permanecer un poco más sobre mis pechos. Su lengua juega con ellos; los lame, los succiona, los muerde sobre el sujetador... Se separa un poco de mí y me mira.

—¿Quieres que siga?

—Sí, no pares ahora.

Se arrodilla ante mí, bajando nuestras manos unidas, que ahora quedan junto a mi cadera. Reparte besos por mi barriga y con un dedo de su mano libre recorre el elástico de mis braguitas de un lado a otro con la presión justa para hacer que me revuelva.

Las ganas me pueden. Necesito esos labios, así que con la única mano que tengo disponible lo cojo firmemente, tiro de él hacia arriba y lo beso hasta que puedo darle un pequeño mordisco, que hace que se vuelva más rebelde. Entonces noto cómo acerca sus dedos a mi entrepierna y empieza a moverlos suavemente por encima de la ropa. Mientras tanto, oigo su respiración cada vez más agitada en mi oreja.

Justo en ese momento llaman a la puerta.

—Chicos, tengo una buena noticia para vosotros. ¿Puedo entrar? ¡¡Chicos!! ¡¡Abrid!! ¡Traigo noticias! —Es Cristian.

—¡Mierda! —gruñe Gabriel.

Dejo caer mi cabeza hacia atrás, frustrada, y me golpeo la cabeza con las baldosas. No puede ser, no puede ser...

—¿Tenemos que abrir? —le pregunto con cara de pena y la sangre aún hirviendo dentro de mí.

—No.

—¡¡Chicos!!!

—Yo creo que sí —digo, decepcionada.

—Esto no se queda así —me promete y, antes de sacarnos de la ducha, sujeta mi cabeza por la nuca y me da un suave beso en los labios.

¡Mierda, mierda! Mi cerebro ha cortocircuitado. Salimos rápido de la ducha y Gabriel me tira una toalla para que me la ponga encima.

—Tú la necesitas más que yo —le advierto, mirándole la entrepierna.

Gabriel se ríe, niega con la cabeza y me ayuda a envolverme en ella. Acto seguido, abrimos la puerta.

Cristian se queda estupefacto, claro.

—Vaya. Veo que... da igual. ¿Molesto?

—¿Qué quieres, Cristian? ¿A qué has venido? —dice Gabriel en tono algo borde.

—Venía a deciros que ya me han dado orden de quitaros las esposas.

Gabriel y yo nos miramos de forma cómplice y nos echamos a reír. Ya podían habérselo dicho un poco antes...

—Está bien, quítanoslas —le digo, y ambos acercamos nuestras muñecas. Al hacerlo, casi pierdo la toalla. Menos mal que Gabriel es rápido y la sujeta.

—Ya sois libres —dice Cristian, riéndose—. Por cierto, tenéis vuestra mesa lista abajo. La cena os espera. ¡Os vais a chupar los dedos! Esta vez de verdad —dice con la mirada fija en la mano de Gabriel que sigue cerca de mi pecho.

—Genial, nos vestimos y bajamos —apunta Gabriel, y yo le hago un gesto en positivo.

Cuando Cristian sale por la puerta de nuestra habitación, miro a Gabriel con sonrisa pícaro. Él me la devuelve.

—Deberíamos bajar antes de que cierren el restaurante.

—¿Estás segura de que quieres bajar ya? —me dice en tono juguetón.

—Será mejor que bajemos, Gabriel.

—Está bien. Voy a vestirme.

Nos arreglamos cada uno por su lado, ahora ya con ropa limpia, y cuando estamos listos vamos hacia el restaurante. Allí nos está esperando una mesa con un bol de arroz enorme para cada uno con pollo, piña y salsa agridulce, además de unos *jiaozi*, que son una especie de empanadillas hechas con carne picada o verduras. Tiene una pinta deliciosa.

Nos sentamos a degustar los platos, que saben a cielo, después de lo de esta tarde. Ha sido un día bastante peculiar y difícil de olvidar.

Estamos tranquilos disfrutando de nuestra cena cuando Cristian vuelve a acercarse a nosotros.

Tiene algo que decirnos.



13. Donde caben dos, caben tres Gabriel

El cámara se acerca a la mesa y se sienta al lado de Ada. ¿Y ahora qué quiere el pesado este? ¿No puede quedarse de pie? ¿Tiene que sentarse a su lado?

—Tengo algo que deciros, chicos.

—Pues espabila, que estamos acabando de cenar. —¿Borde? Este no sabe cuánto.

—¿Molesto?

—Siempre —le digo, mientras lo miro.

—¡Gabriel! No seas maleducado —me dice Ada, abochornada.

—Él ha preguntado, yo solo digo la verdad.

—En fin, déjalo, Ada. Ya nos vamos conociendo. —¿Qué ha querido decir? —. A lo que venía, podéis hacer una videollamada con algún familiar. —Veo cómo la mirada de Ada se ilumina al oírlo.

—¡Qué bien! ¡Tengo muchas ganas de verlos! ¿Estás contento, Gabriel?

—Ada, creo que no me has entendido. Podéis hacer una llamada, solo una, con tu familia o la suya o amigos, lo que queráis, pero solo una —le aclara Cristian.

—Oh... —Está decepcionada.

—Ada —reclamo su atención—. La videollamada es tuya.

—No, no. Eso no es justo.

—Sí que lo es. Te debo una, ¿recuerdas? —Le guiña el ojo.

—He comido bichos asquerosos, me debes más que una videollamada... —Me río, y ella me guiña el ojo.

—En serio, es tuya. No hay más discusión. Además, tengo ganas de conocerlos, me has hablado mucho de ellos.

—Está bien. Gracias, Gabriel. —Está contenta, y con eso yo también lo estoy.

Se levanta de su asiento y viene hasta a mí, rodea mi cuello con sus brazos y me aprieta fuerte. Inmediatamente, me pongo en pie, para devolverle el abrazo.

—¿Dónde tenemos que ir? —le pregunto a Cristian.

—Seguidme.

Nos lleva a una pequeña habitación donde hay una mesa y un portátil abierto sobre ella.

Cuando rodeamos la mesa dos caras sonrientes nos están mirando desde allí.

—¡¡Ay, mi niña!!

—¡Hola, mamá; hola, papá!

—Hola, cariño —le dice su padre con afecto.

—¿Y ese hombretón tan guapo que tienes al lado quién es? —le pregunta su madre, pícara.

—Él es Gabriel, mamá. Gabriel, ellos son mis padres. Margarita y Damián.

—Encantado de conocerlos —les digo, educado.

—Y nosotros a ti, muchacho. Estás cuidando de mi niña, ¿verdad? —me pregunta su padre.

—Claro que sí, no se preocupe.

—¡Papá! ¡Estoy aquí y, además, sé cuidarme sola!

—Lo sé, hija.

—Bueno, déjame hablar a mí —le dice Margarita a su marido.

Y así empieza una conversación entre ellas, mientras su padre y yo las miramos, divertidos. Cuando les explica que ha comido bichos la cara de su madre es todo un poema. De repente, Ada se acuerda de algo y, cambiando de tema, pregunta:

—¿Dónde está Edgar?

—Pues dijo que vendría, pero quizá se le ha complicado el trabajo, hija. Ya sabes que siempre hay alguna emergencia.

—Qué pena.

De repente se oye follón y una cabeza de pelo rubio oscuro desordenado y unos ojos verdes aparecen en la pantalla.

—¡Hola, enana! ¡Pensabas que no vendría, eh!

—¡¡Edgar!! Gabriel, él es mi hermano Edgar. —El susodicho entrecierra los ojos y me analiza con la mirada.

—Encantado —le digo, mirándolo fijamente también.

—¿Qué tenéis tú y mi hermana? —¡Joder con el hermano! Va directo al grano. Por suerte para mí, Ada se adelanta a gritarle antes de que yo pueda contestar.

—¡¿A ti qué te importa?! ¿Me meto yo en tu vida de veterinario y modelo de anuncio de calzoncillos?

—Vale... perdona, enana. —Aun así, sigue mirándome desconfiado. Si él supiera lo que su hermana y yo hemos estado a punto de hacer... y lo que pienso hacer cuando acabe esta videollamada...

Empiezan a hablar y me uno a la conversación; les explicamos todo lo que hemos pasado hasta ahora, pero sobre todo en las últimas horas, que ha sido una locura total. Un rato después, Cristian nos avisa de que hay que cerrar la conexión, así que nos despedimos y colgamos.

Cuando me giro hacia Ada veo que está triste, los echa mucho de menos. Debe de ser genial tener una familia así de unida. Creo que la mía en algún momento lo fue. La verdad es que hace tanto tiempo que siento que estoy solo que ya ni me acuerdo de si hubo buenos tiempos.

—Ada, vamos, volvamos a la habitación.

—Vale.

—No estés triste, pronto volveremos y podrás estar con ellos.

—Lo sé, pero es duro. Son muy importantes para mí y yo nunca me había alejado de ellos. Y ya llevamos cinco semanas de viaje.

Paso mi brazo sobre sus hombros y empiezo a caminar hacia nuestra habitación. Estoy impaciente por llegar y arrancar toda la ropa que cubre su piel, aunque sé que la cosa se ha

enfriado y, además, ahora ella está triste y, probablemente, no le apetezca seguir por donde lo habíamos dejado.

Abro la puerta y entramos a la habitación. El ambiente se ha enrarecido, puedo notarlo. Se queda parada en medio de la habitación con la cabeza gacha. Me acerco a ella despacio y la abrazo desde atrás, apoyando mi barbilla sobre su cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí —su voz sale entrecortada.

La giro entre mis brazos y veo que hay lágrimas recorriendo su cara. Intento secarlas todas con mis dedos. Levanta la vista y nuestras miradas coinciden. Por un segundo deja que vea su fragilidad. Es una mujer fuerte pero, como todos, tiene sus debilidades y su familia es una de ellas. Yo creo que ella se está convirtiendo en la mía.

Beso sus pómulos y sus párpados cuando deja que estos se cierren, aceptando el consuelo. Beso su mandíbula y la comisura de su boca, lo que hace que un jadeo escape de ella. Volvemos a mirarnos y acerco mi boca a la suya lentamente; tan despacio que cada milímetro del recorrido se siente como un kilómetro entero. Noto la suavidad de sus labios bajo los míos, su aliento caliente atravesándome hasta lo más profundo.

—Biel.

—Mmm...

—Para.

—¿Qué? —le pregunto, sorprendido, alejándome un poco para poder verla.

—Esto no está bien. Tú lo dijiste en Londres. No podemos seguir con esto si queremos conseguir el premio. Lo siento, no debimos haber empezado.

—No te disculpes. Nos atraemos, Ada, es normal que pase esto. Pero tienes razón —le digo, y me alejo un paso de ella, soltándola.

Me trago la rabia e impotencia que siento porque no hay nada que me apetezca más ahora mismo que tenerla entre mis brazos. Pero ella tiene razón, no debemos estropear esto.

—Será mejor que nos vayamos a dormir —susurra.

—Sí.

Voy al baño y me miro fijamente en el espejo durante lo que parecen horas. Ella tiene razón, punto. Me lavo los dientes y vuelvo a la habitación. Me desvisto y me meto en la cama. Mañana será otro día.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Gabriel. —Vuelvo a ser Gabriel...

Por la mañana todo se vuelve un caos. Llega Cristian, mientras estamos desayunando, y antes de darnos cuenta estamos en un avión con rumbo desconocido. Ada se mantiene demasiado silenciosa para mi gusto. Intento hacer algunas bromas, pero no surten efecto, así que decido dejarlo estar.

Shanghái, estamos en Shanghái. Es genial. Nos dejan movernos con libertad, así que turisteamos, bebemos té y subimos al segundo edificio más alto del mundo: la torre de Shanghái. Las vistas desde allí son increíbles.

Hacemos fotos, compramos típicos dulces con formas extrañas y cenamos en un modesto restaurante algunas delicias chinas. Todo esto pagado por el concurso. No me da buena espina, después de los últimos acontecimientos, seguro que tiene que haber alguna trampa...

—Bueno, chicos, me informan de que ya puedo daros vuestra sorpresa.
 —¿Sí? ¡Qué bien! No serán más bichos, ¿verdad? —le dice Ada con cara de asco.
 —No puedo decirte qué es, pero te aseguro que no son bichos y que te va a encantar — contesta, centrándose totalmente en ella.
 —Vale, pero como me estés engañando te enteras, ¿eh?
 —Yo nunca te engañaría, preciosa.
 —Bueno, te dejas de ñoñerías y nos dices adónde vamos, ¿o qué? —le digo, a lo que él resopla.
 —Sí. Hay un taxi esperándonos fuera —nos informa Cristian.
 —¡Ah! Pero ¿tú vienes también? —le digo.
 —Pues claro.
 —Qué alegría... —¿Se nota mi ironía?
 —Gabriel, déjalo ya. Venga, vamos, que tengo ganas de saber qué es la sorpresa —dice Ada, mientras me arrastra hacia fuera tirando de mi brazo.
 Nos subimos en el taxi, recorreremos Shangháí al atardecer y es realmente mágico. Los rayos del sol se filtran a través de los diferentes edificios, proyectando un extraño haz de luz que se cuelga en el taxi, iluminando a Ada. Mi mano va hacia ella y levanta su pelo, que ahora brilla de un castaño claro. Ella se gira para mirarme, y le sonrío. Cuando va a decir algo, el taxi se detiene a las puertas de lo que parece un lujoso hotel.
 —Ya hemos llegado —dice Cristian.
 —¿Qué hacemos aquí? ¿Vamos a dormir aquí? —pregunta Ada.
 —No, ¿qué te parece tomar unos cócteles con algo de picar y disfrutar de unas estupendas vistas desde un *jacuzzi*?
 —¿En serio?! —Salta como una niña el día de Navidad.
 —¡Claro! Vamos a por esos cócteles. —Le sonrío Cristian.
 Subimos en el ascensor hasta el último piso, donde está ubicado el bar. Pedimos unos mojitos y picoteamos en la barra libre de tapas. Nos tomamos un segundo mojito, y Ada empieza a estar achispada; sus ojos brillan y no para de reírse.
 Cristian apaga la cámara por fin y se une a nosotros. Eso no puedo decir que me haga tanta gracia, pero no puedo evitarlo. Cuando estamos acabando el segundo mojito, Ada le pregunta por la terraza y el *jacuzzi*, y enseguida nos ponemos en pie, copas en mano, y subimos una escalera.
 Las vistas desde allí arriba son asombrosas, se puede ver el río y todo el distrito financiero de Shangháí con sus torres, ahora iluminadas. Nos hacemos más fotos. Creo que no me he hecho tantas en toda mi vida:

#SkylineShangháí #LasMejoresVistas #RelaxTime

—¡Al *jacuzzi*! —grita Ada, emocionada.
 —Estás vestida.
 —¿Y qué? —me pregunta, y la miro alzando una ceja.
 —¿Luego vas a ir chorreando por ahí? —señalo lo obvio.
 —Uy, tienes razón, pues ropa fuera —dice Ada.
 Parece que a Cristian le hacen chiribitas los ojos solo de pensarlo.
 —¿Cómo? ¿Vas a bañarte en ropa interior?
 —¿Qué pasa? Pues así lo hicimos ayer y no oí ninguna queja por tu parte. —Punto para Ada.

—Perfecto.

—Pues eso. —Acto seguido, se quita la camiseta de un tirón y después el pantalón.

Mi cuerpo se incendia en cuestión de segundos y creo que no soy el único. Me quito la camiseta y el pantalón también.

—¡Lento, el último! —Y se tira sin miramientos al *jacuzzi*. ¡Está como una cabra!

Me dejo caer tras ella y tras acercarme lo suficiente, le susurro:

—¿Estás bien?

—Sí, sí, se me ha ido la cabeza. No he pensado que esto no sería tan profundo. ¡Venga, Cristian, al agua!

Cristian no se lo piensa y, tras quitarse la ropa, entra al *jacuzzi*. No sé por qué tenía la esperanza de que fuera un enclenque debajo de esa ropa, pero aunque no es tan grande como yo, está bien musculado.

Parece que todo el mundo nos copia porque un momento después apenas podemos movernos dentro del *jacuzzi*. Hay demasiada gente y, no sé cómo, Ada y yo nos separamos.

De pronto me veo con una chica cogida a mi cuello, sin saber de dónde ha salido, y a Ada y Cristian muy juntos en una esquina del *jacuzzi*. Demasiado juntos para mi gusto.

Me deshago de los brazos que casi me están asfixiando y me acerco a ellos, pero están tan concentrados en su conversación que no se dan cuenta.

—No puedo creerlo, Cristian, eso es impresionante. Has estado en muchos sitios increíbles.

—No, impresionante eres tú, que te has embarcado en esta aventura con un desconocido y sin saber el destino.

Al oír su conversación decido salir del *jacuzzi* e ir a buscar algo de beber.

Cuando vuelvo siguen muy juntos, pero me acerco y me coloco justo en medio. Le doy a Ada una botella de agua fresca que he traído para ella.

—Gracias. —Me sonrío.

—Da nada, prometí a tu padre que cuidaría de ti. —Le guiño el ojo—. ¿De qué hablabais?

—Cristian me está explicando que cada vez que hace un viaje se hace un tatuaje. Guay, ¿verdad?

—Hombre, pues depende de donde te lo hagas... porque habrá países en los que puedes pillar la triquinosis. Yo no me haría un tatuaje en cualquier sitio, la verdad.

—Bueno, quizá yo soy algo más aventurero que tú —me dice el *camarucho*.

—Quizá yo soy algo más inteligente que tú y no arriesgaría mi salud por hacerme un tatuaje —le respondo.

—Bueno, chicos, ya vale.

—Mira, Ada, este de aquí me lo hice en Polinesia —le dice, enseñándole un tatuaje tribal que rodea su brazo.

Ada alarga su mano y lo acaricia, mientras él hace que su bíceps crezca un poco más. Será... Estoy ardiendo por dentro y no por algo bueno.

—Oye —les corto el momento—. Y si no vamos a dormir aquí, ¿dónde vamos a dormir?

—Eh... sí, eso. Pues tenéis que buscaros la vida para esta noche.

—¡¿Qué?! ¡¿Y ahora lo dices?! —replica Ada, sorprendida.

—Lo siento, Ada, yo solo cumplo órdenes.

«Gracias, capullo. Acabas de hundirte».

—No pasa nada, Ada, encontraremos donde dormir. —Mientras digo esto, Ada ya ha salido del agua y ha ido disparada hacia el baño a ponerse ropa seca—. Gracias por cagarla de esa

manera —le digo a Cristian de mala gana.

—¿De qué estás hablando?

—De que nos podrías haber avisado antes. ¿Crees que es buena idea tener que buscarnos un sitio para dormir a estas horas de la noche?

—Es mi trabajo.

—Ya, pues gracias por hacer tu trabajo.

No me hace mucha gracia, pero es muy tarde y no quiero estar vagando por la calle a estas horas. Además, si hay una posibilidad, por pequeña que sea, de que podamos dormir en una cama en condiciones voy a aprovecharla.

No me gusta lo que voy a tener que hacer, odio tener que pedirle ayuda, pero voy a tragarme el orgullo y voy a llamarlo.



14. Dulce infarto

Ada

—Ada, conozco a alguien que vive aquí. Quizá nos deje dormir en su casa. —Gabriel no podía haber tenido una idea mejor porque estoy reventada.

—¡Genial! Llámalo y salimos de dudas. ¿Quién es? —le digo, impaciente.

—Es mi hermano.

—¿Hermano? ¿Desde cuándo tienes un hermano? Nunca me habías dicho nada. De hecho, pensaba que eras hijo único.

—La verdad es que no tenemos una relación muy estrecha... que digamos.

—¿Y eso? ¿Os lleváis mal?

—Básicamente.

—Pero ¿por qué?

—Ada, deja de hacer preguntas. No quiero hablar de eso ahora. —Hacía tiempo que no me contestaba tan borde.

—Está bien, llámalo —le digo con mala cara tras su seca respuesta.

Gabriel coge nuestro único móvil y marca el número de su hermano. Puedo notar lo un poco nervioso, lo cual me inquieta bastante. ¿Tan mal se lleva con él? De fondo, escucho la conversación entre ellos y me queda claro que hace años que no se han visto.

—Hola, Hugo... Soy, Gabriel... Yo tampoco esperaba llamarte, pero necesito algo y tú eres la única persona que conozco aquí... Da igual, déjalo. No debería haber llamado —resopla—. Estoy participando en un concurso y necesito un lugar donde pasar la noche... ¿Podemos quedarnos a dormir o no? —insiste—. Somos dos. Estoy haciendo este viaje con una chica... Mmm... gracias. —Le ha costado pronunciar esa palabra.

Cuelga y se siente aliviado. Por lo menos no tenemos que buscar un sitio donde pasar la noche, solo falta dar con la dirección.

—Podemos quedarnos en casa de mi hermano, Ada.

—Genial. ¿Cómo llegamos hasta allí?

—¿Nos queda dinero? Creo que tendríamos que coger el metro porque está algo lejos.

—Sí, nos llega para el metro. Oye..., ¿crees que le caeré bien a tu hermano?

—Claro que sí. Es imposible que le caigas mal a alguien, Ada.

—No mientas. El día que me conociste casi me insultas.

—¿Podemos olvidarlo? —dice, riéndose.

—Menos mal, acabas de sonreír. Pensaba que iba a tener que aguantar esa cara hasta mañana.

—Vamos hacia el metro, anda. —No está muy animado, pero, al menos, conmigo ha vuelto a la normalidad.

Después de tropecientas paradas llegamos hasta donde vive el hermano de Gabriel. Es un bloque de pisos altísimo, de esos con amplios ventanales. ¡Qué vértigo! Subimos por el ascensor quince plantas y cuando llegamos Hugo nos está esperando en la puerta.

—Hola, soy Ada. —Le doy dos besos.

—Hugo, encantado de conocerte —me devuelve el saludo. Parece simpático.

Luego le toca el turno a Gabriel que saluda a su hermano con un escueto «hola, cuánto tiempo», una mirada algo nerviosa y ni un triste beso, abrazo o apretón de manos.

—No tenía ni idea de si eráis pareja o no, pero solo tengo una cama, así que os la he preparado para que durmáis esta noche. Yo dormiré en el sofá.

—¡Oh, qué amable eres! No hacía falta tanto, de verdad —le digo, agradecida.

—Es solo un día, no me importa. Bueno, ¿qué? ¿Me vais a contar qué es eso del concurso?

—Te haré un precioso resumen: los dos participamos en un sorteo. En ese momento no nos conocíamos de nada, pero lo ganamos. Así que nos embarcamos en esta aventura, viajando allá donde a la organización le apetece llevarnos. Solo tenemos que colgar contenido en redes sociales. Y comer bichos de vez en cuando..., pero todo bien.

—¿Bichos?

—Sí. Es una larga historia..., mejor no preguntes.

—¡Guau! Increíble. No imaginaba a mi hermano haciendo esto. Se pasa el día currando o en el gimnasio. —Esta vez sí noto un tono de burla.

—Eh, estoy aquí. —Gabriel levanta el brazo para hacerse notar.

—Perdona, estabas tan callado que ni me había dado cuenta de que estabas —le dice Hugo.

—Si quieres que me vaya, solo tienes que decirlo, y saldré por esa puerta.

—Vamos, Gabriel, no seas tan borde. Después de todo lo que ha pasado, estás en mi casa. Agradece que no te haya mandado a la mierda cuando he escuchado tu llamada.

Abro los ojos como platos, después de escuchar todo esto, y me siento en medio de una pelea de gallos que va subiendo de tono.

—Mira, da igual. Nos vamos. ¡Está claro que no has superado lo que pasó! —grita Gabriel.

«¿Qué pasó? ¿De qué está hablando?», me pregunto a mí misma, preocupada.

—¡Cálmate! Relaja esos humos y quédate esta noche.

—¿Para que sigas burlándote de mí? —Gabriel está visiblemente enfadado y se ha puesto en pie.

—El único que se burló de mí fuiste tú. ¡Pero ya han pasado varios años y soy lo suficientemente maduro como para pasar página! —contesta Hugo.

—¿En serio? Me cuesta creerlo. —El nivel de prepotencia sube entre los hermanos, mientras yo me quedo callada sin saber qué hacer o decir.

—Pues déjate de historias. ¡Hazlo por ella! —dice Hugo, señalándome con la mirada.

En esos momentos, Gabriel me mira, avergonzado, y ante mi incomodidad decide calmar los ánimos.

—Si no os importa, debería irme ya a dormir. Mañana tengo que levantarme muy pronto porque hay una reunión importante —dice entre tanta tensión—. Vamos, Gabriel, comportémonos como personas civilizadas. Solo será una noche.

Gabriel, sin apenas responder, más que con un gesto afirmativo, me habla para que nos

vayamos hacia el dormitorio que su hermano ha preparado para nosotros.

—Si necesitáis algo, llamadme.

—Perfecto, gracias —le digo.

—Buenas noches, que descanséis.

Una vez allí, nos ponemos ropa cómoda para dormir y nos echamos en la cama sin más dilación. Gabriel no vuelve a entonar una palabra, y yo no hago más que darle vueltas a la cabeza a la conversación que han tenido hace un rato. Me resisto a preguntarle a Gabriel qué ocurrió en el pasado para acabar teniendo una relación tan tormentosa con su hermano y separada a más de medio mundo de distancia. Al final, después de un rato de insomnio, termino por dormirme.

Al día siguiente...

—¡Gabriel, despierta!

—¿Qué pasa? —dice, mientras remolonea en la cama.

—¡Se nos ha hecho un poco tarde! Cristian estará a punto de llegar.

Sin decirme nada y haciendo una mueca extraña, se da la vuelta en la cama.

—¿Gabriel, te pasa algo? Estás pálido.

—No me encuentro bien, Ada.

—¿Qué te ocurre?

—Me estoy muriendo.

—Anda ya, ¿quieres algo?

—En serio, ¡qué dolor de estómago!

—¿Te hago algo de desayunar? ¿Una tostada? Quizá te sienta bien.

—Vale. —Su carita me enternece.

Me dirijo a la cocina para prepararle algo que le asiente el estómago. Mientras abro la nevera y los armarios, a ver qué encuentro, escucho que Gabriel se ha levantado y viene hacia aquí.

—¡Ada!

—Gabriel, ¿estás bien? —le digo con una mirada incrédula.

Entonces, de repente, veo cómo la mirada de Gabriel se pierde y su cuerpo se tambalea hasta que cae de golpe al suelo, haciendo resonar las baldosas.

—¡¡Gabriel!! —grito, mientras corro hacia él. Me agacho rápidamente y le cojo de la mano, mientras el corazón me va a mil por hora—. ¡Dios mío! ¡Gabriel despierta! —Me pongo tan nerviosa que empiezo a llorar desconsoladamente a la vez que le chillo. Gabriel no responde. Le doy pequeñas bofetadas en la cara para que reaccione, pero se ha quedado como una estatua. Justo en ese momento llaman al timbre—. ¡Cristian! —grito en voz alta cuando salgo corriendo a abrirle la puerta, dejando a Gabriel en el suelo del comedor—. ¡Cristian, ayúdame, por favor! ¡Gabriel está inconsciente! —No hace falta que le diga nada más, ya que en milésimas de segundo está encaramado a Gabriel viendo si respira.

—¡Está respirando, Ada! —Pero no estoy aliviada—. Vamos a levantarle las piernas para que le llegue más sangre al cerebro.

—¿Eres médico? —le digo, nerviosa y con temblores hasta en los labios.

—¡No tengo ni puta idea, pero creo que está bien hacerlo!

—¡Vale, vale! —Entre los dos, lo arrastramos hasta una pared en la que le apoyamos las piernas. Acto seguido, voy derecha a la cocina, lleno un vaso de agua del grifo y se la echo por

encima con toda la delicadeza que puedo—. ¿Gabriel? —le hablo, pero él pasa de mí—. ¿Por qué tenía que pasar esto?

—¡Creo que se está despertando, Ada! —Cristian grita, emocionado.

Nos quedamos los dos mirando los ojos de Gabriel, que se abren lentamente, mientras enfoca a nuestras cabezas. Los segundos se me hacen eternos, pero, al verlo moverse de nuevo, mis lágrimas se camuflan con una risa nerviosa que no puedo controlar.

—¡Gabriel! —Me tiro encima a abrazarlo, mientras lloro en su pecho—. ¿Por qué me has hecho esto? ¡Lo he pasado fatal!

—Ada... —Él no parece entender lo que acaba de pasar.

—¡Ada, déjalo respirar! —me dice Cristian, y yo me aparto rápidamente.

Gabriel se queda parado unos instantes antes de hablar. Quiere ponerse en pie, pero no tiene apenas fuerzas, así que lo ayudamos entre los dos para que se siente en el sofá.

—Será mejor que llamemos a un médico. La organización del concurso tiene un seguro por si pasan estas cosas.

—Vale, llamemos.

—Yo me ocupo de todo, Ada. No te preocupes.

—Gracias por todo, Cristian. No sé cómo agradecértelo.

—En cuanto sepa algo, te digo.

Me dirijo a Gabriel que ya está recuperando el color habitual.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. ¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado. Me has dado un susto de muerte, Gabriel. —Se me escapan las lágrimas.

—No me acuerdo de lo que ha pasado.

—Da igual.

—No llores —me dice Gabriel, acariciando mi cara.

—Ay, calla, que me ha pasado por la cabeza que te podía pasar algo y...

—Déjalo. Está todo bien, ¿vale? —Me coge las mejillas con sus dedos y me da un beso en una de ellas.

Al cabo del rato viene el médico a examinarlo. Le hacen algunas pruebas y le toman la tensión. Al parecer, algo le ha sentado mal en el estómago y el dolor le ha provocado un mareo. No es grave, pero le han dicho que es necesario que hoy haga reposo para poder recuperar fuerzas.

—¡Estoy bien, en serio! —Gabriel es tozudo y después del susto todavía quiere salir a hacer lo que el concurso nos tenía planeado.

—¡Gabriel, no seas imbécil! No pienso arriesgarme a que te pase algo por el camino. Por un día aquí, no te va a pasar nada.

Después de tener que ponerme seria y hablarle claro, consigo convencerlo. Pasaremos el día en el piso de Shangái de su hermano. Poema será su cara cuando vuelva y nos encuentre aquí.

Para pasar el rato, ponemos una película, que vemos los tres juntos en el sofá: Gabriel, Cristian y yo. Por lo menos está subtitulada, y evito dormirme encima del enfermo. Luego, hacemos algo para comer con lo que encontramos en la nevera de Hugo. Es extraño cocinar en casa ajena, pero lo único que me importa ahora es que Gabriel se recupere.

Veo que Cristian habla con los de la organización del concurso, que le confirman nuestro día libre, luego me lleva hasta la puerta.

—Ada, yo debería irme ya. Este piso es pequeño y, al final, nos vamos a agobiar.

—Sí, en eso tengo que darte la razón.

Mientras, Gabriel, que sigue en el sofá, mira de reojo hacia nuestra dirección.

—Mmm... esto... ¿Te apetece que vayamos a dar una vuelta? Así te despejas un poco —me propone Cristian.

—¿Acaso podemos? No deberíamos separarnos, ¿no? —le pregunto.

—Hoy son circunstancias especiales, no pasará nada.

—No, da igual. Me quedo con él. Me sabe mal dejarlo solo.

—Como prefieras. Te he visto un poco agobiada y pensé que quizá te iría bien que te diese el aire.

—Sí, la verdad es que sigo un poco tensa y tengo un dolor de cabeza horrible— reconozco—, pero no te preocupes.

—Ada, si te apetece, ve a dar una vuelta con Cristian. Yo estoy bien —Gabriel se mete en la conversación.

—¿En serio, no te importa?

—Puedo cuidarme solo un rato. —No lo dice muy convencido, de hecho, parece que me lo dice por compromiso, pero necesito tomar el aire.

—Solo será un rato, no tardaremos mucho.

—¿Te vienes, entonces? —dice Cristian.

—Sí, un segundo. Gabriel, me llevo el móvil. Si necesitas algo, llámame y volvemos enseguida. Estaremos muy cerca.

—No te preocupes tanto.

—Vale, ya me voy. —Cristian y yo salimos por la puerta.

Caminamos por algunas calles y todavía me sorprende la cantidad de gente que hay en esta ciudad. Después de más de media hora callejeando, nos sentamos en la terraza de un bar que hace esquina con el piso donde vive Hugo.

—¿Estás menos agobiada?

—Sí. Al final ha quedado todo en un susto.

—Sí, porque vaya recibimiento me has dado —dice Cristian, sonriendo.

—¿Qué querías que hiciera? Estaba histérica. —Los dos reímos.

—En fin, ahora estaremos más unidos.

—Sí, ahora sé que, si me pasa algo, tengo a un entendido en la materia —digo con ironía.

—Sobre todo eso. Vaya par... Me encanta hablar contigo, en serio. Si no fuera por tu compañero, estaría todo el día hablándote.

—¿Por Gabriel? Tú puedes hablar conmigo lo que quieras.

—¿Tenéis algo? —alcanza a decir, tímidamente.

—¿Si estamos juntos, quieres decir? No, no tenemos nada. Bueno... no, no somos nada. Esa es la verdad.

—¿Crees que podría pasar algo entre vosotros?

—No. Creo que ya no.

—En algunos momentos pensé que sí teníais algo.

—Es lo que tiene estar juntos las veinticuatro horas del día. —Me estoy haciendo la dura, pero en el fondo sé lo que siento.

—Bueno, por un momento olvidémonos de Gabriel. ¿Te puedo enseñar un sitio muy cerca de aquí del que me han hablado mucho? —Cristian parece ansioso por enseñarme algo.

—Quizá es un poco tarde. Deberíamos volver.

—Será rápido, te lo prometo.

—Venga, vale. Cómo me convences...

—La verdad es que solo con esa sonrisa ya me doy por satisfecho, pero quiero enseñarte ese lugar.

Después de subir un montón de escaleras, por fin llegamos a un mirador donde se puede ver parte de la ciudad. No es tan espectacular como el del bar con *jacuzzi* donde estuvimos la noche anterior, pero con el atardecer de fondo, reflejándose entre los rascacielos, me dan ganas de captar el momento con la cámara. De hecho, hacemos varias fotos en las que sonreímos los dos.

—Estás preciosa cuando sonrías.

—Vaya, gracias.

Su mirada me penetra y, por un momento, soy consciente de lo que está pasando. ¡De lo que va a pasar! Por eso, antes de que ocurra, lo abrazo. Mientras lo hago, no puedo evitar pensar en Gabriel.

—Es genial el sitio, pero ahora será mejor que volvamos —le digo.

—Como tú quieras. —Me acaricia suavemente el brazo y volvemos al piso de Hugo.



15. Manoteando el cielo Gabriel

Se han ido... y no puedo culparlos. Llevamos todo el día aquí encerrados; hasta yo saldría corriendo si pudiera, pero no me quedan fuerzas. Maldita indigestión, ¡cómo ha podido joderme tanto! Aún no puedo entenderlo. En fin, eso ya no tiene solución.

Y a decir verdad, me jode soberanamente que se haya ido con él, pero tampoco puedo evitarlo. No estamos juntos y aunque lo estuviéramos tampoco lo haría.

¿Por qué no mantuve la boca cerrada en Londres? Ciertamente es que, pensando fríamente, lo mejor es no involucrarnos emocionalmente, aunque algo me dice que para eso ya es tarde.

Pensar en que él pueda estar aprovechando el momento y que, por mi culpa, aquella noche en Londres no fuimos más allá me pone de los nervios. Y debo decir que, aunque no quiera reconocerlo, Cristian no está mal. Es una buena persona... Pero ¿qué estoy pensando? Me importa una mierda que sea una buena persona. Decidido: voy a buscarlos.

Cuando consigo vestirme y llego a la puerta, esta se abre. Es mi hermano.

—¡Oh! Hola, Gabriel, creía que ya os habríais ido. Oye, tienes mala cara, ¿estás bien?

—No, no estoy bien. Esta mañana me desmayé. He sufrido una fuerte intoxicación. Vino un médico, y por suerte ahora estoy mejor, pero debo hacer algo de reposo.

—¿E ibas a hacer reposo saliendo a la calle?

—Déjame en paz, iba a buscar a Ada. Se ha ido hace rato con Cristian y aún no han vuelto.

—Bueno, ya son mayorcitos, seguro que están estupendamente. Ya volverán —me dice con una sonrisilla que no llego a descifrar—. Ven, hablemos.

—¿Ahora?

—Sí, ellos estarán bien. Tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Está bien. —Lo sigo hasta el salón, renegando.

—Siéntate, voy a por algo de beber.

Me dejo caer en el sofá, agotado. No estoy acostumbrado a sentirme así de débil. Normalmente, apenas enfermo. Esta situación me hace sentir inútil.

—Tenemos que aclarar lo que pasó —dice mi hermano al sentarse en el sofá, frente a mí.

—Hace mucho de eso, ¿no podemos, simplemente, olvidarlo?

—No. No sé para ti, pero, para mí, fue algo duro de superar. Por eso vine hasta aquí, para alejarme de todo lo que me recordara a ella.

—Entiendo que para ti fuera duro que te dejaran plantado en el altar, pero yo no tuve nada que

ver. Yo no la llamé, yo no la busqué, yo ya no quería saber nada de ella.

—Lo sé, con el tiempo lo entendí —acepta, derrotado.

—Fue difícil verte con ella, después de lo que tuvimos en la universidad, pero lo acepté, aunque, como era obvio, no iba a ir a vuestra boda. ¡¡Por Dios!! ¡¡Si todavía estaba enamorado de ella!! —le digo.

—Lo sé, ahora sé que ella solo quiso jugar con los dos. Poco después de acabar contigo, me buscó. Te juro que yo no tenía intención de tener nada con ella, solo vino buscando apoyo en mí cuando terminasteis, o eso me dijo, y yo la creí.

—¿En serio? ¿Y no te pareció raro que acabara metiéndose en tu cama? —le recrimino.

—No sé bien cómo pasó; poco a poco, la cosa se fue enredando cada vez más. Yo empecé a dejar de verla como mi excuñada y empecé a sentir algo por ella que nunca había sentido por nadie.

—Mira, entiendo que ella y yo acabamos. Que tú y ella os enamorais y empezarais una relación. Lo que no entendí, es que tú, mi hermano, la creyeras a ella cuando salió corriendo de vuestra boda y vino a buscarme.

—¿Qué querías que pensara? ¡¡La que creía el amor de mi vida volvía a ti!! Y me abandonaba a mí... —me dice Hugo, afligido.

—Ahora lo entiendo, sé lo que parece y una parte de mí comprende que lo más lógico fue lo que tú pensaste, pero yo soy tu hermano. Nunca te haría algo así. Cuando empezasteis a salir, bueno, cuando me enteré, la rabia me inundó, pero después comprendí que ella no era para mí, que nosotros habíamos tenido nuestro momento y las cosas no habían ido bien. Se te veía contento, así que, aunque me alejé un poco, me alegré por ti, porque podía ver que ella te hacía feliz.

»Cuando se presentó en mi casa el día de vuestra boda, vestida de novia, suplicándome que volviera con ella, no lo podía creer. La odié por lo que te hizo, por lo que nos hizo. Aún la odio.

—Yo ya la perdoné —me dice Hugo.

—¿Y a mí?

—A ti no tengo absolutamente nada que perdonarte, Gabriel. —Levanto la vista del suelo para mirarlo.

—¿De verdad? —le pregunto, esperanzado.

—De verdad —me dice, mientras se pone en pie y yo lo imito. Después, nos fundimos en un abrazo—. Bien, y ahora que está todo aclarado, explícame qué tal te va con papá.

Hablamos durante un rato más, le pongo al día de los avances del bufete y de mi nula relación con nuestro padre. Él me escucha atento y me aconseja. Después de un breve silencio, se gira hacia mí con una mirada divertida que no me gusta ni un pelo porque antes de que hable sé exactamente qué me va a decir.

—¿Y esa chica que te acompaña en el viaje...?

—¿Ada? ¿Qué pasa?

—Te gusta. —No es una pregunta.

—No seas chafardero, no es asunto tuyo.

—A Gabriel le gusta Ada, a Ada le gusta Gabriel... —empieza a canturrear para hacerme rabiar.

—Ella... es especial.

—Me he dado cuenta.

—Aléjate de ella. —Lo miro amenazador, él frunce el ceño.

—Gabriel, yo... lo siento, no me refería a... —Empiezo a reír sin parar—. ¡Serás cabronazo!

Se lanza sobre mí y empezamos a forcejear de broma sobre el sofá, como hacíamos cuando éramos pequeños, hasta que llaman al timbre.

Hugo va a abrir la puerta y de pronto toda la ligereza que había en mi cuerpo se esfuma. Ada y Cristian están en la puerta. Al entrar, noto que están... raros. Ada parece incómoda, y él está nervioso; no deja de mirarla, y eso me pone en alerta. Me levanto del sofá y me acerco a ella.

—¿Estás bien? —le susurro.

—Sí. —Me mira extrañada. ¿Cree que no me doy cuenta de su estado?—. Y tú, ¿estás mejor?

—Sí, mucho mejor.

En ese momento suena el teléfono de Cristian y se aleja para atender la llamada. Ada y yo nos sentamos en el sofá, y ella enseguida nos explica todo lo que ha visto en este rato a Hugo y a mí. No se me escapan las miradas que Hugo nos dedica, pero intento ignorarlas. Cuando Cristian vuelve, nos levantamos todos a la vez. Está serio.

—Chicos, era de la organización. Mañana a primera hora nos vamos al aeropuerto. Hasta mañana.

—Joder... están empezando a hartarme con tanto vuelo. ¿Y mi reposo?

—Han cambiado de idea. ¿Qué esperas? ¿Qué te regalen los cien mil? —me dice, borde.

Lo miro entrecerrando los ojos. Algo ha pasado y no voy a parar hasta descubrirlo. Si estos dos se han ido bien y vuelven de esta manera, es que algo ha ocurrido mientras estaban fuera.

—Vamos, Ada, recojamos y así mañana lo tendremos todo listo.

A la mañana siguiente, nos despedimos de mi hermano y me siento bien, nuestra relación ha cambiado. Otra cosa más que agradecer a este concurso...

—¡A por ellos, chicos! Estaré atento a las redes para seguir vuestros progresos. ¡No os rindáis! —nos anima mi hermano.

Ambos le damos un abrazo. El nuestro se alarga un poco más de lo normal.

—Te quiero, hermano —susurra en mi oído.

—Y yo a ti —le devuelvo.

Cuando nos separamos, Ada nos mira a ambos, emocionada.

Al salir de su casa, todo se vuelve caótico. Cogemos un taxi y llegamos al aeropuerto. Facturamos, pasamos control y, en un tiempo récord, estamos sentados en el avión.

Aterrizamos en Guilin. Enseguida, Ada y yo empezamos a investigar en el móvil, mirando por internet. Guilin es un lugar potencial en la producción de arroz.

Nada más salir del aeropuerto hay una furgoneta esperándonos con un chico muy gracioso al volante.

Tras diez minutos de conducción, el taxista deja de parecerme gracioso para pasar a ser peligroso. No sé dónde se ha sacado el carné de conducir, pero seguro que se lo dieron por miedo a morir. Pero ¿qué pasa con los conductores en este país? En Pekín, Lu, nuestro amigo que se dormía al volante; y aquí, este que parece un kamikaze.

Tras pasar por un peaje a toda velocidad entre la barrera y un montículo para evitar pagar, Ada decide que ya ha visto suficiente y esconde su cara en mi pecho. Empieza a repetir lo que parecen suplicas. Solo logro oír algo así como: «Si nos sacas de esta, prometo...».

Después de lo que parecen horas, la furgoneta se detiene y, dando gracias al cielo, bajamos de ella con dificultad, entre acojonados y rígidos por la tensión acumulada.

Paramos delante de un puesto de bicis de alquiler. Cristian nos explica que tenemos que ir hasta unas cuevas termales subidos a este medio de transporte. Hace muchísimo calor y lo último que nos apetece es eso, pero es mejor que seguir en la furgoneta suicida.

Después de que nos den las bicicletas y preguntar a la gente que había por allí, usando el traductor de voz, llegamos a las cuevas. En la entrada está esperándonos nuestro viejo *amigo*, el presentador, y otro cámara.

—Bienvenidos, chicos. Estáis aquí para superar otra prueba, si queréis dormir en una cama y cenar algo decente. Por cierto, ¿cómo te encuentras, Gabriel? —me dice con un brillo extraño en la mirada.

—Bien, estoy mejor. ¿Qué tenemos que hacer?

—Entrad por ahí, disfrutad de la visita y nos vemos en el área termal. —Se dan la vuelta y se van, sin más.

—Vale, vamos allá.

Entramos en las cuevas, aunque antes nos hacen guardar todas nuestras cosas en una taquilla y ponernos el bañador y unas chanclas. Bien, un bañito relajante nos irá genial. Aunque no sé por qué, creo que no será eso lo que nos espera.

La visita resulta surrealista. Estos chinos son la leche. Que no tenemos cuevas con sus estalactitas y demás... pues nos las inventamos y listo; un poco de barro, *poriexpan...* y ya tienes una cueva con sus recovecos y decorada con luces de colores y tronos artificiales.

La gente se dispersa y a nosotros nos desvían hacia la «zona termal». Así la llaman, pero lo que yo veo son dos charcas; una, de agua turbia, y otra, de barro.

Cuando estamos evaluando todo lo que tenemos alrededor aparece el presentador y yo empiezo a darme cuenta de lo que vamos a tener que hacer antes de que abra su boca para explicárnoslo.

—¡Qué bien que ya estáis aquí! Seré breve; la llave de vuestra habitación de esta noche, en la que además encontrareis dinero suficiente para cenar, está ahí —dice, señalando el cenagal.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! ¿En serio creéis que voy a meterme en ese barrizal con tropezones? —le dice Ada con cara de horror.

—Puedo hacerlo yo —le digo. Ella se comió los bichos, yo me pringo de mierda.

—No, debéis meteros los dos. Son las reglas. Y, además, estaréis esposados.

—¿Otra vez?

—No juntos, por separado y a la espalda —especifica el presentador.

—¡¿Y cómo pretendes que cojamos las llaves?! ¡Nos va a costar horrores!

—Esa es la idea, muñequita —le dice él, prepotente, pero antes de que yo pueda decirle algo, Ada ya le está contestando.

—No me llamo *muñequita*, me llamo Ada. ¿Te queda claro? —le dice, encarándosele.

—Sí... —le contesta, rabioso—. ¿Aceptáis o no?

—Aceptamos —dice decidida—. Pensémoslo así, si lo de la reencarnación es cierto, ya tendremos experiencia, si nos convertimos en cerditos.

Sin poder evitarlo empiezo a reírme sin parar, solo a ella se le ocurriría decir algo así.

—Bien, esposados.

Nos esposan a la espalda y entro en la balsa. Es asqueroso, no quiero ni pensar todo lo que debe de estar flotando por ahí.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! —grita Ada cuando su pie derecho toca el barro.

Hunde la pierna hasta el fondo con cara de asco, respira hondo y, justo después, resbala. Me adelanto hacia ella para sujetarla, olvidando que llevo las manos esposadas. Resultado: los dos

caemos al barro, pringándonos enteros.

Ada se levanta como un rayo, pero ya está cubierta de barro de arriba abajo. Grita y da saltitos.

—Bien, chicos, si ya habéis acabado con el *show*, os sugiero que empecéis a buscar. Tenéis cinco minutos. Encontrad todas las llaves que podáis, solo sabréis cual es la buena cuando lleguéis al hotel y probéis.

—Maldito... —susurra Ada, y la miro sorprendido.

—Podemos hacerlo, empieza a buscar. —Me siento y, arrastrándome por el fondo de la balsa, muevo las manos en busca de las llaves.

—¡Tengo una! —grita Ada—. ¡¡¡Aaaaggggg!!! ¡Joder! ¡Esto no es una llave! ¡Qué asco, por Dios!

Ada tira el pegote de barro por los aires y acaba impactando en la cabeza del presentador. La miro atónito y río con fuerza, mientras sigo revolcándome por el barrizal. ¿Cómo ha conseguido ese tiro perfecto?

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loca? —le grita, cabreado.

—¡Oh! ¿No querías un poquito de barro? Si es muy terapéutico... Es que he visto que tienes la piel un poco deshidratada. —El presentador la mira rabioso.

—¡Sigue intentándolo, Ada! ¡Tengo una! —le digo, y se la doy a Cristian, que la pone en un cesto.

Al final, conseguimos cuatro llaves. Espero que una de ellas sea la adecuada.

—Podéis ducharos e ir al hotel. Cristian os guiará —nos dice el presentador, que había desaparecido y ha vuelto, justo a tiempo, limpio de barro. Ambos asentimos y vamos hacia la ducha.

—Por favor, Dios, que no haya pillado ninguna enfermedad rara ahí dentro. Con la mala suerte que tengo, no me extrañaría —va diciendo Ada, en voz baja, para sí misma.

Nos colocamos debajo del chorro de agua y, poco a poco, el barro desaparece de nuestros cuerpos. Ada se frota tan fuerte que se está dejando la piel roja.

—Ada, te vas a hacer daño.

—Es que siento que sigo impregnada de esa porquería.

—No te queda nada ya —le aseguro.

—He cambiado de idea.

—¿Sobre qué? —le digo, mientras me seco con una toalla.

—No quiero reencarnarme en cerdo, es asqueroso. El barro no está hecho para mí. Prefiero ser un lindo pececito de aguas tropicales cristalinas. —Sonrío ante su comentario.

—¿Y si viene un tiburón y te come? —La miro, alzando las cejas.

—¡Mejor eso que el apestoso barro!

Acabamos la precaria ducha, cogemos las llaves y ponemos rumbo al hotel. Una vez frente a la puerta, puedo sentir los nervios de Ada.

—Vamos allá, ¿quieres hacer los honores?

—No, no. No quiero ni mirar —me dice, tapándose los ojos con una mano.

—Vale. —Sin poder evitarlo, beso su cabeza y, rápidamente, vuelvo a centrarme en la puerta cuando noto que se tensa.

Después de probar tres de las cuatro llaves sin éxito, empiezo a pensar que no lo vamos a conseguir. Dudo antes de probar la última y miro a Ada que tiene la vista fija en mí.

—Adelante —me dice, mientras pone mi mano con la suya y juntos metemos la llave.

Por suerte, la llave gira. Saltamos de alegría, ante la atenta mirada de Cristian. Nos abrazamos, la levanto y giro con ella en volandas.

—¡Lo conseguimos! —Me paro, y nos miramos a los ojos por unos segundos.

—¿Vais a entrar? —pregunta Cristian, algo... ¿molesto?

—Sí. —Suelto a Ada en el suelo, y entramos a la habitación.

Es grande; en el centro, hay una cama de matrimonio sobre la que reposan unos cuantos billetes. Cogemos el dinero y nos vamos a cenar.

No escatimamos; probamos platos nuevos como la flor de loto y patatas crudas. Espero que mi estómago esté completamente recuperado. Paseamos por la ciudad y nos llevan a ver un espectáculo de fuego. Cuando llegamos al hotel, estamos completamente agotados y rápidamente nos dormimos.

A la mañana siguiente, después de desayunar, salimos a la calle, y el chófer kamikaze está ahí, esperándonos. Ada retrocede, negando con la cabeza.

—¡Ni hablar! Yo con este no vuelvo a subirme a un cacharro de metal con ruedas. ¡Me niego!

—Cristian y yo nos reímos, y ella se enfurruña—. ¡No os riais! No quiero morir joven, ¿vale?

—Yo despacio, yo *conducil* bien —le dice el chico en su español limitado.

—¿Seguro? —le pregunta Ada.

—Yo *plometo*.

—Pues arreglado, vámonos —dice Cristian.

La verdad es que esta vez el chico conduce bien, incluso, a veces con demasiada cautela, pero como Ada va a gusto, pues ya está bien. Nos deja al pie de unas montañas y, al instante, deduzco donde estamos. ¿Cómo no nos iban a traer aquí?

—¿Qué tenemos que hacer aquí, Cristian? —le pregunta Ada.

—Hay que subir la montaña hasta el mirador. Va a ser increíble caminar entre los campos de arroz.

—Seguro que es muy bonito —le dice ella.

—No tanto como tú. —«Será...». Ada se sonroja y baja la mirada. ¿Le gusta que le diga esas cosas? En fin...

—¿Vamos? —les digo. Cuanto antes subamos, antes bajamos y antes desaparecerá Cristian.

Subir a la cima nos lleva un buen rato; hace calor y el ambiente es muy húmedo y está plagado de mosquitos.

Nos hacemos fotos y más fotos durante la subida. Cristian no apaga la cámara en ningún momento, así que no nos da tregua.

Cuando por fin llegamos al mirador nos quedamos embelesados con lo que tenemos delante. Es asombroso, así que hacemos una foto para Instagram:

#Arrozales #PaseandoEntreArroz #LaEspaldaDelDragón

Por suerte para nosotros y nuestros cuerpos deshidratados hay una pequeña cabaña donde venden bebidas y helados. ¿Adivináis que tomamos? Sí, helado de chocolate.

—Bueno, chicos, habéis llegado al mirador. Esto es vuestro —dice Cristian, entregándonos un sobre.

Ada lo coge y lo abre, ávida. Al leer lo que pone, su cara de sorpresa es evidente.

—¡Mira, Gabriel! ¡Nos vamos a España, a Madrid!

—¿En serio?

—¡Sí! ¡Y mira esto! Dos pases para una fiesta privada. ¡Con gente famosa!

—¡Genial! Al menos, entenderemos lo que nos dicen —le digo, guiñándole el ojo.

Más tarde, Ada se levanta de la mesa y se acerca al mirador. La observo desde la distancia. Es asombrosa. Cristian se acerca a ella con la cámara, buscando un mejor plano. Ada empieza a hacerse *selfies*, coqueta, con las montañas de arrozales de fondo.

Nervioso, me pongo en pie. Está demasiado cerca del borde. Salgo corriendo cuando veo que ella, ajena al peligro, empieza a hacer giros para que su pelo vuele.

—¡Ada! —grito.

Asustada, se gira rápido, perdiendo el equilibrio, y entonces mi corazón se para por un segundo cuando veo que su pie resbala y, manoteando el cielo, empieza a caer hacia atrás.



16. La fiesta

Ada

Fueron cuatro segundos. O eso me dijeron. Pero yo los sentí como largas horas. Toda mi vida pasó por delante de mis ojos mientras caía por la montaña. Me vi a mí misma de pequeña, intentando coser vestiditos para mis muñecas, dibujando trajes a personajes imaginarios, diciéndole a mi abuela que, por favor, me dejase usar su máquina porque en ningún caso me haría daño.

Entendí por qué un día decidí que quería dedicarme a la moda. Por qué había soportado tantos meses de precariedad laboral, viviendo en una caja de cerillas y sacrificando la mayor parte del tiempo mirando tendencias y cosiendo volantes. Era la vida que quería tener y que, por momentos, estuve a punto de perder.

Justo en ese instante, escuché el grito de Gabriel a lo lejos y los pasos de Cristian, que corría desesperadamente hasta mi posición. Sonó un estruendo que ensordeció mis oídos al chocar con la tierra, abrí los ojos mientras el cielo se nublaba y me aferré a unas ramas de un viejo árbol que quedaba en la colina del arrozal.

—¡¡Ada!! ¿Estás bien? —la voz de Gabriel sonó aliviada al ver que no había caído al vacío.

—¡Ada, vamos a por ti! —Cristian soltó la cámara, a pesar de que, pensándolo fríamente, este momento se podría haber hecho viral. Y apareció en lo alto del arrozal, estirando los brazos, con la intención de subirme.

—Estoy muy asustada. —Casi no podía ni hablar de lo rápido que me latía el corazón. No podía creer que estuviese viva.

—¡Vamos, Ada, agárrate a Cristian! —Podía ver la cara de Gabriel, a lo lejos, preocupado por mí. Es protector y bueno conmigo. Ahora me doy cuenta—. ¡Todo va a salir bien! Tenemos que acabar este viaje, ¿recuerdas? —Las palabras de Gabriel resonaban en mi cabeza a pesar del terror que sentía en ese momento.

Resignada, me cogí a los brazos de Cristian con todas mis fuerzas. Él tiraba de mí hacia arriba, mientras Gabriel se encargaba de aguantarnos a los dos. Así, con mucho esfuerzo, consiguieron subirme hasta la parte del arrozal donde estaban ellos. Cuando estuve por fin segura, me dejaron sentada en el suelo para que pudiese respirar tranquila.

—¡Dios, qué susto nos has dado! —Gabriel todavía estaba muy nervioso y no paraba de mirarme fijamente con unos ojos que brillaban con el sol.

—Ahora ya estoy bien, lo siento mucho.

—No te disculpes. Lo único importante es precisamente eso. Que tú estás bien y que no te ha

pasado nada. —Nunca había visto a Cristian tan pendiente de mí.

Ahora, desde el avión hacia Madrid, lo recuerdo todo con otra perspectiva. Es la primera vez que he estado a punto de morir y la primera vez que he replanteado toda mi vida en un instante. Tengo que disfrutar este viaje y dejar de pensar en tonterías. Concretamente, dejar de pensar en que Gabriel y yo podríamos tener algo. Él no es de novias, y yo no estoy dispuesta a ser una más en su vida. Por otro lado, está Cristian. Hace poco que lo conozco. Es un chico majo, muy atractivo, simpático... y me ha salvado la vida. Estoy empezando a verlo con otros ojos; pero, claro, no es él. No es Biel.

—¿Qué tal, Ada? ¿No puedes dormir? —Cristian interrumpe mis pensamientos.

—No, la verdad es que no dejo de pensar en lo que pasó.

—Nos hemos llevado, los tres, el susto del siglo —dice, ahora riendo.

A mi lado, Gabriel duerme como un bebé con la cabeza apoyada en la ventanilla del avión.

—Qué mono. Dan ganas de achucharlo —dice Cristian en tono sarcástico.

—Anda, calla, que lo vas a despertar. —La verdad es que es bastante mono durmiendo. Pone unos morritos que es para comérselo.

—¿Preparada para la fiesta?

—Ah, la fiesta, lo había olvidado.

—Y yo que pensaba que estarías dándole vueltas al modelito que te ibas a poner —dice Cristian, tratando de imitar mi voz.

—¡Cristian! —Me quedo parada.

—¿Qué pasa?

—¡Que no tengo nada que ponerme! ¡Ay, Dios, qué voy a hacer! Es una fiesta de gala, no puedo ir vestida como una pordiosera.

—Ah, eso, pensaba que el avión se iba a chocar o algo así.

—Muy gracioso. —Le tiro mi almohada—. ¿Sabes una cosa? Justo antes de empezar este viaje, estaba trabajando en un vestido precioso que sería perfecto para una noche como esta.

—Si no tuviese que grabar cada minuto lo que hacéis, iría hasta Barcelona a buscártelo.

—No te creo.

—Lo siento, pero esta vez tendrás que conformarte con lo que encuentres en tu maleta, preciosa.

—Qué remedio.

—Les habla el capitán. En breves momentos aterrizaremos en Madrid. Rogamos que...

—¡Gabriel, ya hemos llegado! —Lo despierto con la excitación que me caracteriza.

—Vale, ya me he enterado. —Todavía está dormido, así que me mira con cara de mala leche por haberlo despertado y vuelve a girar la cabeza. «Habrás que quererlo así».

Por fin llegamos al hotel, en la mismísima Gran Vía de Madrid. Estamos agotados y el *jet lag* nos puede, así que nos echamos una larga siesta.

Nos despierta el sonido del teléfono. Es Cristian. ¿Qué querrá ahora? Todavía quedan horas para la fiesta.

—Hola, Ada.

—Hola, dime.

—Espero que te guste la sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

—Ábrele la puerta. Nos vemos luego.

—¿Cómo?! —Ya ha colgado. Voy corriendo a abrir la puerta de la habitación y... ahí está—. ¡Edgar! ¿Qué haces aquí? ¡Qué alegría verte! —La felicidad me invade y me engancha a él como una lapa.

—¡Hermana! ¿Qué te parece que esté aquí? —Me coge fuerte, y damos vueltas como unos críos.

—¡Es fantástico! ¿Por qué estás aquí?

—Un tal Cristian me llamó y me pidió que viniese. De hecho, me han invitado a la fiesta.

—¡No puede ser! ¿En serio, vienes?

—¿Cuándo me he perdido yo una fiesta?

—¡Qué ilusión! —No sé cuántos días hace que no lo veo, pero nunca había estado tan contenta de reencontrarme con mi hermano.

—Por cierto, te he traído algo que te va a gustar.

—¿A mamá?

—Ada, por favor. —No puede evitar reír—. ¿Te suena esto? —Señala una funda de plástico con una percha.

—¿Eso es lo que estoy pensando? —No puedo estar más emocionada.

—Al parecer, es el último que hiciste cuando aún trabajabas para Marco. Mamá ha terminado de coser los últimos detalles que faltaban.

—¡Oh, Dios mío! ¡Mi madre! —Cojo el vestido y lo saco del plástico para poder verlo. ¡Es una maravilla!—. ¡Ven, pasa, no te quedes en el pasillo!

Edgar entra hasta el dormitorio donde saluda a Gabriel y los tres hablamos sin parar hasta que llega la hora de arreglarnos para la fiesta.

Nos duchamos por turnos, y los chicos empiezan a prepararse. Gabriel opta por un traje negro y corbata a juego, con una camisa blanca que le ha proporcionado la organización del concurso. Está guapísimo, no lo puedo negar. Los trajes le quedan de muerte y, además, lleva la barba perfectamente recortada... Mejor no sigo. Luego está mi hermano, que se pone el traje azul de la última boda a la que fuimos, sin corbata y con su particular pelo alborotado con gomina y secador.

—Ada, ¿sales ya? —Oigo la voz de Edgar al otro lado de la puerta del baño.

—Todavía no.

—Si no te importa, Gabriel y yo te esperamos en el recibidor del hotel. ¡Nos hemos cansado de esperarte!

—¡No me metáis prisa!

—No tardes, estaremos abajo.

Un rato después, ya estoy lista para la fiesta. Salgo de la habitación y llego hasta una gran escalinata que hay frente al recibidor. Lentamente, y agarrada a la baranda, voy bajando la escalera como si fuese una reina hasta llegar a Gabriel. Sus ojos me miran de arriba abajo hasta que estoy justo frente a él.

—¡Wow, estás preciosa, Ada! —dice Gabriel, casi sin palabras.

—Gracias. —Enfoco mis ojos de nuevo en los suyos hasta que uno de los dos aparta la mirada.

—¡Estás divina, hermana!

—¡Sin ti no hubiese sido posible!

Llevo un vestido largo vaporoso de color rojo pasión, con un escote moderadamente pronunciado, unos tirantes finísimos, un pequeño volante muy sutil debajo del pecho y, otro, en el largo de la falda, que llega hasta el suelo. Aunque apenas se ven, llevo unos zapatos de tacón en color plata oscura y unos pendientes a juego muy elegantes. El maquillaje es delicado y lo único

que destaca es el rojo de mis labios. He optado por llevar el pelo suelto con unas pequeñas ondas y unos mechones recogidos atrás, que permiten lucir el vestido en todo su esplendor.

#AntesMuertaQueSencilla #NosVamosDeFiesta

—Cristian está en la puerta, así que ya podemos ir tirando.

—¡Genial, vamos!

Entramos en un hotel de cinco estrellas muy lujoso y subimos en un ascensor acristalado que nos lleva a la azotea donde tiene lugar la fiesta. ¡Y menuda fiesta! Nunca había estado en un sitio parecido, rodeada de gente elegantísima, con luces de colores y una gran piscina junto a la pista de baile. Hay una enorme barra y unos cuantos sofás blancos esparcidos por la terraza.

Edgar me mira con cara de orgullo y sé que en el fondo me está queriendo decir que hoy liga sí o sí. Lo más curioso es que nada más alzo la vista, me encuentro con famosos: actores, modelos, estilistas y alguna que otra bloguera. Me muero de ganas por pedirles fotos, pero no quiero parecer una fan adolescente. Hoy soy toda una señorita con pinta de tener una casa pija frente al mar.

Vamos en plan séquito de *Ocean's Twelve* hasta la barra para pedir algo de beber. Allí ya nos empezamos a desperdigar. Edgar se pide un *gin-tonic* y, al rato, ya le está poniendo ojitos a una rubia que lleva un vestido verde esmeralda de Gucci.

—Me piro —dice con una sonrisa de seductor.

Uno menos. ¿Ahora qué hago yo entre estos dos? Cojo un mojito de la barra y, en pocos minutos, ya me lo he bebido.

—Ada, ¿bailamos? —me dice Gabriel, que está algo achispado por el alcohol.

—Venga, vale. —Además, está sonando *Déjà vu*, de Shakira y Prince Royce, que me encanta.

Nos apretamos bien y empezamos a bailar lentamente al ritmo de la bachata. Acerca su mano a mi cintura y empiezo a sentir un rayo de energía por el cuerpo. Nos reímos y, por un momento, empiezan a aflorar sentimientos en mí que no quería que volvieran. El calor de su piel, el olor de su cuello, sus brazos fuertes abrazando mi silueta... Nos miramos, pero no decimos nada.

—Me voy a buscar otro mojito.

—Vale —afirma, y veo en él una mueca de decepción.

Me acerco a la barra y, al coger mi bebida, me choco, sin querer pero, gracias a Dios, de forma sutil, con alguien.

—Ay, perdona, no quería darte.

—No, tranquila. Es normal, es una fiesta —me dice un tipo con el pelo increíblemente repeinado y un acento inglés de película americana.

—Sí, una fiesta genial.

—Por cierto, tengo que preguntártelo. ¿De qué diseñador es tu vestido? Es de los más estilosos que he visto esta noche.

—¿En serio? Pues no es de marca. Bueno, quiero decir... es mío. O sea, lo he hecho yo —digo con sonrisa orgullosa y, a la vez, insegura.

—¡Wow! Eso no lo esperaba. ¿Eres diseñadora?

—Sí, algo parecido. La verdad es que no tengo firma ni trabajo, pero nunca he dejado de diseñar.

—Yo soy Jeremy Hastings, diseñador de moda, viviendo a caballo entre Nueva York y Madrid.

—¡Encantada de conocerte! ¿Desde cuándo eres diseñador?

—Desde que era pequeño, querida, pero hace ya bastante que empecé en el mundillo. El mejor momento de mi carrera fue el año pasado cuando pude enseñar mis diseños en la Semana de la Moda de Nueva York.

—¡Estoy impresionada! Me encantaría conocer tus diseños.

—Si algún día te pasas por Nueva York, estaré encantado de enseñártelos.

—¡Oh, sí, por favor!

—Y de paso, así podría ver algo tuyo —me dice, interesado.

—¡Por supuesto!

—Ahora, si te parece, intercambiamos los teléfonos. Tengo que ir a ver a ese moreno de ojitos sabrosos que está al lado de la piscina. ¡Qué guapos son los españoles, *baby*!

—Claro, claro, ve. —Río, mientras nos intercambiamos los teléfonos. Luego nos damos dos besos, y se marcha caminando con un estilazo que me hace sonreír.

Me giro para ver qué se cuece en la fiesta. Mi hermano, por lo visto, ha decidido desistir con la rubia de Gucci y está haciendo amigos al otro lado de la barra. Gabriel, por el contrario, está hablando con unas chicas en unos sofás. ¡Genial, Gabriel! Tú, como siempre, tan simpático con el sexo femenino. «Pero ¿y qué esperabas, Ada?», me pregunto a mí misma.

—Eh, Ada —Cristian me habla, y yo me giro al darme cuenta de su presencia—. ¿Qué tal? ¿Te lo estás pasando bien?

—Sí.

—¿Te pido algo? —me pregunta.

—Otro mojito, por favor.

—Tengo que decirte que estás preciosa esta noche —me alaba.

—¿Esta noche?

—Siempre.

—Gracias, era broma.

—Yo hablaba en serio, me pasaría el día mirándote —su voz se ha vuelto demasiado íntima.

—Igual te cansas de mí —digo en tono irónico.

—Ven a sentarte conmigo y así no me cansaré.

Él me lleva hacia el sofá, colocando su mano en la parte baja de mi espalda. El calor que desprende su contacto en mi vestido hace que me sea difícil protestar.

—No sé si es el traje o tú lo que me está acalorando.

—Me parece que son las copas de más que te has tomado —digo, riendo.

—A veces me hace falta un poco de coraje líquido para decir lo que pienso.

—¿Y qué es lo que piensas?

En otra parte de la fiesta...

Estoy aquí, sentado entre dos mujeres preciosas, pero mi cabeza está en otro sitio. Me levanto y me acerco a Edgar, que está a unos pasos de mí.

—¡Gabriel!

—Eh, Edgar, ¿Qué tal?

—Estoy muerto. ¿Nos sentamos un rato?

—Vale. No ha habido suerte, ¿eh?

—He conocido un montón de gente que no sé si volveré a ver algún día, pero ha estado bien. Y tú, ¿qué?

—Yo, bien. Aquí estoy, hablando contigo —digo, simpático.

—¿Como si echases de menos a alguien? —«Edgar no vayas por ahí, por favor».

—¿A quién?

—No sé... a alguien con vestido rojo y pelo castaño, tal vez.

—No. —Río, pero no puedo evitar dejar la mirada perdida al pensar en ella.

—He visto como os miráis, Gabriel. No sé si hay algo o lo ha habido, pero lo que está claro es que sientes algo por ella.

—Yo... no...

—No puedes engañarme.

—Puede que, quizá, tengas algo de razón —admito al fin.

—¿Y bien?

—Pero no puede ser.

—¿Por qué no? ¿En serio crees que mi hermana no siente nada por ti?

—No estoy muy seguro. Además, ¿qué pasará con el viaje y el concurso si ocurre algo entre nosotros?

—A la mierda el viaje, Gabriel. Si, de verdad, te importa Ada, eso no debería ser un obstáculo. ¿Qué puede pasar? ¿Que os separéis? ¿Que no os llevéis el premio? Empezasteis sin él, ¿no? Y quizá, podéis sacar algo mejor de este concurso.

—Creo que tienes razón. —No sé cómo he podido estar tan ciego para no darme cuenta. ¡Qué más da el puto viaje! Yo... solo quiero estar con ella.

—¿A qué esperas? ¡Vamos, dile lo que sientes!

—¿Cómo? ¿Ahora? ¡No puedo!

—No seas cobarde.

—¿Crees que soy el adecuado para ella? —Me empiezo a poner nervioso y esto hacía muchísimo que no me pasaba. Siempre he llevado las riendas de todo.

—Mira, no sé si eres el hombre de su vida, pero algo me dice que le gustas y es la primera vez que veo a mi hermana mirando a alguien de esa forma. Y me pareces buena gente, a pesar de ese aire de seductor *playboy*.

—¿*Playboy*? ¿En serio? —Esta vez es risa nerviosa.

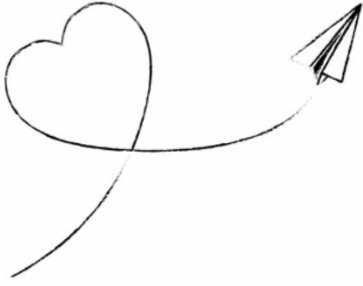
—En serio. Te apoyo. Pero ni se te ocurra hacerle daño, porque entonces te cortaré los huevos.

—Nunca le haría daño a Ada. —Me pongo serio.

—Que así sea, pues.

—Gracias.

Me hace un gesto de afirmación con la cabeza, como despidiéndose de mí, y me levanto, decidido a hablar con Ada. De esta noche no pasa. ¡A la mierda todo! ¡Todo lo que dije en Londres! La necesito. Quiero estar con ella.



17. Es cierto, no me necesitas Gabriel

Dejo atrás a Edgar y voy en busca de su hermana. No la encuentro por ninguna parte, ¿dónde se habrá metido? Sigo caminando y decido alejarme del barullo de la fiesta.

De lejos, en un lugar apartado, logro vislumbrar su vestido rojo y camino decidido hacia él. Está de espaldas a mí, sentada en un sofá, charlando con Cristian.

Me acerco a ellos, pero ninguno de los dos se percata de mi presencia. Estoy a unos metros cuando pasa algo que hace que me detenga en seco. Mi corazón empieza a latir rápido y con fuerza; tanto, que es incluso molesto. Mis ojos se abren como platos y tengo que reprimir el grito de rabia que lucha por salir de mí.

¡¡No!! Mierda, lo sabía. Sabía que el capullo este iba a aprovechar la más mínima oportunidad para tirarse sobre ella. No me gusta nada lo que tengo ante mis ojos. Ada se está besando con Cristian. ¡Maldito sea!

Las manos de él sujetan su cara, evitando que ella pueda alejarse en el caso de que quiera. Aunque para qué engañarnos, ella no quiere. Le sigue el beso y sus delicadas manos se aferran a los brazos de él.

Pero qué imbécil he sido, ¿por qué he tardado tanto en reaccionar? Ahora ya es tarde. Yo le dije que lo nuestro no podía ser.

Mi cerebro está gritando que me aleje de aquí, que empiece a caminar y no pare hasta que esa visión desaparezca. ¿Por qué sigo mirándolos? Pues porque mis malditos pies no hacen caso a mi cerebro.

Cuando por fin logro reaccionar, vuelvo a la fiesta. Estoy tan acelerado, tan cabreado, que incluso mis manos tiemblan. Qué digo..., todo entero estoy temblando, de rabia, de frustración, de impotencia...

Me acerco a la barra y pido un *whisky* al camarero, me lo bebo de un trago y hago que vuelva a llenarme el vaso.

Cuando estoy vaciando el tercero, aparece Edgar.

—¡Eh! ¿Qué haces aquí tan solo? —me dice, alegre.

—¿A ti qué te parece?

—Que te estás emborrachando.

—Pues eso.

—¿No ibas a buscar a Ada para declararte?

Me giro hacia él y enfrento su mirada interrogante.

—Y he ido.

—¿Y? Joder, macho, hay que sacarte las palabras con sacacorchos.

—He llegado tarde.

—¿Cómo?

—Que he llegado tarde. Cristian se me ha adelantado.

—¿El cámara? ¿Cómo se te ha adelantado? ¿Se estaban dado el lote?

—El mismo. Y... sí.

—¿Y no le has partido la cara? Porque igual que yo me he dado cuenta de que os gustáis, él, seguro que también. —Su respuesta me hace reír.

—Ganas no me faltan, pero no puedo hacerlo. Yo le dije que no iba a haber nada entre nosotros. Ella es libre y ha elegido, punto.

—Pues lo siento, tío —me dice, palmeando mi espalda.

En ese momento, dos chicas se acercan a nosotros. Son muy guapas, eso no puedo negarlo, pero hoy no estoy de humor.

—Hola, chicos, ¿qué tal? —dice una de ellas.

—Hola... —Cuando Edgar se gira y las ve, se olvida por completo de mí para centrarse en ellas. Yo, en otro momento, hubiera hecho exactamente lo mismo.

Centro la mirada en el fondo de mi vaso, haciendo girar el *whisky*, abstrayéndome con la forma en la que mancha las paredes. No puedo evitar pensar que, si hubiera ido cinco minutos antes, quizá hubiera podido evitar que se besaran. ¿Y de qué sirve que me fustigue? De nada, absolutamente de nada, eso no va a cambiar la realidad.

Cansado de escuchar las risas de Edgar y su compañía femenina, me pongo en pie, y él me mira.

—¿Te vas?

—Sí, ya no hago nada aquí.

—Está bien, nos vemos mañana, si no os hacen iros antes. De todas formas, llamadme, si eso pasa, para que podamos despedirnos.

—De acuerdo.

Me alejo de allí, ignorando las peticiones de las chicas de que me quede. Edgar se encarga de entretenerlas para que pueda marcharme sin tener que ser borde, aunque tampoco es que me importe demasiado.

Salgo de la terraza y me dirijo al ascensor. Lo mejor es que me vaya a la habitación. Afortunadamente, esta noche la organización del concurso nos ha dado manga ancha y me puedo ir solo. Mañana será otro día y, con suerte, quizá ese beso solo haya sido producto de mi imaginación.

Entro en la habitación y, como es de esperar, Ada no está. Debe de seguir dándose el lote con el *camaracho* de los huevos. ¿Se habrán ido a una habitación? Solo de pensarlo todo el vello de mi cuerpo se eriza. Me desvisto y me meto en el baño. Necesito una ducha para templar los ánimos. Eso ayudará.

Después de la larga ducha, que, la verdad, no ayuda una mierda, salgo, me seco un poco y, con la toalla anudada a la cintura, vuelvo a la habitación.

Ahora que lo pienso, ella tiene que venir a dormir a la habitación sí o sí, si no quiere romper

las reglas del concurso. Al menos, va a dormir a mi lado y no con ese imbécil.

En algún momento debí de quedarme dormido porque me desvelo al oír cómo se abre la puerta y la luz del pasillo se cuela en la habitación.

—Lo siento —murmura Ada, cuando ve que me ha despertado.

—No pasa nada.

—Creía que seguías en la fiesta, pero al no encontrarte he venido aquí.

—Hace rato que se acabó para mí.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —¿En serio me está preguntando eso? Se cree que soy idiota.

—Nada, Ada, no ha pasado nada. Es solo que no tenía ganas de continuar la fiesta.

—Vale, bueno... voy a cambiarme y a dormir.

—Muy bien —le contesto seco. No tengo ganas de fingir que todo está bien porque no es así. No puedo obligarla a dejarlo, no puedo obligarla a estar conmigo, pero no voy a hacer ver que no pasa nada.

Me doy la vuelta mientras se mete en el baño. Cuando vuelve, me hago el dormido. Sé que quiere decirme algo, pero ahora mismo no quiero escuchar absolutamente nada. Todo el mundo tiene un límite, y el mío está a punto de rebasar. Será mejor tener la noche en paz.

Por la mañana siento que hemos despertado en Siberia. El ambiente no puede estar más frío y tenso entre nosotros. Bajamos a desayunar sin haber cruzado apenas palabra. Noto su mirada sobre mí de vez en cuando, pero me hago el loco y ella tampoco dice nada. Seguramente está confundida por mi actitud. Ella no sabe que los vi, pero me da igual. Si ella está confundida, yo estoy dolido y cabreado, muy cabreado.

Cuando estamos desayunando aparece el cámara, y yo paso olímpicamente de su cara. Mejor guardo la lengua dentro porque como abra la boca y la ponga a trabajar, me echan del concurso.

Estamos a punto de acabar cuando llega el presentador, e intuyo que hoy no va a ser mejor día que ayer.

—¡Chicos! ¿Qué tal la fiesta?

—Bien —contesta Ada. Yo lo ignoro completamente, no estoy de humor.

—Vaya... qué poco habladores estáis. ¡Menos mal que traigo buenas noticias! Hoy tenemos un evento muy importante que os va a encantar.

—¿Tú crees? —le digo, irónico. Ya nos conocemos...

—Sí, ¡hoy vais a conocer a vuestros fans! Os haréis fotos con ellos y firmaréis autógrafos.

—¿Fans? ¿Tenemos de eso? —le pregunta Ada, incrédula.

—Ya lo veréis. Vámonos, ya está todo listo. —Se ríe, mientras comienza a andar.

Resignados, lo seguimos. Por el camino, Cristian no para de mirar a Ada, pero, ahora que lo pienso, no se han besado para saludarse. Quizá solo fue un rollo de una noche.

Cristian aparca su cámara a un lado y empieza a grabarnos con un móvil.

—Chicos, estáis en directo por Instagram con vuestros fans —nos dice, mientras gira la pantalla hacia nosotros, y flipamos al ver la cantidad de gente que está viéndonos en directo y todos los mensajes que nos hacen llegar.

Poco después, la furgoneta en la que vamos se detiene y entramos por lo que parece el acceso trasero de una nave industrial enorme.

Es asombroso lo que han montado aquí. Hay muchísimos chiringuitos, pequeñas pistas,

repartidas por todo el recinto, donde la gente está bailando mientras la música suena por todo el lugar. Podemos verlo absolutamente todo desde la altura en la que estamos. Hasta nos sorprendemos cuando vemos que hay una piscina, simulando una playa, justo en medio de la nave.

En uno de los extremos hay muchísima gente formando una cola enorme que muere en un escenario iluminado por unos focos. Parece que están esperando a que alguien salga. ¿Quién será el famoso?

—Vamos, os están esperando, están impacientes —dice el presentador, señalando el escenario.

Ada y yo nos miramos, incrédulos, ¿en serio están aquí por nosotros? ¿Cómo puede ser que haya tanta gente que nos sigue? No puedo creer que seamos tan famosos aquí.

—¿Es... esto es por nosotros? —dice por fin en voz alta.

—Claro, chica. Os adoran. Haremos una pequeña entrevista y podrán haceros algunas preguntas. Después, dejaremos que suban uno a uno y os haréis fotos —me cuenta el presentador, entusiasmado.

Nos dejan en el *backstage*, y el presentador sale para decir que ya estamos aquí y caldear el ambiente, aunque la verdad es que no tiene que esforzarse mucho para conseguirlo.

A la señal, salimos, y la gente se vuelve, literalmente, loca. Todos empiezan a gritar, a corear nuestros nombres y a tirar cosas al escenario. Ambos alucinamos y reímos. Empieza la entrevista, y el presentador cambia totalmente su actitud, se vuelve amable, gracioso. Sabe cómo cautivar al público.

Contestamos a sus preguntas y más tarde a algunas de los fans, aunque hay algunas que son demasiado privadas y logramos esquivarlas.

Cuando acabamos, retiran los sofás y montan unas mesas altas y unos taburetes para ambos. Dos fotógrafos con cámaras instantáneas se colocan delante, preparados para capturar el momento.

Los fans empiezan a subir uno a uno, controlados por dos chicos de seguridad; uno, para dejarlos pasar, y otro, para evitar que se alargue mucho el encuentro. En cuanto tienen la foto firmada los hacen salir.

—¡Hola, Gabriel! —Oigo que gritan, e inmediatamente, una chica se lanza a mi cuello como una boa constrictor—. Me encantas, te adoro.

Le devuelvo el abrazo, educado, y después suelto sus brazos de mi cuello con cuidado. Por el rabillo del ojo veo que Ada nos está mirando con cara rara.

—Gracias —le digo a la chica—. ¿Quieres una foto?

—¡Por supuesto! —me dice, mientras se coloca.

En vez de colocarse al lado, se pone delante de mí, coge mis manos y hace que rodee su cintura desde atrás. La miro, sorprendido, pero me encojo de hombros y sonrío para la foto. Cuando el fotógrafo me la entrega, la firmo y se doy a la chica, pero me sorprende al decirme:

—¿Puedo pedirte algo más? —Mmm... no me fio ni un pelo, a ver qué quiere.

—Dime —le contesto, mientras veo que el de seguridad ya se está acercando a ella para hacer que se marche.

—Quiero que me firmes en un sitio.

—¿Dónde? —En ese momento, Ada, que ha acabado de hacerse la foto con un chico, se acerca y sin decir nada, escucha.

—En la teta —dice, y la miro incrédulo. Ni que yo fuera un cantante famoso o algo así.

Antes de que pueda contestar, Ada lo hace.

—Un poquito de dignidad, guapa... —La miro extrañado. Ella siempre es correcta y amable.

—A ti qué te importa, tú puedes disfrutar de él a diario, yo solo ahora —le contesta la chica, y estoy a punto de sacarla de su error, de decirle que Ada solo tiene ojos para el cámara, pero no es el momento.

—¿Por qué quieres que te firme ahí? —digo, señalando su pecho con un gesto vago de mi mano.

—Porque, en cuanto salga de aquí, voy a tatuarme tu firma antes de que se me borre.

—¡Estás loca! ¿Cómo vas a tatuarte mi firma?

—Tú firmame, *porfaaa*.

El chico de seguridad la coge y empieza a llevársela fuera del escenario. La chica protesta y grita. Voy a ir hacia ella cuando Ada me sujeta del brazo y la miro.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Voy a hablar con ella, no quiero que se vaya así, no tienen por qué echarla.

—¿Qué más te da? —me dice.

—¿Y a ti? ¿Qué más te da a ti lo que yo haga? —Me suelto de su mano y avanzo hasta la salida donde la chica sigue discutiendo con el de seguridad.

—Oye, ¿cómo te llamas? —le pregunto, mientras me acerco a ella.

—Mar, me llamo Mar.

—Encantado, Mar. Vamos a hacer una cosa: si de aquí a que acabe nuestro viaje, sigues queriendo ese tatuaje, ponte en contacto conmigo a través del concurso y te firmaré el pecho. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —me dice, estrechando mi mano. Le guiño el ojo y vuelvo a mi sitio. Confío en que cambie de opinión.

La gente sigue pasando, algunos más extrovertidos, otros más tímidos, pero nada fuera de lo normal hasta que llega él. No sé por qué motivo, antes de verlo, lo intuyo. Algo hace girarme hacia la mesa donde está Ada y, entonces, lo veo.

Un tío alto, con el pelo rubio muy claro, casi blanco, y unos ojos de un azul celeste que le dan una apariencia siniestra. No es que lo conozca, pero hay algo en él que hace que me ponga en alerta al segundo de percibirlo. Me acerco hasta Ada sin perder de vista al chico. Mientras, puedo oír cómo el de seguridad discute con unas chicas que no se ponen de acuerdo en quién es la siguiente.

Se acerca a ella y se coloca a su lado, rodeándole la cintura para hacerse la foto. Justo cuando el fotógrafo dispara, el chico baja su mano y la pone sobre el trasero de Ada. Ella da un salto hacia atrás y lo empuja para apartarlo.

Antes de que puedan pararme, mi puño se estrella contra la mandíbula del tío y, mientras se tambalea, me lanzo sobre él otra vez, tirándolo al suelo.

—¡¿Quién mierda te crees que eres para tocarla, eh?!! —Vuelvo a alzar el puño, pero, antes de que llegue a tocarlo, ya me han sujetado y alejado de él.

Todo el mundo grita y abuchea al tío mientras lo sacan de allí. La gente se vuelve loca e intenta llegar a él. Nos sacan de allí por la puerta de atrás y, antes de darnos cuenta, estamos de nuevo en la furgoneta.

—No hacía falta que le partieras la cara —me grita Ada, una vez la furgoneta se pone en marcha.

—Yo creo que sí —le digo sin mirarla, tratando de controlar mi respiración. Odio a esos individuos que se creen con derecho alguno de tocar lo que les da gana.

—No, no la hacía. Sé defenderme sola, no necesito que lo hagas tú.

—Es cierto, no me necesitas. Para eso tienes a tu novio —le digo.

—¿Mi...? —Se queda con la palabra en la boca cuando, desde fuera, Cristian abre la puerta de la furgoneta para que salgamos.

—¿Estás bien? —le pregunta a Ada, y ella asiente sin apenas mirarlo; sus ojos están centrados en mí—. Subid y empezad a hacer las maletas —nos dice.

Me giro hacia él, ignorando la mirada de Ada.

—¿Podemos saber adónde vamos? —le pregunto un tanto asqueado de toda la situación en general.

—Sí, esta vez, sí. Vais a Nueva York.



18. Es tu sueño

Ada

Empiezo a entender por qué Gabriel está de tan mal humor. Creo que me vio con Cristian en la fiesta, no ha podido ser otra cosa, porque está así desde entonces. Pero ¿por qué no me lo ha dicho? Yo le habría contado todo lo que ocurrió...

Cristian y yo estuvimos un buen rato en el sofá de aquella terraza, dándole a la sinhuera. No paramos de reírnos de las cosas que tenemos en común. Hasta hablamos de que él podría ser mi fotógrafo oficial cuando logre tener mi propia firma. Sí, el alcohol hizo que empezara a soñar despierta. Cristian, en ese momento, también.

—¿En qué piensas? —Noté que llevaba unos instantes embobado conmigo.

—¿Estás segura de que quieres saber lo que voy a decir?

—¡Claro! Si luego no te arrepientes...

—A veces creo que hay que dejarse llevar por la intuición.

—Así es, ¿y qué dice tu intuición ahora? —Al acabar la frase, noté su tensión y se acercó cada vez más a mí, con aire seductor.

—Igual me he pasado de valiente... —Me miró con ojos tiernos.

—¡Eres horrible! ¿Ahora te callas, cobarde? —dije entre risas.

—¿Qué te parece si no decimos nada? —Empecé a entender que la conversación no iba a ningún lado.

—Vale —dije en tono juguetón.

Su mirada recorrió mi cuerpo hasta llegar a mis labios. Acarició mi cara con suavidad y me besó lentamente con los ojos cerrados. Me pilló desprevenida en un primer momento, pero al final continué lo que Cristian había empezado. Nuestros besos se volvieron cada vez más intensos, y empecé a notar una extraña sensación en el pecho. La situación subió de tono y, entonces, fue cuando me acordé de Gabriel. No pude evitar recordar sus manos rompiéndome la ropa, sus caricias resbalando por mi cuerpo empapado en sudor. Sus besos. Un suave gemido escapó de mi boca al acordarme de sus besos.

—Cristian, para... —le dije y me aparté.

—¿Qué pasa, Ada? ¿He hecho algo mal? —Se quedó extrañado por la situación.

—Creo que deberíamos dejarlo aquí —contesté en tono cortante, mirándolo a los ojos, sin poder evitar cierta vulnerabilidad.

—Pensaba que querías...

—Y quería... pero...
—Es por él, ¿verdad? —su tono se volvió serio.
—No voy a responderte a eso.
—Ah, ¿no? ¿Llevas todo el día dándome señales y ahora no te vas a dignar a responderme?
—¿Qué quieres que te diga? ¡Yo no te he dado ninguna señal! —No entendía lo que ocurría y cada vez me sentía más incómoda.
—Y entonces, ¿qué? ¿Vas a ir corriendo a por él? —Fue la primera vez que vi esa cara de Cristian.
—Voy a hacer lo que me dé la gana. —Me puse en pie de golpe, con determinación.
—¡Te va a hacer sufrir, Ada! —Sé que estaba frustrado, pero ya no me importó.
—¿Y tú qué sabes de él? ¡Ni siquiera lo conoces! —No podía con la rabia que llevaba dentro. Tenía ganas de marcharme y no volver a verlo nunca.
—¡Ada, por favor, no te vayas así! —Me agarró del brazo, suplicándome que me quedara.
—Creo que no tengo nada más que hablar contigo, Cristian.
—Perdóname, por favor, me he comportado como un estúpido —insistió una y otra vez.
—¡Me quiero ir, déjame!
—Vale, perdóname, pero hablemos, por favor.
—Soy libre de hacer con mi vida lo que quiera. —Cogí el mojito que estaba en la mesa de cristal, frente al sofá, y le tiré el poso del líquido que quedaba dentro—. ¡Buenas noches! —Y me largué sin mirar atrás.

Inconscientemente fui corriendo en busca de Gabriel. ¿Para qué engañarme? Necesitaba ver su cara. Recorrí toda la azotea y al no encontrarlo empecé a detestar permanecer en la fiesta, así que decidí volver al hotel. En otra situación, me hubiese sentido culpable por lo que había pasado allí arriba, pero mentiría si dijese que me estaba sintiendo así. Después de todo, este viaje me está enseñando a seguir mi corazón y hacer lo que quiero en cada momento. A pesar de todo, me siento más libre que nunca.

Cuando regresé a la habitación, Gabriel estaba en la cama y tras cuatro palabras y un «buenas noches», se volvió a dormir. Estaba raro, pero no era el único.

Mejor sería hablar cuando los ánimos vuelvan a su sitio, si es que vuelven...

Llegamos a Nueva York y, una vez dejamos las maletas y nos acomodamos en el hotel, nos dejan la mañana libre para dar una vuelta. Caminamos por algunas calles principales y vemos la Estatua de la Libertad a lo lejos. Eso sí, no volvemos a tocar del tema Cristian, ni tampoco el encuentro con nuestros fans. Supongo que cuando le dio el puñetazo a aquel chico estaba pensando en defenderme, y no lo culpo, yo hubiese hecho lo mismo; pero no quiero que Gabriel se meta en líos ni quiero que le hagan daño. Y en cuanto a Cristian, la verdad, no entiendo por qué Gabriel imagina que es mi novio, pero, de momento, es mejor dejarlo estar.

Al pasar por delante de varias tiendas de ropa, me acuerdo del diseñador que conocí en la fiesta. Me debato mentalmente entre llamarlo o no. No quiero molestar, pero al mismo tiempo me muero de ganas por estar en su taller. ¡Qué narices, voy a llamarlo!

—Hello, Jeremy. Soy Ada, nos conocimos hace unos días en Madrid. En la fiesta, ¿me recuerdas?

—Cómo iba a olvidarme de ti, cielo. He soñado con tu vestido y he pensado en copiártelo,

pero no sufras, no lo haré —dice en tono irónico, y yo río al escuchar su ocurrencia.

—Pues verás, estoy en Nueva York. ¿Crees que podríamos quedar?

—Estoy en plena vorágine con el desfile de mañana y mi asistente se ha puesto de parto. ¿Quién se pone de parto antes del desfile? ¡El karma quiere arruinarme!

—No sé qué decir. Lo siento, tampoco quería molestar.

—No molestas, a decir verdad, me vendría bien un poco de desconexión. Va a ser una noche muy larga...

—¡Genial!

—En la cafetería Dreams, a las cinco. Tengo el taller justo al lado. ¡Y no llegues tarde! Los españoles tenéis una costumbre muy rara.

—¿No lo dirás por el moreno de ojos sabrosos de la fiesta? —Ya parecemos amigos íntimos.

—Puede, como te digo, necesito un respiro.

—Hasta luego, Jeremy.

—Adiós, Adita.

A falta de diez minutos para las cinco, estoy como un clavo en la cafetería donde he quedado con Jeremy. Gabriel ha accedido a venir y, mientras tanto, está visitando algunas tiendas cercanas.

—*Hello*, corazón.

—Hola, ¿qué tal?

—Pues... —Emite un suspiro y empieza a desahogarse—. ¡Ada, no te imaginas lo importante que es el desfile de mañana para mi carrera! Me ha costado mucho llegar hasta aquí y ahora, que estoy a punto de conseguir las críticas que quiero, todo me está saliendo mal. Por decirte, hasta he perdido a uno de mis modelos masculinos estrella. ¡Estoy perdido!

—¿Se ha muerto? —le pregunto, extrañada.

—No. —Jeremy ríe al escuchar mi pregunta—. Me ha dejado tirado a última hora para irse a buscar a la otra punta del mundo al amor de su vida.

—¡Oh, qué bonito! —Mis ojos brillan como los de un gatito dulce y tierno—. Quiero decir... qué impresentable, dejarte así.

—Ya, es tan mono... —Repito mi gesto.

—Tranquilo, Jeremy, todo va a salir bien.

—Es muy fácil decirlo, pero estoy muy desesperado. —Le empiezan a caer las lágrimas, mientras balbucea palabras en inglés que no entiendo—. En fin, no quería agobiarte con mis problemas. ¿Te gustaría ver mi taller? Ahora mismo es un desastre, pero qué más da.

—Me encantaría.

—Pues vamos.

Jeremy abre las puertas de su taller del que, como bien dice, se ha apoderado el monstruo del desorden, pero tratándose de un desfile, lo entiendo. Avanzamos y me explica en qué consisten sus colecciones. Luego, cruzamos un par de pasillos y me enseña sus diseños puestos en unos maniqués.

—¡Son increíbles, Jeremy!

—Menos mal que alguien me comprende.

—Las telas, los colores, las formas... ¡Me encantan, de verdad! Y la idea que tienes para el

desfile es una pasada.

—Un momento, bella...

—¿Qué?

—Tú eres diseñadora.

—Sí, bueno, se puede decir que sí.

—¡*Darling*, tú puedes ser mi asistente! —Se emociona y empieza a dar saltitos—. Si quieres, claro. Perdona si me he precipitado, pero es que...

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que sea tu mano derecha en el desfile de mañana?

—Mi mano derecha, mi izquierda y mis pies, si hace falta. ¡Pues claro!

—¡Acepto! ¡Acepto! —No me puedo creer lo que está pasando. ¡Por fin voy a participar en la organización de un desfile! Tantos años trabajando con Marco y apenas pude entrar en el taller de costura. Y ahora... ¡estoy en Nueva York! ¡Y voy a colaborar en un desfile!

—Basta de charla. —Da dos palmaditas en el aire y se pone a andar con aires de elegancia y pasos firmes—. Tenemos mucho que organizar para mañana.

Antes de nada, le pido a Jeremy su móvil y llamo a Gabriel para contarle las novedades.

—¡Gabriel, no te lo vas a creer!

—¿Qué me tengo que creer?

—Es Jeremy, ¡quiere que sea su asistente en el desfile de mañana!

—¡Vaya, Ada, eso es genial!

—Lo sé, lo sé. ¡Estoy muy emocionada!

—Entonces, ¿nos vemos luego, donde nos hemos despedido antes?

—Sí, comunícaselo a la organización, por favor. Esta es una oportunidad que no puedo rechazar.

—No te preocupes, los convenceré de lo que haga falta.

—Gracias, Biel.

—De nada. —Se queda callado un instante—. Ada...

—¿Sí?

—Yo...

—¿Qué?

—Nada. Quería decir que disfrutaras de la experiencia. Es tu sueño.

—Por supuesto. No dudes de que lo haré. —Y cuelgo.

Jeremy y yo nos pasamos la tarde entera organizándolo todo para el desfile; cuando ya lo tenemos casi listo, cerramos el taller y salimos a la calle a esperar a que venga Gabriel para volver juntos al hotel.

—Hola, ¿qué tal? —Se acerca Gabriel y le da la mano a Jeremy para presentarse.

—Hola, Gabriel. —Mi euforia hace que se me ruboricen las mejillas.

—Hola, Gabriel. —Jeremy lo mira de arriba abajo y tarda más de cinco segundos en cerrar la boca—. ¿Es tu novio, cielo? —Se gira hacia mí, sorprendido.

—No, no es mi novio. Solo somos compañeros de viaje.

—Vaya... compañeros de viaje. ¡Eso es más que novios! Compañeros de vida, de aventuras, de cama, de... —Noto mi cara arder. Pero ¡¿qué está diciendo este loco?! —

—No, no... yo lo que quería decir es que... —intento explicarle.

—Sí, sí, no te preocupes, es todo tuyo. Esto... Gabriel, y tú, ¿a qué te dedicas?

—Soy abogado. —Gabriel lo mira perspicaz al ver la reacción de Jeremy.

—¿Y te han dicho alguna vez que podrías ser modelo?

—No, la verdad es que no. —Miro a Jeremy y nos entendemos sin necesidad de palabras.
—Jeremy, ¿en qué estás pensando, malvado? —le digo.
—Lo sabes. —Se ríe travieso.
—¿Qué está pasando? —Gabriel comienza a sentirse incómodo al no saber cómo reaccionar ante nuestra reciente complicidad.
—Gabriel, encantado de conocerte. ¿Podrías ser uno de mis modelos mañana en el desfile? Te estaría eternamente agradecido. ¡Eternamente agradecido, Gabriel!
—¿Cómo?! —Empieza a descojonarse y, al ver que nosotros no lo hacemos, abre mucho los ojos, sorprendido—. ¿No lo estaréis diciendo en serio?
—¡Por favor! Es un día muy importante para mí y necesito a alguien con tus medidas para llevar el traje del modelo fugado.
—¿El *modelo fugado*? —Gabriel sigue sin creerse lo que está pasando.
—Es una larga historia —contesta Jeremy, y yo asiento con la cabeza.
—No puedo hacerlo. Yo soy abogado. No sabría ni por dónde empezar. Además, qué vergüenza, tengo una reputación —dice Gabriel, muy seguro.
—Solo tienes que caminar con uno de mis diseños por una pasarela.
—¿No tienes ningún modelo para sustituirlo?
—¿Crees que, si lo tuviera, le estaría suplicando a un desconocido abogado que participe en el desfile más importante de mi carrera?
—¿Ada, por qué me metes en esto? —Gabriel me mira, buscando que me apiade de él.
—No ha sido idea mía.
—¡Ada, apóyame! —Jeremy me da un manotazo en el brazo, inquisidor.
—Hazlo por mí. Es el primer desfile en el que por fin alguien me da la oportunidad de participar. Necesito que todo salga bien —le pido a Gabriel.
—Vale... lo haré por ti —dice, mientras mira al suelo, con ganas de arrepentirse de las palabras que acaba de pronunciar, estoy segura.
—¡Ya estoy viendo cómo va a ser el desfile! —Jeremy se acerca, emocionado, y nos abraza a los dos a la vez, estrujándonos.

Esa misma noche intento tranquilizar a Gabriel, ya que está bastante nervioso. Está claro que no se siente muy cómodo en este mundo, pero el hecho de que haya aceptado participar en esto dice mucho de él.

—Tranquilo, Biel. El traje te queda de muerte, nadie se va a fijar en ti.
—Ah, bueno, no sé qué quieres decir con eso...
—Tonto. —Le tiro una de las almohadas de la cama donde estamos sentados—. Me refiero a que la gente va a los desfiles a fijarse en la moda y no tanto en los modelos, a no ser que sean famosos o tengan una publicidad gigantesca.
—Entonces, si fueses a ver el desfile, ¿no te fijarías en mí?
—No.
—¿De verdad que no?
—No. —Me estoy riendo, así que sueno muy poco convincente.
—Bueno, será mejor que me ponga los potingues que me ha dado Jeremy y me vaya a dormir para estar fresco —dice con burla.

—Eso, eso. Úntate bien de cremas.

—Ada, al final la vamos a tener. —Me mira juguetón y una sonrisa aparece en su cara. Parece que la incomodidad entre nosotros ha desaparecido. Hemos firmado una tregua, de momento.

—¡Anda, ve! —Entra al cuarto de baño y yo me relajo en la cama hasta que me duermo.

Ha llegado el día, y estamos en el desfile. El *backstage* es una locura de gente corriendo, modelos medio desnudos, poniéndose los trajes alocados de la colección de Jeremy, y una sección de peluquería concurrida hasta no haber ni un pequeño chihuahua.

—¿Está todo listo, Ada? —dice Jeremy en alto.

—¡Estamos preparados! —le confirmo.

Cuando tengo todo bajo control, me acerco a Gabriel para desearle suerte en su estreno como modelo de pasarela, ya que está a punto de salir.

—Eh, Gabriel.

—Ada.

—¡Estás genial!

—Recuérdame, por favor, qué tengo que hacer.

—Espalda recta, como si tuvieses un palo metido por el culo. Tú de eso ya entiendes.

—Ada, por favor. —No puede evitar reírse porque está muy nervioso.

—Y pon cara de acelga.

—¿De acelga? ¿Y cómo es eso?

—Mira, así. —Le pongo lo que yo creo que es una cara de acelga, y él se parte de risa—. ¿Ves?, ya has relajado los músculos.

—Vale. Entendido.

—Son instrucciones de Jeremy. Ahora tengo que irme.

—Deséame suerte —me pide, ahora serio.

—Suerte.

—Por cierto, ¿dónde está Cristian? Sé que ayer le dieron el día libre, pero hoy no lo he visto.

—Cristian se ha ido... —Se queda desconcertado.

—¿Cómo que se ha ido?

—Cristian no va a volver —le repito.

—¡Siguiente! ¡Tu turno, Gabriel! —grita la chica que se encarga de las entradas y salidas de los modelos.



19. La barca de las confesiones

Gabriel

¿Cristian se ha ido? Eso sí que es raro. No se despegaba de nosotros ni con agua caliente durante el viaje, y ahora que él y Ada se han liado, desaparece. Tengo que averiguar si se ha ido porque ha querido o porque era el momento de desaparecer.

Aparto el pensamiento sobre Cristian y me centro en lo que tengo entre manos. No sé por qué me he dejado liar para hacer esto. Bueno, para qué engañarme, sí que lo sé: por ella. Ella dice baila, y yo bailo. Dice hazme coros, y se los hago. Desfila, y yo desfilo. Es así y no hay vuelta atrás.

El *backstage* del desfile está abarrotado de gente. Jeremy corre de un lado a otro como pollo sin cabeza, revisando que todo esté como él quiere, y Ada controla que las prendas se vean bien.

Y aquí estoy yo, intentando buscar un hueco donde esconderme. No soy modelo, soy abogado. Pero, si ella me lo pide, hasta hago *puenting*.

—Gabriel, te toca —me dice Ada, y se queda mirándome por un momento.

—¿Qué pasa? —le digo. No hemos hablado demasiado desde la noche de la fiesta y eso no me gusta.

—Nada, es solo que te ves bien —me dice.

Pasea sus manos sobre la chaqueta que llevo puesta, intentando alisar arrugas que no existen. Como no pare de tocarme, no respondo. Sujeto sus manos, las aparto, e inmediatamente su cara refleja decepción y enfado. No puedo ceder. ¿Ha elegido a Cristian y ahora que no está pretende acercarse a mí? Doy un paso atrás, alejándome de ella, y me preparo para salir a desfilas. Cuando me dan el aviso salgo a la pasarela, dejándola atrás.

El primer pase no va mal. Salgo, camino y mantengo bastante el tipo, o eso me parece a mí. Vuelvo a entrar en el *backstage* y, antes de que pueda darme cuenta, ya están ayudándome a retirar toda la ropa que llevo puesta. Aparece Jeremy y les da un par de prendas nuevas. Cuando veo de qué se trata... retrocedo.

—Ni hablar —le digo, serio, a Jeremy.

—Vamos, Gabriel, ¡no hay tiempo! Tienes que ponerte la ropa y volver a salir. Lo has hecho genial en el primer pase, es como si lo hubieras hecho toda la vida, casi algo innato.

—He dicho que no. No pienso ponerme eso.

—¡¡Ada!! ¡¡*Help, darling!*!! —grita hacia atrás, donde Ada está dando unos retoques al vestido de una de las modelos. Cuando acaba viene hacia nosotros, evitando mi mirada.

—¿Qué pasa, Jeremy? —Sí, que quede bien claro que no habla conmigo...

—Tu adonis no quiere ponerse la ropa.

—¿Por qué? —Ahora sí me mira directamente, con sus brazos en jarras.

—¿Por qué? ¡Pues porque es una falda!

—¡Oh! Perdona, señor exquisito y experto en moda, por haber ofendido sus gustos refinados —me dice Ada, encarándome; lo que provoca que la temperatura de mi cuerpo se eleve hasta límites insospechados. Me encanta esa boca impertinente.

Nos miramos desafiantes, Jeremy pasea su mirada de uno a otro y, por raro que parezca, estalla en carcajadas. Ambos nos giramos para mirarlo, extrañados.

—Tortolitos... hay mucha tensión sexual no resuelta aquí... —dice, moviendo su dedo índice, señalándonos a ambos—. Deberíais ponerlos a ello lo antes posible porque, si no, acabaréis peleando en el barro. —Si tú supieras...

—No voy a ponerme eso —les digo, señalando la falda y obviando el comentario del diseñador.

—Claro que vas a ponértelo, has aceptado ayudar y vas a hacerlo hasta el final —dice Ada, enfadada.

—Mira, morenazo —me dice Jeremy, justo cuando voy a abrir la boca para contestar a Ada—, esta falda, como tú la llamas, es una de las prendas más importantes e innovadoras de mi colección. Vas a ser el centro de atención del desfile, todo el mundo va a hablar de mi falda y de lo bien que la luces, créeme.

Me quedo mirándolo sin decir nada, porque como abra la boca...

—Por favor, Biel. —Giro mi cabeza a la velocidad de la luz, haciéndome casi una contractura en el proceso. Nos miramos, y sé que me ha ganado, ya no hay más. Me acerco a la chica que sujeta la falda, la cojo de sus manos y se la doy a Ada.

—¿Me ayudas tú? —susurro cerca de ella y sonrío.

—Cla... claro —contesta, nerviosa. Me gusta ponerla nerviosa porque es exactamente como yo me siento cuando ella está cerca de mí: nervioso, torpe, ansioso, fuerte... feliz.

Entre los dos colocamos la falda, y luego Ada hace su magia con el resto. Una camiseta blanca desbocada, la falda larga y desigual verde militar, unas botas rudas, algunas pulseras de cuero y un peinado un tanto excéntrico y estoy listo para salir de nuevo.

Y vaya si Jeremy tenía razón, los *flashes* no paran cuando salgo a la pasarela. Todo el mundo murmura; tanto, que puede oírse sobre la estridente música que está sonando.

Cuando regreso dentro, todos están como locos por el éxito del desfile. Mi pase ha sido el último. Todos saltan, gritan, ríen y se abrazan. La verdad es que es contagioso.

Busco entre esta marea de gente a Ada, pero no la encuentro. Entonces, noto unos pequeños brazos rodearme, y bajo la vista. Es ella, que se ha pegado a mi cuerpo. La envuelvo en mi pecho e inhalo su olor. Cuando voy a hablar, oímos la voz de Jeremy que nos llama.

—¡¡Tortolitos!! ¡Dejad el magreo para más tarde! Ada, quiero que me acompañes ahí fuera, sin tu ayuda esto no habría sido posible.

—¿Yo? No, no, es tu colección, yo no...

—Tú, sí. Vamos. —La desenvuelvo de mis brazos y la empujo hacia Jeremy.

Ambos salen a la pasarela y la gente enloquece. Después, salimos también todos los demás y recibimos más aplausos.

#ModeloPorUnDía #AdaDiseñadora #SinFaldaNoHayParaíso

En un momento dado, Jeremy coge el micrófono, agradece a todos la asistencia y, sorprendiéndonos, alaba la colaboración de Ada y ensalza sus aptitudes como diseñadora. Solo con verle la cara y el brillo de sus ojos, puedo notar lo feliz que está. Y es entonces cuando sé que todo ha valido la pena.

Después del follón del desfile, nos cambiamos y nos preparamos para la fiesta posterior. No es que tenga muchas ganas; entendedme, la última no acabó bien para mí, pero sé que es importante para Ada y sus contactos.

Salimos de allí casi a las cuatro de la madrugada y, por suerte, esta vez, la organización nos ha buscado un hotel. Os estaréis preguntando cómo es que nos han dejado hacer esto del desfile. Bien, pues no voy a explicar qué es lo que he tenido que hacer porque es demasiado vergonzoso, pero la organización del concurso y yo hicimos un pacto. En cierta manera, a ellos les iba bien como publicidad que participáramos en el desfile, pero eso no iba a ser suficiente, así que accedí a sus exigencias para que Ada pudiera cumplir parte de su sueño. Total, ella no va a enterarse nunca y tampoco ha sido para tanto.

A la mañana siguiente, la organización quiere que hagamos turismo y fotos. Muchas fotos. Nuestro Instagram crece cada vez más, y no quieren desperdiciar la oportunidad de ser más conocidos. Compramos una guía de Nueva York y nos ponemos en marcha.

Para empezar el *tour*, subimos al Top of The Rock, desde donde tenemos una vista de águila de la ciudad. Vemos todos los edificios, parques y puentes desde arriba. ¡Es impresionante!

Después, decidimos ir a coger el ferry de Staten Island, para disfrutar de la espectacular Estatua de la Libertad. Es tan grande que hace que te sientas insignificante. Las vistas de Downtown, cuando el ferry empieza a alejarse de Manhattan, son increíbles.

Ya en tierra firme, decidimos ir al mítico Central Park. Paseamos durante un rato hasta que llegamos a la zona del lago.

—¡¡¡Gabriel!!! —grita de golpe Ada, haciendo que me sobresalte.

—¿Qué pasa? ¿Te has hecho daño? —Me paro a mirarla y paso las manos por su cuerpo con delicadeza, buscando alguna herida.

—¡No! ¡No! Es solo que quiero subir ahí —me dice, dando saltitos mientras señala el embarcadero. Me cago en...

—¡Estás como una cabra! ¡Me has dado un susto de muerte! —Toda la alegría se esfuma de su ser, y me dan ganas de darle un puñetazo a mí mismo—. Lo siento, no quería gritarte, es que me has asustado de verdad.

—Yo también lo siento, se me ha ido la cabeza.

—Anda, vamos, chica sin cabeza. —Vuelve a reír.

Caminamos uno al lado del otro hasta las barcas. Es cierto que hoy el ambiente entre nosotros está menos tenso, pero no es como antes. El chico me explica cómo debemos movernos y dónde no podemos ir. Después de las instrucciones, subimos al bote con su ayuda y nos empuja para alejarnos del embarcadero.

—¿Quieres remar? —le pregunto a Ada, cuando ya nos hemos alejado un poco.

—¿Yo? No, no. ¿Qué quieres, que acabemos en las Cataratas del Niágara? —Me río porque algo así solo se le podría ocurrir a ella—. Mejor hazme una foto.

#RemandoEnCentralPark #MiBarqueroFavorito

—Eso es técnicamente imposible. Va, prueba.

Me pongo en pie y voy hacia el otro extremo de la barca, haciendo que esta se balancee, y provocando el pánico en Ada.

—¿Qué haces?! ¡Vas a hacer que volquemos! —me dice, aferrándose a los bordes de la barca tan fuerte que sus nudillos están blancos.

—Tranquila, no vamos a volcar... confía en mí —le digo, mientras me siento.

—Confío en ti. —Nuestras miradas se encuentran.

—¿Sí? ¿De verdad confías en mí? Empieza a remar, moviendo los dos remos a la vez.

—¿Qué tontería es esa? Pues claro que confío en ti. —Deja de mirarme y se concentra en remar.

—Creía que últimamente confiabas más en Cristian. —Se queda quieta por un segundo y levanta su mirada lentamente hacia mí.

—¿Por qué dices eso?

—Porque os vi, Ada. Vi cómo os besabais. —Me quedo callado porque no sé si es correcto seguir hablando y porque quiero saber qué tiene que decirme a eso.

Por unos segundos, ninguno de los dos habla y, francamente, no sé si es buena señal. ¿Qué va a decirme ahora? «Sí, me he enamorado de él». Seguimos mirándonos y estoy a punto de mandar a la mierda las formas cuando ella abre la boca.

—Sí, nos besamos.

—Eso lo sé. Lo que no sé es qué significó eso para ti y si llegasteis más lejos, aunque creo que eso no quiero saberlo.

—No veo por qué motivo tendría que darte explicaciones de lo que hago o no con otros hombres.

—Es cierto, no tienes por qué dárme las. ¿Quieres que reme yo un rato? —digo, cambiando de tema. Me acerco hasta colocar mis manos en los remos cuando nuestros dedos se rozan y un extraño escalofrío me recorre de arriba abajo.

Levanto la vista y mejor que no lo hubiera hecho. Ada jadea y muerde su labio inferior, intentando evitar que el sonido escape de su boca, pero ya es tarde. Me pongo de rodillas entre sus piernas, acercándome todo lo posible y mirándola a los ojos, vuelvo a preguntarle:

—¿Qué significó para ti? —susurro lentamente, pero antes de que pueda responder, un torrente de palabras sale de mí, porque quiero que ella lo tenga claro—. Voy a decirte qué significó para mí, qué es lo que pasó por mi cabeza en ese momento. Algo oscuro y peligroso me invadió y me pedía que lo apartara de ti a toda costa, pero no lo hice. Y no porque no quisiera, sino porque debía respetar lo que tú habías elegido.

»Me he arrepentido cada segundo de ese momento en Londres en el que te dije que mejor nos mantuviéramos como amigos. No quiero ser tu amigo; bueno, sí, pero quiero ser tu compañero, tu pareja, tu amante, tu amigo, tu todo. En ese instante, en que os vi, pensé que definitivamente había perdido cualquier oportunidad de revertir aquella maldita decisión. Así que dime, Ada, ¿qué significó ese beso para ti?

Mantenemos nuestra mirada unida, y estoy empezando a ponerme nervioso porque no habla, no

dice nada, y eso no puede ser una buena señal. Sus ojos empiezan a llenarse de lágrimas que resbalan por sus pómulos, y mis manos, rápidamente, van hacia su cara para borrar cada una de ellas.

—No llores, por favor —le digo, apoyando mi frente en la suya.

—Nada, Biel, no significó nada. En medio de aquel beso me di cuenta de algo.

—¿De qué? —le pregunto, separándome un poco para mirarla de nuevo.

—De que no eras tú. De que no quería besar a nadie que no fueras tú.

Sonrío, sonrío como un demente, como un loco feliz con su locura. Y mi locura es ella. Mi boca busca la suya y nos fundimos en un beso lento y eterno.

—¿Y qué pasará con el premio? —Ada se aparta de repente y me pregunta, preocupada.

—Qué más da el dinero, Ada. Tú eres lo único que me importa ahora mismo.

—Tú lo dijiste... dijiste que no querías tener nada serio y que lo único que importaba... — Antes de que acabe de hablar la interrumpo, sin dejar de mirar sus ojos, todavía cubiertos de lágrimas.

—Olvida lo que dije. No quiero más barreras entre nosotros, Ada. No es solo que quiera un nosotros, es que *necesito* un nosotros.

—¿Y cómo sé que no cambiarás de opinión?

—No voy a hacerlo. Tendrás que confiar en mí. —Sonrío inseguro.

—Es la segunda vez hoy que me pides que confíe en ti. No sé, Gabriel, quizá todo esto es una locura y estábamos haciendo lo correcto al mantenernos alejados.

—¿Cómo puede ser lo correcto cuando siento que me falta algo? Algo que no sabía que necesitaba antes de conocerte. —Me mira, me mira y vuelve a mirarme, pero no habla—. ¿De qué tienes miedo, Ada? —me atrevo a decirle, finalmente.

—¿Y si no funciona? No quiero ser una más en tu vida, Gabriel.

—Tú no eres una más en mi vida. No podrías serlo nunca.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué va a pasar ahora? —dice con una leve risa nerviosa.

—Ada, mírame. —Lo hace, y yo vuelvo a sujetar su cara entre mis manos—. Vamos a empezar una relación, si tú quieres. Creo que ha quedado claro que yo sí quiero estar contigo.

—¡Claro que quiero estar contigo, Gabriel!

—Bien, entonces no le demos más vueltas y solo dejémonos llevar. ¿Es eso lo que quieres, Ada?

—Sí, Biel.

—Y ahora, ¿puedo volver a besarte?

Ada sonrío y se tira a mis brazos. Me besa y vuelvo a tener la felicidad en mis manos. Poco a poco, nuestras ansias de volver a sentirnos nos pueden. Nuestras manos tocan sin censura y nuestros dientes muerden arrancando algunos suspiros.

—Gabriel, estamos en medio del lago.

—¿Y qué?

—Van a detenernos por escándalo público —dice entre risitas traviesas.

—Tengo una solución para eso —le digo, mientras la arrastro conmigo al fondo de la barca donde nos ponemos cómodos.

Aunque el espacio es realmente pequeño logramos adaptarnos y, sin darle importancia, disfrutamos el uno del otro. Después de un rato de caricias apresuradas y besos desesperados, mi mano empieza a deslizarse hacia abajo por su abdomen. Desabrocho el botón de su pantalón y mi mano empieza a entrar en sus braguitas.

—¿Sabes una cosa? —Interrumpo uno de sus besos.

—¿Qué?

—Que ya no puedo estar más a tu lado y no besarte, no tocarte, no hacerte mía.

Traga saliva lentamente y se humedece los labios antes de contestar:

—Ah, ¿sí? —Me sonrío, inquieta, mientras enreda un mechón de su pelo—. Vámonos de aquí, Gabriel.

Sus palabras hacen que me remueva y el calor de mi cuerpo repare en mis mejillas. No hace falta que le diga nada.

Nos incorporamos entre miradas furtivas, y me coloco en el banco central para remar cuando me doy cuenta de algo.

—Ada.

—Dime, cariño. —Ese calificativo hace que mi corazón dé una fuerte sacudida y, por un momento, me olvide completamente del problema que acabo de descubrir—. ¿Biel? —Me mira extrañada al ver que no contesto.

—Mmm... Sí, que... hemos perdido los remos.

—¿¡Qué?! ¿Cómo que los hemos perdido? ¿Dónde están? —me dice, nerviosa.

Miramos alrededor y los vemos a unos metros de la barca, cada uno de ellos a un lado.

—Vale, mantengamos la calma. Valoremos las opciones. Podemos intentar remar con las manos hasta llegar a ellos, gritar hasta que el chico del embarcadero nos oiga y nos ayude o... puedo darme un baño —le digo. Ada rompe a reír y no puedo evitar imitarla; al final acabamos llorando de la risa y besándonos otra vez como dos fieras desesperadas—. Vale, vale, centrémonos.

—Va, rememos —dice Ada, riéndose de mí.

Le guiño un ojo y me inclino hacia el borde de la barca donde empiezo a remar con la mano. Ada mira el agua con el ceño fruncido por un segundo, pero empieza a ayudarme. Después de diez minutos, apenas conseguimos que la barca se mueva.

—Vale, así vamos a tardar siglos —le digo, y echo un vistazo al embarcadero, donde no hay ni rastro del chico encargado de las barcas. Segunda opción descartada también.

—Si quieres, voy yo a por uno, y tú, a por el otro.

—No, ya es suficiente con que uno de los dos tenga que darse un baño. Tú espérame aquí —le digo, mientras me quito las zapatillas, los calcetines, los pantalones y la camiseta. Por lo menos, después podré ponerme la ropa seca. Le doy un beso rápido y salto al agua.

¡Joder! Está helada. Voy a por uno de los remos y, rápidamente, vuelvo a la barca donde se lo entrego a Ada, que lo pone a buen recaudo. El siguiente está un poco más alejado, pero soy rápido nadando, así que ignoro todas esas cosas no identificadas que rozan mi cuerpo con cada brazada y lo alcanzo lo más rápido que puedo. Cuando estoy llegando al bote de nuevo, oigo una pequeña y destartalada lancha acercarse. Al girarme, veo al chico del embarcadero venir hacia nosotros. Entre risas, le explicamos lo que nos ha pasado y él, muy amable, me deja una toalla para que me seque, mientras se descojona de mí.

Cuando por fin llegamos al embarcadero, ambos nos miramos, se ha acabado el día de turismo. Cogidos de la mano, y entre besos apresurados, salimos del parque y nos subimos en un taxi que nos deja delante del hotel.

Cruzamos las puertas y nos metemos en el ascensor, donde mantenemos la compostura porque no estamos solos. Pero, al mirarla, y ver ese pie que no para de moverse impacientemente a la vez que se muerde el labio, me enciendo como una hoguera de San Juan. Cuando llegamos a la habitación, el cuerpo se me congela en el momento que giramos la esquina y vemos quien nos está

esperando en la puerta de nuestra habitación.

—No, ahora no... —murmuro, decepcionado y rabioso, porque sé lo que esta visita significa.



20. Fresas, París y tú

Ada

—¡Hola, viajeros! —El presentador está plantado en nuestra habitación del hotel y nos saluda con su particular simpatía. Estoy empezando a cansarme de que aparezca de repente en cualquier momento como un truco de magia.

—Hola —contestamos Gabriel y yo de mala gana.

—Espero que os lo hayáis pasado bien en Nueva York porque ya podéis hacer las maletas. Vuestro avión sale en dos horas.

—¿Dos horas? —Gabriel me mira, haciendo un bufido, y yo le devuelvo la mirada, cómplice.

—¿Adónde vamos? Todavía tenemos *jet lag*. —Aunque a quién quiero engañar, estos días han sido de los mejores de mi vida y lo que menos me apetece ahora es irme de Nueva York. El *jet lag*, diría, que es casi la peor excusa porque, después de tantos vuelos seguidos, nuestro cuerpo ha aprendido a habituarse.

—¡Rapidito! —El presentador sale de la habitación, sonriendo, hasta que nos deja solos.

—Será mejor que nos demos prisa en hacer las maletas —me dice Gabriel, guiñándome un ojo.

—Qué remedio —digo con un suspiro—. No me va a dar tiempo de despedirme de Jeremy.

—No te preocupes, seguro que lo vuelves a ver.

—No es tan fácil... aunque volvería a Nueva York con los ojos cerrados.

—Yo iría donde tú quisieras con los ojos cerrados. —Me acaricia la mejilla, y yo, riendo, lo beso en los labios.

—Ya deberíamos tener listo el equipaje —le digo, mientras le cojo la cabeza suavemente con mis manos.

Asiente y nos ponemos a colocar la ropa hasta que está todo listo para ponernos en marcha hacia el aeropuerto.

Cuando por fin subimos al avión, nos acomodamos en nuestros asientos y me apoyo en su hombro. Gabriel me da la mano y me besa el pelo. El capitán avisa del despegue y, al poco rato, surcamos el cielo de camino hacia un destino desconocido.

Por un momento, me doy cuenta de lo diferente que va a ser todo a partir de ahora. Ya no tenemos que fingir que no hay nada entre nosotros. Lo hay. Estamos juntos y ahora más cerca que nunca. ¡No puedo ser más feliz!

Me levanto para ir al baño y veo una mano que me saluda con júbilo.

—Hola, niña.

—¿Nos conocemos? —le pregunto, algo inquieta.

—Nos conocimos en el vuelo a Londres, donde acabaste con media falda rota.

—¡Oh, sí! ¡Ya me acuerdo de usted! —La señora «estilo» ha vuelto con su vestimenta y su humor particular—. Su falda me sirvió de gran ayuda. Por cierto, ¿sabe usted dónde vamos?

—¿Yo? Qué va... Cambiando de tema, ¿te sigue acompañando ese bombón de chico? —Debí imaginarlo, no va a decirme nada y, encima, le gusta mi novio.

—¿Gabriel? Sí, claro. Seguimos en el concurso.

—¡Qué bien, niña! ¿Y qué, vas hacia el baño? —Arquea sus cejas repetidas veces, y yo me sonrojo hasta las orejas, porque ya sé por dónde va...

—Mmm... Sí, voy al baño, señora.

—Si quieres, ya aviso a tu chico de en cuál te has metido. No queremos que se equivoque de baño, ¿no? —Los pasajeros que están sentados a su lado me miran, disimulando una sonrisilla.

—No, no, él no va a venir, no sea lianta —le digo entre dientes—. Bueno, me ha gustado verla, adiós.

—Igualmente, hija, adiós. Cógete bien la falda. —La madre que la...

Cuando vuelvo del baño, Gabriel ha caído en brazos de Morfeo y su cabeza queda colgando. Me recuesto sobre él y en cuestión de segundos me quedo dormida. Después de unas horas, el ruido de una azafata, que se acerca a nosotros por el pasillo, hace que me despierte sobresaltada; tanto, que se me cae la baba encima de mi reciente novio. «Espero que no se haya dado cuenta», pienso, a la vez que intento separarme de Gabriel sin que se despierte. ¡Dios! ¿Debería limpiarle la camisa antes de que se dé cuenta? Pero no tengo con qué. ¿Y si le giro la cabeza y finjo que ha sido él? Río por dentro, pero no quiero empezar la relación así. «¿Por qué eres tan torpe, Ada? Bah, plan A».

—Perdone —intento llamar a una azafata en voz bajita para que no se despierte el bello durmiente.

La azafata camina hacia nosotros, y justo cuando voy a abrir la boca para pedirle un pañuelo o una toalla, pasa de largo. ¡Pues qué bien, bonita! Al ver que mi plan no funciona, decido girar lentamente su carita hacia otro lado, mientras le seco con mi propia mano lo más sutilmente que puedo.

—No creas que no sé lo que estás haciendo —dice sin acabar de abrir los ojos.

—Lo siento. —Me tapo la boca con las manos, pero no puedo evitar reírme.

—¿Te parece bonito? —La bestia se despierta de buen humor, acabándose de limpiar con la mano.

—Ha sido sin querer, cariño.

—Sí, ya... No me importa que me babees. Dame un beso y deja de meterte en líos, que ya nos conocemos. Tú y los aviones...

—Oye, ¿sabes a quién he visto?

—¿A quién?

—A la señora del vuelo a Londres. Me ha dicho que si te indicaba el camino hasta mi baño. — Gabriel suelta una carcajada, y todos a nuestro alrededor nos miran—. ¡Calla! ¡Qué nos miran todos!

—Me gusta esa abuela, la próxima vez que vayas al baño, te sigo —dice, aún riendo, y me guiña el ojo.

—Estás loco, con una falda perdida en la batalla tengo suficiente.

—Soy muy capaz de mantener tu falda a salvo... —me susurra, y noto cómo me suben los

colores.

—Eres perverso.

Nos damos un beso y nos volvemos a recostar hasta que el avión toca tierra. Nada más llegar, dos de los supervisores de la organización nos sorprenden, poniéndonos unas vendas en los ojos. Nos dicen que no nos las podremos quitar hasta que hayamos llegado. Acto seguido, nos meten en un coche, que se pone rápidamente en marcha. La cabeza me da vueltas por la oscuridad y pido al cielo que lleguemos cuanto antes adonde sea.

Llegamos al hotel con las vendas puestas y, a pesar de que pongo todos mis sentidos en intentar entender en qué idioma hablan los recepcionistas, no lo capto. Subimos en un ascensor y llegamos a nuestra habitación, donde otro supervisor nos espera con una cámara para grabar el momento, según nos van contando. «Pero ¿qué momento?», pienso. ¿Dónde estamos?

Dirigen nuestros pasos hasta llegar a la puerta de un balcón y nos hacen esperar hasta que el supervisor nos quita las vendas a la vez.

—¡Ya podéis abrir los ojos! Bienvenidos.

Tardo cero segundos en darme cuenta de que estamos en París, porque nuestro precioso balcón tiene unas vistas espectaculares a la Torre Eiffel. Abro la boca, sorprendida, y por dentro doy saltos de alegría.

—¡Gabriel, estamos en París! —Salto encima de él y me engancha a su cuerpo con las piernas.

—¡Y parece que te gusta! Es genial.

—¡Pues claro que me gusta! ¡Me encanta! ¡Es París! Ciudad del amor y de la moda. Este viaje no dejará nunca de sorprenderme.

—Hoy podéis ir a dar una vuelta. Las instrucciones para mañana os las haremos saber. —El supervisor se despide de nosotros.

—Mmm... te propongo un plan —le comento a Gabriel.

—Soy todo oídos. —Me sonrío, pícaro.

—¡Vayamos a subirnos a la Torre Eiffel! ¡Para qué esperar más! —Antes de que pueda oponer resistencia, tiro de él hasta que salimos por la puerta. Estamos agotados, pero no nos importa.

En mi cabeza el tiempo empieza a transcurrir a cámara lenta. Gabriel y yo caminamos por los jardines del Campo de Marte, cogidos de la mano. Corre una ligera brisa que hace ondear el vuelo de mi vestido blanco y el pelo suelto que imita el movimiento del viento. Ambos sonreímos como si estuviésemos en una película de esas románticas en las que ahora nos pondrían una música de *jazz* ambiental. Sobre nuestras cabezas nos encontramos con la Torre Eiffel; más grande de lo que me había imaginado y con una gran cola de gente esperando para subir.

A medida que alcanzamos altura, vamos ampliando nuestras vistas sobre París, y también empiezo a tener frío, así que Gabriel me abraza, acurrucándome contra su pecho, intentando darme calor. Al ver algunas chicas con abrigo, me doy cuenta de que me he equivocado de modelito, pero las fotos que nos acabamos de hacer lo compensan.

#LaCiudadDelAmor #ParaPresumirHayQueSufrir

Estamos en la última planta, donde me quedo mirando un cartel en el que aparecen las medidas de los monumentos más altos del mundo. Cuando me despisto, Gabriel está hablando por el móvil, aunque tarda poco en colgar.

—¿Con quién hablabas?

—Nada importante —contesta, dándome un piquito en los labios.

—Es alucinante que estemos aquí.

—Se ve casi todo París. ¿Dónde quieres ir?

—Mañana pienso investigarlo, pero no te libras de ver el Palacio de Versalles.

—Ya veremos si nos da tiempo de verlo. —Tiene razón, no sabemos cuántos días nos dejarán para visitar París.

Está anocheciendo y las luces de la ciudad se encienden a la vez que la Torre Eiffel. Estoy segura de que mis ojos empiezan a brillar en este momento al contemplar el espectáculo. Tanto tiempo y me había perdido todo esto. Y no pienso solo en París, sino en todos los viajes que nunca hice por miedo a lo desconocido. Tengo el corazón lleno de cosas nuevas y una de ellas me está esperando con una gran sonrisa y el pelo despeinado por el viento para irnos.

—¿Te parece bien si cenamos en el hotel?

—Vale, genial.

Volvemos hasta nuestra habitación y nada más abrir la puerta, puedo ver una mesa llena de pétalos y velas que nos espera en la terraza. Pensar que hace más de un mes discutía con *mi* ladrón de helados y ahora vamos a cenar en uno de los lugares más románticos del mundo hace que me quede sin palabras.

—¿Tú has preparado esto? —le digo, sorprendida.

—¿Te gusta?

—No hace falta que diga nada, Biel. Pero ¿cómo? ¿Cuándo has preparado esto?

—He hecho un par de llamadas. —Ahora lo entiendo todo.

Nos acercamos a la mesa donde nos tienen preparada una succulenta cena, compuesta por un montón de tapas de vanguardia y una botella de vino blanco gran reserva.

—¡Vaya pinta! No sé ni por dónde empezar.

—¿Qué te parece esto? —Corta un pedazo de la lubina con cítricos y me lo acerca a la boca para que lo pruebe.

—Mmm... Delicioso. —Gabriel sonrío y se acerca a otros platos—. Ahora me toca a mí. —Me decanto por una especie de risotto de langosta decorado con unas hojitas de algo verde. Le acerco el tenedor a la boca y juego con él.

—¿Quieres jugar, Ada? —Sus palabras hacen que me ponga nerviosa.

—Toma, prueba esto. —Evito su pregunta y le doy otro bocado.

Así, nos acabamos la cena, y el servicio de habitaciones nos trae el postre. Ver la fuente de chocolate y los trocitos de fruta preparados hace que me levante de la silla a aplaudir con la boca abierta.

—¡Me pido las fresas! —digo.

Gabriel hace un ademán, asintiendo, pero cuando me despisto coge una de las fresas y la moja en chocolate.

—¡No me la robes, maldito! —Corro tras él, que sale del balcón, despavorido, y cuando por fin nos topamos, caemos en la cama. Gabriel se pone encima de mí, me mancha los labios de chocolate con la fresa y luego me hace abrir la boca para comérmela.

—¿Está buena? —me pregunta.

—¡La mejor fresa de la historia! —Gimo de placer.

—Esto sí que está bueno. —Gabriel se acerca a mi boca y me da un beso para saborear el chocolate. Luego, lame y mordisquea mis labios hasta no dejar nada en ellos.

Sus besos me hacen suspirar y me doy cuenta de que la temperatura de la habitación ha subido de nivel. Gabriel se levanta desafiante y va a por otra fresa chocolateada.

—¿La quieres? —Juega conmigo.

—La quiero, dámela.

—Abre la boca, nena. —Hago lo que me dice, deseando que sea él quien saboree mis labios.

Me acerca otra fresa que mordisqueamos a la vez, dejándonos restos de chocolate en la cara y en el cuello. Vuelve a acercarse su cuerpo al mío y me besa, dejándome sin aliento. Cierro los ojos, y Gabriel baja por mi cuello para lamerlo hasta mi oreja con una suavidad que hace que me revuelva.

—¿Quieres más? —me pregunta al oído con su particular voz ronca.

—Sí —alcanzo a decir.

Biel se levanta y yo también me incorporo, para después lanzarme a sus brazos, que me recogen con ganas. Nos besamos desesperadamente y la ropa empieza a desaparecer. Le quito la camisa, dejando al descubierto su fuerte torso, que acaricio con las yemas de mis dedos, pasando por cada uno de sus abdominales. Empiezo a besar su cuerpo lentamente hasta llegar a su cuello. Eso hace que un jadeo salga de su boca y sus manos me busquen.

Interrumpe mis besos y me mira fijamente con ojos lujuriosos. Finalmente, agarra mi vestido y me lo quita por encima de la cabeza, dejándome en ropa interior. Verme hace que se encienda más y acerque su cabeza a mis pechos, que sobresalen por encima del sujetador. Enseguida quiere más y tarda un segundo en alargar el brazo para desabrocharlo y tirarlo al suelo. Su cabeza se acerca peligrosamente a mis pechos y empieza a lamerlos.

Nota cómo me humedezco rápidamente y, animándolo a seguir, coloco las manos bajo mis senos y los guío hasta su boca. Después de un rato de dulce tortura, gimo y lo aparto bruscamente. Ahora me toca a mí. Muevo mi mano hacia su entrepierna dura y la acaricio por encima de los pantalones, pero no es suficiente. Quiero sentirlo. Abro la cremallera como puedo para que Gabriel se deshaga de ellos y al final acaban cayendo en el suelo.

Su respiración se acelera y suena cada vez más fuerte; me besa, entrelazando su lengua con la mía y haciendo que me humedezca aún más. Enrollo mis piernas en su cintura y él empieza a moverse, caminando conmigo en brazos hasta llegar a la cama, donde me deja caer suavemente. Se aleja un instante para mirarme mientras aguanta su cuerpo encima de mí. Pasea sus dedos por mi abdomen hasta entrar en mis braguitas, haciéndome cerrar los ojos al sentir su movimiento. A juzgar por su mirada, parece que le gusta verme así; entregada al placer que me otorga con solo estar cerca de mí.

Empieza a mover sus dedos con más rapidez y, al ver que me retuerzo, me coge de las muñecas y las lleva por encima de mi cabeza. Me besa de nuevo y empieza a lamer mi cuerpo hasta llegar abajo. Se deshace de la ropa interior que me queda con un movimiento desesperado y me quedo desnuda ante él. Vuelve a jugar con sus dedos, que se humedecen al calor de mi sexo y, más tarde, lleva su lengua hasta él, haciéndome gemir con fuerza.

Mi respiración se entrecorta y me muerdo el labio al ver que Biel se aleja para preguntarme:

—¿Me deseas?

—Mucho.

Me da un beso húmedo en los labios y abre un cajón de la mesilla de noche de donde saca un preservativo. Se quita el resto de la ropa y se coloca el condón ante mi atenta y deseosa mirada.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunto, curiosa.

—Aeropuerto —dice rápidamente y me besa.

Cuando está preparado, vuelve a colocarse encima de mí con delicadeza y empezamos a besarnos suavemente, alimentando mis ganas de fundirnos el uno con el otro. Cuando nuestros

labios se separan, me mira fijamente y siento como entra en mí con una poderosa embestida. Las paredes de mi sexo se aferran a su miembro a la vez que clavo mis uñas en su espalda. Lo rodeo con mis piernas, pero, aunque me agarro a él con todas mis fuerzas, su cuerpo no deja de chocar con el mío a un ritmo desenfrenado, llenando la habitación con el sonido de nuestra piel sudorosa uniéndose de la manera más placentera que existe.

He imaginado muchas veces cómo sería este momento; todas las cosas que le haría, si alguna vez llegáramos a estar juntos, pero mientras lo hacemos, una y otra vez, no puedo pensar en nada, solo sentir.

Lo vuelvo a besar y me coloco encima de él, haciendo movimientos lentos con mis caderas. Gabriel se estremece y un suspiro nace de sus labios. Me agarra de la cintura y acabamos haciéndolo cada vez más fuerte hasta que no puedo aguantar más. Me acerco más a él para volver a besarlo hasta que siento el éxtasis estallar en mi cuerpo. Gabriel me sigue de cerca y, tras tres embestidas fuertes, suelta un gemido largo y bronco. Después baja el ritmo y muerde mi cuello. Jadeo en su oído, y él, satisfecho, me da un beso dulce bajo la oreja.

Ruedo, exhausta, a su lado, y me rodea con su brazo para recostarme en su pecho. Nos abrazamos por un momento y nos besamos hasta que pierdo la razón. Me separo de su boca para coger aire y sonrío cuando un pensamiento pasa por mi cabeza.

—¿Por qué sonrías? —me pregunta.

—Me gusta esto. Fresas, París y...

—¿Y qué más? —susurra.

—Y tú.



21. Yo no he visto nada Gabriel

Por fin. Por fin hemos pasado una noche juntos, pero juntos de verdad. Ella y yo, sin nada entre nosotros. Recuerdo la primera mañana que despertamos en la misma cama y cómo se avergonzó al amanecer sobre mí. Y ahora, aquí estamos, relajados sobre la cama; Ada dormida entre mis brazos, mientras el sol empieza a asomarse por las cristaleras de nuestro balcón. Daría lo que fuera por no tener que salir de esta habitación, por lo menos, en un par de días. Pero como sé que no va a ser así y, seguramente, en un rato van a estar llamando a la puerta, decido aprovechar el ratito a solas que nos queda.

Empiezo a acariciar su espalda lentamente, arriba y abajo, y enseguida su respiración cambia y una sonrisa somnolienta aparece en su cara.

—Buenos días, dormilona —susurro, mientras dejo un suave beso sobre su cabeza. Ella parpadea y se estira, quedando de espaldas sobre el colchón, con lo que aprovecho para colocarme sobre ella.

—Buenos días. —Sonríe.

—¿Qué tal has dormido? —No puedo dejar de mirarla, aunque, a la vez, empiezo a mover mis manos por su cuerpo desnudo.

—Genial. —Me mira, pícara—. Las pocas horas que hemos dormido, claro...

—Estaba pensando... —Mi boca ya está recorriendo su cuello, arrancando suaves gemidos de ella—. ¿Te duchas conmigo?

—Mmm... Sí —logra decir, y yo me levanto bruscamente de la cama y tiro de su mano para levantarla, me agacho un poco y la agarro por las caderas para que enrede sus piernas en mi cintura.

Entramos en el baño y la dejo en el suelo, pero mi boca no quiere dejar su sabor, así que mientras, con una mano, abro el grifo de la ducha, con la otra, la mantengo bien cerca de mí. Cuando noto que el agua está perfecta entramos en la ducha.

—Quiero enjabonarte.

—Soy todo tuyo.

Ada echa jabón en sus manos y después empieza a deslizarlas con suavidad por mi abdomen, acaricia todos mis músculos con adoración y eso hace que me encienda aún más. Cojo el jabón y hago lo mismo que ella; la hago girar sobre sí misma y, aunque se queja, cuando empiezo a masajear sus músculos me deja hacer sin rechistar.

Froto su espalda y después cojo champú y enjabono su pelo; los suspiros y gemiditos que emite acaban de prender la llama, ya no me contengo más. Beso su boca, hambriento, y es que llevo esperando esto mucho tiempo, creo que casi desde aquel día en que me llamó «ladrón de helados».

—Ada...

—¿Sí? —me contesta, como en una nube, mientras mi boca mordisquea su hombro.

—Voy a hacerte *mía*.

—Ya estás tardando, cielo. —Sonríó como un lobo y, antes de que pueda darse cuenta, giro su cuerpo, apoyo sus manos en la pared, tiro de su trasero hacia atrás y entro en ella de una sola embestida que nos deja a ambos sin aliento por un segundo. Empiezo a moverme y nos perdemos en nosotros, en el agua cayendo sobre nuestros cuerpos y en las sensaciones que nos invaden.

Un buen rato después, estamos acabando de desayunar cuando llaman a la puerta y aparece el organizador.

—Chicos, tengo buenas noticias para hoy. —Eso nos sorprende porque, normalmente, él suele llegar con noticias de mierda.

—Cuéntanos —le digo, esperando algo que no nos va a gustar.

—La publicidad que conseguisteis para nuestra empresa con el desfile y lo otro... —Dirige su mirada hacia mí, y yo me tenso. Más le vale mantener la boca cerrada porque Ada nos mira extrañada—. Ha ido genial, así que desde la organización se ha decidido daros un buen premio aparte de esta estupenda habitación. Hay un coche abajo que os va a llevar a un lugar. Haced una pequeña maleta, esta noche la pasareis fuera de aquí.

Ada y yo nos miramos sorprendidos, ¿adónde van a llevarnos? Nos movemos rápidamente, cogemos una muda y lo metemos todo en una pequeña maleta, que él mismo nos ha traído. Nos acompaña abajo, donde, efectivamente, nos está esperando un elegante coche negro. Subimos a él y nos dejamos llevar. Es todo muy extraño.

—¿Dónde crees que vamos?

—No lo sé, supongo que a algún sitio importante de París. —La verdad, no tengo ni idea.

Al cabo de un rato, Ada sigue mirando por las ventanillas, inquieta, y yo la miro a ella. De pronto ve algo, una enorme sonrisa aparece en su cara y empieza a gritar como una loca.

—¡¡¡Gabriel!!!! ¡¡¡Miraaaaaa!!! Vamos allí, ¿verdad? —le pregunta entre gritos al conductor, que solo sonrío y asiente.

—Yo no veo... —Sí, ahora sí lo veo. ¿En serio?

—¡Me encanta! —Aprovecho su efusividad para sacar algunas fotos y grabar algunos vídeos cortos de ella, dando saltitos en el asiento, feliz de saber hacia dónde vamos. Luego, hago una *story* en Instagram.

#SueñoInfantil #DisneylandParísMola #QuieroSerUnaPrincesa

—Estás casi más contenta que el día del desfile.

—Es que siempre he querido venir aquí, ¿tú no?

—Pues la verdad es que no.

—¡Ay! ¡Qué aguafiestas! ¡Un poquito de ilusión! —Me río y beso su cabeza—. Es Disneyland,

Biel, todo el mundo quiere venir a Disneyland.

—Valeeee. ¡Qué ilusión! —digo, dando saltitos ridículos y palmadas. El chófer ríe a carcajadas, y Ada pone los ojos en blanco.

Al llegar, el chófer nos deja en la puerta del hotel. Dejamos la maleta, y Ada me arrastra, literalmente, hasta el parque de atracciones.

—¡Vale, vale, no hace falta que vayamos corriendo!

—¡¡Sííí!! ¡¡Que quiero hacerme una foto con las princesas!! —Me pone morritos y no me resisto a cogerla de la cintura, pegarla a mí y devorar su boca.

—¿Y podemos escondernos en algún rincón del castillo? —susurro, pegado a sus labios.

—Anda, vamos —me dice, avergonzada.

Entramos al parque y cogemos un plano para no perdernos nada. Ada está eufórica y va dando saltitos de un lado a otro. Por supuesto el primer sitio al que vamos es al Princess Pavilion en Fantasyland. Ada quiere hacerse fotos con todas las princesas. Pongo los ojos en blanco cuando me lo dice otra vez, pero solo es para hacerla rabiar.

—Vaaale, vamos a ver a tus princesas, pero con una condición... —le digo, riendo por dentro.

—¿Cuál? —Me mira suspicaz con los brazos en jarras.

—Después de conseguir tus fotos, quiero comprarme un gorro con las orejas de Mickey Mouse —le digo muy serio.

Ella rompe en carcajadas, y todos nos miran. Coge mi mano y empieza a tirar de mí.

—Trato hecho.

Entramos en el «mundo princesas» y todo es tan rosa y ñoño que parece que estemos en un pastel de fresa. Tenemos suerte y Ada encuentra a la Cenicienta y puede hacerse una foto con ella. Va dando saltos, caminando hacia atrás, contenta por hacerse una foto con su princesa favorita cuando choca con otra chica y las dos caen al suelo de culo.

—¡Oh, mierda! —dice la chica.

—¿Estáis bien? —digo, alternando mi mirada entre ellas. La amiga de la chica se acerca a ella, pero al ver a Ada se queda congelada.

—¿A...Ada? —La cara de la pelirroja es un poema.

Las miro, extrañado, ¿se conocen? Ada levanta la vista de golpe y empieza a gritar cuando ve quiénes son y se lanza a abrazarlas. Vale, sí, se conocen.

—¡¿Qué hacéis aquí?! —grita Ada, eufórica.

—Los organizadores de tu concurso nos han traído —le dice la chica con el pelo largo y gris.

—¡Eso es genial! Chicas, él es Gabriel. Gabriel, ellas son mis mejores amigas de toda la vida, Sara y Miranda —me dice, señalando primero a la chica del pelo gris y después a la pelirroja.

—Encantado —digo, dando dos besos a cada una—. ¿Y cuánto vais a quedaros?

—No lo sabemos aún, solo que hoy dormiremos aquí, en el hotel, igual que vosotros.

—¡Perfecto! Pues vamos a seguir buscando princesas —dice Ada, moviendo la mano para que nos movamos.

Empezamos a caminar cuando oigo unas voces que se acercan.

—¿Ves? Ese sí que sabe. Se viene a la zona de las princesas y ha encontrado a tres preciosas. Te dije que era buena idea venir aquí —lo dice casi en susurros, y como las chicas están hablando, no lo oyen, pero yo sí, y me giro para decirle cuatro cosas cuando me quedo a cuadros. No puede ser.

—¿Se puede saber que hacéis vosotros aquí? —Estoy alucinando.

Pues sí que pensaban compensarnos por la buena publicidad que les hemos conseguido. Mis

dos mejores amigos están aquí también. Sonríen ampliamente al verme y en dos segundos están sobre mí, saltando y gritando como bárbaros.

Cuando dejamos de darnos palmaditas y abrazos de machitos, me doy cuenta de que las chicas nos están mirando.

—Chicos, os tengo que presentar a alguien. —Extiendo mi mano hacia Ada, tiro de ella y la acerco a mi cuerpo—. Ella es Ada, mi novia. Ada, ellos son mis mejores amigos, Evan y Marc —digo, señalando primero al pelirrojo y después al rubio.

Ellos se miran, extrañados, pero rápidamente reaccionan y la saludan, dándole dos besos. Sé por qué se extrañan, yo nunca les he presentado a nadie formalmente como mi pareja. No desde hace mucho tiempo.

—No puedo creerlo, tiene que ser una broma. ¿Tú? —Sara avanza hasta Evan y lo señala con el dedo.

—¿Os conocéis? —pregunto.

—No. Bueno, sí. Bueno... —dice Evan.

—Lo que quiere decir, aquí, mi gemelo de color de pelo —dice Miranda—, es que no se conocen, pero ellos dos han compartido un... pequeño percance en el aeropuerto. No sabíamos que ellos son tus amigos. Soy Miranda, y la gruñona es Sara —se dirige a Marc y Evan.

—Ah... —decimos Ada y yo, mientras nos miramos. Después averiguaremos qué ha pasado con esos dos.

Los cuatro se dan dos besos, aunque Evan y Sara se ven incómodos. Me fijo en Evan y veo cómo mira a Sara. Parece querer derretirla, la mira enfurruñado. ¿Qué será lo que les ha pasado? Me extraña ver a Evan con esa actitud. Él es una persona bastante seria y educada.

Evan es escocés, lo conocí en la universidad y, desde entonces, nos hicimos muy buenos amigos. Tanto, que dejó su amada Escocia y se vino a España para trabajar en el bufete de mi padre. Él también es abogado. A Marc, en cambio, lo conozco de toda la vida, siempre hemos ido al colegio juntos. Cuando el instituto acabó, nuestros caminos se separaron; él decidió ser bombero, pero seguimos manteniendo nuestra amistad hasta hoy.

—Bueno, ¿nos ponemos en marcha? —les digo.

Empezamos a movernos, las chicas siguen haciéndose fotos con las princesas y reímos mucho por las poses que ponen. Después, nosotros las imitamos y aún reímos más.

#Reencuentros #LasPrincesasMolan #Amigos

La mañana pasa deprisa; montamos en atracciones, vemos el desfile y, por supuesto, me compro mi gorro de orejas de Mickey. Todos se llevan bien, aunque Sara y Evan mantienen un poco las distancias.

Cuando empezamos a tener hambre, optamos por ir a un sitio rápido, unas hamburguesas con patatas y listo. Mientras comemos, explicamos a nuestros amigos todas las aventuras por las que hemos pasado, aunque de algunas ya están al tanto por las redes.

—Y vosotras, chicas, ¿a qué os dedicáis? —les pregunta Marc.

—Yo soy profesora de primaria, y Sara es psicóloga.

—¿En serio? —dice Evan, sorprendido—. Vaya, perla, no te pega nada ser psicóloga.

—¿Perla? Me llamo Sara, y... según tú, ¿por qué no me pega?

—Sé que te llamas Sara. Pues no te pega porque esta mañana no es que hayas sido muy asertiva, que digamos...

—Es que cuando me cruzo con capullos chulitos se me olvida la asertividad. —Uf, la cosa se pone tensa.

Mientras ellos discuten, los demás paseamos nuestra mirada de uno a otro. Se miran desafiándose, aunque puedo percibir un toque de humor en Evan. Siguen a lo suyo durante un rato, tirándose pullitas el uno al otro, y al final los demás empezamos a hablar de otras cosas.

Unos minutos después, Sara se levanta de la mesa y se va. Yo acribillo con la mirada a Evan, ¿qué mierda le ha dicho? Ada se levanta y va tras ella.

Un rato después, vuelven. Parece que Sara está más calmada. Evan se acerca a ella despacio.

—Lo siento, Sara, no he debido decir las cosas que he dicho.

—Está bien, yo tampoco lo he hecho bien, no te preocupes.

—¿Empezamos de cero? —le pregunta él, sincero.

—Claro.

—Hola, soy Evan —le dice, mientras extiende su mano hacia ella.

—Hola, yo soy Sara, encantada de conocerte, Evan. —Sonríe tímida, pero estrecha su mano con la de él. Todos sonreímos.

A partir de ese momento no hay más discusiones, simplemente lo pasamos bien. Disfrutamos del parque como niños y para cuando es la hora de cenar, estamos más que agotados. Decidimos ir a ducharnos al hotel y cenar allí mismo.

La cena transcurre tranquila. Al acabar, miramos las fotos que nos hemos hecho.

—Chicos, estoy agotada. Yo me voy ya a la habitación.

—¿Qué?! ¡No, Sara, quédate! Vamos a tomar algo al bar del hotel —le pide Ada.

—Es que estoy muy cansada, de verdad. Mañana más.

—Vale. —Ada accede, se levanta de la silla y va a darle un abrazo. Yo también me iría ya a la habitación... pero no a dormir.

—Espera, Sara, te acompaño —le dice Evan, que rápidamente se levanta y se pone a su lado.

Salen los dos del comedor del restaurante y los demás nos levantamos también, pero para ir al bar a tomar una copa. El Café Fantasía es genial, dispone de una luz tenue y música de ambiente. Es perfecto porque podemos disfrutar de un buen cóctel, buena música y, como no está muy alta, también de una buena conversación.

Dos horas después, todos estamos un poco perjudicados; Ada arrastra las palabras y apenas entendemos qué dice, y Miranda y Marc se ríen como cacatúas. Decido que es momento de levantar el campamento. Nos cuesta ponernos en marcha, pero finalmente lo conseguimos y subimos a nuestra planta.

Llevo a Ada cogida de la cintura, Marc y Miranda están al fondo del pasillo y van también apoyándose el uno en el otro, cantando alguna canción en voz baja o intentando que sea en voz baja. Llego a nuestra habitación y abro la puerta para que Ada entre.

Cuando vuelvo a la puerta para asegurarme de que los otros dos van a llegar bien a su destino, veo algo que me sorprende, pero, sin hacer ruido, decido cerrar la puerta y hacerme el loco. Yo no he visto nada.



22. Lo hizo por mí

Ada

Gabriel me despierta con un beso en la frente y, después de un largo desperezo, me quedo unos instantes mirándolo fijamente. Él me imita, y quedamos de lado, uno enfrente del otro, relajados, en la cama que nos ha visto sudar en otra noche de pasión. Lo observo, me levanta la ceja, le hago morritos, me hace una mueca extraña y, al final, no me queda más remedio que reírme. Lo ha conseguido una vez más. Pero ¿qué hay más bonito que tener alguien al lado con el que te lo pasas tan bien? Ahora mismo no se me ocurre nada.

En el comedor nos encontramos con Sara y Miranda, que ya están preparadas para seguir corriendo como crías por Disneyland. Más tarde, aparecen Marc y Evan, todavía algo adormilados.

—Eh, chicos, ¿qué tal? —pregunta Evan.

—Muy bien. Anoche me encontré a Blancanieves en el hotel y, porque no tengo muy buen nivel de francés, si no acabamos como amigas íntimas. —Miranda es esa clase de personas que habla con todo el mundo y a todo el mundo le cae bien. De hecho, todos los niños de su clase la adoran y le hacen dibujos en los que aparece ella como una superheroína.

—Yo es que soy más de Bella, ¿sabes? —dice Sara.

—Sí, tú siempre con tus libros. Te falta el príncipe, ¿no? —le digo en tono jocoso.

—Los príncipes que tú te imaginas no existen, corazón. —Miranda siempre me echa en cara que sea tan ilusa con el amor. Quizá haya visto demasiado Disney.

—¿No era una bestia? —apunta Marc, que no se aclara con las películas.

—Sí, Marc. Veo que tienes claro los conceptos —dice Miranda.

—¿Y tú con qué personaje te identificas? —vuelve a preguntar Marc a Miranda.

—Yo soy Mérida; fuerte, valiente, independiente... y no necesito a mi lado a ningún... príncipe.

—Vaya con la pelirroja... —bromea—. Te faltan los rizos.

—De pequeña los tuvo. Un rizo por cada una de sus travesuras. ¿Sabéis que una vez le salvé la vida? —Sara ha vuelto a sacar el tema por enésima vez.

—¡No es necesario! —decimos Miranda y yo al unísono, antes de que empiece a explicar la historia.

—¿Y tú, Marc, has salvado alguna vida durante tu carrera?

—No me gusta hablar de ello porque, al final, la gente te trata como si fueras un héroe, y yo

solo estoy haciendo mi trabajo, pero sí, hubo un incendio bastante grave en el que tuvimos que evacuar a algunas familias *in extremis*.

—Oh, qué modesto. —Miranda se apoya en su brazo, que ahora tiene encima de la mesa, para escuchar las hazañas de Marc.

—Sí, él siempre tan tierno —Gabriel se burla de él y nos sonríe.

—La vida del bombero. —Evan también se ríe de Marc, que ahora mismo me parece el ser más dulce de la historia.

—¿Tengo que apagar algún fuego? —dice con los brazos en jarras, tomándonos el pelo a todos.

—Yo tengo un fuego que puedes apagar... —Antes de que Miranda termine la frase con una voz casi imperceptible, le doy un pisotón que la hace sobresaltarse—. Será mejor que vayamos tirando, ¿no? —dice, cambiando de tema, y le da un pisotón a Sara. Ella la mira sin decir nada y le devuelve el gesto para vengarse.

—¡Ah! —grita Evan.

—¡Oh, lo siento, Evan! Ha sido sin querer, te lo prometo. —Al parecer, Sara no ha acertado con el pisotón.

—¿Estás segura? Al final voy a acabar lesionado por tu culpa.

—Vámonos antes de que diga algo de lo que me arrepienta. —Sara gira la cabeza y se levanta, poniendo los ojos en blanco.

Todos la imitamos y nos ponemos en marcha entre risas silenciosas.

El resto del día lo pasamos explorando las atracciones del parque; especialmente, en las montañas rusas, que aunque no son muy intensas, hacen que Sara y yo gritemos como si nos fuera la vida en ello. Somos las más miedosas del grupo, pero nos logran convencer sin insistir demasiado. Siento que la sangre se me baja a los pies, mientras oigo las risas y los gritos de los chicos, que se lo están pasando en grande. Cuando mi cabeza deja de dar vueltas, soy consciente de que desde que empecé el viaje con Gabriel estoy probando más cosas nuevas que nunca.

Más tarde, decidimos subirnos a la noria. Nos dividimos por parejas y nos subimos en diferentes vagones; Gabriel y yo, por un lado; Sara y Miranda, por otro, y por último, Marc y Evan. Allí volvemos a estar momentáneamente solos, cosa que aprovechamos para comernos a besos.

—Qué ganas tenía de estar a solas contigo —dice Gabriel sin parar de besarme, cada vez con más ansia.

—Yo también. —Le agarro la cabeza y recorro su boca con mi lengua.

—Porque aquí arriba no se ve nada, si no tendríamos que parar.

—Es verdad, vamos a escandalizar a los más pequeños —le digo, y me da un beso casto en la frente mientras me acurruco en sus brazos.

—¿Qué te parece que estén nuestros amigos aquí?

—Es genial, tenía tantas ganas de ver a mis amigas que no te lo puedes llegar a imaginar.

—Ya, es fantástico. Y que estén todos aquí... ya sabes... tus amigos, los míos.

—Es todo un regalo. Tengo tantas cosas que contarles que todavía no sé por dónde empezar.

—Ojalá se queden más días. Me lo estoy pasando muy bien.

—Por cierto, ¿les he caído bien a Marc y a Evan?

—Por supuesto, ¿por qué les ibas a caer mal?

—No sé, Gabriel, no puedo creer que todo sea tan perfecto.

—Pues créetelo. Estamos juntos y todo va bien. No tienes nada de qué preocuparte.

—Tienes razón. ¿Cómo puedo tener tanta suerte contigo?

—Yo sí que tengo suerte contigo. —Se abalanza sobre mí y volvemos a besarnos. Minutos después, seguimos acaramelados como dos adolescentes, ajenos al ruido que da por finalizado el trayecto de la noria.

—Ejem... Chicos, vamos a por algo de comer. —Desvió un ojo para seguir la voz de Miranda y, entonces, me doy cuenta de que estamos a la vista de todo el mundo.

—Sí, vamos. —Me despego de Gabriel y salgo de la atracción, disimulando.

La noche se hace visible y una vez vemos los fuegos artificiales, salimos del parque hacia un coche que nos está esperando. Se ha acabado el día en Disneyland y toca volver a nuestro hotel, donde también se alojarán nuestros amigos, al menos, esta noche.

Gabriel y yo nos despedimos de ellos y quedamos para cenar juntos dentro de un rato. Entramos en la habitación y nos dejamos caer sobre la cama.

—¡No puedo más! Me duelen muchísimo los pies. —Llevamos todo el día andando y estoy agotada.

—¿Estás cansada? —Gabriel me mira juguetón y con esos ojitos me es imposible ignorarlo.

Lo abrazo con mi pierna para acercarme a besarlo y rodamos por la cama hasta que caemos al suelo, uno encima del otro. No podemos evitar reírnos del tremendo trompazo. Más aún, cuando Gabriel empieza a hacerme cosquillas en la barriga y me retuerzo como un gusano por el parqué de la habitación. En ese momento, avisto algo cuadrado en el suelo de la habitación, que voy a coger gracias a la tregua de Biel.

—¿Qué es esto? —Lo cojo y le pregunto por si él sabe de qué se trata. Parecen cartulinas envueltas en plástico, por lo que pienso que puede ser algún mensaje que nos envía la organización del concurso.

—Esto será mejor que lo guardemos. —Gabriel me lo roba de las manos y corre por la habitación hasta el vestidor.

Noto que se ha puesto nervioso, así que me acerco a él con ojos insinuantes.

—¿Qué es eso Gabriel? —vuelvo a preguntarle, inquieta.

—Nada.

—Oh, vamos. ¿Qué escondes? —Ahora sí me han entrado ganas de jugar.

—Ada, no es nada, en serio. —Pero antes de que lo pueda guardar en el armario, corro hasta él y se lo vuelvo a quitar de las manos—. ¡Ada, vamos, dame eso!

—Te lo daré cuando lo vea. —Sonrío como una niña que va a abrir un regalo. «¿Qué será?». Desenvuelvo los papeles con rapidez y me quedo totalmente sorprendida al ver qué tengo entre las manos—. Gabriel, ¿qué es esto? —No me lo puedo creer.

—Esto... es un calendario.

—¿Cuándo has hecho esto? —Abro cada vez más los ojos mientras hojeo las páginas. En ellas, sale Gabriel muy ligero de ropa. Casi desnudo.

—Tuve que hacerlo —dice con semblante serio, como si le diese muchísima vergüenza.

—¿Por qué? No te imaginaba haciendo algo así, la verdad. —Pero me estoy alegrando la vista con cada mes del año, empezando por agosto, con mi Gabriel en pelota picada, cubierto solo por las olas del mar y acabando por diciembre, con un gorrito de Navidad estratégicamente colocado y unos ojitos tiernos que me parecen de lo más sexi.

—Porque era la única manera de que pudieses participar en el desfile.

—¡Por dios, Gabriel! ¿En serio hiciste esto por mí? —Siento que el corazón me va a mil por hora.

—¿Y qué no haría yo por ti...?

Sonrío. No puedo parar de sonreír mientras lo estrujo tan fuerte como me permiten mis brazos.

—¿Sabes una cosa? —le digo, todavía pegada a él.

—Dime.

—Me encanta. Estás para comerte. Entero. De arriba abajo. —La temperatura de mi cuerpo se eleva al ver cómo cambia la expresión de su cara.

Me coge en volandas y no decimos nada más. Nuestros besos sellan la conversación.

Después de una cena que se alarga con las batallitas que contamos, Sara, Miranda y yo decidimos irnos a su habitación para poder hablar de nuestras cosas. Los chicos, por el contrario, se quedan un rato más en el restaurante.

—Chicas, no os vais a creer lo que me ha pasado esta tarde. —Estoy deseando contarles lo que Gabriel ha hecho por mí.

—Dispara. —Miranda y Sara están tumbadas en la cama de cualquier manera, esperando a que les cuente todo.

—Resulta que la organización accedió a que pudiese participar en el desfile, paralizando por un día los planes establecidos, gracias a Gabriel.

—¡Wow! —Mis amigas tienen los ojos como platos y la boca abierta como si no se creyesen lo que estoy diciendo.

—Vaya poder de decisión tiene tu novio... qué suerte has tenido, nena —dice Miranda.

—Claro, es abogado. Algo de poder para convencer debe de tener, ¿no? —Sara le sigue el rollo.

—Chicas, el caso es que no fue solo su fantástica oratoria, también tuvo que hacer algo que no quería.

—¡Tía, dilo ya, no aguanto más! —Miranda me da un manotazo para que hable.

—¡Que ha hecho un calendario solidario en el que poco más y enseña hasta el carné de conducir! ¡Un puñetero modelo! Cuando lo he visto casi me derribo.

—Queremos ver eso —dicen mis amigas a la vez, que han empezado a saltar en la cama de la emoción.

—Pobre, le da vergüenza. Gabriel nunca haría algo así.

—Ada, no te imaginas la gente que está al tanto de vuestros pasos en la redes. Si no fuera por la organización del concurso, que os manda al quinto pinto, os daríais cuenta de que sois una especie de famosos y que, además, quieren que estéis juntos.

—No me asustes, Miranda, por favor.

—Cuando volváis a España lo entenderéis todo. Y ahora... pásame ese calendario.

—Está bien, tomad. —Busco el calendario en mi bolso, donde lo había escondido sin que Gabriel se diera cuenta, y se lo paso.

—¡Oh, my God! Qué bueno está el condenado —Sara, que siempre es la más comedida, no ha podido contenerse.

—Y que lo digas. —Miranda asiente con la cabeza mientras pasa las páginas.

—Por cierto, se me olvidaba decirte que, tal y como es Gabriel, me parece todo un detallazo. Bueno, esa palabra se queda corta. Sacrificarse en algo así para que tú pudieras cumplir tu sueño y participar en el desfile es para tenerlo en cuenta, sin duda.

—¡Menos mal! Pensaba que os había obnubilado la espalda de mi chico y no os habíais dado

cuenta de lo que realmente quería decir. —Cuando termino de hablar mis amigas se están partiendo de risa.

—Tienes toda la razón, Ada. Esto que te está pasando es muy fuerte. ¿Desde cuándo estáis juntos?

—Desde nuestra última noche en Nueva York. Todavía no hace ni una semana.

—Igual es pronto para hablar de eso, pero... ¿cuáles son los planes de futuro? —Sara también se caracteriza por ser cauta.

—No sé, como tú bien dices, es un poco pronto y todavía quedan viajes, ¿por qué iba a preocuparme ahora por eso?

—Quizá no ahora, pero en algún momento estaría bien que hablaseis de lo vuestro de cara al futuro. —Miranda también está de acuerdo con Sara en que tengo que hablar con Gabriel en algún momento—. Quiero decir, Gabriel me parece un chico majísimo, un buen hombre, de verdad, pero como bien sabes, es importante que vuestros propios proyectos sean compatibles.

—Yo... pienso igual que Miranda, pero que eso no te impida disfrutar, ¿vale? —dice Sara.

—Quiero que sepáis que todo va bien. Gabriel y yo somos pareja con todas sus letras. Yo...

—Tú... ¿qué? —Sara se acerca cada vez más a mí—. ¿Vas a decir lo que creo que vas a decir?

—¡Ya ves, si lo iba a decir! —Miranda se atraganta con su propia saliva.

—¿Estás enamorada de él? —Sara continúa, y mis dos amigas quedan expectantes.

Me quedo callada unos instantes, pero no tengo ni siquiera que pensarlo.

—Sí, estoy enamorada de él.



23. Despedidas Gabriel

Las chicas se levantan de la mesa, dispuestas a estar un rato a solas. Ada pasa por mi lado, agacha su cabeza y me da un beso rápido en los labios, pero, para mí, no es suficiente. Antes de que se aleje más, tiro de su mano y la acerco de nuevo a mí. Pongo mi mano libre en su nuca, vuelvo a juntar nuestras bocas y bebo de ella hasta que tengo suficiente para aguantar durante un rato. Cuando nos separamos nuestros amigos aplauden y vitorean, provocando que todo el restaurante nos mire. Ada se enciende como una bombilla y sale corriendo, tirando de sus amigas, que se ríen a carcajadas. Yo la sigo con la mirada hasta que desaparece de mi vista. Cuando me giro hacia mis amigos, ambos me están mirando.

—¿Qué?

—Se te ve... diferente —dice Evan.

—Se le ve malditamente feliz, pero amargado —contesta Marc antes de que yo pueda decir algo.

—Pues sí, me siento feliz. La verdad es que hacía mucho que no me sentía así de bien. Es ella, ella hace que me sienta así.

—Me alegro, tío, ya era hora. Llevabas demasiado tiempo solo. Estabas a punto de convertirte en un ermitaño —dice Evan.

—¿Esos no son los que viven solos en la cima de una montaña? —pregunta Marc.

—Sí, esos mismos. Llevas años centrado en el bufete, yendo y viniendo como un zombi. Algún polvo esporádico el fin de semana y, después, vuelta a empezar.

—Tienes razón, Evan. Este viaje y Ada han cambiado mi vida. Mi forma de ver la vida.

—¿Y qué vas a hacer a partir de ahora?

—Vivir.

—Eso suena bien, pero creo que Evan se refiere a Ada y tu trabajo.

—Ada y yo seguiremos juntos después de esto. Ambos vivimos en la misma ciudad, por esa parte no va a haber impedimentos. Y respecto al trabajo... pues he estado pensando que, si ganamos el premio, me gustaría montar mi propio bufete.

—¿En serio?

—Sí, la relación con mi padre ha llegado a un punto de no retorno. Él no cree que yo pueda ocuparme del negocio, ¿por qué crees que aún no se ha jubilado? Lo siento por mi hermano, pero tengo que buscar mi camino y os aseguro que no está en ese bufete.

—El bufete sigue en pie gracias a ti.

—Evan, no es solo gracias a mí. Todos los que trabajáis en él aportáis mucho.

—Sí, pero las pocas mejoras que tu padre te ha permitido hacer han sido decisivas para que no se hundiera y, aunque él no quiera reconocerlo, lo sabe, créeme.

Me quedo mirando a Evan, porque ese comentario me hace pensar que mi padre le ha dicho algo. No hemos tenido contacto en todo este tiempo, pero, probablemente, Evan le ha dicho que venía a verme. Da igual, no pienso preguntarle, no me interesa, ya es tarde.

—¿Gabriel? —Marc llama mi atención.

—Sí, sí, perdona, estaba pensando...

—Así que, ¿piensas abandonarme? —me pregunta Evan, poniendo cara de pena.

—La verdad es que había pensado ofrecerte un puesto en mi bufete, incluso, si tú quieres, que fuéramos socios. —La mirada de Evan es desorbitada cuando me oye.

—¿En serio? —pregunta, incrédulo.

—Pues claro. ¿Quién mejor que tú?

—Vale, cuando vuelvas hablamos de todo esto, pero ya te digo que sí, socio. —Sonríe y levanta su copa para hacer un brindis.

—Me siento excluido, capullos —bromea Marc, y todos reímos.

—Vale, pequeñín. —De pequeñín no tiene nada, Marc es metro noventa de puro músculo—. Lo que voy a decir ahora te va a gustar, Marc, esto te mete de lleno en la conversación. Cambiando de tema... Evan, ¿puedes decirnos qué hacías anoche saliendo de la habitación de Sara?

Evan frunce el ceño inmediatamente y me acribilla con la mirada. Yo sonrío maligno, y Marc se queda con la boca abierta.

—Nada que os interese —dice a la defensiva.

—Sí nos interesa —le recrimina Marc, inclinándose hacia delante, y yo río.

—Eres un bocazas, Gabriel.

—Sí, sí, lo que tú digas, pero desembucha.

—No pienso decir nada.

—¿Quieres que te torturemos? No sabía que te gustaba la psicóloga... Aunque ahora que lo pienso, te irá genial para esa cabezota tuya.

—Cállate, Marc, métete en tus asuntos. Además, yo no he dicho que me guste. Solo la acompañé a su habitación y estuvimos hablando...

—Ah... fíjate, ahora se le llama así. —Se ríe Marc de él, y decido cambiar de rumbo la conversación para darle tregua a Evan. Cuando dice que no quiere explicar algo no lo hace, así que es absurdo insistir.

—Por cierto, ¿sabéis que Ada colaboró con un famoso diseñador cuando estuvimos en Nueva York?

—Sí, lo vimos y que tú hiciste de modelo. —Se ríen ahora de mí.

—Sí, eso no estaba previsto, pero necesitaban a alguien y... no pude decir que no. Pero hay algo más.

—¿El qué? —pregunta ahora Evan, curioso.

—Para que la organización dejara que Ada ayudara en el desfile tuve que hacer algo...

—¿¡No Jodas?! ¿Qué has hecho? —grita Marc, y ambos me miran expectantes.

—Algo que esperaba que Ada no descubriera, pero ahora que los cabrones de la organización lo han dejado en nuestra habitación y ella lo ha visto... puedo decíroslo a vosotros también. Total, tengo la impresión de que vais a verlo por todas partes.

—¡Dilo ya! —Marc está impaciente.

—He hecho un calendario... en bolas, prácticamente. —Ale, ya está dicho.

Por unos segundos, me observan incrédulos. Me conocen y saben que yo no haría algo así. Nos miramos y antes de que empiece, ya sé que va a pasar. Marc no puede aguantar más y suelta una enorme carcajada, y Evan lo sigue. Si es que ya lo sabía yo... Después de dos minutos, como poco, partiéndose de risa a mi costa, Marc se pone en pie de golpe y echa a correr.

—¿Dónde vas?! —le grito desde mi sitio.

—¡¡A ver eso con mis propios ojos!! —me grita, ya fuera del restaurante, y Evan se levanta de un salto y huye también.

—Me cago en... ¿Por qué no habré cerrado la boca? —digo entre dientes y salgo del restaurante. Todo está cargado a la habitación, así que no es que nos vayamos sin pagar. A ver si llego a tiempo para hacer pedazos ese maldito calendario.

Pero no, no llego a tiempo. Cuando entro en la habitación, esos dos están pasando página tras página, riéndose cada vez más alto.

—Lo siento, cielo —me dice Ada.

—No pasa nada, sabía que esto iba a ocurrir. Tendré que acostumbrarme. —La abrazo y dejo un suave beso sobre su pelo.

—Pues no sé de qué os reís tanto... El calendario hará que miles de mujeres se tiren a sus brazos. Ada, yo de ti, prepararía la escopeta —le dice Miranda.

—Confío en él —le contesta, pero me mira a mí.

—No necesitas ninguna escopeta, cariño, yo solo tengo ojos para ti —le susurro a Ada.

—Oh..., qué bonito. ¿Dónde conseguimos que nos hagan uno de estos? Yo también quiero que se tiren a mis brazos.

—Marc, para eso, primero, necesitas tener un cuerpo de infarto como el suyo —le dice Miranda para picarlo.

—¡Oye, que estás hablando de mi novio! —le recuerda Ada.

Antes de que podamos detenerlo, Marc se arranca la camiseta por la cabeza y se acerca lentamente a Miranda.

—¿Crees que mi cuerpo es lo suficientemente de infarto como para salir en ese calendario? —dice Marc en tono burlón.

Miranda se queda callada, está en *shock*. Sus ojos recorren el cuerpo de Marc con lujuria, haciéndonos sentir a los demás que sobramos aquí.

—¿Todo esto es de verdad? —dice Miranda, mientras alarga su mano y recorre los pectorales y abdominales de Marc con pasmosa lentitud, haciendo que el rubio trague saliva lentamente.

—De carne y hueso, nena. —Le guiña el ojo Marc, intentando disimular, pero a mí no me engaña.

—Bueno, ya está bien de toqueteos. Todo el mundo a dormir —ordena Sara y nos saca a empujones de la habitación.

Miranda camina detrás de nosotros sin apartar la mirada de la espalda desnuda de Marc hasta que Sara la sujeta de la camiseta y vuelve a meterla en la habitación. No se me escapa la sonrisa cómplice que Sara y Evan se dedican antes de que ella cierre la puerta, dejándonos fuera. Un segundo después, vuelve a abrirla y, desde dentro, le tira a Marc su camiseta a la cabeza.

—Tápate un poquito, majo, no te vayas a resfriar. —Vuelve a cerrar la puerta, y todos reímos menos Marc, que se va refunfuñando hasta su habitación.

Los días siguientes vamos a hacer turismo por el centro de la ciudad y, por suerte, nuestros amigos siguen con nosotros.

Visitamos el Louvre, donde Sara disfruta como una enana, mirando cuadros y esculturas del Renacimiento, y Miranda se hace un montón de fotos para que su sobrina vea el lugar donde luchan Ladybug y Cat Noir. Cada uno va a lo suyo y todos coincidimos en que la Gioconda es bastante decepcionante, además de que la inmensidad de gente, intentando hacerse fotos con sus paloselfis, nos hace huir del lugar cuanto antes. También merodeamos por la Catedral de Notre Dame, paseamos por el Sacre Coeur, nos hacemos fotos en el Moulin Rouge y acabamos de pasar el día en el cosmopolita barrio Le Marais.

Tres días después, cuando bajamos a desayunar al restaurante del hotel, la gente de la organización nos está esperando. Inmediatamente sabemos qué es lo que nos espera: vamos a cambiar de país. La pregunta es: ¿nos acompañarán nuestros amigos?

—Hola, chicos, ¿estáis disfrutando de París?

—Mucho, pero supongo que tu presencia aquí quiere decir que nos vamos —contesto, serio, al presentador.

—Has acertado, Gabriel. Debéis hacer las maletas y despediros de vuestros amigos, en una hora vendrán a recogeros.

—¿Adónde vamos? —pregunta Ada, y ya puedo percibir la tristeza en su voz.

—No puedo decíroslo, pero os va a gustar. Los demás podéis quedaros esta noche en el hotel, mañana por la mañana os recogerán y os llevarán al aeropuerto para que cojáis el vuelo de vuelta a España.

—Vale. —Los seis entramos en el hotel, afligidos, y subimos a nuestra habitación. Los chicos vienen a ayudarnos a hacer las maletas. En silencio, recogemos nuestras cosas. El ambiente festivo se ha esfumado.

Bajamos todos en el ascensor y esperamos en la puerta del hotel a que vengan a recogernos. Las chicas se abrazan y susurran entre ellas.

Cuando aparece el coche veo que a Ada se le escapa una lagrimilla, así que me acerco a ella y la abrazo.

—Pronto volveremos a verlos, cariño, ya casi hemos conseguido ese premio.

—Lo sé, es que las echo mucho de menos y a mi familia también. —Beso su cabeza, luego dejo que ellas se abracen y se despidan, mientras yo hago lo mismo con Evan y Marc.

—Bueno, tíos, nos vemos a la vuelta.

—Claro, os seguiremos por redes.

Los chicos abrazan a Ada y yo me despido también de Miranda y Sara.

—¿Estás lista?

—Sí, vámonos.

Subimos al coche y, después de despedirnos con la mano de los demás, Ada se recuesta sobre mí cuando los perdemos de vista.

—Pronto volveremos a casa.

—Ya tengo ganas —me contesta.

—Yo también —le digo sincero.

Cuando el coche se detiene, me doy cuenta de que Ada se ha quedado dormida.

—Cariño, despierta, nena. —Sacudo suavemente su cuerpo.

—¿Ya estamos en el aeropuerto? —me pregunta sobresaltada.

—No, en la estación de tren.

—¿El tren? —me pregunta adormilada, y yo me encojo de hombros.

Sí, es extraño, pero con esta gente nunca se sabe. A saber adónde nos llevan. El chófer nos indica que vayamos a las taquillas y digamos nuestros nombres, así que cogemos las maletas y nos encaminamos hacia allí.

Veinte minutos de cola después, tenemos dos billetes para un tren dirección a Roma, que llegará a la mañana siguiente a destino. Lo que quiere decir que vamos a pasar la noche en el tren.

Buscamos el andén y esperamos a que nos indiquen que podemos subir. Una chica nos acompaña hasta nuestro compartimento y, sorprendentemente, se ve acogedor y limpio.

Acomodamos las maletas y, horas después, como nos han dicho que tenemos la comida incluida, nos ponemos en marcha y buscamos el vagón restaurante. Después de atravesar lo que parecen mil, por fin lo encontramos. La comida no está nada mal, aunque resulta extraño cenar con el traqueteo constante del tren.

Mientras comemos, noto una sensación extraña, como si me estuvieran observando, y empiezo a ponerme nervioso pensando en que ya ha empezado a circular el puñetero calendario y puede que alguien me haya reconocido. ¿Por qué mierda accedería a algo así? Levanto la vista y, automáticamente, recibo mi respuesta: por ella.

—¿Crees que podremos dormir con este vaivén? —me pregunta Ada, mientras saborea su postre.

—Supongo —le digo, mirando alrededor. No me quito esa sensación del cuerpo, pero no veo nada extraño.

—¿Qué pasa? —Mierda, lo ha notado.

—Nada —intento disimular.

—Biel, no me engañes. Llevas un rato mirando en todas direcciones, ¿qué pasa?

—Nada, es solo una sensación. —Ella entrecierra sus ojos y me mira fijamente.

—¿Qué sensación?

—Como si nos estuvieran vigilando. —Rápidamente, mira en todas direcciones. ¡Joder! Qué disimulada...

—Yo no veo a nadie mirándonos.

—Ni yo, Ada, serán paranoias mías. ¿Has acabado? Quiero ir a descansar, mañana seguro que nos espera un día largo. —Es solo una excusa, esta sensación no me gusta. Quiero llegar allí, cerrar la puerta y saber que estamos a salvo.

—Sí, vámonos —me dice, mientras se pone en pie y mira a ambos lados, alerta.

La cojo de la mano y ponemos rumbo de vuelta al compartimento en el que tenemos que dormir esta noche. Lo único que me fastidia es que no vamos a estar juntos, sino cada uno en una litera.

Cuando nos acercamos a nuestra puerta, hay algo que llama mi atención, así que freno en seco y me giro hacia Ada.

—Quédate aquí.

—¿Qué? ¿Por qué? —me pregunta, poniéndose de puntillas, intentando ver por encima de mi hombro.

—La puerta de nuestro compartimento está abierta. Tú solo quédate aquí y no te muevas. —No pienso dejar que se acerque allí.

—¿Qué?! —Empieza a seguirme de cerca, claro, ¿por qué iba ella a hacerme caso?

Nos acercamos a la puerta lentamente, pegados a la pared, intentando escuchar cualquier

indicio de si sigue habiendo alguien dentro. Cuando llegamos a la puerta veo que la cerradura está totalmente destrozada. De un empujón la abro rápidamente.

Miramos el interior del compartimento y a simple vista todo se ve normal. No hay nada revuelto y no hay nadie dentro. Entramos, y me agacho para mirar debajo de la cama. ¡No, no, no!

—Ada, ¡se han llevado nuestras cosas!

—¿Cómo que se han llevado nuestras cosas?! —grita angustiada.

—¡Se han llevado nuestras maletas!

—¡No puede ser!

Notamos que la velocidad del tren empieza a descender. Estamos llegando a una estación. Nos miramos. Estamos pensando lo mismo: el ladrón se escapa.

Salimos corriendo al pasillo mientras el tren se detiene. A lo lejos, vemos a alguien que forcejea con dos maletas, intentando bajarse del tren. ¡Son las nuestras!



24. Girasoles

Ada

—¡Son nuestras cosas! —No puedo creer que esto esté pasando. ¡Alguien nos ha robado las maletas!

—¡Es él, se escapa! —Al final del pasillo está el ladrón, al que no le vemos la cara porque va tapado con una sudadera con capucha.

—¡Gabriel! ¿Gabriel? —giro la cabeza ligeramente y tardo un segundo en darme cuenta de que Gabriel ha salido corriendo detrás del ladrón.

¡Dios! Empiezo a sentir una especie de rabia contenida y adrenalina que me sale por los poros y me hace recorrer el pasillo a toda prisa.

Cuando Gabriel llega hasta el final del vagón, el ladrón ya se ha bajado del tren y parece haber logrado su objetivo.

—¡Joder! —Gabriel se lleva las manos a la cabeza. Es entonces cuando llego hasta su posición.

—¿Dónde está? —le pregunto.

—Está ahí. —Me señala con la cabeza mientras intenta tomar un poco de aire. Empezamos a notar como el tren vuelve a ponerse en marcha lentamente—. ¡No vamos a dejarle escapar! — Gabriel aprieta los dientes y, antes de que pueda decirle nada, salta del vagón.

—¡¿Gabriel, que estás haciendo, descerebrado?! —le grito, pero no me escucha.

Me lo pienso dos segundos, mientras oigo el ruido del tren. Va a partir ya.

Cierro los ojos porque sé que estoy cometiendo una estupidez. Pero no hay tiempo.

Antes de que sea demasiado tarde, salto del tren junto con la mochila que llevaba a cuestas. Increíble, pero sigo de una pieza. El sudor me recorre la frente y las pulsaciones me van a mil por hora. Gabriel persigue al ladrón a una velocidad que me impide alcanzarlos. Saltan por encima de la barrera para salir. ¡Es una pesadilla salida de una película de acción! Sobre todo porque esto parece una estación fantasma. Nadie se baja. Nadie sube.

Minutos más tarde, llego hasta Gabriel, que está parado en mitad de la calle. O mejor dicho, el campo.

—Gabriel, ¿qué ha pasado?

—Se ha escapado, Ada. —Le cuesta pronunciar las palabras y respira con dificultad. Está empapado en sudor y, por su semblante, no solo lleva el cabreo del siglo, sino que parece decepcionado tras su persecución fallida.

—¿Cómo que se ha escapado? ¿Y ahora qué?

—Pues ahora... no sé. Esto no entraba en mis planes.

—Ahora estamos aquí en mitad de la nada, perdidos en un campo fantasma. ¿En serio, Gabriel? ¿Podías haberlo pensado antes de saltar del tren! Nos podía haber pasado algo, ¿sabes?

—¿Intentaba recuperar nuestras cosas! ¿En serio, no hubieses hecho lo mismo?

—No. Claro que no. Esto ha sido una estupidez.

—¡Ah, genial! ¿Preferías que me quedara mirando cómo se llevan nuestras cosas?

—Tendríamos que haber llamado a la policía. ¡Es su trabajo! ¿Por qué no lo has pensado antes?

—No he pensado, Ada. A veces, en la vida, uno tiene que afrontar y resolver sus propios problemas.

—¿Qué estás queriendo decir con eso?

—Nada.

—¿Qué? ¿Tienes algo que decir?

—No, Ada. Déjalo ya. Vamos a llamar a la policía.

—Sin comentarios. —Nuestro enfado va en aumento.

Gabriel mira en sus bolsillos para sacar el móvil. Hace una mueca rara y empieza a palpar todos y cada uno de ellos, cada vez más nervioso.

—¿Qué pasa? —Lo intuyo, pero no quiero ser ceniza.

—No encuentro el móvil —dice, mientras sigue buscando.

—¡Tiene que estar, lo llevabas encima!

—Ada, no está. —Se lleva las manos a la cabeza.

Ahora mismo solo deseo que me trague la tierra y nos escupa de nuevo en París.

—Bien, genial, estupendo, fantástico... —Ando en círculos, divagando.

—¡Ada, por favor, cállate, déjame pensar!

—Estamos en mitad de la nada. Peor aún, no sabemos ni dónde estamos y aquí no hay ni Dios. ¿Me oyes? Ni un alma. Así que, a no ser que esto sea el jardín de las maravillas y alguno de estos girasoles nos hable, estamos jodidos.

—Captado, estamos jodidos, pero ya encontraremos alguna solución.

—¡Ay, Dios mío! ¿Por qué todo esto? Todo era perfecto... —La *drama queen* que hay en mí vuelve a salir, después de tropecientos días de viaje.

—Ada, por favor, cálmate. Podría ser peor, créeme.

—Sí, podríamos estar muertos. —Le sonrío con sarcasmo.

—Sí, cariño. —Pone los ojos en blanco, dándome la razón, y empieza a andar entre los campos de girasoles.

—¿Adónde vas? —le pregunto.

—A buscar... algo. Alguien. No sé, a hacer algo. ¡Vamos! Antes de que se haga de noche. —Ojalá Biel se hubiera ahorrado esa última frase porque solo de pensar que tenemos que dormir al raso empiezo a temblar.

Nos ponemos en marcha y caminamos durante un rato hasta que ya no puedo más.

—Paremos, por favor, necesito descansar un minuto.

—Vale, tranquila. —Nos sentamos en un hueco entre las plantas.

—No puedo creer que estemos en un puñetero cuadro de Van Gogh.

—La verdad es que el paisaje es bonito. Te podrás quejar, ¿eh? —Gabriel intenta sacar el lado positivo a las circunstancias, pero a mí no me la cuela. No hace falta que le diga nada porque mi

mirada habla por sí sola—. Vale, está bien. Quizá no ha sido tan buena idea saltar del tren en busca del ladrón, pero lo hecho, hecho está. Así que ahora tenemos que seguir andando hasta que encontremos a alguien de la civilización.

—Sí, deberíamos hacer eso.

—Ada, ¿por qué te pones así? —Ha puesto sus ojitos tiernos y viene hacia mí como quien va a calmar a un gato que está en posición de ataque.

—Yo no me pongo de ninguna manera.

—¿Estás enfadada? Bueno, no sé para qué pregunto.

—Déjame un ratito, guapo. —Lo evito y me vuelvo a poner en marcha.

Caminamos durante un buen rato y empiezo a aborrecer los girasoles. En otra ocasión, estaría haciéndome fotos como una posesa, pero ahora estoy cansada y tengo ganas de quitarme esta ropa.

Miro al cielo y siento que se avecina lo peor. No solo está anocheciendo, sino que se han puesto encima de nosotros unos nubarrones gigantes. Vemos los rayos, esparciéndose sobre nuestras cabezas, en un cielo que se ha vuelto completamente negro y, segundos después, se escucha un trueno.

—¡Dios mío, Gabriel! —Lo busco porque tengo miedo.

—Tenemos que encontrar algo para refugiarnos. Estar a campo abierto durante una tormenta es muy peligroso.

Antes de que pronuncie palabra alguna, volvemos a escuchar un estruendo y empieza a caer una cortina de agua con una fuerza que nos deja empapados en un instante.

—¿Qué hacemos, Gabriel? —Lo de andar sin rumbo ni sentido nos deja de parecer buena idea.

—No sé, con semejante tormenta no puedo ni pensar.

—¿Y qué quieres, que nos quedemos aquí hasta que se te ocurra una idea genial? —le grito para que me oiga y porque no cabe en mí más ira en estos momentos.

—¿No te puedes callar un segundo? Intento pensar.

—¡Estamos chorreando, Gabriel! ¿Qué esperas?

La lluvia cada vez es más ruidosa y no nos deja ver nada entre los girasoles, que con la inexistente luz de la noche los hace parecer sombras lúgubres. Nunca he estado tan asustada en mi vida hasta que he visto los rayos caer muy cerca de nosotros. Tales son nuestros gritos que, por un momento, he pensado que nos habían alcanzado.

—¿Estás bien? —le pregunto con lágrimas que se pierden en la lluvia.

—Sí. ¿Y tú? —me pregunta, preocupado.

—Sí, estoy bien. ¡Tenemos que correr! Es lo más seguro ahora mismo.

—Vale, pero ten cuidado porque no se ve casi nada.

Empezamos a correr tan rápido como nos permiten nuestras fuerzas. Vamos a ciegas porque entre la lluvia y la oscuridad de la noche no alcanzamos a ver ningún camino seguro.

De pronto, mis pies se tropiezan con un desnivel. Gabriel me coge del brazo para sujetarme, pero al final acabamos cayendo los dos, de boca, al suelo. Tal es el desnivel, que rodamos camino abajo, llenándonos de barro hasta las cejas.

Cuando por fin dejamos de deslizarnos, me doy cuenta de que estoy sangrando. Tengo una herida en el brazo.

—Ada, ¿estás bien?

—Tengo muchísimo frío. —Empiezo a tiritar y noto mis labios entumecidos.

—Encontraremos algún sitio donde refugiarnos.

—Eso espero. —Y ya no sé si estoy llorando o, simplemente, he perdido sensibilidad en la

cara.

—¿Eso es sangre? —me pregunta Gabriel.

—Sí, me escuece.

Todavía permanecemos tumbados cuando noto una luz directamente en mi cara. Emito un grito que resuena por todas partes.

—*C'è qualcuno lì?*^[1] —una persona nos está hablando.

—¡Oh, Dios mío! ¡Eh! ¡Señor! —grito.

—¡Aquí, por favor! —Gabriel habla desde las profundidades del barro.

—¡Vamos, rápido, venid aquí! —O algo así dice el hombre, que nos ayuda a levantarnos y nos lleva corriendo hasta su casa, una pequeña y humilde granja. Qué alivio escuchar una voz en español.

Cuando conseguimos entrar, cerramos la puerta y, por fin, me siento segura.

—Gracias, señor. Si no fuese por usted, no sé qué hubiésemos hecho.

—¿Qué hacíais a campo abierto en mitad de una tormenta eléctrica? —nos pregunta, sorprendido.

—Es una larga historia, pero gracias por acogernos —me muestro agradecida, mientras que Gabriel no dice nada.

—Escuché vuestros gritos y pensé que seríais dos turistas perdidos.

—Bueno, algo parecido.

—Voy a traer algunas toallas para que os sequéis. Podéis acercaros al fuego a tierra, así os calentaréis. Debéis de estar helados. —Le hacemos caso al hombre y nos sentamos sobre una alfombra que hay junto al fuego—. Aquí tenéis las toallas. Os dejo unas mantas para que podáis dormir aquí y algo de ropa limpia. Hay un cuarto de baño en el pasillo. Podéis usarlo para quitaros el barro. También encontraréis un botiquín. No te preocupes por la herida, parece superficial —me dice, señalándome el brazo.

—Gracias, señor —dice Gabriel.

—Por cierto, me llamo Carlo.

—Encantado. Nosotros somos Ada y Gabriel.

Nos dirigimos al cuarto de baño. Seguimos enfadados, así que nos duchamos por turnos. Cuando termino, me pongo una toalla, y escucho unos golpecitos en la puerta.

—Ada, déjame entrar para curarte.

—No hace falta.

—Se te va a infectar la herida, será un momento, te lo prometo.

—Está bien. —Suelto un bufido y abro la puerta.

Gabriel coge el botiquín y saca un botecito para limpiar y desinfectar la herida.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no dices nada? —Gabriel está completamente ausente.

—Lo siento, Ada. Esto no debería haber pasado. Te he puesto en peligro.

—Ah, me escuece mucho —le digo.

Gabriel agacha la cabeza hasta acercarla a mi herida y sopla con suavidad.

—Ya está.

No le digo nada y nuestras miradas se quedan fijas el uno en el otro. Me mira y roza mis brazos con sus dedos, muy despacio, hasta que mi mirada lo ahuyenta.

—Será mejor que me vaya. —Gabriel sale por la puerta del baño.

Más tarde, cuando ya nos hemos duchado los dos, Carlo nos prepara algo de comida caliente.

Tengo que decir que la sopa está deliciosa.

—¿Eres italiano? —le pregunto a Carlo. Tiene un acento que no consigo descifrar.

—A medias. Mi madre era de Cádiz y mi padre de Montalcino.

—¿Estamos en Italia?

—Estáis en la Toscana.

—¡Vaya!

—Será mejor que vayamos a dormir. Si entráis por esa puerta de la izquierda, os llevará a un anexo acondicionado que hice para que se pudiese quedar mi familia. Os he encendido el fuego a tierra para que entréis en calor.

—Gracias, es usted un sol.

—Un girasol, sí. —Ambos reímos—. Siento no poder ofrecer nada más.

—No, muchísimas gracias por su hospitalidad —le dice Gabriel.

—De nada, nos vemos mañana. —Sube unas escaleras que llevan a su habitación.

—Buenas noches.

—Pues, al menos, estamos en Italia. ¿Crees que podremos llegar a Roma mañana? —Gabriel vuelve a hablarme.

—Ya nos preocuparemos de eso cuando nos levantemos.

Vamos hacia el anexo y nos sentamos en la alfombra frente al fuego para acabar de entrar en calor.

Después de unos minutos, donde solo se escuchan los chasquidos de la leña quemándose, rompo el silencio:

—Gabriel, no ha sido culpa tuya. Bueno... ha ocurrido y ya está. Estamos aquí, ¿no?

—Sí, por suerte, estamos aquí.

—Vaya aventura.

—Estás temblando.

—Tengo... mucho... frío.

—Ven aquí. —Me envuelve en una manta y después me abraza con la suya. Me da un beso en los labios y me mira fijamente a los ojos—. Te quiero.

—Yo... —Las palabras de Gabriel hacen que la temperatura de mi cuerpo suba por momentos hasta mi cara—. Yo también te quiero.

Nos abrazamos y no decimos nada. No hace falta. Colocamos las mantas a modo de colchón y nos acurrucamos junto al fuego hasta que acabamos de entrar en calor.

—En estas ocho semanas te has convertido en alguien muy importante para mí —me dice Gabriel.

—No quiero separarme de ti.

—Pues no lo hagas.

Me giro y Gabriel me sorprende con un tierno beso. Pero lo que comienza como algo inocente y dulce, pronto se convierte en una batalla desesperada en la que cada uno intenta dominar con sus labios al otro.

Se tumba sobre mí y la ropa y las mantas desaparecen. Necesito sentir su piel contra la mía. Que sus manos recorran mi cuerpo. Que sus besos apaguen mi sed.

El calor de mi sexo es insoportable y se lo hago saber.

—Gabriel, te necesito...

—Estoy aquí, Ada. —Sus besos empiezan a descender. Dejan mis labios para pasar por mi cuello, por mis pechos, por mi vientre... hasta llegar a la parte de mi cuerpo que más lo desea.

Un gemido brota de mis labios sin permiso. A este le siguen otro y otro más, por culpa de esa lengua ardiente que me va a hacer tocar el cielo. Pero cuando estoy rozándolo con los dedos, se detiene y me dan ganas de agarrarlo del pelo y suplicarle que no pare. Antes de que un sonido de frustración escape de mi boca, Gabriel coloca su mano en mi mejilla, me besa y, con un suave pero firme movimiento, dos nos convertimos en uno.

Aunque la llama de la hoguera se está apagando, la de nuestro amor está más viva que nunca.

Al día siguiente, al despertarme, pienso en todo lo que pasó ayer. No sé si fue la mejor noche de mi vida, pero sí una de las más románticas. Nunca me habría imaginado vivir un robo en directo, una tormenta que casi nos mata y las palabras más bonitas del mundo en boca de Gabriel en el mismo día. Estoy exhausta pero feliz.

—Buenos días, ¿habéis dormido bien?

—Sí, muy bien.

Carlo nos prepara el desayuno muy amablemente y, acto seguido, los tres nos sentamos a una mesa cuadrada de madera.

—El queso pecorino está de muerte, Carlo. —Gabriel está simpático de buena mañana.

—Lo hago yo mismo. Y bien, ¿me vais a contar hacia dónde vais?

—Tenemos que ir a Roma. Concretamente, tenemos que llegar antes de las doce o perderemos el concurso en el que estamos participando.

—¿Un concurso?

Le hacemos un resumen de toda nuestra aventura, al que Carlo atiende como si fuera una telenovela.

—¿Tiene usted móvil, Carlo? —le pregunto, esperanzada.

—No, hija. No lo necesito para vivir aquí.

—Pues... ¿cómo llegamos hasta Roma? —pregunta Gabriel.

—Os puedo dejar cerca de una carretera. Quizá encontréis a alguien que os lleve hasta allí.

—Ah, no, me niego.

—Ada, ¿por qué dices eso? Te recuerdo que tenemos que llegar a Roma.

—Te recuerdo que la última vez que hicimos autoestop casi se vuelca el coche por un conductor que se quedaba dormido. O peor, ¿te acuerdas del conductor temerario de Guilin?

—No seas dramática. Seguro que alguien de buena fe nos lleva.

—¡No soy dramática!

—No, no lo eres.

—La carretera está algo lejos. ¿Os importaría ir a caballo? ¿Habéis montado alguna vez?

—Sí —dice Gabriel.

—Yo no. —Estoy emocionada a la vez que aterrada.

—Tú, tranquila, Ada, que te dejaré un caballo muy manso y estaré cerca de ti hasta que te sientas segura. Seguidme.

Los caballos son preciosos y parecen muy bien cuidados. Tengo dificultades para subirme a la yegua, así que le pido ayuda a Gabriel para que me aúpe. Desde arriba siento algo de vértigo. Es una sensación diferente.

—¿Qué tal, Ada? —me pregunta Gabriel.

—No sabría explicártelo con palabras.

Trotamos por los campos de girasoles y sonrío como una mujer feliz dentro de una postal de cuento. O de Instagram. Qué pena que hayamos perdido el móvil.

El caballo de Gabriel y el mío se acercan y acabamos yendo todos juntos mientras hablamos de lo sorprendente que ha sido acabar en un sitio como este. Al parecer, estamos en el Valle de Orcia, donde los campos dorados brillan más que nunca, después de haber pasado por agua. Parece mágico.

Finalmente, llegamos a una carretera.

—Hasta aquí hemos llegado. Ha sido un placer conoceros.

—Igualmente —dice Gabriel, que aprovecha para estrecharle la mano a Carlo.

—Muchas gracias, Carlo. Nunca olvidaré esta experiencia con los caballos.

—De nada. Cuidaos.

Nos volvemos a quedar solos y nuestra única alternativa es hacer autoestop. Aunque a regañadientes, acabo estirando el brazo y levanto el dedo para que algún conductor me vea.

Al cabo de una hora, oímos el traqueteo de un coche rojo antiguo y diminuto. Gabriel y yo nos resignamos a lo que va a ser un trayecto, cuanto menos, interesante, si es que conseguimos que nos lleven.



25. Cuenta atrás Gabriel

¿En serio? ¿No puede pasar por esta *carreterucha* un coche normal? No digo que no me encante ese Fiat Milicento, me encantan los coches antiguos, pero no para tener un viaje exprés durante algunas horas. Tenemos que llegar a tiempo a Roma y no sé si esta cacharra va a aguantar. La verdad es que ni siquiera sé si voy a poder meterme en ella; pero después de estar aquí, esperando un buen rato y que no pase ni un alma, está claro que esta es nuestra única opción de llegar a tiempo y no perder el concurso.

Miro a Ada, que está dando saltitos y haciendo aspavientos con los brazos para que el coche pare. Lo de levantar solo el dedo ya ha quedado atrás, este coche tiene que parar. Y lo hace, vaya si lo hace.

Nos acercamos despacio a la ventanilla. Hacer autostop no es lo más seguro y eso lo sabe todo el mundo. Nos agachamos para ver al conductor; entendedme, es un coche enano... La ventanilla desciende con un chirrido que me hace rechinar los dientes.

—*Buongiorno*^[2].

Ada y yo nos miramos con la boca abierta, creo que ambos esperábamos que el conductor fuera un abuelito, pero no, es una mujer joven, que nos mira curiosa, esperando una respuesta desde el interior del vehículo.

—Eh... Buenos días, quiero decir... *buongiorno*. —A ver cómo nos entendemos con ella para explicarle lo que necesitamos, probaré con algo básico—. ¿Roma? —«Muy bien Gabriel, de aquí a trabajar para el Lonely Planet».

—¿*Spagnolo*^[3]? —nos dice ella, mirándonos con curiosidad.

—Sí, sí, somos españoles —le dice Ada—. ¿Puede llevarnos? —Gesticula, señalando el interior del coche y a nosotros.

—Claro, subid.

Los dos nos quedamos congelados, ¿ha hablado en español? No puede ser que hayamos tenido tanta suerte.

—Gra... gracias.

Rodeamos el coche y evaluamos dónde puedo meterme, porque no es que haya mucho espacio ahí dentro. Detrás no van a caber mis piernas, así que Ada, rápidamente, se mete en la parte trasera, y yo en el asiento del copiloto.

Enseguida me doy cuenta de que va a ser más difícil de lo que pensaba. Meto una de mis piernas y la rodilla se clava en el salpicadero del coche; cuando intento meter la otra... es imposible. Después de intentar ponerme de lado, lo que tampoco da resultado, decido resbalar un poco por el asiento. Mis rodillas quedan a la altura de mi pecho, pero por lo menos así puedo meter la otra pierna y cerrar la puerta. Cuando giro mi cara hacia nuestra conductora veo que ella y Ada están mirándome, aguantándose la risa. Me puedo imaginar los hashtags que hubiera usado Ada en este momento, si tuviésemos nuestro móvil.

#CochesEnanos #EsUnGigantón #RomaAlláVamos

—Vale, ya puedes arrancar —digo, enfurruñado.

—Ya veremos si puedes ponerte en pie cuando llegemos a Roma, se te va a quedar la espalda como un acordeón.

—*Bambino*, si necesitas, yo te doy un *masaja* —me dice la italiana, y en ese momento, veo cómo Ada se pone roja de rabia.

—Se dice un «masaje». ¿Cómo es que sabe hablar español? —Desvió la atención, no quiero que se líe parda aquí dentro...

—Estudí durante un año en Madrid. ¿Qué os ha pasado? ¿Por qué estabais haciendo autostop?

—Estamos participando en un concurso. —Giro mi cabeza para mirar a Ada y veo que está mirando por la ventanilla sin prestarnos atención, parece... ¿celosa?

—¿Y qué tenéis que hacer?

—Pues estamos viajando por el mundo. Íbamos de camino a Roma en tren, pero nos robaron las maletas; bajamos del tren para alcanzar al ladrón y acabamos perdidos en medio de un campo de girasoles, sin maletas ni teléfono —le explico a la italiana.

—¡Vaya!

—Sí, toda una odisea. Debemos llegar a Roma porque, si no, nos descalificarán y perderemos el premio.

—Entonces, no os preocupéis, mi Rosso nos llevará.

—¿*Rosso*? ¿Quién es? —La italiana suelta una carcajada y apoya su mano en mi antebrazo, aprovechando para tocar la mercancía... Intento alejar el brazo, pero es que es imposible moverse en este cacahuete de coche.

—Es el coche, *bello*. —Me mira por unos segundos con una de esas miradas de loba hambrienta.

—Será mejor que cojas el volante con las dos manos. —Ella me mira extrañada. «¿Qué? ¿No te habían rechazado antes?». Estiro mi brazo hacia atrás y toco suavemente la pierna de Ada para que me mire—. ¿Vas bien?

—Sí. —Ada me mira y sé que todo está bien, le molesta la italiana, pero no va a decir nada, necesitamos que nos lleve hasta Roma—. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Tres horas. Por cierto, ¿cómo os llamáis?

—Yo soy Ada, y él es Gabriel.

—Mmm... Gabriel, muy sexi. Yo soy Roberta.

—La estrangulo... —dice Ada, apretando los dientes.

—Solo suena sexi cuando *mi* chica lo pronuncia. —Guiño un ojo a Ada.

—¿Tu chica? —Suena... ¿confundida? No puedo creer que no se haya dado cuenta.

—Sí, Ada y yo somos pareja.

—¡Oh! ¡Ada, pensarás que soy una lagarta! Lo siento, no lo sabía.

—Pues un poco sí, la verdad. —Suelto una carcajada, pensaba que iba a decirle que no pasaba nada, no se lo habíamos dicho.

—Vaya, tu chica tiene carácter.

—No sabes cuánto —dice Ada.

—¡Guau! No te preocupes, voy a mantener mis manos alejadas de él.

No puedo evitar sentirme orgulloso de ella y... algo más, mi *amigo* está empezando a levantarse... La miro de reojo y la veo inclinada hacia delante. Giro la cabeza y le dedico una mirada y una sonrisa que dejan claras mis intenciones en cuanto estemos en un espacio con cuatro paredes y a solas. Ella se sonroja.

Bastante rato después, estamos embobados, mirándonos, cuando notamos que el coche empieza a hacer unos ruidos raros y a rodar a trompicones, haciendo que me clave todos los malditos muelles del asiento.

—¡Oh, no, no, no! ¡Ahora no, Rosso! —empieza a decir Roberta, seguido de una verborrea en italiano de la que no entendemos ni papa, pero empiezo a comprender qué es lo que está pasando. Rosso está a punto de morir.

El coche intenta seguir adelante, la italiana le habla con cariño, pidiéndole, por favor, que no nos deje tirados, pero no funciona porque el pobre coche hace un par de ruidos extraños y finalmente se detiene. De pronto, ella empieza a gritarle como una energúmena; tanto, que Ada y yo pegamos un bote en nuestros asientos y la miramos con ojos desorbitados.

—¡Mierda! Nos ha dejado tirados, chicos... —Cuando se gira ve que la estamos mirando con los ojos muy abiertos e intentando alejarnos todo lo que nos permite el pequeño espacio dentro del coche—. Oh... lo siento, es que ya es la segunda vez que me lo hace este mes.

—No te preocupes, encontraremos la manera de llegar. —Abro la puerta y bajo del coche, pero al apoyar la pierna en el suelo, algo falla y acabo besando el asfalto.

—¡¡Biel!! —Ada corre hacia mí, y yo la miro desde el suelo sin saber aún muy bien qué ha pasado—. ¿Qué ocurre? ¿Qué haces ahí abajo?

—Pues verás, es que he visto un euro en el suelo y he querido cogerlo con los dientes... —le explico todo lo serio que puedo.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunta Ada, indignada.

—Yo... nunca haría eso, cariño... —le digo, mientras intento levantarme, pero ambas tienen que ayudarme porque se me han dormido las piernas. Genial.

—¿Puedes solo ya? —me preguntan, unos minutos después.

—Sí, sí, ya se van despertando.

—Vaya tela... Bien, ¿y ahora qué hacemos? —pregunta mi chica.

—Pues hay dos opciones: esperar a que pase un coche...

—¡Si no nos hemos cruzado con ninguno en la hora y media que llevamos de camino!

—Y la otra opción es empezar a andar y si alguien pasa por aquí nos lo encontraremos, pero al menos vamos adelantando camino por si no aparece nadie.

—Entonces, no llegaremos a tiempo... —susurra Ada, y me acerco a ella para sujetar su cara entre mis manos.

—Vamos a intentarlo, no vamos a rendirnos, ¿vale? Podemos hacerlo. —Acercó mi boca a la suya y le robo un beso lento y profundo.

—*Bambinos*... yo ya estoy lista —dice, a nuestra izquierda, Roberta, que sonríe orgullosa, mostrándonos las deportivas que se acaba de calzar.

—¿Nos acompañas? —le preguntamos ambos, sorprendidos.

—Esto no me lo pierdo por nada del mundo. Ya he llamado a la grúa para que recojan el coche, pero me han dicho que no creen que puedan venir hoy.

—Bien, pues cierra el coche y en marcha.

Empezamos a caminar por la *carreterucha*, y cuando llevamos treinta minutos aún no ha aparecido nadie. El sol aprieta porque cada vez está más alto, lo que hace que empecemos a sudar.

—No puedo más, por aquí no pasa nadie y, aunque caminemos mucho, no vamos a llegar a tiempo —se queja Ada.

—No seas negativa, hay que seguir.

—No, Gabriel, no puedo más. Yo me planto. —Y se sienta a lo indio en medio del camino.

—¡Venga, Ada, tenéis que seguir! —la anima Roberta, mientras intenta levantarla, tirando de su brazo.

—¡Qué no! ¡Se acabó! ¡Me rindo! ¡Que le den morcilla a los cien mil!

La italiana empieza a insistir, diciéndole que está loca, que cómo vamos a renunciar a ese dineral. Entiendo a mi chica, está cansada. Llevamos semanas viajando y las últimas horas han sido de las peores, eso desmoraliza a cualquiera... Pero no vamos a rendirnos, yo no voy a hacerlo y menos voy a permitir que ella se rinda.

—Mira, Ada —me dirijo a ella—. Hemos pasado por mucho para llegar hasta aquí y sé que lo de anoche fue... duro, pero tenemos que seguir. Vas a conseguir tu sueño y, para eso, vas a necesitar ese montón de dinero, así que levanta tu precioso trasero del suelo y empieza a caminar o te levanto yo.

—¿Me estás amenazando? —me dice Ada, y la italiana nos observa expectante; le dedico una breve sonrisa cómplice y creo que entiende lo que voy a hacer al momento.

—No, cariño, no te estoy amenazando, te estoy diciendo lo que va a pasar —le contesto, mientras clavo mi mirada en ella, que abre los ojos al entender lo que pasa por mi cabeza.

Antes de que pueda reaccionar, me agacho, tiro de sus brazos y paso el mío por detrás de sus rodillas, recostando su cuerpo sobre mi hombro. Me pongo en pie y empiezo a caminar. Ada tarda unos segundos en reaccionar, pero no se hace esperar.

—¿Qué haces? ¡Bájame, loco!

—No quiero, si tú no quieres caminar, yo voy a hacerlo por ti y vamos a seguir adelante, hasta que decidas que tú puedes hacerlo. Eso hacen las parejas, ¿no?

—Bájame.

—No.

—¡Que me bajes!

—No, que te sientas y no andas —le contesto, dándole un azotito en el culo que provoca una risotada de la italiana.

—¡Bájame, leche, que viene un coche!

Me giro tan rápido, para comprobar lo que dice, que los brazos de Ada se llevan por delante a Roberta que acaba sentada de golpe en el suelo.

—¡Ay! ¡Eh! —se queja la italiana.

—Lo siento, Roberta, no he calculado bien la distancia. —Inmediatamente, dejo a Ada en el suelo y ambos ayudamos a Roberta a ponerse en pie, mientras una furgoneta se para junto a nosotros.

—*Buongiorno*. —Oímos y los tres nos giramos a la vez.

¡Vaya! Este sí que encaja en la definición de chico *hispter* por excelencia... Me giro hacia las chicas y ambas están mirándolo con la boca abierta. No jodas... Vuelvo a mirarlo y veo que tiene la mirada clavada en Roberta.

—Hola, ¿puedes llevarnos? —Mierda, será italiano... —. Roberta, ¿puedes traducir?

—Claro, no hay problema —rápidamente se pone a explicarle la situación y el chico acepta.

—¿Puedes decirle que tenemos algo de... prisa?

Roberta traduce, mientras Ada y yo nos sentamos detrás y Roberta en el asiento del acompañante. La parte trasera está adaptada con una cama, unos fogones, fregadero, nevera, armarios... El chico y Roberta están embobados, mirándose, creo que esto ha sido amor a primera vista, un flechazo en toda regla.

Él le pregunta algo a Roberta, mientras pone en marcha la furgoneta. Entre los tres le explicamos toda la historia y, cuando le hablamos del premio, acelera la furgoneta sin pensárselo dos veces.

Para cuando entramos en Roma son las once y media pasadas. Tenemos que llegar como mucho a las doce a la estación, y el tráfico en la capital es una locura absoluta. Hay coches por todas partes y los peatones pasan entre ellos, jugándose la vida, como si fuera algo normal.

Cada vez estamos más nerviosos, no vamos a llegar a tiempo. No puede ser, no puede ser que perdamos la oportunidad por tan poco.

—¡Filippo, acelera, por Dios!! —le grita Ada. El pobre no entiende lo que le dice, pero lo intuye y hace todo lo que puede. Roberta lo guía por las calles abarrotadas, intentando encontrar la ruta más rápida.

—Chicos, es aquí, pero ya no podemos avanzar más. Sería mejor que os bajarais y siguierais andando; la estación está al final de la calle, veréis la entrada al acercaros —nos dice Roberta.

Miro mi reloj, quedan cinco minutos para las doce. Mi corazón empieza a bombear rápido, se me va a salir del pecho, pero ahora no puedo prestarle atención. Observo la calle y hay mucho tráfico, y muchos repartidores por las aceras, llevando la mercancía a restaurantes y tiendas. Esto es una locura.

Bajamos de la furgoneta y después de despedirnos rápidamente de Filippo y Roberta, empezamos a correr calle arriba. ¡Joder! Encima la puñetera calle tenía que ser cuesta arriba. Cuando llevamos unos metros, Ada se para a coger aire. ¡No tenemos tiempo para eso!

—Ada, hay que seguir, no puedes parar. —Cojo su mano y tiro de ella, mientras empiezo a correr de nuevo.

Unos metros más arriba, un tráiler enorme se cruza en medio de la calle, bloqueando, incluso, las aceras. No puede ser, vuelvo a mirar el reloj: dos minutos. No se puede pasar. Me paro junto a él, mirando a ambos lados y valoro nuestras opciones.

—¿Y ahora qué? —me pregunta Ada sin aliento.

—No sé, no... —Clavo mi mirada en el único lugar por el que podemos pasar.

—No, no. —Se ha dado cuenta de lo que pretendo.

—Es nuestra única opción, ahora o nunca, Ada.

—¡Mierda! Lo que hay que hacer.... —me dice, mientras se tira al suelo.

—¡Vamos!

Nos arrastramos por debajo del camión para pasar al otro lado. De fondo oímos los susurros

sorprendidos de los viandantes, los gritos de ánimo de Roberta y Filippo y los chillidos del conductor del camión, pero ya es tarde, ya hemos pasado. Nos ponemos en pie y seguimos corriendo, viendo cómo la aguja del reloj de la estación se acerca peligrosamente al número doce.

Enfoco mi vista y puedo ver al presentador del concurso justo en la entrada de la estación. Está observando en todas direcciones, supongo que buscándonos. Mira su reloj: nos queda un minuto.

—Un minuto, Ada. Vamos, nena, ya casi estamos. —La oigo respirar, le echo un vistazo rápido y la veo resoplando por el esfuerzo, pero veo algo más en su mirada: la determinación de alguien que tiene claro que va a conseguirlo.

Mis piernas arden, empiezo a notar cómo los calambres recorren mis gemelos, aprieto los dientes y sigo corriendo, aferrando su mano a la mía, avanzando juntos. Solo queda un metro; uno más y estamos dentro.

El presentador nos ve y una sonrisa malévola se extiende por su cara...



26. La bella Roma

Ada

Llegamos, derrapando, frente al presentador. Necesito oxígeno. Esta carrera me ha hecho darme cuenta de lo mucho que necesito un gimnasio en mi vida. Nota mental: apuntarme cuando acabe el viaje.

—Hola —dice Gabriel con la respiración entrecortada.

—Por tres segundos. ¡Vuestro viaje ha estado a punto de terminar! —dice el presentador, que se regodea delante de nosotros. Aunque, a decir verdad, doy gracias al destino, al cielo y a la mismísima Roberta por permitirnos llegar hasta aquí. No me perdonaría acabar el viaje de nuestras vidas por un error tan tonto.

—Hemos tenido problemas... —Gabriel intenta explicarle lo difícil que ha sido el camino.

—Nada de excusas —contesta el presentador. Alguien se ha levantado borde esta mañana.

Unos pasos detrás del presentador, vemos a unas personas con acreditaciones, que forman parte de la organización del concurso.

—¿Cuál es el plan para hoy? —pregunto cuando, por fin, recobro la compostura.

—Vamos a hablar con los supervisores. Tienen algo preparado para vosotros.

Le hacemos caso y nos dirigimos adonde están situados. Al girar la vista, no puedo creer lo que estoy viendo. Me quedo totalmente en *shock* y no sé ni qué decir.

—¿Qué hacen nuestras maletas aquí? ¿Encontraron al ladrón? —pregunta Gabriel.

—No exactamente.

—Entonces, ¿cómo las habéis recuperado? —le digo.

—Veréis... no hay ningún ladrón.

—¿Perdón? —decimos Gabriel y yo al unísono.

—La organización quería meter un elemento de conflicto para dar más juego a vuestro viaje. Lo que no contábamos es con que os bajaríais del tren y perderíais el móvil que os dimos.

—¿Me estás diciendo que me has robado mis cosas, que me he bajado de un tren en marcha y que casi me cae un rayo en la cabeza porque os apetecía jugar a las marionetas?! —Puedo notar mi cabeza hirviendo como una olla exprés.

—Pero ¿qué os pensáis? ¡Esto no está incluido en el contrato! —Gabriel también está visiblemente enfadado.

—Firmasteis una de las cláusulas que incluía que la organización se reservaba el derecho a incluir sorpresas. Si no la leísteis es vuestro problema.

—Esto no puede estar pasando. ¿Y qué será lo próximo? —Ahora tengo la risa nerviosa, tan falsa que debe de resultar odiosa.

—¿Queríais retos? Ahí están. La próxima vez no os separéis del móvil.

—Lo que me faltaba...

—Os veo muy poco motivados, chicos. Todavía queda mucho viaje por delante. Si queréis os adelanto vuestro próximo destino.

—¿Próximo destino? —Lo miro, incrédula.

—Vuestro próximo destino es Islandia, así que disfrutad de Roma y preparaos para el frío polar.

Casi no reacciono a las últimas palabras del presentador. No me puedo quejar de todo lo que estoy viviendo, pero ¿en serio hacía falta llegar tan lejos? Si estuviera aquí Miranda diría que aprovechara para irme de compras. ¿Que no hay maletas? No pasa nada, una simple anécdota para contar a nuestros seguidores. Algo material, ¿no? Pues yo todavía echo humo por la sien.

—¿No os gusta el próximo destino? —nos pregunta.

—Sí, está bien —contesta Gabriel con voz seca.

—Pasemos página. ¿Qué queréis hacer hoy?

—¿Nos lo preguntáis a nosotros? —irónica, yo.

—Sí, tenéis el día libre, podéis hacer lo que queráis, excepto una cita que tenéis, a la una, en Via Anicia. Será una sorpresa. No os agobiéis, pasaréis un par de días más aquí. Os llevaremos las maletas a vuestro hotel. Aquí lo tenéis apuntado. —Nos da una nota—. ¡Tomad esta guía de la ciudad y pasadlo bien! —Y se marcha, dejándonos solos.

—*Wow*, qué fuerte —Gabriel ha recuperado la compostura y ya se ha puesto en modo turista.

—Biel, me esperaba de todo, menos esto. Te lo digo en serio.

—Esto ha sido una mala jugada, pero tenemos vía libre en Roma, así que, *bella*, vamos a dar una vuelta por aquí. —Su empeño por intentar que me alegre tiene resultado. ¿Por qué este hombre hace que sonrío como una tonta? No entiendo cómo consigue hacerme pasar del cabreo a la calma.

—Vamos. —Lo cojo de la mano—. ¿Has estado aquí alguna vez?

—No he tenido la oportunidad, así que veremos Roma juntos por primera vez. Creo que, quizá, deberíamos ir hacia «nuestra cita». Está a unos treinta minutos de aquí.

—Eh, tengo una idea. ¿Por qué no alquilamos una vespa? —No es que sea superexperimentada, pero tiene que ser divertido.

—¿Conduces tú? —me pregunta Biel.

—Agárrate fuerte que te va a gustar, amor.

—¿Has dicho *amor*? —Sus cejas se levantan y le salen dos hoyuelos en la comisura de la boca.

—Sí. ¡Es la ciudad, que me pone romántica!

—Te quiero, amor.

—Y yo. —Sonrío y me tiro a sus brazos para besarlo.

Y así, llegamos hasta el barrio de Trastévere, donde damos una vuelta a velocidad lenta para no morir en un accidente, y mi pelo se enreda con el viento. Finalmente, aparcamos la vespa y entramos por una puerta cuya fachada tiene mucha personalidad. Allí nos espera un hombre con un delantal y una gorra de chef.

—*Buongiorno*, soy Alexandro, vuestro profesor de hoy.

—Hola, ¿qué tal? Él es Gabriel y yo soy Ada. —Nos señalo con la mano.

—*Benvenuto*, ¿alguna vez habéis hecho pasta fresca?

—No, la verdad es que no, pero me encantaría. —Con que eso era la sorpresa... ¡Qué interesante!

—¿Tienes algún plato estrella, Ada? —me pregunta Alexandro.

—Pues... a ver, la cocina no es lo mío. Yo le pongo mucho empeño, pero es que nunca sale como yo me lo imagino en la cabeza.

—¿En serio? —Gabriel se empieza a reír.

—¿Por qué te ríes?

—No, nada, que será entretenido verte cocinar.

—Alexandro, ¿cómo se dice en italiano «te vas a enterar luego»? —Él ríe, pero todos obviamos la respuesta.

Empieza la clase de cocina y nos ponemos unos delantales con frases divertidas en italiano. Al parecer, Alexandro quiere enseñarnos a hacer un plato de pasta fresca clásica y una ensalada Caprese. Bueno, al menos, este último plato suena fácil de hacer. Punto para mí. Ah, y de postre haremos tiramisú. Solo de pensarlo se me hace la boca agua.

—Es muy fácil, chicos. Tenemos que poner la harina en forma de círculo.

Gabriel y yo nos lavamos las manos y comenzamos a amasar. Es como la escena de alfarería de *Ghost*, pero en cutre. Sí, tenemos un arte que no nos contrataría ni Dios, pero somos felices.

—Ahora, echamos los huevos.

Cada uno cascamos un huevo y tengo que decir que Gabriel casi la lía echando la cáscara en la masa, pero con un gesto de baile extraño consigue que caiga en la encimera.

—Removed.

Removemos, removemos, y siento que alguien se está empezando a emocionar. Por Dios, si solo estamos moviendo harina, Gabriel. Sonríe. Tiene ganas de fiesta.

—Ahora, cuando la tengáis amasada, la vamos a pasar por la máquina para que quede lo más fina posible.

Cuando conseguimos un resultado, cuanto menos decente, hacemos lo que nos dice.

—¡Qué pasada, quiero una de estas! —Es hipnotizante ver cómo sale la pasta. ¡Nuestra pasta!

—Ya casi lo tenéis, chicos.

Después de terminar de hacer los *tagliatelle* con su respectiva salsa boloñesa, nos ponemos con la ensalada, en la que, por suerte, solo tenemos que colocar el tomate, la *mozzarella* y unas hojitas de albahaca. El tiramisú ya es otro cantar. Digo cantar, porque acabamos cantando una canción de Eros Ramazzotti, mientras ponemos las capas de café y cacao.

¿La cocina? Queda hecha un desastre, pero ya habrá tiempo de limpiar.

—Ahora a comer, os dejo solos. ¡Disfrutad lo que vosotros mismos habéis creado! Una foto para la posteridad.

Alexandro se coloca a nuestro lado y nos hacemos un *selfie* que nuestros seguidores no tardan en comentar:

#ConLasManosEnLaMasa #ÉxitoOdesastre #AdoramosaAlexandro

—Gracias, *bello* —le digo agradecida por el buen rato.

—Hasta luego.

Cuando probamos los platos, exteriorizo un gemido de los largos.

—¡Dios, qué rico! —Qué orgasmo culinario estoy teniendo.

—Pues nos ha quedado bastante bien. No tenía muchas esperanzas, para qué nos vamos a

engañar —comenta Gabriel.

—Hombre de poca fe...

Mientras comemos, me doy cuenta de que los labios de Gabriel se están tiñendo de rojo por la salsa.

—Parece que lleves pintalabios —le digo en tono divertido.

—Ah, ¿sí? —Se levanta—. Pues ven aquí que te dé un beso.

—¡Para, tonto! —Pero al final me da un beso en la mejilla, que acaba manchada de tomate.

Cuando llego al tiramisú ya casi no me quedan adjetivos para describirlo. Claramente, cuando algo lo haces tú sabe muchísimo mejor. No es el caso de las comidas fallidas en mi piso de Barcelona. Mejor correr un tupido velo.

—¡Está exquisito!

—Estaría más bueno aún si me lo comiese encima de ti.

—¡Gabriel, para de decir esas cosas! —digo entre risas—. Va, vamos a adecentar la cocina antes de que vuelva Alexandro.

Hemos dejado la encimera llena de harina, así que Gabriel se pone a limpiarla, pero, en vez de quitarla, la esparce cada vez más.

—Pero ¿qué haces, Biel? —le digo en tono de burla.

Se queda parado, mirándome fijamente a los ojos un momento. Luego, acerca las manos llenas de harina a su boca y sopla lentamente, dejándome la cara como un fantasma; puedo sentir las motas en mi piel. Cuando consigo abrir los ojos, mis pestañas todavía conservan bolitas de pasta. Biel sabe que esto no va a acabar aquí. La venganza está servida.

—¡Serás...! —Cojo lo primero que veo. Creo que eran restos de *mozzarella*.

—¡Oh, no, ya no hay marcha atrás, Ada!

Empiezo a correr por la habitación y Gabriel me persigue con las manos manchadas de harina. Consigue atraparme y me arrincona contra la encimera. Estoy perdida. Sus manos sujetan mi cara pringándome aún más, sus dedos dibujan círculos sobre mis pómulos y con esa simple caricia, acompañada de su mirada intensa, noto cómo mi corazón empieza a latir desbocado. Cuando voy a protestar, su boca se acerca a la mía y todo lo que iba a decir se evapora.

Pasados unos minutos, nos separamos con mucho esfuerzo y, poco a poco, seguimos con la limpieza de la cocina; eso sí, sin dejar de lanzarnos miradas furtivas cargadas de succulentas promesas.

Después de nuestro magnífico curso de iniciación a la cocina italiana, decidimos ir al hotel a descansar. Tras una larga siesta, salimos a cenar a una famosa *trattoria* y acabamos la noche enredados entre las sábanas.

Aprovechamos los dos días siguientes para visitar Roma. Caminamos agarraditos por el centro de la ciudad. Me quedo sorprendida por el encanto de sus calles adoquinadas y llenas de arte en cada esquina. Es imposible no pararse en cada plaza. En cada iglesia. En cada fuente.

Lo primero que vemos es la Fontana di Trevi, que, como es de esperar, está a tope de turistas, haciéndose fotos. No es como me la había imaginado, pero es tan simbólica que no puedo evitar sentir emoción por estar aquí. Escaleras abajo, nos colocamos en un hueco frente a la *fontana*. Dicen que tienes que ponerte de espaldas y tirar una moneda al agua; de esa forma, volverás a Roma un día u otro. Gabriel y yo nos miramos y hacemos lo que cientos de turistas en este mismo instante. Nuestras monedas vuelan por encima de nuestras cabezas y nos damos un beso para conmemorar el momento.

—¿Volveremos? —le digo.

—Solo si es contigo.

Andamos. Reímos. Olvidamos todo lo malo que podría pasar. Cada paso que damos juntos es un momento intenso. Único.

También visitamos el Panteón, uno de los edificios mejor conservados de Roma. Dentro observamos la enorme cúpula y un agujero por el que se proyecta la luz del sol. Las fotos se suceden una tras otra. Fuera, acabo haciendo el payaso entre las columnas. Total, aquí no nos conoce nadie.

Más tarde, llegamos hasta la Plaza de España donde hacemos un pequeño descanso en la gran escalinata. Ojalá algún día pueda ver el desfile de moda que hacen cada año.

Al día siguiente, llegamos al sitio más emblemático de la ciudad: El Coliseo. Allí nos hacemos fotos y visitamos todas las cavidades de su interior.

#BuscandoLosLeones #LaCiudadEterna #PaseandoPorRoma

Más tarde, llegamos al puente Milvio, que está lleno de candados gracias a la novela de *A tres metros sobre el cielo*.

—¿Ponemos un candado? —Gabriel me hace la propuesta con ojos tiernos.

—Esto es muy serio, Gabriel. Si ponemos ese candado ya tendrás que aguantarme hasta que la muerte nos separe.

—¿Y eso no te parece bien?

—Por supuesto, pero ¿sabes qué? Creo que deberíamos volver dentro de un año y entonces poner el candado.

—¿Prometido, entonces?

—Ya veremos si, para entonces, sigues igual de enamorado de mí.

—Ya veremos...

Seguimos andando de la mano por las calles de Roma.

—¿Entonces qué nos llevamos de recuerdo del viaje? —me pregunta.

—¿Un *souvenir*?

—Algo más especial. —*Mi Biel se pone intenso.*

—¿Algo como qué?

—Algo que siempre nos recuerde esto.

—He tenido una idea, pero quizá es muy absurda, así que la guardaré para mí —le digo.

—No, cuéntamelo.

—Verás...

Esto sí que es una locura, pero aquí estamos, en un estudio de tatuajes a punto de dejar un recuerdo imborrable en nuestras pieles. Nada que ver con lo nuestro, más bien algo para recordarnos que este viaje ya nos ha marcado de por vida. Gabriel se tatúa en el brazo una especie de mapamundi hecho con formas simples. Yo decido dibujar un *skyline*, que me recuerda a los países que hemos visitado, en la muñeca. Cuando vemos el resultado final nos abrazamos. Ya está hecho.

—¿Lo celebramos con un helado, ladronzuelo? —le digo, risueña.

—*Gelatto* italiano de chocolate, me apunto. Además, hay que celebrar esta locura que, de no ser por ti, nunca habría hecho.

Nos sentamos en una terraza y comemos el grandioso helado que hemos pedido para compartir.

—Si me llegan a decir el día que te conocí que ahora estaríamos así, no me lo creería —digo,

y nos echamos a reír.

—Yo tampoco, pero ese día vi en ti algo especial.

—Ay, Gabriel... —Me pongo nerviosa.

—No sé, tú forma de andar, con tus pantalones raros, tu forma de insultarme, intentando ser más mala de lo que en realidad eres... Me dejaste ensimismado, mirando cómo te ibas, pensando que nunca volvería a verte.

—No sé ni qué decir. —Miro al suelo con risa nerviosa.

—Pues no digas nada, eres tan transparente que tu mirada habla por sí sola.

—¡Qué cosas, no puedo ocultarte nada!

—Eso espero —bromea.

—Bueno, ya que te has puesto tan sincero, vamos a ir a un sitio que he visto en la guía y, para qué te voy a engañar, también en la película *Vacaciones en Roma*.

—Soy todo oídos, pies... Lo que quieras.

El metro nos lleva hasta la Bocca della Verità, una estatua muy curiosa.

—Te haré una pregunta. Tienes que contestarla con sinceridad y meter la mano en la boca de la estatua. Si dices la verdad, no te pasará nada. Pero si mientes... sufrirás un pequeño accidente — le propongo a Gabriel.

—Venga, vale. Hazme la pregunta.

—Si pasase algo, algo que fuese un obstáculo para no estar juntos, ¿lucharías por mí?

—Sí, Ada. Tú y yo. No has querido poner el candado, pero vamos a estar juntos.

Nos quedamos callados un momento. Miramos nuestros ojos, nuestros labios que se van acercando lentamente...

En ese momento suena el teléfono y nos separamos, sobresaltados. Es una llamada de los organizadores del concurso. ¿Qué querrán ahora?

—¿Sí, dígame? —Gabriel responde y pone el manos libres.

—Gabriel, soy yo, no sé cómo decirte esto... —Es el presentador, que está muy nervioso.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

—Es tu padre.



27. ¿Demasiado tarde? Gabriel

Mi corazón se acelera en el instante en que oigo sus palabras. Un escalofrío recorre mi espalda y noto cómo un sudor frío se desliza por mi cuerpo. Este tío nunca se pone nervioso y acaba de tartamudear al hablarme. En un segundo, mi mente pasa por todas las posibles malas noticias que puede darme. Porque, seamos francos, uno no se pone nervioso ni se altera así por tener que dar una buena noticia.

—¿Mi padre? ¿Qué ha pasado? —le pregunto con cierto temor.

Cuando contesta y nos explica lo que ha pasado, Ada y yo nos ponemos en marcha de inmediato. Cogemos el primer taxi libre que encontramos y nos dirigimos al aeropuerto. No podemos perder ni un minuto.

Durante el trayecto en taxi apenas hablo. Ada me pregunta un par de veces si estoy bien, pero al ver que solo respondo con monosílabos deja de insistir y se lo agradezco. Ahora mismo no quiero hablar, no puedo.

Hay miles de momentos junto a mi padre que se recrean en mi mente, y creedme que ninguno, o apenas ninguno, es feliz. ¿Cómo hemos podido pasar tantos años de esta manera? Peleando, ignorándonos, luchando el uno contra el otro en vez de hacerlo juntos. Ahora mismo todos esos recuerdos, esas peleas y discusiones me parecen absurdas, un sinsentido que nos ha mantenido alejados el uno del otro durante demasiado tiempo.

No es que físicamente hayamos estado alejados, pero emocionalmente estábamos a años luz el uno del otro. Nunca es tarde para arrepentirse de algo que has hecho mal, pero ¿será tarde para solucionar nuestros errores?

Ada me saca de mi ensimismamiento cuando llegamos al aeropuerto. Menos mal que ella está a mi lado y me guía por la terminal hasta que llegamos al mostrador, donde nos espera el presentador, porque no creo que hubiera podido llegar yo solo.

—Bien, ya estáis aquí. Aquí tenéis los billetes. Siento lo que ha pasado, Gabriel.

—Gracias.

—Espero que todo salga bien. —Por primera vez creo que este hombre nos ha hablado de manera sincera y empática.

—Gracias.

Miro los billetes y cuando sé a qué puerta tenemos que ir me pongo en marcha, cogiendo a Ada de la mano. Pasamos el control rápidamente, pues no llevamos maletas, solo una mochila con

nuestra documentación, el teléfono del concurso y algo de dinero.

Por suerte, cuando llegamos a la puerta de embarque la gente ya está subiendo al avión y no tenemos que esperar. El no tener más noticias que lo que nos ha explicado el presentador me está matando.

Ada se mantiene a mi lado en silencio, solo sostiene mi mano bien aferrada y ese simple gesto hace que, aún en un momento como este, pueda sonreír un poco. Si ella no estuviera a mi lado estaría perdido, completamente perdido. Creo que no me había dado cuenta, pero durante muchos años he estado moviéndome por este mundo sin un rumbo fijo. Ahora mi brújula tiene un camino que seguir: ella.

Cuando me doy cuenta estamos sentados en el avión y la azafata empieza a hacer su trabajo. No es que normalmente preste mucha atención, pero hoy todavía menos. Ada aprieta mi mano dentro de la suya para llamar mi atención, y la miro.

—Va a estar bien, cielo. —Me dice. Yo le sonrío y dejo un suave beso en su mano.

—Eso espero. Cuando el presentador me ha dicho lo que ha pasado no podía creerlo. Un accidente de coche. Es tan surrealista. Es como si no fuera real. Él... él es una persona fuerte, no puedo imaginarlo sobre una camilla, debatiéndose entre la vida y la muerte.

—Nos ha dicho que ha sido grave, pero que los bomberos han podido sacarlo del coche rápidamente y enseguida ha sido atendido por los servicios de emergencia. Eso es bueno, tiene que serlo —me dice Ada.

—Sí, pero no podemos obviar que es una persona de más de sesenta y cinco años y su cuerpo no es el mismo que el de un chaval. Habrá que esperar a ver si supera la operación. Solo tengo ganas de llegar y que me digan cómo está.

—Hay que confiar en que harán todo lo posible.

—Lo sé, pero no puedo evitar pensar que yo no he hecho todo lo que estaba en mi mano para llevarnos mejor mientras estaba bien y ahora puede que ya sea tarde para arreglarlo.

—No digas eso, ya verás que todo va a salir bien. ¿Por qué no intentas descansar un poco? Seguro que las siguientes horas van a ser intensas.

—No creo que pueda.

—Inténtalo. —Se acerca a mí despacio y me besa.

—Vale. —Le sonrío y me recuesto hacia atrás, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento. Ella alarga su mano y empieza a masajear mi cabeza con movimientos rítmicos. Antes de darme cuenta estoy sumido en un sueño tranquilo, el estrés ha acabado de agotar mi cuerpo.

Una vez aterrizamos en Barcelona, todo se vuelve frenético. Salimos del avión lo más rápido posible y esquivamos a todo aquel que se pone en nuestro camino mientras recorremos el aeropuerto. Al salir, hay un chico de la organización, sujetando un cartel con nuestro nombre. Corremos hacia él, y unos minutos después, estamos camino hacia el hospital.

Cuando entramos, enseguida buscamos un mostrador de información. Al dar el nombre de mi padre nos dicen que aún está en el quirófano. Llevan operándolo más de seis horas. Eso no puede ser buena señal.

Nos dirigimos a la sala de espera que nos indica la administrativa y, al entrar, me sorprende al ver allí a Marc con el uniforme puesto.

—¡Gabriel! —Corre hacia mí y me abraza.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, mientras saluda a Ada con dos besos.

—Fuimos mi equipo y yo los que le sacamos del coche. Al principio no lo reconocí, pero cuando conseguimos sacarlo de ese infierno, vi su cara y, en cuanto estuvo con los sanitarios, llamé a los organizadores del concurso para que te avisaran.

—Gracias. ¿Cómo está? —Necesito que me dé más información.

—Ahora mismo lleva muchas horas en el quirófano. Llegó muy grave. El coche era un amasijo de hierros, pero por suerte aún estaba vivo cuando llegamos y pudimos sacarlo rápidamente. Los médicos dijeron que su estado era muy crítico. Lo siento, amigo.

—No hay que perder la esperanza, Biel —me susurra Ada, mientras coge mi mano. Tiro de ella hacia mí y la abrazo—. Mientras esté dentro de quirófano significa que está vivo y eso es lo más importante ahora.

—Marc, ¿han avisado a Hugo?

—Sí, nada más llegar al hospital buscaron en la base de datos y lo llamaron. Ya estará de camino.

—¿Qué pasó? ¿Quién ha causado el accidente?

—No estaba claro, no había ningún coche más y las huellas de neumáticos tampoco indicaban que lo hubiera habido. Quizá se despistó.

Un rato después, todavía no tenemos noticias. No puedo dejar de andar por la sala de espera, dando vueltas arriba y abajo, como un león enjaulado. Esta espera me está matando. Al menos, podrían salir a decirnos cómo va. Pero no, hasta que no acaben no va a venir nadie.

Se abre la puerta de la sala y aparece un hombre de unos cuarenta años vestido de verde. Todos nos acercamos rápidamente.

—¿Familiares de Ricard Abad?

—Sí, soy su hijo. Gabriel Abad.

—Señor Abad, su padre llegó en una situación crítica al hospital. Hemos podido reconstruir la pierna con una prótesis, tiene varias costillas rotas que hemos inmovilizado, junto con su clavícula y el brazo derecho. También ha sufrido un trauma craneoencefálico. Su padre sufrió un infarto, mientras conducía, que provocó el accidente de coche. El cardiólogo también lo ha intervenido, más tarde pasará a hablar con usted.

—¿Va a recuperarse?

—Las primeras veinticuatro horas son decisivas para saber cómo va a evolucionar. Pero, señor Abad, el cuerpo humano no es una ciencia exacta y su padre es mayor. Esperemos estas horas y veremos cómo evoluciona. Por ahora está estable.

—Entiendo.

De pronto algo que lleva el doctor en el bolsillo empieza a pitar. Saca el busca y, cuando lo lee, su cara cambia al instante.

—Tengo que dejarles, una emergencia.

—¿Es mi padre?

—Sí, esperen aquí —dice, mientras se aleja corriendo por el pasillo.

Apoyo la espalda en la pared, resbalo hasta sentarme en el suelo y dejo caer la cabeza sobre mis rodillas. Siento a Ada a mi lado, pero es como si no estuviera allí. Mi cuerpo sí lo está, pero mi mente ha escapado lejos de aquí.

No sé cuánto rato ha pasado cuando vuelve a abrirse la puerta. Levanto la cabeza para ver si es el doctor que llega con nuevas noticias, pero no. Son Evan, Sara, Miranda y Marc.

Me levanto y nos sentamos todos en las sillas a esperar noticias. Han traído café y algo para

comer, pero ahora mismo mi estómago no toleraría nada.

Cuando estoy a punto de ir a buscar yo mismo al médico, este vuelve a aparecer. Se le ve... diferente.

—Señor Abad, su padre ha sufrido otro paro cardíaco. Lo hemos reanimado y los cardiólogos han estado operándolo hasta ahora. Su corazón funciona, pero está en coma.

—¿En coma? —La noticia se percibe como un puñetazo en el estómago—. Pero usted dijo que... estaba estable.

—Lo estaba. Lo que ha pasado es algo que no podíamos prever. Su cuerpo no ha podido soportar el trauma y para protegerse se ha desconectado.

—Pero ¿creen que saldrá del coma?

—Eso no podemos saberlo, pero esperamos que una vez su cuerpo se recupere de las heridas quiera volver del coma. Este proceso puede ser muy largo, puede que despierte en unos días, como que sean unos meses, unos años o quizá nunca. Va a ser duro, deben estar preparados para sobrellevarlo. Ahora vamos a llevarle a la unidad de cuidados intensivos. Puede verlo a partir de mañana durante las horas de visita. Lo siento, pero por ahora no podemos hacer nada más por él.

—Gracias, doctor. —Después de estrecharme la mano se va por donde ha venido.

Los chicos organizan todo y cuando me doy cuenta, estamos saliendo del hospital. No me quieren dejar solo, así que vamos a dormir en casa de Marc. Cenamos todos juntos y en cuanto acabamos nos vamos a la cama. Hugo llega mañana por la mañana a primera hora. Lo recogeremos en el aeropuerto y después iremos directos al hospital. Solo hay dos turnos de visitas; uno, a las doce del mediodía, y otro, a las ocho de la tarde.

Apenas he podido dormir en toda la noche, pero me levanto, me ducho y después de ponerme algo de ropa, que me ha prestado Marc, desayunamos y vamos al aeropuerto a buscar a mi hermano.

Las puertas se abren y Hugo aparece mirando en todas direcciones, buscándonos. Cuando nos ve, rápidamente se acerca y después de saludarnos, nos ponemos en marcha. No queremos perder la única oportunidad de esta mañana para entrar a ver a nuestro padre. Durante el trayecto en coche, lo pongo al día del parte médico. Supongo que, como no nos han llamado, todo debe de seguir igual.

Al entrar al hospital, Ada y yo nos paramos en seco. No puede ser verdad, esto tiene que ser una broma... El presentador está ahí en medio, plantado, esperándonos.

—Buenos días.

—Ahora mismo no tenemos tiempo para esto —le digo de malas maneras.

—Lo siento, pero es importante.

Miro el reloj y aún tenemos algo de tiempo hasta que empieza la hora de visitas.

—Hugo, adelántate tú por si el médico pasa a dar el parte. —Mi hermano asiente y se aleja por el pasillo—. Bien, ¿qué es tan importante?

—Tenéis que volver a Roma —nos dice y se queda tan ancho. Mis puños se aprietan inconscientemente.

—No estás hablando en serio, ¿verdad? —le digo, conteniendo la rabia a duras penas.

—Totalmente. Sentimos mucho lo que le ha pasado a tu padre, pero esto es un concurso, Gabriel.

—Pero ¿cómo se puede ser tan insensible? —le grita Ada.

—Es un negocio, Ada. Os damos las veinticuatro horas estipuladas en el contrato por emergencia familiar, pero no podemos daros más tiempo. Si no estáis esta noche, a las doce, en Roma, el concurso habrá acabado para vosotros.

—Malditos cabrones...

—Un poco de respeto, Gabriel, son las reglas.

—Es una vergüenza —le recrimina Ada.

—Tenéis de tiempo hasta las nueve de esta noche. A esa hora sale un vuelo hacia Roma en el que tenéis reservados dos asientos.

—Ada, vete y acaba el concurso, yo... yo no puedo seguir —le digo, cogiendo sus manos.

—Tenéis que ir los dos, no vale que vaya solo uno. El concurso lo empezasteis los dos y debéis acabarlo los dos para ganar el dinero —nos interrumpe el tocapelotas—. Pensáoslo. Si queréis coger el vuelo y seguir adelante, habrá un coche esperándoos aquí fuera para llevaros al aeropuerto. No podemos hacer nada más por vosotros. Es vuestra elección. Si no cogéis ese vuelo, estáis fuera.



28. La decisión

Ada

Las palabras del presentador retumban en mi cabeza. ¿Tomar una decisión? ¿Ahora? Todavía tengo los nervios a flor de piel y soy incapaz de pensar en otra cosa. No puedo creer que haya pasado esto. No puedo creer que nuestro viaje pueda acabar ahora mismo. Teníamos tantas aventuras por vivir juntos... Será porque, a pesar de todas las trabas que habíamos tenido por el camino, nunca había estado tan feliz.

Miro a Ricard, postrado en la cama, lleno de cables y una máquina que hace ruido cada pocos segundos. Ojalá lo hubiese conocido en otra situación. Quizá en una comida familiar, en las que te mueres de vergüenza por intentarle caer bien a tus futuros suegros. Gabriel está sentado en una silla, al lado de su padre, con la cabeza apoyada en su mano. Lleva sin dormir desde que volvimos en avión y sus ojeras se perciben cada vez más oscuras. Apenas hablamos. Ni siquiera hemos articulado palabra desde que nos dieron el ultimátum. Hugo está sentado al otro lado de la cama, ensimismado en sus pensamientos.

—Ada —Gabriel interrumpe los míos.

—¿Qué? —le digo, volviendo a la realidad.

—Vamos fuera un segundo. —Salimos al pasillo para poder hablar—. Sé lo que estás pensando, que tenemos que tomar una decisión ya, pero ahora mismo soy incapaz de razonar.

—Gabriel, no hace falta que lo decidamos ahora, pero tendremos que hacerlo esta tarde.

—Es que te juro que no entiendo cómo pueden hacernos esto.

—Yo tampoco. Me siento estafada, pero no deja de ser un contrato, Gabriel. Cuanto antes lo aceptemos, mejor.

—¿Estás insinuando que nos quedemos?

—No lo sé, Gabriel. Yo también estoy en *shock*. Tu padre está en coma, no sabemos cuándo se va a despertar y tenemos que tomar una decisión así. Es que no sé ni qué decirte —empiezo a hablar sin parar, mientras las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos.

—Ada, ven aquí. —Me acoge entre sus brazos para que pueda desahogarme en su pecho—. ¿Por qué no vas a ver a tu familia? Estoy seguro de que es lo que más necesitas en este momento.

—¿No quieres que me quede aquí contigo?

—Sí, amor, pero puedes ir un rato a ver a tus padres. Te sentirás mejor después de hablar con ellos. Además, no estoy solo, estoy con Hugo.

—¿Hablamos más tarde? —le pregunto.

—Claro, te llamo cuando salga.

—Podemos ir a comer a casa, si quieres.

—¿Con tus padres?

—Sí, en mi piso no tengo nada en la nevera, creo que será lo mejor.

—¿Tus padres saben que estamos juntos?

—Eh, no. —Recuerdo—. Estábamos desconectados del mundo, cuando nos dejaron hablar con ellos todavía no éramos nada. ¡Qué fuerte! —Esto me hace pensar que ni siquiera les he dicho que estamos aquí.

—¿Y quieres presentarme a tu familia hoy? ¿Así, tan de repente?

—Gabriel, lo siento, no me había percatado. Si no quieres pasar por esto, lo podemos dejar para otro día. En serio, no me enfadaré, te lo prometo.

—Luego hablamos. —Puedo ver una leve sonrisa en su cara.

—Vale. —Le doy un beso y, después de despedirme también de Hugo, me marchó del hospital.

Antes de nada, pienso si debería llamar a mis padres, pero me percaté de que ni siquiera tengo móvil, así que opto por ir directamente a su casa. Al llamar al timbre, un cosquilleo recorre mi cuerpo. Nadie sale a recibirme. Tal vez hayan salido. Vuelvo a llamar y al no escuchar pasos, empiezo a caminar hacia el ascensor.

—¡Cariño! —Mi madre aparece por la puerta y, sorprendida al verme, corre hacia mí para darme un abrazo de esos que aprietan.

—Hola, mamá. —La felicidad me invade al sentirla cerca de nuevo.

—¿Qué haces aquí, cielo?

—Ocurrió algo y... tuvimos que volver.

—¿Qué ha pasado?! —Ahora parece preocupada—. Pero entra, Ada, no te quedes en la puerta.

Al entrar, me encuentro con mi padre, que ha saltado corriendo del sofá al verme entrar por el pasillo.

—Ada, ¿cómo estás? ¡Qué ganas teníamos de verte!

—¡Y yo a vosotros! Aunque preferiría estar aquí en otras circunstancias.

—Cuéntanos, ¿qué ha pasado? ¿Todo bien con Gabriel? —dice mi padre.

—Su padre ha sufrido un accidente y está en coma. —Al decirlo mis ojos se encharcan, pero consigo evitar las lágrimas.

—Oh, Ada, lo siento muchísimo. Pero ¿va a ponerse bien? —Mi madre se ha quedado visiblemente sorprendida.

—No lo sé, mamá. Los médicos no se atreven a decir cómo puede ser su evolución, así que estamos esperando un milagro, supongo.

—Ojalá se recupere pronto, cariño. Vaya desgracia... —La noticia les ha sentado como un jarro de agua fría y se han sentado en el sofá.

—La organización de nuestro viaje amenaza con ponerle fin, si no estamos esta noche en Roma.

—¿Con el padre de Gabriel así? ¡Cómo pueden ser tan insensibles! —afirma mi padre más encendido que antes.

—¡Es horrible, papá! Si nos quedamos, lo perdemos todo, pero lo más importante para mí ahora es que Gabriel esté bien.

—Todavía no nos has contado nada... ¿Hay algo que deberíamos saber? —pregunta mi madre en tono insinuante.

—Sí, Gabriel y yo estamos juntos. Somos pareja, ¿contentos?

—Nos dimos cuenta el día que hicisteis la videollamada. —Mi madre sonrío y eso es buena señal.

—¿Pero si no estábamos juntos entonces! —les aclaro.

—Se notaba que había algo, tus padres lo saben todo, Ada. —Ya está mi madre haciendo de madre.

—¿Podemos hablar de otra cosa, por favor? —les digo, algo avergonzada.

—¿Qué vais a hacer con el concurso, Ada? —me pregunta mi padre.

—No lo sé. ¿Qué creéis que deberíamos hacer? Estoy perdida, siento que haga lo que haga estará mal. No sabemos cuándo va a despertar Ricard y yo... yo tenía todos mis sueños puestos en este viaje.

—Pase lo que pase, te apoyaremos, como siempre hemos hecho. Es normal que tengas dudas porque ha sido todo muy rápido, pero lo mejor es que lo hables con Gabriel. Él debe de estar pasándolo muy mal ahora mismo, Ada.

—Lo sé, mamá.

Justo en ese momento entra Edgar por la puerta con un chándal puesto y una mochila preparada para irse al gimnasio.

—Hermana, ¿tú por aquí? —Viene directo a despeinarme.

—Cosas que pasan... —Con solo mirarlo, levanta la ceja en señal de alerta.

Le cuento todo lo que ha pasado y por qué hemos vuelto. Lo que no me esperaba es que me dejase descolocada al escuchar sus palabras.

—Te voy a contar una cosa, Ada. —Nos vamos a su cuarto, Edgar se sienta frente a mí y me coge de las manos—. El día de la fiesta hablé con Gabriel. Tenía miedo de tirarlo todo por la borda.

—¿Y qué tiene que ver eso ahora, Edgar?

—Tiene que ver. Le pregunté a Gabriel qué era lo peor que podía pasar en el viaje. Te aseguro que en lo último en lo que pensó fue en el dinero.

—¿Qué quieres decirme con eso? —Noto mi pecho moverse de forma tensa, como si me costase realizar cada respiración.

—Que antes de empezar el viaje no teníais nada y ahora os tenéis el uno al otro. Con esto no quiero insinuar que terminéis con el concurso, lo que intento decir es que lo hables con él y le digas lo que piensas. La decisión será la correcta, Ada. De verdad. Respira. Llámalo.

—No puedo más, Edgar.

—Claro que puedes. Llámalo.

Mi hermano podría haber sido psicólogo. No he conocido a una persona más empática y que entienda mejor las emociones de los demás en mi vida. Pero siempre le han gustado demasiado los animales. No lo puede evitar. Me deja su móvil y llamo a Gabriel.

—Gabriel, ¿cómo sigue tu padre?

—No hay cambios, Ada.

—Voy para allá. Tenemos que hablar.

—Te espero aquí.

Nada más entrar por la puerta del hospital se me revuelve el estómago y vuelve la ansiedad que siento en el pecho.

—Hola —saludo a Hugo y a Gabriel, que se levanta para darme un beso.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Sí, supongo que sí.

—Gabriel y yo hemos estado hablando, Ada —interviene Hugo—. Los médicos tienen pocas esperanzas de que despierte. Aquí no podéis hacer nada. Sé que es difícil, pero, si nuestro padre sigue en coma mucho tiempo, tendremos que seguir con nuestras vidas.

—¿Tú estás de acuerdo, Gabriel? —le pregunto, extrañada.

—No estoy seguro de lo qué es mejor para mi padre, ni lo que es mejor para nosotros. ¿Tú qué piensas?

—Yo solo quiero que tú hagas lo que te diga el corazón. Y, si es quedarnos, lo entenderé perfectamente y me quedaré contigo. Pasaremos por esto juntos y visitaremos a tu padre todos los días, si es necesario.

—¿Y perderlo todo? —Las facciones de Gabriel se tornan tensas, cohibidas, como si estuviese aguantando la respiración.

—Ya hemos ganado. Tú y yo. Estar juntos es el mayor premio que me podía haber tocado en un concurso tan loco.

—¿No te sientes decepcionada de que todo vaya a acabar así? —Gabriel suena desilusionado.

—Sí. Tengo que ser sincera contigo. Pero nunca te reprocharía algo así. Quiero que tú tomes la decisión final.

—Hugo, di algo, por favor —Gabriel no sabe ni qué decir.

—Todavía tenemos tiempo. Quedan unas horas antes de que os vengan a buscar. ¿Por qué no vamos a comer algo?

—Buena idea. —Necesitamos salir de aquí para despejarnos.

Durante la comida seguimos debatiendo la mejor decisión. En mi interior, sé que Gabriel quiere permanecer al lado de su padre. Da igual que esté en coma, que no sienta sus extremidades o que no sea capaz de articular palabra. No siente que su padre tenga la culpa de su mala relación. Lo quiere. No va a dejar que se vaya sin despedirse.

Hugo ha tenido que coger una baja por enfermedad grave de un familiar, pero la incertidumbre le está pasando factura. Tiene toda su vida a más de diez mil kilómetros de distancia e intenta proteger a su hermano como si fuera el más vulnerable de esta historia. Y, la verdad, lo es.

Queda una hora. En una hora, un coche con los cristales tintados de negro estará esperándonos en la puerta para llevarnos al aeropuerto de El Prat. Donde empezó todo.

Todavía no hemos tomado una decisión. He hablado de nuevo con mi familia, que también han mantenido una conversación telefónica con Gabriel para desearle a su padre una pronta recuperación. Damos vueltas de un lado a otro por los pasillos del hospital. Mi respiración se entrecorta. Gabriel se lleva las manos a la cabeza. Se despeina. Resopla. No puede más.

Hugo y Gabriel han salido al pasillo a airearse un poco. Yo permanezco sentada en la silla de la habitación. Estoy inquieta y mi pie se mueve a cincuenta kilómetros por hora. Suena nuestro móvil.

—Hola, ¿qué vais a hacer? —el presentador va al grano.

—Todavía nos queda tiempo. ¡Déjenos respirar! —le grito.

—Media hora.

Le cuelgo, enfadada por la inexistencia de cualquier tipo de afecto. Ni siquiera me planteo la posibilidad de decirle a Gabriel que ha llamado. Es lo que menos le hace falta en este momento.

Minutos después, Gabriel y Hugo vuelven a entrar por la puerta. Mis ojos se abren como platos al ver las intenciones que reflejan sus miradas.

—¿Estás seguro? —le pregunta Gabriel a su hermano, esperando una respuesta cómplice.

—Sí. Papá va a estar bien.

¡¿Qué quiere decir eso?!

Vuelve a sonar el móvil.

—El coche está en la puerta.

—Es... son ellos —digo con una voz muy chiquitita.

De repente, la máquina que tiene conectada Ricard empieza a hacer sonidos extraños. El pitido nos resuena en la cabeza.

—¡¡Está moviendo el dedo!! —grita Hugo, rápidamente.

—¡Corre, Ada, llama a un médico!

—¡Papá! ¡Vuelve, por favor! —grita Gabriel, mientras le coge la mano a su padre con la más especial delicadeza.

Salgo al pasillo en busca de un médico. Está todo decidido.



29. Nueva vida Gabriel

3 meses después...

Unos tímidos rayos de sol se cuelan por las rendijas de la persiana de la habitación, haciéndome saber que un nuevo día comienza y hay que ponerse en marcha. Pero mi cuerpo está demasiado a gusto ahora mismo como para moverse. Estoy estirado de lado en la cama con el cuerpo caliente de Ada bien pegado al mío. Mis brazos la envuelven para mantenerla bien cerca y bien calentita. La *cucharita* ha tomado un nuevo significado para mí.

Mi mano derecha se desliza por su cuerpo, dibujando su silueta. Arrastro mis dedos desde su rodilla hasta llegar a su pecho y dejo que mis dedos sean traviosos. Si es que es como si fuera mi imán, no puedo dejar de tocarla. Ella empieza a despertarse y un suave gemido escapa de su boca.

—Buenos días... —Estrecho a Ada aún más entre mis brazos y dejo suaves besos en su cuello, mientras respiro su olor.

—Buenos días, cielo.

—¿Estás cansada? —digo sin disimular una sonrisa. Sí, yo te he dejado así de cansada.

—Es culpa tuya. —Se gira para mirarme y quedamos frente a frente.

—Lo sé y me gusta. —Ella ríe y me da un manotazo, pero yo aprovecho para robarle el primer beso del día.

Después, se escabulle entre mis manos y se aleja corriendo hasta el baño. Nada me apetece más que seguirla y compartir una larga ducha con ella, pero tampoco quiero que piense que soy insaciable.

Me quedo estirado sobre el colchón y, no sé por qué, el día que volvimos a Barcelona porque mi padre había sufrido un accidente vuelve a mi mente.

Fue un día muy difícil; los nervios a flor de piel, remordimientos, tristeza y una importante decisión que tomar. No fue fácil, pero creo que hicimos lo correcto.

Era el momento de decidir si volvíamos al concurso o nos quedábamos en Barcelona cuando mi padre movió un dedo. Tristemente no pasó de ahí. El médico nos dijo que había sido un movimiento involuntario de su cuerpo, pero que no perdiéramos la esperanza. Nos explicó que era importante que habláramos con él. Aunque no nos conteste, algunos pacientes que han entrado en coma y después han despertado, dicen que podían oír lo que sus familiares les decían.

Por ese motivo decidimos quedarnos en Barcelona. El viaje había acabado para nosotros, y me sentía terriblemente culpable de que Ada no hubiera podido conseguir ese dinero por mi culpa,

porque yo decidí quedarme para poder cuidar de mi padre.

Ella no está enfadada por ello. Tuvo claro desde el principio que íbamos a quedarnos aquí cuando supo lo que había pasado y que los del concurso no iban a darnos tregua. Es muy buena persona y todavía sigue sorprendiéndome. Aun así, no puedo evitar sentirme mal. Ella quería ese dinero para realizar su sueño y el destino se lo ha arrebatado. Yo se lo he arrebatado, pero voy a solucionarlo. De alguna manera voy a ayudarla a conseguirlo. Ella va a cumplir su sueño, cueste lo que cueste.

Poco a poco, nuestro día a día empezó a ser de persona normal. A las pocas semanas, dejaron de pararnos por la calle para pedirnos fotos y autógrafos. Abandonamos las redes sociales y entendimos la importancia de conservar la privacidad que habíamos perdido durante el concurso. Así también descubrimos que la fama se esfuma tan rápido como llega.

En cuanto al calendario solidario, conseguí que parte de los beneficios se destinaran a una organización dedicada a afectados por cardiopatías, debido a lo que había pasado con mi padre. De esa manera sentía que lo que había hecho, realmente, servía para ayudar a alguien que lo necesitara.

La organización del concurso había conseguido tanto tirón mediático, que nos sustituyó por otra pareja la semana después de nuestra renuncia. No nos importó, puesto que nuestra decisión fue impuesta por las circunstancias, pero se nos quedó clavada la espina de qué hubiese pasado si hubiéramos seguido adelante con el concurso. Ahora nunca lo sabremos.

Me levanto de la cama y me encamino a la cocina. Voy a preparar el desayuno para Ada. Me gusta mirarla, qué le voy a hacer. Si me hubieran dicho que pasaría todo esto hace unos meses, no lo hubiera creído. Mi vida ha cambiado completamente. Ahora todo tiene sentido y estoy viviendo de verdad. Antes era como si solo pasase por la vida de puntillas.

Cuando tengo el desayuno listo, llamo a Ada. ¿Por qué tardará tanto? Cuando aparece en la cocina lo entiendo, se estaba arreglando.

—¿Vas a salir?

—Sí —me dice después de sentarse y dar el primer trago a su café—. He quedado con las chicas.

—Vale, yo pasaré por el bufete y después iré al hospital.

—Vale.

—¿Qué te pasa? Estás... rara. —Tengo una ligera idea de qué es lo que le pasa, pero quiero que me lo explique ella.

—¿Rara? No estoy rara, cielo, estoy frustrada, estoy harta, ¡estoy asqueada! No consigo ni una puñetera entrevista de trabajo y mis ahorros se están acabando y...

—Ada, ya hemos hablado de eso.

—Sí, Gabriel, hemos hablado, pero es que yo no quiero que me mantengas, yo quiero trabajar.

—Lo sé, cariño, y sé que vas a encontrar algo pronto. Pero ya te dije que no tienes que estresarte por el dinero, soy tu novio y voy a estar aquí para ti, siempre. —Tiro de ella y la siento sobre mis rodillas, envolviéndola con mis brazos, mientras hundo mi cara en su cuello.

—Lo sé y te lo agradezco, pero no me siento bien dejando que tú lo pagues todo. Yo no soy así.

—Y yo entiendo eso perfectamente, esto es solo mientras lo necesites. Ten paciencia, pronto conseguirás algo y todos se pelearán por tus diseños, lo sé.

—Solo lo dices porque me quieres.

—Por eso también.

—¿También? ¿Por qué más?

—Porque sé que eres buena en lo que haces y cuando alguien tiene talento es solo cuestión de tiempo.

—Si tú lo dices...

—Lo digo y lo sé. Ahora dame un beso y pongámonos en marcha que, si no, no podré pasar por el bufete antes de ir al hospital.

—¡Uy! ¡Yo ya llego tarde, seguro! —Salta de mis rodillas y se pone en pie, pero vuelvo a coger su mano y la acerco a mí para robarle un delicioso beso.

Cuando nos separamos, hay una sonrisilla en su cara. Sale corriendo y oigo su grito de despedida desde la cocina, donde aún sigo sentado con una erección importante ¡Hora de una ducha fría!

Llego al hospital y saludo a las enfermeras y auxiliares que encuentro a mi paso. Es curioso, pero, después de tres meses viniendo a diario, esta gente se convierte en una parte de tu vida. Al final es imposible no crear un vínculo con ellos. Paro en el control de enfermería para preguntar si hay novedades, antes de entrar a la habitación.

—Hola, Carmen, ¿qué tal ha pasado la noche?

—Hola, Gabriel, todo bien, pero sin novedades —me dice, triste, y yo asiento un tanto abatido. Ella convive con estas situaciones a diario, pero supongo que es imposible no implicarte en cada caso.

—Tienes que esperar un momento para entrar, están haciéndole la higiene.

—Vale, esperaré aquí al lado.

—Claro, sin problema.

Me aparto a un lado del mostrador para no entorpecer sus tareas y me sumo en mis pensamientos mientras espero para entrar a verlo. Supongo que, cada mañana, cuando llego espero una respuesta diferente; espero un «¡se ha despertado!», pero esa noticia no llega. Sé que tres meses no son mucho. Mucha gente se pasa años en coma, pero, para mí, es una pequeña decepción cada mañana llegar y que las noticias sean las mismas. Me consuelo pensando que, al menos, está vivo y que la posibilidad de que despierte es real.

Hugo y Ada me dicen que debemos tener paciencia, pero a veces no puedo evitar hundirme. Menos mal que los tengo a ellos dos. Hugo decidió quedarse en Barcelona para estar cerca de nuestro padre y para que, entre los dos, pudiéramos encargarnos del bufete. Dejó a su mano derecha en el de China al frente de todo y aunque, en este tiempo, ha tenido que hacer viajes relámpago para encargarse de algunos asuntos más importantes que requerían su presencia, ahora su residencia está aquí.

Él no tenía casa y no quería ir a la de mi padre. Demasiado grande y vacía para él solo, decía. Demasiados recuerdos. Y lo entiendo.

Cuando Ada y yo decidimos acabar el viaje y quedarnos, no quisimos separarnos. ¿Cómo iba a poder dormir sin ella después de tanto tiempo estando las veinticuatro horas del día juntos? Imposible. Decidimos irnos a vivir juntos a mi apartamento y el que Ada tenía alquilado se lo quedó Hugo.

—Gabriel.

—¿Sí?

—Ya puedes pasar a ver a tu padre —me dice una de las auxiliares de enfermería, que acaba de salir de su habitación.

—Gracias. —Me sonrío y se marcha.

Entro en la habitación decidido, pero solo hasta que cruzo la puerta. A partir de ahí, mis pasos

se vuelven inseguros y la crudeza de la imagen que ven mis ojos me golpea como la primera vez que lo vi así, postrado en una cama.

Su rostro está relajado, en calma, sé que no sufre dolor, pero verlo en estas circunstancias es duro. Mi padre siempre ha sido una persona fuerte, no solo físicamente hablando; su personalidad es la de alguien que sabe lo que quiere y lucha con uñas y dientes hasta conseguirlo. Debo decir que eso es algo que Hugo y yo hemos aprendido de él. El no rendirnos y pelear por lo que queremos hasta el final.

—Hola, papá —mi voz es apenas un susurro, pero sé que si puede oírme lo habrá hecho.

Cojo una silla y me siento a su lado. Desde que lo pasaron a esta habitación, nos turnamos para venir todos los días y le hablamos. Yo le explico cosas de Ada, le hablo de ella y de nuestro viaje. Hugo dice que le habla de los casos del bufete, de los que ganamos sobre todo, tampoco queremos que se altere. Incluso, Ada ha venido cuando Hugo ha estado fuera. ¿De qué le habrá hablado? Porque, aunque le he preguntado varias veces, ella solo me dice: «De cosas...». En fin, quizá algún día me entere de qué es lo que le ha explicado.

—¿Sabes? Hoy Ada estaba un poco estresada, no encuentra trabajo y se está volviendo loca. Pero ya le he dicho que tenga paciencia; tiene mucho talento y en algún momento alguien se dará cuenta. Entonces no la dejarán escapar.

»Aunque es pequeñita, tiene mucho carácter. No te he explicado lo que hizo nuestra primera noche en Londres, ¿verdad? —Es raro esperar una respuesta y que no llegue, pero respiro hondo y sigo hablando—. Pues verás, fuimos al Tussauds de Londres y, mientras ella iba al baño, una chica rubia casi se me tiró al cuello. Cuando Ada nos vio no quiso reconocerlo, pero sé que sintió celos porque después estaba toda enfurruñada. A mí, en cierta manera, me parecía graciosa con esos morritos que pone cuando se enfada. Al llegar al hotel, yo creía que todo estaba bien, porque me ofreció que me duchara mientras ella pedía la cena y pensé: «Vale, vamos a firmar la paz».

»Ah... pero no sabes cuánto me equivocaba... La muy tramposa me pidió una hamburguesa chorreante de picante y ni siquiera tuvo la decencia de evitar reír delante de mí. Me gusta el picante, pero aquello era el infierno y no había manera de escapar de las llamas. —Sonrío sin poder evitarlo, hemos pasado por tanto después de eso... —. Te gustará en cuanto la conozcas, aunque, técnicamente, ya la conoces. Ella también ha venido a verte. No sabes la suerte que tengo de que esté a mi lado. No pienso dejarla escapar. Ella...

—Hola. —Me giro, y la susodicha entra por la puerta. Mi sonrisa crece.

—Hola, nena. —Me levanto y le robo un beso a su dulce boca.

—¿Alguna novedad? —Niego con la cabeza—. Bueno, hay que tener paciencia con el bello durmiente.

—Menos mal que está en coma, porque, si te oye llamarlo así, hubieras despertado al demonio. —Me río mientras ella le quita importancia con un gesto de la mano.

—¿Listo para irnos?

—Sí, esperaremos a Hugo, afuera. Adiós, papá, volveré mañana. —Me inclino sobre él y beso su frente.

Ada se despide de él y salimos de la habitación. Decimos «adiós» a las enfermeras y antes de llegar a los ascensores, vemos salir a Hugo de ellos. Cuando se da cuenta de nuestra presencia, sonrío y empieza a caminar más rápido.

—¡Cuñada! ¡Tengo una gran noticia para ti! —Llega a nuestra altura, coge a Ada y la levanta para hacerla girar en el aire.

—Hugo, estamos en un hospital, cálmate —le digo serio.

—¡Calla, aguafiestas! ¡Ada, vas a adorar a tu cuñado desde hoy mismo! ¡Te he conseguido una entrevista de trabajo!

A Ada se le ilumina la mirada y cuando creo que va a celebrarlo conmigo, salta sobre mi hermano como un monito y se lo come a besos.

—¡Oye, oye! —digo, mientras la arranco de su cuerpo—. A él le das las gracias, las celebraciones efusivas conmigo —digo en broma, mientras la atraigo hacia mí para abrazarla.

Cuando levanto la vista veo que el nuevo turno de enfermeras viene por el final del pasillo. Esto no sería extraño de no ser porque mi hermano, al verlas, rápidamente estira su traje con las manos y recoloca su corbata. Me fijo más y observo cómo él y una de las chicas se sonríen. Vaya, vaya... Creo que alguien tiene algo que contarme.



30. Un secreto a voces

Ada

—Cuéntanos tu experiencia como diseñadora.

—Llevo toda la vida haciendo esto porque es mi pasión. He estado trabajando más de dos años como becaria para Marco...

—¿El de los chihuahuas? —me interrumpe.

—Sí, de hecho, hice algún modelito para ellos.

—Estamos buscando una persona que pueda dar soporte al equipo para realizar todo el vestuario del musical. ¿Por qué crees que mereces este puesto de trabajo?

—Porque es una gran oportunidad para aprender en este ámbito. Soy una persona creativa, nunca estoy quieta, y me encantaría formar parte de este gran equipo tan reconocido.

—Muy bien, pues esto sería todo. Si eres seleccionada, ya te llamaremos.

—¿Ya está?

—Sí, ya hemos terminado.

—¿Cuándo tomaréis la decisión?

—Eres la última entrevistada, así que tomaremos la decisión hoy mismo con el resto del equipo. Que vaya bien, Ada.

—Gracias, adiós.

Desde la estación de metro repaso cada una de mis respuestas. Ojalá hubiese tenido alguna sensación de que me iban a escoger, de que había algo en mí que podía encajar en este lugar. Pero cada vez siento que es más difícil. Mi motivación ha ido descendiendo desde que empecé a buscar trabajo. Sí, «eso es lo que le pasa a todo el mundo», me dice mi madre para que no me hunda. Pero, seamos francos, estoy a punto de dejar tirado mi sueño en el cajón del escritorio y empezar a buscar un trabajo «común y corriente» en el que no me pidan cosas imposibles.

Llego a casa, y Gabriel está con su portátil en el comedor.

—Hola, cariño, ¿qué tal la entrevista? —me pregunta.

—Mejor no preguntes. —Lo miro con aspecto desolador, y él entiende que la conversación finaliza aquí.

—No te preocupes, no es el fin del mundo.

—No, claro que no.

Entonces, recuerdo algo que todavía no me atrevo a verbalizar en voz alta. Algo que me reconcome la cabeza desde esta mañana. Algo que no sé hasta dónde nos va a llevar.

Necesito distraer la mente con otra cosa. Necesito chocolate. Soy de esas personas a las que el dulce reconforta cuando todo va mal; por eso, cuando tengo un helado esperándome en casa, se me hace el camino más llano.

Y ahí está: una tarrina XXL de chocolate y trozos de frutos rojos, que estaba metida a presión en el primer cajón del congelador. Una ligera sonrisa aparece en mi boca cuando lo cojo junto con una cuchara.

Me siento en un taburete de la isla de la cocina y lo destapo. No hay nada. Solo un poco de jugo rojo por las paredes del cartón. ¡No puede ser! Mi sorpresa se convierte en hastío. Después, mi sangre hierve con la ira de mil soles de ardiente furia. Me levanto y voy hacia el salón sin mirar atrás. De mi boca sale una sola palabra que lleva con ella todo mi dolor.

—¡Gabrieeeeeeel!

—¿Qué pasa?

—¿Me puedes explicar por qué hay una tarrina de helado vacía en el congelador?

—Quedaba un poco.

—¡No queda nada, Gabriel!

—Pues títala, no pasa nada.

—¿Que no pasa nada? Ese helado lo compré para mí, ¿por qué razón no se te ha ocurrido dejarme ni una triste mitad?!

—Necesitaba ese helado, lo siento.

—¿Que lo sientes? Genial, perfecto. —No puedo parar—. Quizá podrías empezar a tirar las cosas terminadas, en vez de dejarlas guardadas. Más que nada para no hacerle ilusiones a los demás.

—Ada, es solo un helado.

—No es por el helado.

—¿Qué te pasa?

—Que he tenido un día de mierda. ¡No me van a escoger! Porque nunca es suficiente. ¡Porque siempre quieren más o eligen a alguien que conocen hasta la saciedad! No puedo más.

—Ada, solo es una entrevista. Habrá más.

—¿Por qué para ti todo es poca cosa? No se acaba el mundo, solo es un helado, solo es una entrevista... —digo con ironía.

—Ada, basta ya. Sé que hay algo más detrás de esta estúpida discusión.

—Nada, déjame un rato tranquila, necesito estar sola.

—¿Intentas hacerme sentir culpable?

—¡No estoy haciendo nada!

—Mira, ¿sabes qué? Lo dejamos aquí. No voy a discutir más por esto.

—Fantástico.

—Tengo que seguir trabajando en el bufete. ¿Por qué no llamas a las chicas y quedáis un rato? O mejor, ¿por qué no hacemos una cena en casa y que vengan todos? Hace días que no nos juntamos.

—Vale... —digo con poca gana.

—Ya los aviso yo por el camino —dice.

Me da un beso casto en la frente y se va, dando un pequeño portazo.

—¡Genial!

Me tumbo en el sofá de cualquier manera y, después de pasarme más de diez minutos mirando el techo y pensando en mi desdichado futuro profesional, decido llamar a Sara. Ella me entiende

casi siempre. Sabe decir las palabras concretas que necesito escuchar cuando tengo un dilema o siento que mi vida es una mierda. Miranda también, pero ella me hace chocar con la realidad sin tapujos. Y yo a veces necesito ir pasito a pasito.

—¿Sara?

—Hola, Ada, ¿qué tal?

—Mal, estoy muy mal.

—¡Ay, Ada! ¿Qué pasa?

—¿Puedes hablar o te pillo en mal momento?

—Justo estoy en el descanso, pero claro que tengo tiempo para ti. —Ella siempre se preocupa por mí—. ¿Ha pasado algo? ¿Qué tal esa entrevista?

—La entrevista regular, pero eso no es todo.

—Ada, no me gusta ser Miranda, pero suéltalo ya porque me estás poniendo de los nervios y tengo un paciente muy complicado en menos de media hora.

—Sara, tengo un retraso.

—¡Ay, mi madre! ¿Un retraso? ¡Ada!

—Sí, lo sé. Estoy muy nerviosa, no sé ni qué decirte. Pero tenía que haberme venido la regla hace dos semanas y no sé qué esperar.

—Ada, no tienes que esperar, tienes que hacerte un test de embarazo.

—No sé si estoy preparada.

—¿Y Gabriel lo sabe?

—No, con todo el estrés de la búsqueda de trabajo y el tema de su padre me he dado cuenta esta mañana y no sabía cómo decírselo.

—¡Tienes que decírselo, Ada!

—Pero quizá es una falsa alarma y esto se queda en nada.

—Puede ser. Pero ¿cómo crees que reaccionaría?

—No tengo ni idea. —Es cierto, nunca he hablado con Gabriel de nada de esto, así que su posible reacción es una gran incertidumbre para mí, que no sé si quiero descifrar.

—Gabriel acaba de poner en el grupo que cenamos todos esta noche en tu casa.

—Me lo ha propuesto él, justo antes de irse, después de una discusión que hemos tenido.

—¿Habéis discutido?

—Sí, pero ha sido una tontería.

—Todos se apuntan, así que esta noche cenamos juntos. Y viene Evan...

—Sara, ¿te gusta?

—No lo sé, pero es que es tan mono...

—Sara, ya me explicarás, pero volvamos a mi tema. Estábamos con mi retraso.

—¡Perdona! Sí, tu retraso. ¡Tía, es que es muy fuerte! Tú, un bebé.

—Sara, cállate, no digas eso en voz alta. Sabes perfectamente que no estoy en mi mejor momento para eso.

—Mira, vamos a hacer una cosa; esta tarde no pienses en ello, distráete, ponte a dibujar o a ver cualquier serie. Esta noche nos vemos, y te lo vas a pasar bien. Cuando nos vayamos le contarás a Gabriel lo que está pasando. Con calma y tranquilidad, ¿vale?

—Vale. Gracias por escucharme, no sabía qué hacer.

—Para eso estamos. Te dejo, que tengo que volver a currar. Nos vemos luego, nena.

—Hasta luego, bella.

Le hago caso, porque creo que es lo más sensato. No me como más el tarro y dejo pasar la

tarde sin pena ni gloria. Cuando se acerca la noche, me cambio de ropa y empiezo a preparar la cena. Algo sencillo pero resultón. Gabriel sigue sin llegar, lo cual me preocupa. ¿Seguirá enfadado conmigo?

Quito las cosas de la mesa del comedor y saco un mantel del cajón. Justo en ese momento entra él sin decir nada. Deja las llaves en la entrada y la chaqueta en el armario. Viene hasta mi posición y me abraza por detrás.

—¿Qué tal te ha ido en el bufete? —le digo finalmente.

—Bueno... —Me suelta y se acerca a la cocina a por los platos—. Estarán a punto de venir, ¿no?

—Sí. —Lo sigo hasta la cocina para coger los cubiertos.

—Te he echado de menos esta tarde. —Cuando me mira así, todo mi mundo se para.

—Yo también, Gabriel.

Deja los platos sobre la encimera, se acerca a mí, me acaricia la cara despacio y me besa. Cada vez más rápido, con más pasión.

—Me estás volviendo loco con esa falda.

—Ah, ¿sí? —le digo, traviesa.

Sigo sintiendo su boca junto a la mía cuando me gira y me empuja el cuerpo encima de la mesa. Se coloca detrás de mí y noto su aliento en mi oreja mientras recorre cada centímetro de mí con sus dedos hasta levantarme la falda y deshacerse de mi ropa interior.

—Te quiero —me dice con voz apasionada.

—Yo también te quiero.

Me vuelvo a girar, coloco mis brazos por encima de sus hombros y lo beso con todo mi amor. Él me coge en brazos y me coloca en el borde de la mesa, donde el calor de nuestro momento se desborda.

Gabriel se desabrocha rápido el pantalón y me penetra sin miramientos. Suelto un gran gemido y empezamos a movernos rápidamente. ¡Cómo necesitaba esto!

No hemos llegado al final cuando suena el timbre de abajo.

Gabriel se aparta de prisa de mí y vuelve a abrocharse el pantalón con gran dificultad.

—¡Joder!

—¡Si sabías que iban a llegar ya! —le digo a Gabriel con la poca voz que me queda después del calentón.

Él sonríe travieso.

—Ya abro yo —me dice, mientras corre hasta el interfono.

—Vale. —Me bajo de la mesa y me vuelvo a poner las braguitas.

—Evan y Marc ya están aquí. —Gabriel todavía está acalorado y algo despeinado. Suena el timbre de arriba y vuelve a salir de la cocina para abrir la puerta.

—¡Hola, parejita! —dice Marc al entrar.

Los saludo mientras cojo algún producto para limpiar la mesa. Sé disimular bien, pero por dentro estoy como un volcán.

—¿Qué tal, cómo estáis? —les pregunto.

—Muy bien, todos los proyectos marchan genial —dice Evan.

—Esta tarde he tenido una de las experiencias más impactantes de mi vida, pero me lo reservo para contarlo luego, cuando estemos todos —dice Marc.

—Qué intriga —le contesta Gabriel.

—Ha sido brutal.

Los chicos acaban de poner la mesa, y Gabriel y yo empezamos a llevar los platos y el vino. Entonces llegan las chicas. Todos se saludan y no puedo evitar fijarme en Sara y Evan, que no paran de sonreírse y ponerse ojitos. ¡Si es que son adorables!

Al cabo del rato, estamos todos sentados alrededor de la mesa, comiendo y contando anécdotas.

—Aluciné, porque pensé, ¿qué hacen los niños de hoy en día? Si son muy pequeños... y ya están pensando en crecer. —Miranda siempre tiene algo que contar de sus alumnos de primaria.

—Pues tú eres profe, puedes enseñarles algo, ¿no? —dice Gabriel.

—Sí, pero no es tan fácil, eh. En la escuela les damos una enseñanza de calidad, pero las familias también son muy importantes en este proceso, ellos tienen que educar.

—Ya me imagino. Además, ser padre no debe de ser nada fácil.

Al escuchar las palabras de Gabriel, Sara empieza a mirarme con los ojos como platos y yo la imito. En nuestra comunicación no verbal estamos diciendo: «Tía, que cambien de tema ya. Gabriel, cállate, no vayas a liarla».

—Hablando de niños... no os vais a creer lo que me ha pasado esta tarde —dice Marc.

—Ha llegado el momento —dice Evan, burlándose de él—. Sí, es que él me lo ha contado por el camino.

—Déjame explicarlo a mí. Esta tarde he tenido que asistir un parto. Así como lo oís.

—¡*Oh, my God!* ¿Qué me dices, Marc? —Miranda abre la boca, sorprendida.

Miro a Sara, que se pega un tortazo en la cara. Sabe cómo me siento ahora mismo.

—Una mujer estaba de parto y se había quedado encerrada en el ascensor con su marido, justo cuando iban hacia el hospital. Total, que los de mantenimiento del ascensor no estaban de servicio, y el niño venía ya.

»No había espera que valga, porque estaba a punto de salir, y la mujer no se podía mover. Os podéis imaginar cómo estaba el padre..., completamente paralizado. Menos mal que a los vecinos se les ocurrió llamar a una ambulancia y a los bomberos.

»Total, que tuve que colarme por un hueco, haciendo palanca y demás, hasta que pude llegar al ascensor. El padre estaba tan cagado de miedo, mientras su mujer chillaba por las contracciones, que me pidió que, por favor, me asomara a ver cómo iba el proceso.

»¡Casi me mareo! Es que... la naturaleza es sorprendente. ¡No os imagináis cómo fue coger la cabecita del bebé mientras salía!

—¡Dios! Yo creo que me hubiese paralizado también en una situación así —dice Gabriel, que se ríe con todos, mientras Marc sigue contando.

—Yo, el día que quiera ser madre, evitaré mirar cualquier información sobre el parto. Prefiero encontrarme con eso cuando ya no haya vuelta atrás —dice Miranda en tono jocoso.

—Estando allí, pensaba: «¿Qué estás haciendo, Marc?». Ya me veis, intentando seguir las instrucciones que me daban los técnicos de la ambulancia a voces.

—¿Y todo salió bien al final? —pregunta Sara.

—Sorprendentemente, sí. El niño nació bien, sin grandes complicaciones, y ahora todos están en el hospital, recuperándose.

Quiero que me trague la tierra. Mis nervios cada vez están más a flor de piel y me estoy empezando a morder las uñas. Mientras Marc cuenta su hazaña, yo necesito soltarlo todo ya. Pero no puedo.

—Eres un héroe —dice Gabriel.

—Tampoco es para tanto. También os digo que he llorado como un crío cuando ha nacido el

niño y he visto la cara de los padres.

—Oh, qué mono... —dice Miranda.

—Hagamos un brindis —propone Gabriel.

—¡Por Marc y sus nuevas habilidades! —Miranda empieza el brindis.

—Esperad, vamos a llenar las copas —sugiere Evan.

—Yo no quiero champán —digo con cara de susto.

—¿No quieres, Ada? Brindar con agua da mala suerte —me dice Gabriel.

¿Qué estoy haciendo? Se van a dar cuenta de que pasa algo. ¡No puedo aguantar más!

—¡Échate, aunque sea un culín! Tampoco te va a hacer daño —dice Miranda.

—¡Que no puedo!

—¿Por qué no puedes? —me pregunta Gabriel.

—¡Brindemos, aunque sea con agua! —grita Marc.

—¿Te encuentras mal, amor? —me dice Gabriel.

Noto mi corazón bombear con fuerza, retumbando en mis oídos a la vez que mi respiración se acelera. Me sudan las manos mientras intento que la copa que estoy sujetando no resbale y se haga añicos. Todos me miran preocupados, Sara con los ojos desorbitados y negando levemente con la cabeza. Sabe lo que va a pasar, incluso, antes de que lo haga y es que no puedo evitarlo.

—¡¡Tengo un retraso!! —grito.

«¿En serio he dicho eso en voz alta?».

Al pronunciar esas palabras, Evan, que está sujetando la botella de champán, no puede evitar que el corcho salga disparado. A Miranda se le cae una copa encima del mantel y deja la mesa llena de cristales. Miro alrededor. Todos me observan sorprendidos. Sara se lleva las manos a la cabeza. Centro por un momento mi mirada en la persona que ahora mismo me da más miedo mirar: Gabriel. ¿Por qué habré hecho eso?



31. Destinos cambiados

Gabriel

¿Retraso? ¿Ada ha dicho que tiene un retraso? Eso significa que podría estar... embarazada. ¡Dios! No sé si estoy preparado para eso; yo la quiero, pero... ¿un bebé? Es demasiado pronto, ¿o no? Mi cabeza se está convirtiendo en una aglomeración de preguntas y respuestas.

Cuando logro salir del *shock* miro a mi alrededor. Todos están hablando sin parar, cada uno diciendo la suya sin escuchar a los demás. Marc y Evan bromean, gritan y se dan palmadas en la espalda. Miranda y Sara hablan muy rápido, dejando a una Ada, que está completamente descolocada, entre ellas.

La miro, sus ojos están muy abiertos y se ven húmedos. Está tan abrumada por la situación que no se mueve. Solo sus ojos titilan bajo la suave luz de la lámpara. Y es, en este momento, cuando me doy cuenta de que da igual que sea ahora o dentro de unos años; ella es la persona con la quiero compartir mi vida, con la quiero formar una familia. Solo ella.

Me pongo en pie despacio y rodeo la mesa para acercarme a Ada. Cuando estoy a su lado, deslizo mi mano por su pelo, llamando su atención. Se gira hacia mí, sentada aún en la silla. Su mirada me busca y puedo ver el miedo a lo desconocido en ella, la incertidumbre que siente. Dibujo una suave sonrisa y le tiendo mi mano. La coge con fuerza, y yo la sujeto, dándole la seguridad que sé que necesita en este momento.

Tiro de ella, la pongo en pie y la abrazo, acercándola tanto a mi cuerpo como me es posible para que sepa que voy a estar aquí para ella, pase lo que pase, siempre.

Al instante, sus delicados brazos envuelven mi cintura y su cabeza descansa sobre mi pecho. Muevo mis manos arriba y abajo por su espalda, intentando decirle sin palabras que no pasa nada, que todo está bien. Entonces me doy cuenta de algo, no se oye nada, hay silencio absoluto en lo que antes era un caos de voces. Levanto la vista y veo que todos están en un extremo de la mesa, mirándonos.

—Nosotros... mejor nos vamos —me dice Sara en un susurro, a lo que yo respondo afirmando con la cabeza. Todos sonrían y se despiden con la mano mientras salen por la puerta.

—Nena, vamos a sentarnos. —Camino con ella bien pegada a mi cuerpo hasta el sofá, donde me siento y la abrazo para tenerla bien cerca de mí.

Durante unos minutos no decimos nada, solo estamos abrazados. Puedo percibir que ahora está más tranquila, pero necesito más, necesito saber que está bien.

—Ada...

—Estoy bien, es solo que estoy en *shock*. No sé por qué lo he soltado así, creo que la historia de Marc ha sido demasiado para mí.

—Todo está bien.

—No lo está, Gabriel, necesito saber si estoy embarazada o no. No puedo... yo no...

—¿Quieres que vaya a buscar un test de embarazo?

—¿Harías eso? —Me mira esperanzada.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que haría cualquier cosa por ti?

Me sonrío con un gesto que ilumina toda su cara y me siento el hombre más feliz en este momento. Busco su boca y la beso con todo el ansia y desesperación que siento ahora mismo. Un pensamiento cruza mi mente por un segundo: si está embarazada, estaremos unidos para siempre. De pronto me parece la mejor noticia que podrían darme.

Me pongo en pie de repente y voy corriendo hacia la puerta.

—¿Dónde vas tan deprisa? —grita desde el sofá.

—¡A buscar ese test ya! —le grito por encima del hombro.

—¡Espera, voy contigo!

Bajamos en el ascensor en silencio, cogidos de la mano, y cada uno sumido en sus pensamientos. Un bebé. Ahora mismo podría haber un bebé nuestro creciendo dentro de ella. Necesitamos ese test de embarazo ya y salir de dudas.

Subimos al coche y busco rápidamente en el móvil la farmacia de guardia más cercana. Por suerte, hay una no muy lejos de casa. Nos dirigimos hacia allí. Los nervios estrangulan mi estómago cada vez más. Mientras tanto, a cada segundo, me siento más ilusionado al imaginarme a una *miniAda* con sus preciosos ojos, cogiéndome la cara y llamándome «papi».

—¡Gabriel! ¡Que te pasas la farmacia!

—Perdón, estaba distraído —digo, mientras aparco en un hueco.

—¿En qué estabas pensando? —Se gira en su asiento para mirarme.

—En nada... solo me he distraído. —No voy a decirle que ya estoy imaginando la cara de nuestro bebé o creerá que estoy loco.

—Ya... bueno, vamos a por el test.

—No, tú espera aquí, yo iré a buscarlo.

Bajo del coche antes de que pueda contestarme y tengo que caminar unos metros hasta llegar a la farmacia. Menos mal que me ha avisado porque no estaba escuchando ni lo que decía el GPS.

Creo que nunca, antes, había necesitado venir a una farmacia de guardia, es curioso. Me acerco, llamo al timbre, que hay junto a la pequeña rendija, y espero.

—Buenas noches, ¿qué necesita? —me pregunta una señora de la que solo puedo ver los ojos y poco más.

—Mmm... pues un test de embarazo.

—¿De qué tipo? ¿Alguna marca en especial? ¿Quiere que le diga de cuántas semanas está? —me suelta la mujer como una metralleta.

—Mmm... pues... no sé, el que usted me recomiende, el que sea más fiable. —A lo mejor debería haber hecho un máster sobre test de embarazo antes de venir a la farmacia, no sabía que existía más de uno.

—De acuerdo. —Cierra la ventanilla sin decir nada más y al cabo de dos minutos vuelve a abrirla—. Este tiene una fiabilidad de un noventa y nueve por ciento.

—Perfecto, me lo llevo. —Le doy mi tarjeta por el hueco, ella la pasa por la máquina y me la devuelve junto con el recibo y el puñetero test—. Buenas noches.

—Buenas noches y... suerte —me dice antes de cerrar de nuevo la ventanilla.

¿Suerte? ¿Para qué me desea suerte? ¿Para que sea positivo? ¿O para que sea negativo? La verdad es que supongo que sea para lo que sea, sirve. Casi me paso el coche de largo otra vez, perdido en mis divagaciones. A ver si soy capaz de volver a casa sin perderme...

—¿Ya lo tienes? —me pregunta Ada, un tanto ansiosa, cuando entro en el coche.

—Sí, no sabía que había diferentes tipos —le digo, mientras se lo doy y después vuelvo a poner el coche en marcha.

—Claro, están los cutres de toda la vida, los de las rayitas, y las nuevas generaciones, esos electrónicos que te dicen hasta de cuántas semanas estás.

—Sí, sí, ahora lo sé. Me ha dado el que tiene más fiabilidad, un noventa y nueve por ciento.

—Perfecto, así salimos de dudas.

Cuando volvemos a entrar en casa puedo asegurar que ambos estamos más que nerviosos. Nos acercamos al baño juntos, pero cuando voy a entrar con ella se gira y planta una mano en mi pecho.

—¿Qué pasa? —¿Por qué se para ahora?

—Pues que te esperes aquí.

—Pero yo quiero ver qué sale.

—Y lo vas a ver, pero no quiero que me veas a mí hacer pis —me dice, toda seria, y no puedo hacer otra cosa que soltar una carcajada enorme.

—¿En serio, cielo?

—Y tan en serio, señorito. Voy a evitar ese momento tanto tiempo como sea posible. Esas cosas son las que hacen que se pierda el romanticismo. —Y creo que, de verdad, lo piensa porque me lo dice con toda seguridad.

—Eso es una chorrada, no voy a ser menos romántico contigo por verte hacer pipí. A mí no me importa que me veas hacer pis.

—¡Puag! Ni hablar.

—Bueno, como quieras... Pero en cuanto acabes de hacer el pis en el *stick* abre para que pueda pasar, ¿vale?

—Prometido. —Y cierra la puerta antes de que pueda decirle nada más.

Dos minutos después, he dado tantas vueltas por el pasillo que creo que si tarda un poco más voy a dejar marcas en el suelo, pero, justo entonces, se abre la puerta.

—Ya. —Señala con la cabeza la encimera del baño, donde ha depositado el aparato.

—Vale. —Cojo su mano y la arrastro a un lado. Me siento en váter con ella sobre mis piernas —. Todo va a ir bien.

Acaricio su espalda lentamente con mi mano, mientras mi nariz se pasea por su cuello, aspirando su delicioso olor. Soy adicto a su olor.

—¿Tú crees?

—Claro que sí, salga lo que salga, todo va a ir bien.

—Yo... no estoy preparada para tener un bebé ahora.

—¿Tan malo sería? —Me mira sorprendida.

—Yo... —No acaba de contestarme porque la alarma en su móvil la interrumpe—. Ya ha pasado el tiempo que pone en la caja, ahora hay que mirar.

—Pues vamos a mirar.

—Me da miedo.

—Lo haremos juntos. —Yo también estoy aterrado, nervioso, pero quiero que ella sienta que

puede contar conmigo, yo voy a sujetarla.

—Vale.

Nos ponemos en pie y, a cámara lenta, con pasos cortos e inseguros, cogidos de la mano, nos acercamos a ver en la pantalla el resultado del test. Mi vista enfoca las pequeñas letras y, por un segundo, el aire se atasca en mi garganta, provocando un nudo que me pone difícil respirar.

Ada me mira, sé que me está observando. Mis ojos siguen clavados en esa pequeña pantallita, donde esas pocas palabras acaban de dar un nuevo giro a nuestro destino.

—¿Biel? ¿Estás bien? —Sus manos recorren mis mejillas.

—Sí, es solo que...

—Ya, es un alivio, ¿no? —¿Un alivio? Pues debería serlo, pero no lo siento así.

—Eh... sí.

—¿Qué te pasa? ¿No me digas qué...?

Me quedo callado y miro al suelo, me siento ridículo. Debería estar contento, pero lo cierto es que esas tres palabras se me han clavado. No lo esperaba, me había hecho a la idea de que...

—Es solo que, después de darle vueltas, no me disgustaba la idea de un bebé, uno tuyo y mío, nuestro. Ver ese «no estás embarazada» hace que me sienta decepcionado.

—Pero, Gabriel..., si ni siquiera hemos hablado nunca de niños.

—Lo sé, pero eso no quiere decir que no me haya podido hacer ilusiones... ¿Y si lo intentamos?

—¿Qué?! ¡Ni hablar! ¡Ni loca!

—¿Nunca?

—No... no digo nunca, pero ahora no. Primero quiero encontrar mi sitio y después...

—Tu sitio está aquí, conmigo.

—Ya sabes lo que quiero decir, me refiero al trabajo.

—Vas a encontrar tu sitio en el ámbito profesional más pronto que tarde, ya lo verás.

—Eso espero, porque estoy empezando a desesperarme.

—Yo puedo ayudarte a relajarte... —Hundo mis manos en su pelo y masajeo su nuca lentamente con los dedos, haciendo que emita un suave gemido—. ¿Te gusta?

—Mucho...

—Pues aún hay más, agárrate. —Bajo mis manos hasta sus caderas para ayudarla a subirse a las mías y pongo rumbo a nuestro dormitorio.

Cruzo la puerta de nuestra habitación, pero no enciendo la luz, la claridad de la luna llena se cuelga por nuestra ventana, dando a la estancia una iluminación perfecta. Dejo que Ada resbale por mi cuerpo hasta tocar el suelo con sus pies.

Me alejo lo justo de ella para que nuestras ropas no se toquen, pero que pueda sentir cómo mi calor busca el suyo con desesperación. Hago que se dé la vuelta, lleva ese vestido que me vuelve loco; es azul eléctrico y se coge a su delicado cuello solo con un bonito botón de pedrería, que ella misma ha puesto ahí. Toda su espalda queda completamente al descubierto desde ese botón en el centro de su nuca hasta donde finaliza su espalda, dando un marcado protagonismo a su culo perfecto. La falda es otra cosa que me vuelve loco de este vestido porque está cortada en ángulo, mostrando mucho de una pierna y poco de la otra.

Sigo sin tocarla, pero dejo que mi boca y mi lengua empiecen a explorar. Aparto su pelo a un lado y mi nariz se cuelga en el hueco tras su oreja, provocando un escalofrío que recorre su cuerpo. Acaricio lentamente su lóbulo con mi lengua y le doy un suave tirón, atrapéandolo entre mis dientes. Ada deja escapar un jadeo, y yo sonrío para mí.

—¿Te gusta? —vuelvo a preguntarle junto a su oído.

—Mucho...

Paso mi dedo por su columna, desde la nuca voy haciendo presión hasta llegar a donde acaba su espalda. Después lo repito con mi lengua y, una vez más, con mis dientes, dando pequeños mordiscos, sin evitar dejar uno en su nalga, que hace que suelte un pequeño grito.

Me pongo en pie y desabrocho el botón del vestido, haciendo que este resbale hasta caer al suelo. La rodeo con mis brazos y la aprieto contra mi cuerpo, colocando mis manos sobre sus pechos, estrujándolos y pellizcándolos suavemente, mientras beso su cuello.

—Biel...

—¿Sí?

—Te necesito... ya...

—Y me tendrás, ven.

Nos acercamos a la cama; la beso, profundo, con lentitud, encendiendo cada rincón de su cuerpo. Me despego de ella y, sin dejar que se siente, me arrodillo, llevo las manos a sus braguitas y se las bajo despacio, absorbiendo cada sensación que se desprende de su piel.

—Siéntate —susurro, dejando ligeros besos en su abdomen.

Me coloco entre sus piernas y solo de pensar lo que voy a hacer, noto la tensión crecer dentro de mis pantalones. Recorro sus piernas con mis dedos desde los tobillos hasta los muslos y vuelvo a bajarlas hasta sus rodillas para separarlas, sin dejar de mirarla a los ojos. Ella me sonríe pícara, mordiéndose el labio inferior.

Alargo una mano hasta su pecho y la insto a recostarse. Lo hace, pero se apoya en sus codos para poder ver lo que hago. Beso sus muslos, paso sobre su centro sin apenas rozarlo, provocando un sonido lastimero que sale de ella.

—Paciencia, nena —le digo con una sonrisa, mientras reparto besos húmedos sobre su ombligo.

Me estiro un poco más y mordisqueo sus pechos para luego lamerlos hasta aliviar el dolor que han provocado mis dientes. Mientras, dejo que mi abdomen se restriegue contra su centro del deseo con pequeños círculos que aceleran su respiración.

Lentamente vuelvo a bajar, donde un calor abrasador me da la bienvenida. Mi lengua la rodea y juega con ella hasta que grita mi nombre dos veces. Sus dedos se enredan en mi pelo, haciendo que suba, y nuestras bocas se junten con desesperación.

—Ahora me toca a mí, Biel... —dice, mientras nos hace rodar en la cama para quedar sobre mí.

Empieza a desabrochar mi camisa, arrancando algún botón en el camino. Besa mi pecho y clava sus dientes, volviéndome loco. Antes de que me dé cuenta ya ha desabrochado mi pantalón y la estoy ayudando a quitármelo lo más rápido posible.

A partir de ese momento, todo son besos húmedos y jadeos, y yo me dejo hacer por mi Ada. Ella manda.

De madrugada, caemos rendidos en un profundo sueño, pero con una enorme sonrisa satisfecha en la cara.

Estoy escuchando un sonido molesto pero lejano, así que decido ignorarlo, a ver si deja de sonar. No funciona. Unos segundos después, vuelve a interrumpir mi plácido sueño. ¡Mierda! ¡Es el

teléfono! ¡Puede ser del hospital! Me incorporo de golpe en la cama, luchando con mis párpados para mantenerlos abiertos, cuando logro enfocar a Ada con su teléfono en la mano, igual o más desubicada que yo. Pero, al fin, logra contestar la llamada y llevarse el teléfono a la oreja.

—¿Sí? ¿Quién es? —responde Ada. Quizá sea de la última entrevista que hizo. Escucha un momento la voz al otro lado y una sonrisa enorme se dibuja en su cara—. ¿Jeremy? ¿Eres tú?



32. Nosotros

Ada

—Adita, *darling*... —Mi corazón palpita de emoción al escuchar su voz a través del teléfono.

—¡Jeremy, qué alegría oírte! —le digo, entusiasmada.

—¿Te pilló en mal momento?

—No. Bueno, estaba en la cama todavía.

—Oh, siento haberte despertado, pero tenía que contarte que estoy en Barcelona, cariño.

—¡Eso es genial! Tenemos que vernos, Jeremy.

—Por supuesto, estoy deseando verte. ¿Cuándo te va bien?

—Podríamos comer juntos. ¿Te parece?

—Sí, me va perfecto.

—Pues quedamos, sobre las dos, en el centro. Te llevaré a un sitio súper *cool*, como a ti te gusta.

—No me esperaba menos de ti, bonita.

—Te mando la dirección en un mensaje. Hasta luego, Jeremy.

—Adiós, Ada.

—¿Quién era? —me pregunta Gabriel, que todavía está remoloneando en la cama.

—Es Jeremy, está en Barcelona y hemos quedado para comer, así que nos vemos esta noche, amor.

—Vale, aprovecharé para trabajar e ir a ver a mi padre. Tengo bastantes cosas pendientes —dice antes de bostezar—. ¿Estás más tranquila?

—Sí, Biel. No sé por qué, pero algo me dice que hoy va a ser un gran día. Aunque quizá no tendría que haberlo dicho en voz alta. ¡Mierda!

—No te preocupes, Ada. —Antes de que pueda levantarme de la cama, me coge por la cintura y me arrastra bajo las sábanas, donde nos acurrucamos cinco minutitos más.

—Gabriel, yo también tengo cosas que hacer. —Hago pucheros.

—Ah, ¿sí? —Me mira incrédulo.

—¿Qué crees, que los currículums se envían solos? —Lo miro con cierta ironía.

—Tienes toda la razón, así que no pierdas esa energía con la que te has levantado —dice, mientras se pone en pie y me da un beso en los labios—. Me voy a la ducha.

Ese estiramiento de brazos hace que me embobe contando los cuadraditos de su torso, pero enseguida me pongo en marcha.

La mañana pasa volando y cuando me quiero dar cuenta ya estoy cogiendo el metro para encontrarme con Jeremy en el centro. Todavía recuerdo todo lo que viví en Nueva York gracias a él y me cuesta creer que alguien confiara en mí solo con ver uno de mis vestidos en una fiesta. Fue una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida, sin duda. De hecho, creo que es una de las veces en las que he sentido que tengo suerte. La otra fue conocer a Gabriel.

—¡Eh, Jeremy! —lo saludo desde lejos al verlo apoyado en la pared del centro comercial con su pose de diva y uno de sus fulares ondeando al viento.

—¡Ada! —Jeremy corre hacia mí, y nos fundimos en un abrazo.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Muy bien, feliz de estar aquí. Tengo que contarte tantas cosas...

—Pues no se hable más, vamos a comer, que estoy hambrienta.

—¿No estarás embarazada?

—Anda, Jeremy, cállate. —Y se ríe de mí, cómo no.

Poco rato después, estamos comiendo en un restaurante de cocina mediterránea, y Jeremy está disfrutando cada una de las tapas como si no hubiera comido en su vida.

—¿Qué tal con tu bombón?

—Genial. —Se me pone cara de tonta y empiezo a divagar—. Nunca me había enamorado de esta manera y estoy muy segura de que él siente lo mismo por mí. Así que, en ese sentido, estoy muy feliz.

—Qué envidia, nena. Yo desde lo de John no he vuelto a tener nada serio. Y, créeme, me hace mucha falta. Tengo tanto amor que dar... —dice, poniendo morritos—. ¿Y vais a casaros? ¿Cuál es el siguiente paso? —me pregunta cada vez más excitado y con los ojos más saltones.

—No corras tanto, Jeremy. Paso a paso. Todo llegará. —Me paro a pensar—. La verdad es que nunca hemos hablado de eso.

—¿Te casarías con Gabriel?

—Sí. —Mi cara de boba enamorada vuelve a aparecer.

—¡Ay, Dios mío! Y pensar que yo vi nacer eso. Niña, tienes que prometerme que, si te casas, te haré el vestido de novia. ¡No podría consentir esa traición!

—¿Cómo osas decirme eso! Pensé que eso estaba pactado desde que nos conocimos —le digo, y nos reímos a carcajadas.

—Bueno, después de este momento «niña que sueña ser princesa», tengo que contarte algo muy importante. ¡Ya no puedo callármelo más!

—Dispara. —Una sonrisa se aposenta en mi cara.

—Verás, cuando te fuiste hablé con muchos de mis contactos y les enseñé fotos de tus diseños sin consultarte; espero que no te importe, porque lo cierto es que les encantaron. Todo el mundo empezó a hablar de ti en Nueva York.

—¡Ah, qué me dices! —No puedo contener la emoción, y al emitir ese chillido, los clientes de las mesas de al lado me miran. Yo, sencillita, para variar.

—Sí, Ada. No solo fue un éxito, sino que esa gente está pidiendo a gritos que diseñemos juntos. Tienes mucho talento, Adita. El mundo de la moda necesita alguien como tú.

—Esto es... —No me salen las palabras. Me llevo las manos a la boca en señal de nerviosismo y la sonrisa que protagoniza mi cara es de felicidad pura.

—No hace falta que digas nada. Bueno, sí. Vengo a proponerte una colaboración a largo plazo. Tú y yo: una nueva marca que dejará despampanantes a las *fashion victims* de hoy en día. ¿Qué me dices?

—¿Qué? ¿Me estás pidiendo que diseñemos juntos?

—Y que llevemos una campaña adelante con nuevas colecciones y nuevos desfiles en Nueva York. ¡Te necesito, Ada!

—¡Oh, Dios mío, esto es maravilloso!

—Que estés igual de emocionada es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. ¿Te imaginas lo que podemos hacer juntos, Ada? Veo la luz. Muchas luces.

—Espera, déjame que baje a la Tierra. ¿Tendría que mudarme a Nueva York?

—Claro, Ada. Te ayudaría a buscar un piso. Mientras, podrías quedarte en mi casa. Podríais quedaros en mi casa, quería decir.

—Tengo que hablarlo con Gabriel. Después de verme resoplar, día sí, día también, al no encontrar trabajo, esto le va a entusiasmar.

—Sé que es un gran cambio, pero valdrá la pena. Es muy difícil hacerse un nombre en este mundo y de ti ya están empezando a hablar. Es tu momento. ¡No lo dejes escapar!

—Si me lo dices así, no puedo decirte que no.

—Piénsatelo. Yo estaré unos días aquí antes de volver a Nueva York. Espero que digas que sí, y empecemos a preparar tu nueva vida en la Gran Manzana.

—Me lo pensaré.

Me despido de Jeremy de una forma distinta, como si lo fuese a ver muy pronto. Nuestra conversación invade mis pensamientos. «Tú y yo arrasando en los desfiles de Nueva York», se repite una y otra vez en mi cabeza. Estoy deseando contarle a todo el mundo la propuesta de Jeremy. Mi vida daría un giro de ciento ochenta grados.

Bajo mi piel hay un hervidero de emociones y sentimientos. Mientras paseo por las calles de Barcelona, pienso en cómo cambiaría mi vida si aceptase la propuesta de Jeremy. Lo pasé muy mal durante el viaje al estar lejos de mi familia. No estoy segura de poder separarme de ellos otra vez. ¿Sería algo temporal? ¿O me quedaría allí para siempre? ¿Y Gabriel? ¿Qué haríamos?

Se hace de noche y he llegado a la estación de metro, que está terriblemente concurrida. No puedo casi ni respirar y mis pensamientos empiezan a contradecirse. Todos tenemos monstruos y los míos acaban de aparecer en forma de miedo. Pasada la euforia inicial, siento vértigo. ¿Y si no soy capaz de adaptarme? ¿Y si no funciona? ¿Podría soportar ese fracaso? Un *déjà vu* vuelve a mi mente: el momento en que gané un sorteo que cambiaría mi vida. Ese día conocí a Gabriel, pero también conocí a la nueva Ada. La Ada que sale de la zona de confort y se enfrenta a sus miedos. Que coge un avión con destino desconocido y... *ya se verá*. Yo ya no soy la misma, pero tengo mucho miedo. Y solo una persona puede ayudarme a ver con claridad esta oportunidad que me está otorgando la vida con veintiséis años. ¿Es muy egoísta pensar que Gabriel pueda abandonarlo todo y venirse conmigo? Su padre no ha mejorado nada desde que llegamos a Barcelona y puede que siga así durante muchos años. Tampoco quiero abandonarlo u obligarlo a tomar una decisión drástica. Tengo que hablar con él.

—Amor —abro la puerta y dejo la chaqueta en la entrada—, ya estoy en casa.

—¿Qué tal el día? —me dice desde la cocina, donde debe de estar preparando algo para cenar.

—Bien, muy bien. —Todavía no sé cómo soltar la noticia.

—¿Todo bien con Jeremy? —me pregunta.

—Más que bien. —Mi cara cambia al momento y una sonrisa se aposenta en ella.

—Me alegro, Ada. Podríamos quedar con él otro día e invitarlo a cenar.

—Gabriel... —Allá vamos.

—¿Qué?

—Jeremy me ha propuesto hacer una colaboración a largo plazo con él. Ya sabes, diseñar juntos y hacer nuevas colecciones.

—¿En serio? ¡Ada, eso es genial! —Sonríe al recibir la noticia y se acerca corriendo para abrazarme—. ¿Ves? Había que tener un poco de paciencia. Yo sabía que acabarías haciendo lo que te gusta tarde o temprano.

—¡Estoy tan emocionada, Gabriel!

—Y yo por ti, nena. Tenemos que celebrarlo.

—Espera, es que no te he explicado todo. Estoy tan nerviosa...

—Va, cuéntame.

—Todo esto, la colaboración con Jeremy... es en Nueva York.

—Eso está bien, ¿no? —Gabriel no sabe cómo reaccionar.

—Tendríamos que vivir en Nueva York. Tengo que estar allí para poder dedicarme de lleno a esto.

—Espera, espera... ¿Qué? —Ahora su rostro ha cambiado.

—Gabriel, sé que esto es un *shock* tremendo. Yo todavía no me lo creo y ni siquiera he tomado una decisión. Esto implicaría muchas cosas que no sé si estoy preparada para hacer, pero si tú me apoyas, estoy dispuesta a afrontar todo lo que tenga que venir. —La conversación se ha tornado cada vez más seria y mis ojos piden y suplican que me comprenda, que estemos juntos en esto—. Necesito que me entiendas.

Tarda más de cinco segundos en responder. Creo que los cinco segundos más largos de toda mi vida. No sé lo que intenta expresar con sus movimientos.

—Te entiendo, Ada.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Te parece bien?

—Es tu sueño, claro que me parece bien.

—¿De verdad? —pregunto, esperanzada.

—Ada, esto me ha pillado por sorpresa.

—Sí, lo sé. A mí también, esto es una locura.

—No sé cómo decirte esto. —Está nervioso y mira a los lados como si no supiera qué hacer.

—¿Qué pasa, Gabriel?

—Espero que tú también me entiendas. Yo ahora no puedo irme a vivir a Nueva York. En este momento de mi vida, no.

—Pero, pero...

—¿Qué iba a hacer yo allí? ¿Tú sabes el lío que tengo para evitar que el bufete, al que mi padre ha dedicado toda su vida, no se hunda? Mi padre está en el hospital y no sé si algún día despertará, pero prefiero pensar que sí. Y quiero estar aquí, si eso ocurre.

—Pero yo quiero estar contigo.

—Yo también quiero estar contigo, Ada.

—Yo ya me he acostumbrado a ti; a mirarte la carita de dormido todas las mañanas cuando me despierto, a reírme contigo cuando no entiendo algo de la jerga de abogados, a acurrucarnos todas las noches antes de dormir... Gabriel, yo ya no me imagino la vida sin ti.

—Ada, ya lo he hecho mal con mi padre todo este tiempo. Ahora no puedo dejarlo. No voy a hacerlo.

—Gabriel...

—Ada, no puedes hacerme esto. No me has dejado otra opción.

—Sí hay una opción. Nosotros. Tú y yo en Nueva York. No puedo hacerlo sin ti, y lo sabes.

—Sí que puedes, claro que puedes. Ya perdiste una oportunidad cuando abandonamos el viaje. No puedes desaprovechar esta.

—No. Si tú no vienes, nada de esto tiene sentido.

—Ni se te ocurra hacer eso.

—Y tanto que lo voy a hacer. Ya está decidido. Llamaré a Jeremy para decirle que no cuente conmigo.

—Ada, ¿qué estás diciendo? ¿Qué ha pasado con la Ada luchadora y valiente? ¡Dime! ¿Dónde está? No es la que me está hablando ahora mismo.

—Gabriel, no puedo más. Vaya maldita suerte que tengo.

—¿Te crees que es fácil para mí que venga una tarde con semejante proposición?

—Yo nos imaginaba allí. Te veía allí conmigo, apoyándome en algo que es muy importante para mí.

—Y lo haré siempre, Ada. Siempre voy a apoyarte. Porque te lo mereces. Pero ¿has pensado en mí en algún momento? No digo que no tengas que aceptar, pero creer que yo voy a dejarlo todo e ir detrás de ti es muy egoísta por tu parte. No puedo irme de aquí.

—¿Y qué significa eso? ¿Quieres dejarme?

—Ada, yo... no lo sé. No sé qué tengo que hacer.

—¡Gabriel! ¿Qué pasa con nosotros? —Ahora son lágrimas las que resbalan por mis mejillas.

—Yo... no lo sé, Ada. Esto ha trastocado todos los planes que tenía contigo.

—¿Qué planes?

—Qué más da eso. Sé que siempre has soñado con conseguir una oportunidad como esta.

—Mi sueño eres tú, Gabriel.

—Ada, yo te quiero.

—Yo también te quiero. —Me abrazo a él y los sollozos suenan cada vez más fuerte.

—Te quiero más que a mi vida. —Me agarra firmemente de los hombros—. Y eso es lo más importante. Y, precisamente, porque te quiero, no puedo permitir que renuncies a una oportunidad así.

—Gabriel, no me hagas esto.

—Eres más valiente de lo crees y podrás con todo.

—¿Qué va a pasar con nosotros?

—Llama a Jeremy y dile que cuente contigo.

—Gabriel, no cambies de tema.

—¡Tú díselo!

—¡No, no!

—¡Ada! Piénsalo. Tardarás poco tiempo en darte cuenta de que es lo mejor para ti.

—Pero ¿y tú?

—Yo me quedo aquí. No te preocupes por mí. —Acerca mi mano a sus labios y la besa con dulzura—. No te preocupes por mí —repite. Me quedo ensimismada mirando a Gabriel a los ojos hasta que aparta la mirada—. Si no te importa, necesito dar una vuelta. Vuelvo enseguida.

No digo nada, solo asiento. Biel sale por la puerta, dejándome hecha un mar de lágrimas y con una gran incertidumbre. Hay algo en mí que no está de acuerdo con él. Siento que todo mi mundo se desmorona. No te equivoques. Si te vas, lo pierdes. No. No puedo perder a Gabriel.

Cuando Gabriel entra por la puerta viene derecho hasta mí. No dice nada, pero me besa. Me besa con pasión. Como si se acabara el mundo en este mismo instante. Hacemos el amor hasta que las luces del alba comienzan a encenderse. Ahora, estirada en la cama, trato de pensar con claridad. ¿Qué voy a hacer?



33. La decisión más difícil

Gabriel

Me siento flotar bajo el agua, aislado de todo lo que me rodea. Los sonidos me llegan amortiguados, las sensaciones son lejanas, mi yo consciente está muy lejos de aquí. Esto no puede estar pasando, eso fue lo primero que pensé cuando Ada me dijo que se iba a Nueva York. ¿En serio? ¿Después de todo lo que hemos pasado? Esto no tiene sentido, debe de ser una puñetera broma del destino.

Salgo del bufete y cojo mi coche para dirigirme al hospital. Estaría bien que, al menos, hubiera buenas noticias por esa parte, pero sé que no va a ser así, ya que no he recibido ninguna llamada. Durante todo el camino sigo divagando sobre lo que ha pasado desde el día de la llamada de Jeremy.

Ha pasado una semana de eso. Una semana que ha pasado demasiado rápido. No puedo creer que en unas horas ella vaya a estar a miles de kilómetros de mí. Es que aún no puedo creerlo.

Durante esta semana ha estado organizando todos sus asuntos personales. Ha aprovechado las mañanas para empaquetar sus cosas y dejarlas listas para enviarlas por correo especial. Dice que necesita todos sus cacharros de diseño allí, así que la he ayudado a gestionarlo todo con una empresa de transporte. Por las tardes, ha estado con su familia y nuestros amigos, y las noches... Las noches han sido nuestras. Lo cierto es que aún no sé cómo me mantengo en pie porque apenas hemos dormido estos días.

Hemos querido aprovechar cada segundo que nos quedaba juntos, sacándole el máximo jugo a ese tiempo que se nos ha ido acabando poco a poco hasta que no ha quedado nada.

Creo que esta ha sido una de las decisiones más difíciles que he tenido que tomar en toda mi vida. Toda la situación es tan absurda que casi podría reírme, si no fuera porque estoy hecho una mierda.

Ada necesita, de verdad, esta oportunidad, y no voy a ser yo quien impida que la aproveche de ninguna manera. Por eso decidí, durante el paseo nocturno que di, que ella debía irse de este país estando soltera y sin compromiso. No quiero ser una sogá que la mantenga atada a un pasado que puede restarle posibilidades. Seamos realistas, estaremos a más de diez horas de avión, ¿cuánto podríamos vernos? ¿Una vez al mes? ¿Cada dos? No sería suficiente y acabaríamos haciéndonos mucho daño. Además de añadirle el hecho de que tengo un bufete que dirigir y mantener a flote. Porque, aunque Hugo está por aquí, también viaja bastante a China, ya que no podemos desentendernos de esa parte del negocio. Tampoco puedo viajar muy lejos porque, si mi padre

despierta, quiero estar cerca.

La amo y por ese mismo motivo tengo que alejarme de ella. Quiero que consiga lo que ha estado soñando durante toda su vida y sé que va a lograrlo ¿Cómo han quedado las cosas? Pues después de mucho hablar, aparte de decidir que cortaríamos la relación, hemos decidido no interactuar. Es duro, va a doler, pero es lo mejor. De otra manera solo alimentaríamos una esperanza que no llegaría a ninguna parte. Puede que en algún momento nuestros destinos vuelvan a cruzarse, puede que no, pero, al menos, tendremos todo lo que hemos vivido hasta ahora.

Llego al hospital sin saber bien cómo lo he hecho. He estado completamente distraído todo el camino. Subo en el ascensor y me preparo para esa extraña sensación que me asalta cada vez que entro en su habitación.

—¡Hola, Gabriel! Hoy vienes pronto —me dice la enfermera que está en el control.

—Sí, he podido escaparme antes. —Mentira, es que no podía concentrarme en nada y por alguna extraña razón venir al hospital y hablar con mi padre se está convirtiendo en una especie de terapia para mí.

—Sigue igual, no ha habido cambios.

—Gracias, Carmen.

Me dirijo a su habitación y, como siempre, antes de cruzar la puerta, cojo aire. Me acerco a él, beso su frente y después acerco la silla a su cama y me siento, mirando su perfil.

—Hola, papá. No sé si cuando despiertes vas a recordar algo de lo que te explico, pero voy a seguir haciéndolo. Te estás convirtiendo en mi psicólogo —bromeo, aunque el único que sonrío soy yo—. Hoy se va. No puedo ni apenas pronunciarlo en voz alta, porque es como si entonces fuera más real. Lo es, ella se marcha. Va a coger un vuelo de ida en unas horas y no tiene billete de vuelta. Y te preguntarás qué estoy haciendo aquí en vez de estar en el aeropuerto con ella, pero es que no puedo decirle adiós.

»Nunca me han gustado las despedidas, y con ella aún menos. Llevo toda mi vida adulta, o parte de ella, huyendo de esto, de estos sentimientos. No quería que esto volviera a pasar, que volvieran a partirme en dos, pero ha vuelto a ocurrir y ni siquiera me he dado cuenta de cómo. Se fue metiendo dentro de mí sin pedir permiso. Calando cada día más hondo. Y ahora... se va.

Me quedo callado durante unos minutos, quizá esperando una réplica que no va a llegar. Mi respiración empieza a acelerarse y me doy cuenta de algo. Necesito verla, necesito llegar a ella antes de que suba a ese avión. Me pongo en pie tan deprisa que la silla golpea la pared detrás de mí.

—Tengo que verla. Adiós, papá. —Dejo un beso apresurado sobre su frente y salgo casi corriendo de la habitación, despidiéndome con la mano de las enfermeras, que me miran sorprendidas.

De camino a mi coche llamo a Evan. Sé que todos ellos iban al aeropuerto con ella para despedirse. Pongo el manos libres, arranco el coche y me incorporo a la carretera rumbo al aeropuerto.

—Ya era hora, capullo, llevo un buen rato esperando a que llamas. Terminal uno. —¿Cómo puede conocerme tanto?

—Gracias.

—Si no te das prisa, no llegarás y necesita verte.

—Y yo a ella, no dejes que pase el control.

—Haré lo que pueda.

—Júralo.

—Gabriel...

—Lo sé, lo sé... solo intenta que espere, pero no le digas que voy para allá.

—De acuerdo, gánate unas cuantas multas.

—Lo intentaré. —Cuelgo y acelero al entrar en la autopista, pasando el límite de velocidad, aunque no por mucho, tampoco quiero que me lleven a la cárcel porque, si no, esto no serviría de nada.

Por suerte, el tráfico es bastante fluido y en veinte minutos estoy en los alrededores del aeropuerto, pero, entonces, me veo obligado a reducir la velocidad debido a que aquí el tráfico se ha vuelto más denso. Golpeo el volante frustrado.

—¡Mierda!

Me quito la corbata porque noto que empieza a asfixiarme. Desabrocho los primeros botones de la camisa y subo las mangas hasta los codos, la americana quedó descartada en el asiento del copiloto después de la carrera hasta el coche.

La cola avanza lentamente para mi desesperación. Creo que me voy a quedar calvo de tanto tirarme del pelo. Tengo los nervios de punta, no voy a llegar a tiempo... Mi móvil suena.

—¿¿Dónde coño estás?!

—¡Casi en la puerta! ¡Hay mucha retención!

—Va a entrar al control.

—¡No! ¡No! ¡Ya llego, Evan! ¡No la dejes cruzar! —Cuelgo.

Doy un volantazo y me meto en el arcén, solo me faltan unos metros para llegar a la zona de salidas. Por suerte, no me cruzo con ningún policía. Me cuelo delante de otro coche, que está a punto de estacionar, para aparcar el mío en la zona en la que te dejan estar solo unos minutos. Es mi única opción. El tío del otro coche me grita y pita, pero me da igual, nadie va a pararme ahora.

Me bajo del coche y echo a correr sin mirar atrás. Sé dónde está el control. Ella debe de estar cerca, así que corro resbalando por el pavimento encerado, apartando a la gente que se cruza en mi camino. Oigo muchas quejas e insultos, pero me importa poco, solo quiero llegar hasta ella.

Veo el control al final del pasillo y corro más. Noto cómo el sudor empapa mi cuerpo y mis pulmones demandan cada vez más oxígeno, pero sigo sin detenerme. Puedo ver asomar la cabeza de Marc por encima de la gente. Él es muy alto y se le ve desde lejos. Evan debe de haberle dicho que estoy de camino porque mira en todas direcciones, buscando a alguien. Unos segundos después me ve y la mirada que me dedica no me gusta. Sé lo que significa: he llegado tarde.

Llego a la entrada del control derrapando, agarrándome a Marc para frenar.

—¿Dónde... dónde está? —Apoyo las manos en mis rodillas, doblándome por la mitad, intentando hablar con el poco oxígeno que me queda después de la carrera.

—Ha entrado ya, no podía esperar más. Lo siento —me dice Evan.

Levanto la vista y ahí están todos, mirándome, tristes: sus padres, su hermano, las chicas, Marc y Evan. Me incorporo y voy hasta la barrera para ver si la veo. No lo consigo.

—¡Ada! ¡¡¡Ada!!! —El guardia de seguridad me mira mal, le dice algo a su compañero y este viene hacia mí.

—Deje de gritar o tendremos que pedirle que salga del aeropuerto.

—Gabriel. —Me giro al oír a Hugo. No lo había visto. Pone algo delante de mi cara que al principio no reconozco. Es un billete de avión.

—Ve a por ella. —Me guiña el ojo y veo como detrás de él todos aplauden y dan saltos emocionados.

Cojo el billete y voy hasta el guardia que antes me ha mirado mal, le doy el billete y la

documentación y paso. Como no llevo nada de equipaje, paso el control muy rápido. Corro hasta las pantallas y busco su puerta de embarque. Cuando veo cuál es, empiezo a correr otra vez. Espero llegar a tiempo.

Corro por toda la puñetera terminal sin parar hasta llegar allí. Me detengo, mirando en todas direcciones. No la veo. Mi corazón se para por un segundo, porque acelerarse más sería imposible. No puede ser que haya embarcado porque todavía no están las azafatas en la puerta. Sigo mirando las filas de asientos sin encontrarla cuando, de pronto, la veo y mi corazón da un doloroso salto de emoción. Está al fondo, mirando por la ventana cómo despegan los aviones.

Me acerco a ella despacio, observando su silueta; ese cuerpo que ahora conozco tan bien. Mis manos pican por tocarla, ¿cómo sobrevivir sin ella? Sin su mirada, sin su voz, sus sonrisas, sus enfados, sus manos, sus abrazos, su calidez, su dulzura... sin toda ella. Parece imposible.

Me coloco a su espalda y pongo mis manos en su cintura, lo que hace que se sobresalte.

—Soy yo, nena —susurro, y ella se gira hacia a mí, sorprendida.

—¿Biel? Pero... ¿cómo has...? ¿Por qué has...? Tú no querías...

—Chisssttt... estaba equivocado. Necesitaba venir.

—Biel...

—Eres lo más importante que hay en mi vida, Ada, y eso no va a cambiar, ni ahora ni nunca. Tú siempre vas a estar aquí, es tuyo. —Cojo su mano y la aprieto contra mi acelerado corazón. Las lágrimas empiezan a resbalar por su cara y acerco mis labios a sus mejillas para atrapar tantas como pueda. No me gusta verla llorar—. No llores.

—Es que... yo...

—Lo sé. Pero vas a irte, cielo. Vas a ir a ese país, vas a triunfar y vas a volver a mí. —Sonríe y mi corazón se ensancha.

—Te amo. —Me mira a los ojos mientras sostengo su cara entre mis manos.

—Tanto como yo te amo a ti. Por eso vas a aprovechar esta oportunidad, porque te lo mereces, y quiero que seas feliz. Porque así los dos podremos ser felices, ¿de acuerdo?

Ella solo asiente y se aferra a mi cintura con más fuerza. Quizá no debería hacerlo, pero tiro de su cara hacia arriba y bajo mi boca hasta que encaja con la suya y se siente malditamente bien. Se siente como Ada, como yo, se siente como nosotros.

Llaman a embarcar, interrumpiendo nuestro momento, es hora de la despedida. Todo está dicho, todo está hecho. La acompaño hasta la puerta y, antes de cruzar, vuelve a unir nuestros labios en un beso que se mezcla con las lágrimas de ambos.

Cruza la pasarela, se gira y me lanza un último beso con una triste sonrisa, antes de desaparecer dentro del avión.



34. Nochevieja, noche bella

Ada

7 meses después...

Los cristales de la ventana se empañan y el frío se cuele por las rendijas. Las calles de Manhattan amanecen nevadas y se respira ambiente festivo. Esta noche es fin de año. Se cierra un ciclo para todos. También para mí.

Pocos meses después de trasladarme, Jeremy y yo presentamos la colección para la que habíamos trabajado durante semanas. El desfile de presentación fue un éxito y los encargos empezaron a ser algo habitual. Tal era la carga de trabajo, que no había tenido tiempo de sentir lo mucho que había cambiado mi vida. Pasarme el día entre telas me hacía profundamente feliz. Había hecho nuevos amigos y empezaba a acostumbrarme a los largos atascos dentro del taxi y a los zapatos de tacón que se aferraban a los agujeros de las alcantarillas. En cuanto al inglés, fue más sencillo de lo que pensaba y Jeremy me ayudó mucho en el proceso. A los pocos meses ya me desenvolvía bastante bien.

—Eh, Ada

—Dime, Jeremy —le digo, tras volver al mundo real.

—¿Ya lo tienes todo preparado para esta noche?

—Sí, todo listo. Me voy a poner el vestido negro sencillo que te enseñé el otro día.

—¿En serio? —Me mira con cara de asco.

—Sí, ¿qué le pasa a mi vestido?

—¡Que es fin de año! Ponte algo rojo potente o con *brillibrilli*. ¡Que se vea el espíritu festivo, nena!

—Es que no me apetece.

—Es tu primera Nochevieja en Manhattan. Vamos a ir a una *superfiesta* que te va a encantar.

—¿Sí?

—De verdad, confía en mí.

—En ese caso... me pondré el dorado.

—Yo me voy a ir ya, tengo que hacer... unos recados.

—¿Quieres que te ayude en algo?

—No... no puedes.

—Ah, bueno, como usted quiera. —Pongo los ojos en blanco y vuelvo a mirar mi pantalla de ordenador.

—Es que... bueno, ya lo verás.

—Estás muy raro tú hoy. —Después de tantos meses trabajando codo con codo sé cuándo no me quiere contar algo.

—Para nada. Me voy, Adita. No trabajes mucho, que por hoy ya está bien.

—Me quedaré solo un rato más. —Le sonrío como si fuese a hacer algo malo.

—Nos vemos esta noche. Pasaré a buscarte por tu casa a las nueve.

—Hasta luego, Jeremy.

Sale de la oficina y empiezo a apreciar el silencio del estudio. Desde mi asiento, miro el móvil con intranquilidad. No es una buena idea, tengo que pasar página. Pero acabo alargando la mano y dándole un vistazo a mis redes sociales. Al ver las fotos de mis amigas, sonrío orgullosa. Se lo están pasando bien. Cómo me gustaría pasar, aunque sea, un ratito con ellas. Mi hermano Edgar sigue como siempre y los comentarios que se lo hacen saber también. Luego, sigo bajando con la esperanza interior de verlo. De ver su cara. ¿Dónde estás? Necesito verte. Pero no hay ni rastro. Quizá es lo mejor. He sabido de él y del estado de su padre a través de Sara y Miranda. No voy a negar que sienta remordimientos por haberme marchado. Es como si lo hubiera abandonado en el peor momento. Pero él me animó a hacerlo y yo necesitaba cumplir mi sueño. Aunque Gabriel vino a buscarme al aeropuerto, solo fue una despedida. Decidimos no mantener el contacto para no hacernos más daño. Pocas veces la realidad es bonita como en las películas.

Abandono mi tarea, cojo mi abrigo y salgo del estudio.

A 6131 kilómetros de Manhattan...

(6 horas antes)

Marc y Evan entran por la puerta de casa. Llevan unos billetes en la mano.

—Eh, Gabriel. ¿Listo para esta noche? —me pregunta Marc, entusiasmado.

—No, ¿por qué?

—Porque acabamos de contratar unos billetes de última hora y nos vamos a pasar la noche a Madrid. Evan, Hugo, Edgar, tú y yo. ¿Qué te parece la idea?

—Que quizá podríais habérmelo consultado antes. No sé, ¿y si tengo cosas que hacer? ¿Y si he quedado con alguien?

—¿Has quedado con alguien, Gabriel? —pregunta Marc.

—No.

—Y no vas a hacer nada porque es Nochevieja. Fin de la historia —insiste.

—Tampoco es que tenga muchas ganas de viajar ahora.

—Gabriel, tienes que pasar página. Ella... no va a volver —dice Evan en voz alta, y parece que todavía duele.

—Sé que tenéis razón.

—Necesitas un poco de aire fresco, distraerte y no pensar en nada.

—Para eso hubiese sido mejor no invitar al hermano de Ada, pedazo de capullo —le reprende Marc a Evan.

—No caí, ¿vale?

—¡Parad! Me alegro de que venga Edgar. Hemos hablado bastante últimamente y me ha ayudado mucho.

—¿Lo ves? —Evan mira a Marc con cara de burla.

—¿Y Sara y Miranda? ¿No vienen? —pregunto, extrañado.

—Ellas...

—Van a pasar el fin de año con Ada —interrumpe Evan.

—Bravo, Evan, estás sembrado —escucho a Marc decir en voz baja.

—Ah, se van a Nueva York. Pues nosotros a la noche madrileña, no se hable más. —Y mis palabras parece que los animan y les hacen recuperar el humor festivo. De pronto, me entran ganas de una noche así con mis amigos. Pasándolo bien como en los viejos tiempos.

Manhattan

Son las nueve y estoy preparada para salir. Al final, me he enfundado el vestido dorado con brillantes y los taconazos. Jeremy debe de estar al caer.

—Baja, bonita. —Escucho desde la ventana. Es él, que asoma la cabeza por el techo de una limusina. Espera... ¿Una limusina?!

—¡Estás como una cabra! —le grito.

—¡Baja o no llegamos a la fiesta!

Sin decir nada, me pongo el abrigo y bajo corriendo. ¡Qué ilusión!

—Jeremy, ¿por qué has contratado una limusina?

—Cosas de la vida. Mira quién ha venido a verte... —Qué estará tramando este hombre.

Cuando baja la ventanilla no me lo puedo creer.

—¡¡Aaaahhhh!! ¿Qué hacéis aquí? —Son Sara y Miranda. Todas chillamos al unísono.

—Vamos, entra, la limusina nos cobra por minutos.

—Con un taxi hubiese sido suficiente —digo, mientras me cuelo dentro.

—Queríamos hacer una entrada triunfal, ¿vale? Para que veas que Richard Gere a nuestro lado se queda muy cortito.

—¡Aaaahhhh! —Las tres nos fundimos en un fuerte abrazo, y Jeremy, envidioso, acaba uniéndose.

—¡Qué alegría veros después de tanto tiempo, mis chicas! —Casi lloro de la emoción por la sorpresa.

—Y nosotras de verte a ti. No íbamos a perder la oportunidad de pasar el fin de año contigo —dice Sara, tan mona como siempre.

—Ay, Sarita, cuánto he echado de menos tu voz dulce y responsable.

—¿Y yo? —pregunta Miranda, poniendo ojitos de gatito, pero a mí no me la da.

—A ti también, tonta...

—¿Champán? —dice Jeremy con ojos saltones, enseñando una botella.

—¡Dale! —le digo.

Cuando conseguimos descorchar la botella, todo son risas. Estamos llenos de champán y felices de estar juntos. Llegamos a la fiesta, que es en un rascacielos cercano a Times Square, donde ya hay miles de personas agrupadas a la espera de la cuenta atrás y los fuegos artificiales.

Entramos todos cogidos del brazo como cuatro divas, dejando purpurina de nuestros trajes por la alfombra del lugar. Miranda, de verde; Sara, de negro; Jeremy, de rojo, y yo, de dorado. ¡Solo nos faltan los flashes!

—Tía, esto es alucinante. ¡Nunca habíamos estado en una fiesta así! —me dice Miranda, que no para de mirar alrededor con cara de felicidad.

—A juzgar por lo que veo, aquí hay gente de pasta. Sí, sí.

—Vamos a buscar nuestra mesa, bellas —les digo.

Nos acomodan en una mesa redonda en la que estamos acompañadas de algunas personas importantes del mundo de la moda. Nos presentamos y todos parecen buena gente, así que charlamos durante largo rato mientras degustamos una comida exquisita emplatada en pequeñas porciones y muchos platillos.

Cuando terminamos nos desperdigamos por el salón, donde la música de ambiente está cada vez más alta y las luces más enfocadas en la pista de baile. Hay muchos camareros que pasan con bandejas llenas de copas con champán. Por un momento, pierdo a mis amigas mientras alcanzo otra copa. Justo entonces, aparece Michael, uno de mis nuevos amigos.

—Ada, no sabía que estarías en esta fiesta. —Viene, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—Yo tampoco sabía que venías —le devuelvo el saludo—. ¿Qué tal?

—Muy bien, ahora más contento de saber que estás aquí y, al menos, conozco a alguien de la fiesta. —Ríe.

—¿Has venido solo?

—No exactamente, pero he perdido a mis amigos.

—Pues ya somos dos. —Reímos.

—¿Te has hecho tú el vestido?

—A medias, lo compré y le añadí algunos detalles de última hora.

—Estás preciosa.

—Gracias, Michael.

—Hola, ¿interrumpo algo? —es Sara.

—No, para nada. Te presento a Michael, un amigo.

—Oh, hola, Michael, yo soy Sara. Encantada.

—Lo mismo digo.

—¿Has visto a Miranda? —aprovecho para preguntarle.

—No, justo estaba hablando con ella de que todavía no han repartido las uvas y cuando me he despistado un momento ya estaba fuera de mi vista.

—Aquí no comen uvas para despedir el año, cariño —le digo.

—Ya, al final me he dado cuenta.

—Pero he comprado. Podemos comernos las doce uvas cuando llegemos a casa. Para no perder la tradición, ya sabes.

—¡Genial! Aunque me da a mí que esta noche se va a alargar. —Me hace ojitos y sonrío picarona.

—¿Qué os parece si bailamos antes de las doce? —nos pregunta Michael.

—No soy Cenicienta, pero podré soportarlo —bromeo, y nos vamos los tres hacia la pista de baile.

Madrid

Puerta del Sol. No cabe ni un alma. Hace un frío del demonio y damos un poco de pena con los trajes de pingüino que nos hemos puesto. Sí, de pingüino. Y no estoy hablando de un chaqué. Ha sido muy gracioso, sobre todo porque, cuando me dijeron que todo el mundo se disfrazaba en esta plaza, no esperaba que fuésemos los únicos. Algún gorro por allí, una peluca por allá, pero ni rastro de otros pingüinos. Al menos, a la gente de nuestro alrededor le ha hecho gracia porque no paran de venir a hablarnos y a hacerse fotos con nosotros.

—Ha sido una gran idea, chavales —dice Edgar.
—La mejor que hemos tenido en mucho tiempo. —Marc levanta la copa entre risas y propone un brindis—. Bridemos por nosotros.
—Y que el año que viene sea igual o mejor que este —dice Evan.
—Si puede ser, que estemos mejor acompañados el año que viene —añade Hugo.
—¿Qué ha pasado con la enfermera? —le pregunto.
—Mejor ni preguntes. Salió todo mal. O eso creo porque no ha vuelto a llamarme.
—Pues mal hecho, tío, es la enfermera de tu padre. Vas a tener que verla sí o sí.
—Y eso es lo que quiero —contesta, algo tristón.
—Uy, ya tenemos drama —suelta Edgar.
—No, va, en serio, no hablemos de este tema, hemos venido a alegrarle la noche a Gabriel —apunta Evan.
—Ay, Carla... —dice Hugo en tono jocoso.
—Demasiado contento estoy ya, parad de darme champán, por favor —les suplico.
La música suena y los presentadores ya están en sus balcones preparados para dar las campanadas. Quedan pocos minutos.
Unas chicas se acercan a nosotros. Van disfrazadas de osos polares. Nuestra fauna se hace más grande.
—¡Hola, chicos! —dice una de ellas, algo achispada.
—¿Sabes cuánto pesa un pingüino? —pregunta Edgar, que ya ha puesto ojos tiernos y amplia sonrisa.
—Pues no, pero seguro que me lo vas a decir.
—Lo suficiente para romper el hielo —contesta, risueño.
Todos reímos. Me esperaba de todo menos algo así.
—Me llamo Irene.
—Encantado.
—Ay, Carlita, ¿por qué te fuiste? —Hugo sigue con su drama particular, pero al menos en modo cómico.
—Bueno, ¿qué? ¿Brindamos ya? —pregunta Marc.
—Por nosotros —propongo.
—¡Por nosotros! —decimos al unísono.
Baja el carillón y suenan los cuartos. Tenemos nuestras uvas preparadas para despedir el año.
Una, dos, tres, cuatro...
Nos comemos las uvas al ritmo de las campanadas y, como siempre, Evan se atraganta y Marc empieza a reírse. Así no se puede...
Cinco, seis, siete, ocho...
Evan tiene la boca como un hámster. Es imposible acabar.
Nueve, diez, once...
Solo un segundo más para despedir este año. Un último segundo para pedir un deseo. No lo digo en voz alta, pero estoy pensando en ella.
Doce. ¡Feliz año nuevo!

Manhattan

La música ha cesado y todos nos acercamos a la ventana para ver la cuenta atrás de Times Square.

La gente está preparada.

Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos...

Un último pensamiento pasa por mi cabeza: él. Lo recuerdo con una sonrisa, porque no me arrepiento de nada. Miro al cielo, que enseguida estará plagado de colores.

¡Uno! ¡Feliz año nuevo! Vuela el confeti y todo el mundo salta. A diferencia del resto, me abrazo a mis amigas y nos decimos algo al oído. Este va a ser nuestro año. Así lo presiento.



35. Deseo Gabriel

Entreabro los ojos, pero mis párpados pesan. Los noto como llenos de arena. Genial, tengo una resaca de campeonato. Tardo unos segundos en ubicarme. Seguimos en Madrid. Por suerte, los chicos se acordaron de reservar una noche de hotel.

Si digo la verdad, no sé cómo llegamos, ni cómo se llama, ni dónde está. ¿Se puede ser más patético? Hasta donde recuerdo, la noche no estuvo mal, exceptuando el hecho de que creo que fuimos los que más dieron la nota con esos puñeteros disfraces... Bebimos, nos comimos las uvas, o casi, reímos mucho y pasamos un frío de cojones, pero por unas horas mi cabeza descansó.

Me estiro en la cama para desperezarme y noto algo frío enredado entre las sábanas, mi móvil. Un recuerdo vuelve de repente a mi cabeza y lo maldigo. No puede ser, no puedo haber sido tan idiota. Suspiro y me armo de valor para mirar el aparato. Entro en la aplicación de mensajes y lo veo, solo le faltan señales luminosas alrededor. Lo envié, envié el puto mensaje y lo ha leído. ¿Lo peor? No ha contestado.

Tiro el móvil lejos de mí y me dejo caer en la cama, mirando al techo. ¿Cómo puedo ser tan gilipollas? Quedamos en que no mantendríamos el contacto y la he cagado. Unos golpes en la puerta desvían mi atención. Al incorporarme de nuevo, veo que al otro lado de la habitación hay otra cama y una cabeza pelirroja descansa sobre la almohada: Evan.

Me levanto y abro la puerta, Marc está al otro lado con cara de sueño.

—¿Estáis vivos?

—Pues no le he comprobado el pulso, pero supongo que respira. —Hago un gesto por encima del hombro en dirección a la cama de Evan.

—¿Lo comprobamos? —me dice con una sonrisa maligna. Me aparto de la puerta para que pase.

—Estoy despierto, capullos. Marc, ni se te ocurra mojar me porque iré a por ti —dice Evan sin moverse ni un centímetro.

Marc para en seco su excursión al baño de nuestra habitación y se da la vuelta, refunfuñando.

—Vaya aguafiestas... Voy a pedir el desayuno.

En ese momento me fijo bien en la habitación y veo que estamos en una *suite*. Hay otra puerta a mi izquierda, que supongo que es donde han dormido los demás y, frente a mí, una amplio salón y una enorme mesa.

Me asomo a la habitación de al lado y veo a Hugo con el traje de pingüino aún puesto y su

teléfono cerca de la cara. Vaya... se nota que somos hermanos. Me giro hacia la sala, buscando a Edgar, pero no lo veo.

—Marc —lo llamo, una vez que acaba de pedir nuestro desayuno—, ¿dónde está Edgar?

—Pues... buena pregunta.

—¿Lo hemos perdido?! ¿Qué es esto? ¿Una copia barata de *Resacón en Las Vegas*? —suelto, nervioso.

—No lo hemos perdido, cálmate —dice Evan desde la puerta—. Se fue con una de las chicas que conocimos anoche.

—¿Y tú cómo te acuerdas de eso? —pregunto, extrañado.

—Pues porque yo no estaba como una cuba anoche. ¿Quién crees que os trajo hasta el hotel? Que, por cierto, sois unos putos coñazos cuando estáis borrachos. Sobre todo tú —dice, señalando a Hugo, que aparece bostezando por la puerta de su habitación.

—Vale, ¿y sabe dónde estamos? —Como hayamos perdido al hermano de Ada es capaz de venir desde Nueva York solo para asesinarlos.

—Pues no estaba muy lúcido, la verdad. Con suerte no ha perdido su móvil y podemos llamarlo...

En ese momento llaman a la puerta. Marc se levanta del sofá y va a abrir.

—Buenos días... —Se aparta de la puerta y un chico con un carrito, que lleva nuestro desayuno, entra a la habitación—. Chicos, he encontrado al niño perdido.

Todos nos levantamos y vamos hasta allí. Al lado de la puerta, fuera de la *suite*, está Edgar, echo un ovillo y roncando como un oso. Empezamos a reírnos sin poder parar.

—Os sugiero que metáis a vuestro amigo dentro de la habitación, si pasa el servicio de limpieza, son capaces de barrerlo —dice el camarero, mientras se aleja por el pasillo.

Marc sale y lo zarandea hasta que se despierta. Nos mira desde el suelo y vuelve a cerrar los ojos, avergonzado, al ver dónde está y que nos estamos riendo.

—Entra, anda, y cuéntanos cómo has llegado hasta aquí. —Marc lo ayuda a levantarse y todos nos sentamos a la mesa.

Mientras desayunamos, nos cuenta que la compañera de piso de su ligue lo echó a la calle anoche. Dijo que ella no iba a dormir con un extraño dentro de su casa, así que lo sacó al rellano a empujones y le cerró la puerta en la cara. Por suerte, tenía la dirección del hotel en el móvil y un taxi lo trajo hasta aquí. Al llegar a la habitación, llamó a la puerta, no le oímos y no le abrimos, así que se quedó dormido en el pasillo.

Nos reímos muchísimo con la historia, pero eso me recuerda que él no es el único que ha hecho una locura esta noche. Voy a guardármelo para mí. Si nadie lo sabe, no podrán darme el coñazo.

Una semana después...

Las chicas han vuelto de Nueva York y, como no habían pasado el fin de año con nosotros, se les ocurrió que era buena idea que celebrásemos juntos el día de Reyes y, además, hiciéramos un amigo invisible... Yupi...

Y aquí estamos hoy, en casa de Sara. Ella se había ofrecido voluntaria, pero quedamos que todos vendríamos pronto y cocinaríamos juntos. En eso estamos ahora mismo, intentando preparar algo decente que llevarnos a la boca. Ya veremos lo que sale del horno, porque con tanto vino corriendo por aquí, no sé bien qué estamos cocinando.

Después de meter la comida en el horno, decidimos hacer el intercambio de regalos. Dijimos

que serían regalos graciosos, solo para pasarlo bien. Y nos reímos muchísimo cuando Marc saca de la caja el tanga *mankini*, estilo Borat, que Miranda le regala, y él se empeña en probárselo. Miranda no le quita ojo de encima, Sara desvía la vista, roja como un tomate, y los demás nos carcajamos tirados por el suelo, partiéndonos de risa.

Un rato después, cuando ya hemos puesto la mesa y estamos sentados, Sara y Evan salen de la cocina con algo que huele realmente bien. Resulta que hemos hecho pollo al horno, pero ¡vaya pollo!

—¡Eso huele de maravilla, chicos! —les digo desde mi asiento.

Enseguida, Evan hace los honores y empieza a repartir un trozo para cada uno. Cuando ya estamos todos servidos empezamos a comer y por un momento solo pueden oírse gemidos y suspiros de placer.

—¡Buenísimo! Podríamos presentarnos a MasterChef.

—Marc, no alucines, que tú solo has servido vino en las copas... —le dice Evan, picándolo—. Aquí, la experta es Sara —dice, mientras le guiña un ojo.

—Bueno, chicas, ¿qué tal os fue por Nueva York? —Levanto la vista de golpe y miro con los ojos entrecerrados a Marc.

—Genial..., ya la has cagado.

—No pasa nada, Evan. No es un tema tabú, podéis explicarlo, no hay problema —digo más seguro de lo que realmente me siento.

Las chicas se miran entre ellas y, después de mantener una conversación telepática por unos segundos, Miranda se decide a hablar.

—Pues estuvo muy bien, la verdad. Jeremy lo organizó todo. Alquiló una limusina y nos llevó a una fiesta muy exclusiva. —Ambas se ríen.

—Sí, pero si no fuese por Ada, no nos comemos las uvas de la suerte —dice Sara.

Un denso silencio se establece en la habitación después de su intervención. Siento todas sus miradas clavadas en mí. Vale, momento de respirar hondo. Soy un adulto, puedo oír su nombre y hacer ver que no me afecta en absoluto. Aunque lo cierto es que es una mentira como una casa; ni siquiera me había permitido nombrarla en mi cabeza durante estos meses.

—¿Por qué os calláis? Sigue —le digo a Miranda.

Se miran entre ellas, pero Miranda y Sara rápidamente siguen contándonos.

—Lo pasamos genial. Poder celebrar el fin de año en Nueva York es algo que mucha gente desea y hacerlo por todo lo alto estuvo genial. La verdad es que todo fue bien... hasta la mañana siguiente.

—¿Por qué? ¿Teníais mucha resaca? —digo, acordándome de la nuestra.

—No, no fue eso. Ada estaba rara y nos comentó algo.

—¿El qué? —pregunto a Miranda con cautela.

No me gusta la dirección que está tomando la conversación... Miro alrededor y veo que todos alternan su mirada entre Miranda y yo. Sigo comiendo como si nada.

—Que había recibido un mensaje —suelta ella, y yo me atraganto.

El bocado que estaba tragando se me va por el otro lado y empiezo a toser como un loco. Marc se levanta e intenta ayudarme. Mierda, voy a morir ahogado por un puto trozo de pollo. Marc me coge desde atrás y, haciendo la maniobra de Heimlich, consigue que saque el trozo de comida. Me siento en la silla, agotado. Respiro, intento calmarme. A pesar de haber estado a punto de ahogarme, lo que tiene mi corazón a mil es el que ella haya nombrado el mensaje.

—¿Estás bien? ¡Qué susto nos has dado! Si lo sé no digo nada... —Miranda suena arrepentida.

—Estoy bien, tranquilos. Es solo que... no esperaba que nombraras el mensaje.

—¿Le enviaste un mensaje? ¿Y no nos dijiste nada? —dice mi hermano enfadado—. Luego soy yo el llorica que suplica.

—Yo no he suplicado nada, solo le envié un mensaje. Ni siquiera recordaba haberlo hecho hasta que vi mi móvil.

—¿Qué ponía? —pregunta Evan, curioso.

—Eso no es cosa vuestra —contesto, seco.

—Ada no nos dijo qué ponía, solo que le habías enviado un mensaje. Va... cuéntenoslo —me pide Miranda.

—No.

Un rato después, siento que mi cabeza ha entrado en bucle. Necesito salir de aquí, alejarme de todos estos ojos curiosos que me miran. Me levanto de la mesa y voy a buscar mis cosas. Cuando vuelvo todos están en la cocina, así que me acerco a Sara, que se ha quedado sola en el comedor.

—Gracias por la invitación. Me voy...

—No te preocupes, si necesitas algo, sabes dónde estamos.

—Gracias. —Le doy un abrazo rápido.

Salgo de allí antes de que los demás se den cuenta.

Bajo a la calle y dejo que el viento de enero enfríe mi cabeza. Necesito pensar. O no. No lo sé. Sé dónde necesito ir exactamente en este momento. Subo al coche y me voy hacia allí.

Por el camino, el mensaje que envié se repite en mi cabeza una y otra vez. Llego al hospital, subo a la planta donde está mi padre ingresado, saludo a las enfermeras, como siempre, y entro en la habitación. Un día más, no hay cambios; sigue igual, estando sin estar. Beso su frente y acerco la silla a su cama para poder sentarme y hablar con él.

—Hola, papá. Aquí estoy otra vez. Hoy ha sido un día un poco extraño. Ha empezado bien, me he reunido con mis amigos, hemos preparado la comida juntos, hemos compartido regalos y nos hemos reído mucho. Pero mientras comíamos, su nombre ha salido en la conversación. Es normal, sus amigas fueron a verla y querían explicarnos qué tal lo habían pasado en Nueva York. Tenía todo más o menos controlado hasta que han nombrado el mensaje que le envié en fin de año.

»Un mensaje que quizá no debería haber enviado nunca. No he dejado de darle vueltas a ese tema desde esa primera mañana del año. No he tenido el valor de borrarlo. Lo leo y releo una y otra vez. Veo los dos vistos de color azul que indican que lo ha leído y espero una respuesta que no llega. Sé que no va a hacerlo. No va a contestar. ¿Por qué iba a hacerlo? Quedamos en que no hablaríamos y yo he roto esa norma. Parece que ella no tiene nada que decir y no va a romperla.

Suspiro. Sujeto mi cabeza entre las manos y bajo la mirada al suelo. Me siento tan desesperado, tan perdido en este momento.

—¿Quieres saber qué escribí en ese mensaje? —Como es normal no llega ninguna respuesta por parte de mi padre, así que continúo—. Tiene gracia porque dicen que los borrachos nunca mienten, y la verdad es que son las palabras más sinceras que han salido alguna vez de mí. —Cojo aire, aun sin levantar la vista, tirando de los mechones de pelo entre mis dedos—. Decía: «Quizá no debería desearte lo mejor porque eso es lo que te mantiene alejada de mí, pero lo hago. Deseo que lo mejor llegue a ti, que todos tus deseos se hagan realidad. Y deseo que algún día yo pueda formar parte de ellos».

Me quedo en silencio, mis propias palabras retumban una y otra vez dentro de mí.

—Y entonces, ¿qué haces aquí, Gabriel? —dice una voz ronca, apenas audible.

Levanto la cabeza de golpe, mi padre me mira con los ojos entrecerrados desde la cama.

—¿Papá?!

—Ve a buscarla. —Su voz apenas consigue escapar de su garganta, pero lo he entendido perfectamente.

—¡Papá, estás despierto!

—Lucha por ella, Gabriel. —Sus ojos están cada vez más abiertos y la voz de mi padre empieza a resonar más grave.

Me quedo mirándolo como un niño asustado, sin saber qué decir. Pero feliz.

—¡Muévete y ve a buscarla! —Sonrío al escuchar su orden.

Ese sí es mi padre.



36. Cara o cruz

Ada

Siete días. ¡Una maldita semana desde la noche de fin de año! Y ahí sigue. No he sido capaz de contestar el mensaje de Gabriel. Ese no fue el trato. Decidimos no mantener el contacto para que todo fuera más fácil. ¿Qué quería decir con eso? No podía dejar de darle vueltas, pero mi mundo iba mucho más deprisa que eso.

En una semana, Jeremy y yo estábamos apareciendo en medios de comunicación destacados. Una cantante archiconocida llevó uno de nuestros diseños estrella en una actuación importante en televisión. Las llamadas no cesaban. Incluso, tuvimos que contratar a una persona que nos llevase los temas de comunicación porque no dábamos abasto. Todo el mundo nos quería entrevistar. Estábamos en nuestro mejor momento. Un momento muy dulce. Ada Blanch empezaba a resonar. ¡Mi nombre!

—Amy, ¿puedes venir un momento? —le digo a la chica encargada de la prensa.

—Sí, Ada. Dime.

—Confirma la entrevista del viernes próximo. Jeremy no puede, así que solo iré yo.

—Perfecto, avisaré enseguida. —Lo anota en la agenda con su boli de purpurina y me mira por encima de sus gafas de pasta. —Por cierto, también nos han llamado de Vogue. Quieren hacerte una entrevista para aparecer como diseñadora revelación en el número de febrero.

—¡Vaya! Confírmalo también. Haré un hueco en mi agenda.

—Tienes que estar en dos horas en el plató de televisión. Jeremy ya va de camino.

—Sí, acabo de pedir un taxi. Salgo ya. Muchas gracias, Amy.

—Suerte, que os vaya muy bien la entrevista.

En el plató todo está listo. Los focos me apuntan a la cara, el maquillador me pone más colorete en las mejillas y la peluquera me retoca el peinado. Mientras, tengo una conversación mundana con la presentadora. Cosas cotidianas de la vida y anécdotas que me han ocurrido durante mi carrera como diseñadora. Jeremy sonrío orgulloso.

¡Prevenidos! Entramos en tres, dos, uno. Suena la sintonía del programa. La presentadora me saluda y empezamos la entrevista. Me pregunta cómo empecé en este mundillo y cómo conocí a Jeremy. Intento no entrar en detalles, pero los recuerdos me hacen sonreír y sonrojarme más de la cuenta.

—Lo conocí en una fiesta, pero no fue hasta nuestra colaboración fortuita que todo empezó.

—¿Colaboración fortuita? —pregunta la presentadora.

—Sí, me salvó el desfile, hablando claro —dice Jeremy—. Todo fue casualidad, el hecho de que ella estuviera en Nueva York y que yo necesitase a alguien como ella.

—¿Y qué te hizo dar el paso y decirle a Ada que colaborase contigo, así de primeras y sin apenas conocerla? —pregunta.

—Ada tiene un talento indiscutible. Lo supe desde el día en que la conocí. Llevaba un vestido rojo con unos detalles que no había visto en mucho tiempo. Allí estaba ella, hablando de tremendo diseño sin dejar su humildad de lado. Eso me llamó mucho la atención.

—Jeremy, me vas a emocionar —digo espontáneamente.

—Y no solo has recibido cumplidos por parte de tu socio, sino que otros diseñadores veteranos han hecho críticas muy positivas sobre ti. Se podría decir que tu carrera acaba de despegar como un cohete. ¿Qué vas a hacer a partir de ahora?

—Creo que desde que tengo uso de razón siempre he tenido algún proyecto en mente. Tengo muchas ganas de empezar las nuevas colecciones y estudiar nuevos conceptos.

—Ha quedado claro que juntos sois una mezcla explosiva —dice, señalándonos con la mirada—. Sin embargo, ¿montarías una firma propia, Ada?

—Eso... es algo que está por ver. —Me lo había planteado muchas veces, pero nunca tenía la suficiente fuerza mental para tirarme a la piscina—. Todo tiene su momento, y yo prefiero ir paso a paso.

—Estoy agradecido por todo este tiempo creando juntos, pero en el momento en que Ada quiera soltar sus alas, yo estaré apoyándola.

Sonrío. Es imposible tener tanta suerte.

—Es curioso, porque eres de Barcelona y has tenido que cruzar el charco para triunfar. ¿Te gustaría volver algún día?

Esa pregunta me deja descolocada. El corazón me empieza a palpar muy deprisa. «Solo es una pregunta, Ada». Pero mi mundo se tambalea. Un pitido en mis oídos ensordece el sonido del plató. No oigo nada. Empiezo a ver borroso. La cara de la presentadora se difumina mientras asiente. Y no puedo evitarlo. Sé que voy a desmayarme.

—¡Ada! —Jeremy me tiene cogida de la mano, mientras permanezco tendida en el suelo con las piernas ligeramente entumecidas.

Ve caras difuminándose. Un auxiliar médico me hace preguntas y me pasa una linterna por los ojos.

—¡Estoy bien, de verdad! —digo cuando vuelvo a la realidad.

—¿Estás segura, Ada?

—Sí, no sé por qué me ha pasado esto. Ha debido de ser el estrés.

—Puede. Quizá deberíamos parar un poco y seguir la entrevista otro día. Por suerte, esto es una grabación —dice Jeremy.

—¿Estás bien, Ada? —me pregunta la presentadora.

—Sí, todo bien, disculpa el *show*.

—No te preocupes, ni te imaginas la de cosas que pasan en estos platós. Si te parece, volveremos a grabar por donde nos quedamos. Cerraremos la entrevista enseguida.

—De acuerdo.

Nos ponemos en posición y volvemos al mismo punto.

—¿Te gustaría volver a Barcelona algún día?

—Mientras mi familia viva allí, siempre será un buen motivo para volver. —Bien resuelto esta vez, Ada.

Un par de preguntas más y terminamos la entrevista. Cuando salimos del plató, Jeremy se empeña en acompañarme a casa.

—Ada, ¡te has mareado durante la grabación! No voy a dejarte ir sola a casa.

—Jeremy, no seas cabezota. Estoy perfectamente.

—No, te pasa algo. Te conozco muy bien

—No me pasa nada, Jeremy —le digo, algo cabreada.

—Estás rarísima desde fin de año. No sé qué hiciste, pero desde entonces estás algo ausente, como si no estuvieses disfrutando de todo lo que nos está pasando. —Jeremy se pone serio y me coge de las manos con cariño, mientras me mira fijamente a los ojos—. ¿Qué pasa, Ada? ¿Echas de menos a tu familia?

—Prefiero no hablar del tema, Jeremy. Necesito estar sola.

—¿Sola para qué?

—¡Para pensar y estar tranquila un momento! Necesito olvidarme de todo y de todos, aunque sea por un par de horas. ¿Vas a ser capaz de hacerme ese favor? —le digo en tono condescendiente.

—Ada, yo... —Lo miro atentamente, necesito que me deje en paz—. Haz lo que quieras..., me voy.

—Adiós —le digo sin muchas florituras, y Jeremy camina lejos de mí hasta que mis ojos dejan de verlo.

Me siento mal por haber sido tan brusca con él, pero ahora mismo me ahogo. Los sentimientos me abruman. Todavía recuerdo la última conversación que tuve con mi madre; esa en la que le contaba mis pequeños éxitos en Nueva York, lo mucho que estaban gustando mis diseños, las muchas personas geniales que había conocido y lo mucho que me gustaba vivir en Manhattan. Sí, me dejaba muchas cosas por el camino. Por suerte, ella no tenía ni idea de lo que pasaba cuando, detrás de su «adiós» al teléfono, mis ojos se llenaban de lágrimas. Como si faltara alguna pieza en mi puzzle. Como si mi sueño cumplido no fuese suficiente. Tantos meses de trabajo y una satisfacción incompleta. A medio gas.

Camino por Central Park, apreciando el lugar. Observando los cruces de miradas con personas desconocidas a fuego lento. Familias felices, niños patinando como si volaran sobre el hielo y parejas besándose como si no hubiera un mañana. Puedo oír el sonido de mi respiración dentro de mí. Quiere decirme algo. Me está dando un toque de atención que necesito subsanar, pero soy incapaz de verlo.

De pronto, me topo con un chico que va corriendo a toda hostia.

—¡Perdona, lo siento muchísimo!

Lo miro y lo remiro, y no sé por qué, pero me aguanto las ganas de decirle por qué no mira por dónde va.

—No pasa nada.

Mis ojos se quedan embobados en una sola cosa. Y no es lo que estáis pensando. ¡Ese chico lleva una maldita falda! Una falda que me resulta familiar.

—Tengo mucha prisa, que vaya bien —dice el chico con una sonrisa y sigue su camino, veloz.

Me quedo parada en mitad del parque. Es la misma falda que llevó Gabriel, a regañadientes, en el desfile de Jeremy. Río al acordarme de sus nervios antes de salir y su sonrisa tras escuchar mis consejos. Él está perfecto con todo lo que se ponga. Y sin nada también. El calor me invade el cuerpo solo de pensarlo. Puedo revivir momentos en mi cabeza a cámara lenta. Como si estuviesen muy alejados de mí, pero a la vez muy dentro. Anécdotas de nuestro viaje invaden mi

espacio. Brillo.

Me siento en un banco, abro mi bolso y saco el móvil. Lo miro. Miro el mensaje de Gabriel durante unos minutos y, después de una larga y fuerte exhalación, aprieto el móvil con las dos manos y empiezo a escribir. «Hola, Gabriel». Borro. «Hola, quería decirte que...». Borro de nuevo. Esto es muy difícil. Última conexión a las tres de la mañana. Suelto un bufido y comprendo que esto no es lo mejor ni lo que debería hacer.

Ya basta. Me levanto y comienzo a andar con fuerza y determinación. Mi pulso se acelera. Necesito llegar a casa cuanto antes. Después de un gran atasco, por fin, lo consigo.

Me aferro a la silla del escritorio y mi cabeza permanece pegada a la pantalla del ordenador. Un sinfín de pestañas del navegador la cubren. Se está colapsando. Igual que mi cabeza. Me imagino a todos mis amigos compartiendo mi felicidad. Siendo testigos de todo esto. También mis padres, mi hermano y... él. Siempre ha sido él.

Tengo la flecha del ordenador marcando el botón de comprar. Me debato entre la cara y la cruz. ¿Sabes cuando lanzas una moneda al aire para tomar una decisión y, antes de caer, estás deseando que salga solo una de las caras? Pues eso me pasa a mí. Y por primera vez, lo sé. Sé lo que quiero hacer.

No necesito nada más. Pulso el botón con fuerza. Justo en ese momento llaman al timbre.

—Jeremy, hola. —Le doy un abrazo.

—Quería venir para ver cómo estás. —Me devuelve el abrazo, cariñoso.

—Ahora mismo estoy... muy bien. —Reflexiono en mi interior—. Pasa.

—Me alegro, Ada. Estaba preocupado por ti —dice Jeremy, algo tenso—. De hecho, he estado pensando que tenemos que darnos un respiro. Lo necesitas, cariño.

—En eso tienes razón.

—Yo solo quiero que sepas que, pase lo que pase, voy a apoyarte y a estar a tu lado. Hemos vivido mucho juntos y eres mi mejor amiga. Puedes contarme lo que sea.

—Lo sé, Jeremy. Te quiero muchísimo y te debo mucho.

—Yo te debo mucho a ti, amiga. ¿Por qué sonríes así? —me pregunta, riendo extrañado.

—A ver cómo te digo esto...

—¿Decirme qué?

—Hay algo que tienes que saber.

—¿Qué pasa?

—Me voy.

—¿Que te vas? —dice, sorprendido.

—Acabo de comprar un billete para Barcelona.

—¿Te vas para siempre?

—Me he dado cuenta de que necesito compartir mi felicidad con las personas que tengo al otro lado del mundo. Necesito volver y saber si lo nuestro puede volver a funcionar. Si él todavía siente lo mismo que yo. Si todavía podemos ser nosotros.

—Ada, eres muy valiente, ¿lo sabes?

—Sé lo que tengo que hacer. No voy a mirar atrás.

—Creo que voy a llorar. —Y, efectivamente, algo de polvo ha entrado en su ojo o, simplemente, está emocionado.

—Gracias por estar ahí siempre. —Ahora yo también estoy alterada.

—Adita, como Gabriel no se tire a tus brazos cuando te vea, vamos a tener un problema.

—¿Sabes lo mejor de todo?

—¿Qué? —dice.

—Que no tengo miedo. Voy a ir a buscarlo con todas las consecuencias. Nada va a frenarme porque me merezco ser feliz —digo decidida con los ojos puestos en los suyos—. Voy a ir a por él.

—¿Cuándo te vas?

—Salgo mañana a primera hora.



Bendita mi suerte Gabriel

¡No puedo creer que mi padre haya despertado! Creo que aún estoy en *shock*. Después de esas frases a media voz que me ha dedicado, he salido corriendo al pasillo en busca de las enfermeras para que llamaran al médico. Ahora mismo estoy caminando nervioso de un lado a otro del pasillo. Los médicos están dentro con él.

—¡Gabriel! —Me sobresalto al oír mi nombre.

—¡Hola, Hugo! —Lo abrazo fuerte.

—¿Cómo está? ¿Cómo ha sido? —me pregunta mientras me devuelve el abrazo.

—No lo sé, yo solo estaba hablándole, como siempre, cuando de repente me ha contestado; bueno, más que eso, me ha echado la bronca.

—En su línea...

—Sí, creo que eso demuestra que está bien. Llevan todo este rato dentro con él, desde que te he llamado.

Al fondo del pasillo veo acercarse a Marc y Evan. Siempre podemos contar con ellos, son buenos amigos.

Mientras estamos comentando la situación, se abre la puerta de la habitación y el médico nos explica que todo está bien y que van a realizar algunas pruebas para asegurarse. Tendrá que hacer fisioterapia para que sus músculos recuperen fuerza y quizá logopedia, pero, aparte de eso, parece que todo está bien.

Pasamos todos a la habitación. Marc y Evan saludan a mi padre. Lo conocen desde hace muchos años y lo aprecian. Después de un rato, se marchan y nos quedamos los tres solos: papá, Hugo y yo.

—¿Y bien? ¿Qué haces todavía aquí? ¿No has entendido lo que te he dicho antes? —Mi padre tan directo como siempre.

—No es tan fácil. Nosotros... decidimos separarnos, que ella pudiera hacer su sueño realidad y...

—¡Chorradas! —me interrumpe, y Hugo y yo nos miramos sorprendidos, porque su voz suena ronca pero con fuerza—. Llevo mucho tiempo oyéndoos a ambos hablarme el uno del otro. Tanto, que estoy segurísimo de que estáis hechos para estar juntos. Esa chica te adora y tú a ella.

—Tú... ¿nos oías hablarte? ¿Y te acuerdas de ello? —le pregunto, incrédulo.

—Sí, con todo tipo de detalles. Jamás te había visto tan ilusionado por nada, hijo. Este

accidente me ha dado una lección muy valiosa. Hay que vivir cada momento: el presente. Porque no sabemos qué pasará en el futuro, ni siquiera diez minutos después. Por eso he decidido que ya he trabajado bastante y voy a pasáros la batuta. Cuando salga de esta cama, lo arreglaremos todo para que vosotros os encarguéis de la empresa. Estáis más que capacitados para ello.

—Yo... no sé si...

—Ya, esto que te estoy diciendo probablemente sea contradictorio, porque quizá debas marcharte para estar con Ada, pero lo solucionaremos. Hay pocas cosas en la vida que no tengan solución. Ahora solo hay una cosa por la que debes preocuparte y es ella. Y tú —mira a Hugo directamente—, también tenemos que hablar, quizá estaría bien que te plantearas trasladarte a España de manera permanente. Creo que también hay alguien por aquí que te trae de cabeza... — Una pícara sonrisa aparece en la cara de nuestro progenitor y ahora sí que creo que estoy alucinando.

—Sí, quizá deba planteármelo en serio. —Hugo ríe tímido.

Me pongo en pie de golpe. Necesito hacer algo y necesito hacerlo ya. Ambos me miran sorprendidos porque la silla golpea con violencia la pared.

—Yo... me voy. Tengo que... hacer algo importante. —Ambos sonrían y asienten.

—Tranquilo, yo me quedo con él. Te digo algo cuando nos den los resultados de las pruebas.

—Vale, gracias. Papá...

—Ve, hijo, haz lo que tengas que hacer. Haz que me sienta orgulloso de ti.

—Gabriel... —me llama mi hermano cuando voy a salir por la puerta.

—¿Qué?

—Por curiosidad, ¿adónde vas?

Lo tengo claro. Sé lo que quiero hacer, pero, por un momento, me doy cuenta de que hoy es domingo y está todo cerrado ¡Mierda! Empiezo a resoplar. Ambos me miran, esperando una respuesta, y de pronto me acuerdo. Hay un sitio al que puedo ir.

—Al Maremagnum, voy al Maremagnum. —Solo pronunciar el nombre del sitio un escalofrío me recorre, por todo lo que ese sitio significa para mí. Para nosotros.

Ada

Bajo del avión y al pisar Barcelona mis piernas empiezan a temblar. Estoy como un flan. Me he venido con lo puesto y una triste mochila. Nunca había hecho algo así, ni tampoco lo hubiese esperado de mí. Pero aquí estoy, en busca de lo que me hace feliz.

Tengo que encontrar a Gabriel y decirle lo que siento.

—¡Taxi! —No puedo dejarlo escapar. Quiero llegar lo antes posible.

Me subo y en ese momento intento recordar la dirección de nuestro piso. Cada vez estoy más cerca. El conductor está concentrado en su labor, así que yo intento hacer un discurso mental de lo que voy a decirle a Gabriel cuando lo vea. Cada vez que empiezo a articular alguna palabra en mi cabeza, me brillan los ojos.

—¿Está bien? —me pregunta el taxista.

—Sí, muy bien. Algo nerviosa.

—Supongo que debe de ser un día importante para usted.

—Sí, ha sido un viaje muy largo. He venido desde muy lejos y, aunque no sé lo que va a pasar, creo que hoy va a haber un antes y un después en mi vida.

—Vaya, sea lo que sea, le deseo mucha suerte.

—Muchas gracias.

Por fin llego a mi destino. Abro la puerta de cristal, subo corriendo las escaleras y cuando estoy justo frente a de nuestra puerta me quedo paralizada. Noto mis pulsaciones en el cuello. El corazón latiendo desesperado en mi pecho. Alargo el brazo hacia el timbre, pero lo retiro enseguida. Repaso mi discurso mental. Gabriel... ¡Dios, no puedo! Doy saltos de rabia. «¡Por favor, Ada! ¡No lo pienses más!».

Respiro hondo, tan profundo como puedo. ¡Ya está bien! Llamo al timbre y dejo que suene. Ya no hay más tiempo para ensayos. Me quedo esperando a que alguien abra la puerta.

Gabriel

Subo al coche y rápidamente lo pongo en marcha. Repaso el plan en mi cabeza una y otra vez. Tiene que funcionar, va a funcionar. La quiero y estoy seguro de que ella también me quiere. Algo como lo que ambos sentimos no se evapora en unos meses.

Cuando llego, veo que el *parking* está completo. No quiero esperar, así que doy la vuelta y aparco fuera del recinto. Atravieso el puente y corro hacia la zona de tiendas. Es una suerte contar con este centro comercial en la ciudad, ya que está abierto trescientos sesenta y cinco días al año. Solo espero que tengan lo que necesito. Cuando pongo un pie en el interior, me asaltan recuerdos de la primera vez que nos vimos Ada y yo. Paso por delante de la heladería en la que me llamó «ladrón de helados» y, sin poder evitarlo, sonrío. Cuánto ha llovido desde entonces.

Por fin encuentro la tienda que estaba buscando. Empiezo a deambular en busca de lo que quiero. Tiene que ser perfecto. Ada es muy especial y lo que voy a comprar también tiene que serlo. Llevo veinte minutos aquí y aún no he encontrado la pieza perfecta para que mi puzle encaje. No sé ni siquiera qué estoy buscando, solo sé que cuando lo vea sabré que es el adecuado.

La dependienta se acerca a mí, seguro que ella puede ayudarme.

—Hola, ¿necesita ayuda?

—La verdad es que sí, no veo nada que me guste. Necesito algo único. —Ella esboza una sonrisa perfecta y se le ilumina la mirada. La miro suspicaz.

—Creo que tengo lo que busca, espere aquí. —Se marcha, dejándome intrigado y nervioso. Ojalá sí tenga lo que ando buscando.

Al cabo de unos minutos, la veo aparecer de nuevo por la puerta que da a la trastienda. Sonríe y camina segura de nuevo hacia mí. Me fijo en sus manos y veo que trae algo en ellas. Un rayo de esperanza se abre paso en mí.

Cuando llega, se detiene y suelta el objeto sobre el mostrador. Lentamente lo abre y deja que vea el interior.

Ada

Vuelvo a llamar. Parece que no hay nadie. Vuelvo a respirar. ¿Qué hago yo ahora?

Mi móvil suena. Es Sara.

—¿Sara?

—Ada, ¿cómo estás, bella?

—Bien, Sara. ¿Tú qué tal? ¿Querías algo?

—Sí, quería darte una noticia que creo que tienes que saber.

—Dime qué pasa, por favor.

—El padre de Gabriel ha despertado.

—¿En serio? Gabriel debe de estar muy contento. ¡Qué buena noticia, Sara!

—Sí, me acabo de enterar. Creo que he hecho bien en decírtelo.

—Por supuesto, Sara. A todo esto... —digo con una sonrisa en la cara—, estoy en Barcelona.

—¿Qué me estás contando?! —Y me tengo que alejar el teléfono de la oreja al escuchar su voz emocionada—. ¿Y qué haces aquí?

—He venido a buscar a Gabriel.

—¡Ay, Dios! Deja de darme estas sorpresas, que me pongo muy nerviosa.

—Yo sí que estoy nerviosa. Sara, te tengo que dejar.

—Suerte, amiga. Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Cuelgo el móvil y salgo decidida del bloque de pisos. Si el padre de Gabriel ha despertado, seguro que tiene que estar en el hospital. Voy a la parada de metro más cercana y rezo por encontrarlo allí. Me imagino su cara, su pelo, sus labios... Me pierdo en sus labios.

El tiempo corre deprisa. Llego al hospital y, después de preguntar a las enfermeras, me dispongo de nuevo a entrar en la habitación del padre de Gabriel. Otra vez esa maldita sensación, los nervios bombardeando mi cabeza.

—Hola —digo al entrar.

—¡Ada! ¿Qué haces tú aquí? —Hugo, totalmente sorprendido, se levanta de la silla y se acerca a mí para abrazarme.

El padre de Gabriel me sonrío desde la cama.

—Hola, encantada de conocerlo.

—Yo diría que ya nos conocemos, Ada —me dice su padre—. He estado al tanto de todas vuestras historietas.

—¿En serio? —Estoy más cortada que el café con leche—. ¿Ya se encuentra bien? —le pregunto, intentando ser amable.

—Estupendamente.

—Ada, no me puedo creer que estés aquí. ¿Cómo te has enterado? —me pregunta Hugo.

—Lo cierto es que me he enterado ya estando aquí —le digo.

—¿Entonces? —Me mira con los ojos muy abiertos, como queriendo decirme algo.

—Hugo, ¿dónde está Gabriel?

—Todavía debe de estar en el Maremagnum. Dijo que tenía algo importante que hacer.

—¿Allí? Tengo que encontrarlo. —Hugo se lleva las manos a la cabeza y se le escapa una pequeña sonrisa—. Nos vemos muy pronto —le digo al padre de Gabriel, que me hace un gesto con el brazo para que me acerque.

Lo hago y me dice algo en voz baja cerca del oído.

—Suerte, hija. —Lo miro, agradecida, y con un gesto afirmativo salgo de la habitación.

Me tomo unos segundos para respirar. No se me puede escapar.

Decido coger un taxi para llegar lo antes posible. Veinte minutos más tarde, estamos metidos en un atasco. Una manifestación ha cortado la zona de Paseo de Gracia hasta el centro de Barcelona. ¡Tenía que ser hoy! Mis piernas se menean solas. Los pitidos del coche empiezan a cabrearme y sé qué, como no haga algo, voy a perderlo.

¡Hasta aquí hemos llegado! Pago al taxista y me bajo en mitad de la calle llena de coches, que ya empiezan a poner las luces. Acelero el paso. Parezco ridícula, corriendo con esta ropa y la mochila dando bandazos. Tengo que cruzar toda la manifestación para llegar hasta el metro. Mientras me abro paso entre la gente, voy pidiendo perdón. Me falta el aire. ¡Dejadme pasar, por favor! Voy andando sin poder mirar al frente. Necesito una luz. Está atardeciendo.

Cuando consigo llegar al otro lado, canto mi primera victoria. Bajo por las escaleras del metro y entonces lo veo; un cartel donde pone «cerrado por mantenimiento». ¡Joder! No puedo más. El universo debe de estar enviándome señales porque no me lo está poniendo fácil. Apoyada en una pared, me tomo unos momentos para pensar. ¿Qué pensaría Gabriel si me viese aquí? Abandono toda la negatividad, respiro fuerte, me agarro bien la mochila a los hombros y empiezo a andar. Llegaré hasta el puerto andando. Sí o sí.

Camino por Las Ramblas hacia abajo y siento cada vez más cerca mi objetivo. ¿Por qué este sitio? Un presentimiento recorre mi mente. Quizá porque, precisamente, es allí donde empezó todo. Si no me hubiese quedado sin trabajo ese día, si no hubiese ido a ese centro comercial, si no me hubiese apuntado a ese estúpido concurso, si no... si no hubiese conocido a Gabriel. La emoción me sale por la boca. Siento una angustia en el pecho, pero a la vez una adrenalina que noto hasta el último poro de mi cuerpo. Y es que con el tiempo me he dado cuenta de que todas las cosas pasan por algo, y que lo puedes llamar suerte, destino o, simplemente, vida. Porque la vida va girando contigo y solo tú debes elegir con quién compartirla.

Ya estoy en el puerto, lleno de turistas que andan por los alrededores y gaviotas que se posan en las estatuas. Estoy justo en el puente que lleva hasta el Maremagnum. Después de la carrera, necesito tomar aire. Ahora voy más lenta, acompañada de un gran número de personas que van en la misma dirección.

Pero me detengo en mitad del puente, que se divide en dos para que pasen algunos barcos. En ese momento, me quedo mirando el cielo, en cómo se mezclan los colores fríos del atardecer que me recuerdan a él.

Gabriel

¡Lo tengo! Y es absolutamente perfecto. Agradezco a la chica por su trabajo y salgo de la tienda. Debo seguir con el plan, cojo mi teléfono móvil y llamo a la agencia que siempre gestiona nuestros viajes de trabajo. Seguro que ellos pueden conseguirme un vuelo rápidamente.

Mientras el teléfono empieza a dar tono, camino de regreso por el puente. Por algún motivo la gente está parada. Necesito avanzar como sea, no puedo hacer toda esta cola. No tengo tiempo para eso.

—¿Diga?

—Hola, soy Gabriel Abad. Necesito que me consiga un vuelo a Nueva York lo antes posible.

Esquivo a la gente, me acerco a la barandilla y camino pegado a ella. Algunos me miran mal cuando los aparto para pasar, pero me da igual.

—¿Quiere que lo mire y después lo llamo o espera?

—Espero.

—Bien.

La oigo teclear al otro lado del teléfono mientras sigo avanzando con dificultad. Hay un grupo familiar justo delante de mí. Los niños saltan y gritan porque quieren ver pasar el barco. Este

puede ser muy bonito, pero no es práctico cuando tienes prisa.

Estamos parados porque una parte del puente se gira para que puedan salir los barcos amarrados y ha dado la puñetera casualidad de que tenía que ser justo ahora. En fin... solo puedo esperar. Intento colarme por un lateral de la familia ruidosa y al final lo consigo, aunque me gano una mirada agria del padre.

—Señor Abad, he encontrado uno para esta misma noche, primera clase.

—Bien, pues...

Algo hace que levante la mirada justo en ese instante. No son los pisotones del pequeño monstruito de la familia ruidosa, ni los gritos de su madre, diciéndole que pare, o la sonrisa divertida de su hermano. No. Levanto la vista y noto cómo dejo de respirar a la vez que mi corazón empieza a latir más rápido de lo que lo ha hecho jamás. Y él solo puede latir así por un motivo.

—Señor Abad, ¿sigue ahí?

La voz de la agente hace que mi cerebro vuelva a conectarse con la realidad. No puede ser que esté alucinando, no puede ser. Si es así, creo que tendré que posponer el viaje e ir al psiquiátrico.

—¿Señor Abad? ¿Gabriel? —Cuelgo sin decir nada, con la mirada clavada en el otro lado del puente.

Delante de mí, a unos metros, separados por un vacío, por el mar, está ella. Ada. La mujer que puso mi mundo patas arriba, la que consigue que mi corazón funcione en todos los sentidos. Sin la que ya no puedo vivir.

Ada

Ajusto mi mirada al frente y no puedo creer lo que tengo a unos cuantos metros de mí. El corazón me da un vuelco y parece que se vaya a salir de su sitio. Estamos cada uno en un lado del puente. Parece poético, porque así hemos estado durante todo este tiempo. Siento que me brillan los ojos. Le prometí a mi corazón volver a buscarlo y aquí estoy.

Mi cuerpo recibe una sacudida. Nuestras miradas se encuentran y puedo sentir algo inexplicable. Es magia. Quiero gritarle desde mi lado del puente, pero no puedo despegar mis ojos de él y mi boca no se mueve. Gabriel mueve las manos y se las lleva a la cabeza. Empieza a agitarse, nervioso. Cuando el puente empieza a cerrarse, vuelvo a sentir otra sacudida que ataca mi respiración; solo faltan unos pocos segundos para que quede reestablecido y no queden resquicios ni metros entre los dos.

Es el momento. Gabriel empieza a caminar lentamente hacia mí y yo hago lo mismo. Pero algo me está atacando y soy yo misma. No sé ni qué hacer y decido ponerle el freno a mi mente. Acelero el paso y voy corriendo hacia él. Nuestras miradas no se han apartado todavía, a pesar de la gente, que esquivamos como podemos. Gabriel empieza a correr. Se acerca a mí. Vamos a encontrarnos. Sí. Vamos a hacerlo. Es inevitable.

Nos abrazamos. Muy fuerte. Como si no quisiéramos dejarnos ir nunca más. El mundo se para. La gente sigue cruzando el puente, pero nosotros permanecemos en el mismo sitio. Sintiendo el calor del otro sin decir nada. Las lágrimas empiezan a bañar mis mejillas y el hombro de Gabriel y pronto noto que él está en la misma situación.

—Ada, ¿qué haces aquí? —me dice casi sin poder hablar.

—He venido a por ti, Gabriel. —Sonríó como una imbécil con los ojos llenos de lágrimas.

Gabriel sonríe y abre los ojos. No sabe qué decir. Pero no hace falta decir nada.

Nos besamos. Sus dedos cogen mi cara suavemente, y yo le cojo las manos por encima, suplicándole en silencio que nunca se aleje de mí. Y comprendo que este beso lo voy a recordar toda mi vida. Volver a sentir sus labios es como sentir que estoy en casa. Que no me falta de nada. Que soy feliz sin necesidad de pensar en el mañana, o en lo que haré después. Malditos sean tus besos, Gabriel.

—Has vuelto —me dice.

—Me he dado cuenta de que no quiero estar sin ti, que necesito compartir mi felicidad con la persona que amo. Y ese eres tú, Gabriel. Porque en todo este tiempo no he podido olvidarte, ni tan siquiera intentarlo. Y gritaba por dentro que pasase algo para que volviéramos a estar juntos, pero me di cuenta de que eso es algo que tenía que hacer yo misma. Por eso estoy aquí. Y no sé qué esperas de esto o si tú todavía me quieres, pero yo voy a luchar por esto, Gabriel. Voy a luchar por nosotros.

—Ada, hace unos minutos estaba intentando reservar un vuelo a Nueva York.

—¿En serio? ¿Ibas a por mí?

—¿Y qué no iba a hacer por ti? Ya basta de esta tortura. Si me faltas tú, me falta todo.

—¿Y qué pasa con el bufete? ¿Con tu padre?

—Ada, te prometo que haremos que funcione. Me da igual si tengo que dejarlo todo e irme a la otra punta del mundo contigo. Ya lo hice una vez y puedo volver a hacerlo.

—Te quiero.

—Te quiero. —Al mismo tiempo, me aferro a sus brazos, que me sostienen con dulzura.

—Vamos a volver a ser nosotros —le digo, visiblemente emocionada.

—Tú y yo, siempre.

De pronto, lo veo algo inquieto, como si estuviese intentando buscar algo en el bolsillo de su abrigo.

—¿Qué pasa, Gabriel? —Lo miro, intrigada.

—Había pensado en este momento mil veces. Había pensado en lo que te diría, en cómo me mirarías cuando nos volviésemos a encontrar. ¿Y sabes una cosa? No tiene nada que ver con lo que me había imaginado. Siempre consigues sorprenderme. Verte al otro lado del puente ha hecho que me replantee toda mi vida en un instante, solo para volver a estar contigo. Ada, tengo claro lo que quiero en mi vida y sé con quién quiero compartir el resto de mis días. Envejecer contigo y ver cómo creces, cómo cumples tus sueños y celebrar nuestros éxitos; cómo aprendemos el uno del otro y nos apoyamos en los momentos difíciles; cómo somos uno sin dejar de ser nosotros mismos. Sin dejar que el mundo nos impida ser felices. Aquí o allá.

»Así que no sé si tuve toda la suerte del mundo o fue casualidad que resolviese uno de los días fatídicos de mi carrera con un triste helado de chocolate, pero soy feliz por haberte conocido y, esta vez, no voy a perderte.

—Gabriel, amor, eso es exactamente lo que quería decirte. —Ambos reímos—. Te quiero, porque contigo soy muy feliz siendo yo misma. Me ha costado darme cuenta, pero eso ahora da igual. Porque estamos aquí, y te amo. Te amo siempre, Gabriel. —Apoyamos nuestras frentes y cerramos los ojos.

De repente, veo que Gabriel apoya una de sus rodillas en el suelo. Un corrillo de gente nos rodea.

—¿Gabriel?

—Ada, no tendría palabras suficientes para describir cómo me siento cuando estoy contigo.

Eres única. Irremplazable. La luz de mis días. ¿Quieres casarte conmigo? —Saca del bolsillo una cajita de terciopelo rojo y la abre, dejando a la vista un precioso anillo que destella en la oscuridad del cielo que se va apagando.

Tardo cero segundos en responderle.

—¡Sí, quiero! ¡Claro que quiero, Gabriel! —Me agacho para volver a sentirlo.

Lo beso en los labios y nuestra felicidad se entremezcla con las risas y un amor que no cesa. La gente a nuestro alrededor nos aplaude. Silban. Parece una fiesta. Y lo es. Celebramos cada minuto de nuestros días juntos y eso vamos a hacer a partir de ahora.

Lo habíamos tenido todo y nunca lo habíamos perdido.

Bendita mi suerte.



Epílogo

Ada

Lo miro a los ojos y una sensación cálida se extiende en mi interior. Es tan perfecto. Nunca imaginé poder llegar a sentir nada igual por nadie. Sin poder evitarlo, me acerco a él y dejo suaves besos en sus mejillas, su barbilla, su nariz y su frente, provocando una risita en él.

Coge mi cara entre sus manos y sonrío más. Me siento como en una nube mientras nos miramos a los ojos y sus manos acarician mi piel. Me acerco a su cuello e inhalo. Me he vuelto adicta a su olor. Vuelve a reír cuando dejo un beso allí. Su piel es tan suave que podría comérmelo a besos. Lo cierto es que lo hago, todos los días.

—¿Ada? ¿Estáis listos? —Gabriel se acerca a mí por detrás, rodeando mi cintura con sus brazos y apoya su barbilla en mi hombro.

—Ya casi hemos acabado.

—Es perfecto, ¿verdad? —me pregunta en un susurro.

—Sí, cariño, nuestro bebé es precioso.

—Igual que su mamá. —Besa mi mejilla, y giro mi cara hacia él. Quiero un beso de verdad.

—Te quiero —me dice al separarnos—. Y a ti también, Leo —le dice, mientras le da un beso en su barriga regordeta. Sonríe y me aparto para que sea él quien acabe de vestirlo.

—Quién nos iba a decir hace dos años que hoy estaríamos aquí, juntos, y que seríamos uno más... —le digo, sonriendo de felicidad.

—Es verdad, todavía recuerdo el día que tú volviste de Nueva York y nos encontramos en el Maremagnum.

—Y nuestra boda, que fue tan emotiva y especial.

Después de nuestro reencuentro y la emotiva pedida de mano, Gabriel y yo decidimos hacer una boda íntima, solo con la familia cercana y nuestros mejores amigos. No nos llevó demasiado tiempo prepararla y, de todas formas, no queríamos esperar, así que en tres meses nos estábamos dando el «sí, quiero».

Jeremy se encargó de mi vestido, por supuesto, y del traje de Gabriel. Para mí, diseñó un bellissimo vestido de encaje y pedrería de corte sirena. Me emocioné nada más verlo y lloré como un bebé cuando me lo probé con velo incluido.

A Gabriel le dio un susto tremendo cuando le enseñó una falda el día de la prueba del traje. Por suerte, solo era una broma, y unos minutos después sacó de su funda un imponente traje gris

antracita con el que Gabriel estaba que quitaba el hipo.

La ceremonia fue breve y por lo civil, pero el paraje en el que la realizamos era asombroso. Fue en el jardín de una masía antigua restaurada. Pusieron algunas filas de sillas para los invitados y, al fondo, un bonito arco lleno de flores blancas de diferentes variedades. El olor que desprendían era embriagador. Nos gustó tanto que Gabriel hizo que llenaran el jardín de la casa en la que vivimos ahora de las mismas flores. Atravesar el jardín en primavera es como transportarnos justo a ese momento en el tiempo.

—Fue perfecta, te casaste conmigo. ¿Qué más podía pedir? —dice, mientras levanta a nuestro pequeño del cambiador y lo recuesta sobre su hombro.

Sonrío al verlos juntos.

—Vamos, los invitados estarán a punto de llegar —me dice, mientras empieza a caminar.

Justo en ese momento suena el timbre. Salimos de la habitación de Leo y voy a abrir. Hoy celebramos una comida del día de Reyes. Van a venir nuestras familias y también nuestros amigos.

El timbre vuelve a sonar, mientras estoy abriendo. Es Ricard.

—¡Hola, suegro! ¿Cómo estás? —le digo, mientras nos damos un abrazo y dos besos.

—Perfectamente, Ada. —Me guiña el ojo al pasar por mi lado—. ¿Y vosotros? ¿Cómo está mi nieto?

—Ahí está, en el salón, babeándole la camisa a Gabriel. —Él se ríe mientras se aleja hacia el salón, y yo vuelvo a la cocina para comprobar que todo esté listo.

Poco después, empiezan a llegar los demás: mis padres, Edgar, Marc, Evan, Miranda, Sara, Hugo y Carla. Una vez estamos todos, nos sentamos a la mesa. Es genial que podamos estar juntos. Todos se lo pasan bien. Las conversaciones fluyen en la mesa y yo me siento feliz.

Feliz porque estos dos años han sido muy especiales. Gabriel y su hermano se convirtieron en los dueños del bufete. Le estaban empezando a dar un giro al tipo de casos que llevaban y su notoriedad estaba en auge. Ricard, desde entonces, había aprovechado para vivir la vida con calma y pasaba muchas tardes con su nieto en brazos. Mis padres, más de lo mismo. Leo y sus veinticinco días habían pasado a ser el centro de nuestro universo. Lo cierto es que desde que nació él, todo cambió. Ni siquiera vivir al otro lado del mundo supuso algo tan grande en mi vida.

Desde que Gabriel y yo nos volvimos a encontrar, nos apoyamos en nuestros proyectos. Después de meditarlo mucho, monté mi propia firma. Jeremy no quiso perderse la inauguración, a la que acudieron muchísimas más personas de las que hubiese imaginado. Estaba viviendo mi sueño y lo estaba compartiendo con mi familia. Lo que más quería en este mundo. Mi trabajo era una realidad. Mi inspiración fluía y mi equipo de la firma se convirtió en parte de esa familia que uno mismo escoge. Desde entonces, nos dio tiempo a viajar. Fuimos a Islandia, el que era nuestro próximo destino en el concurso. Y allí, entre glaciares y auroras boreales, no nos arrepentimos de nada. Habíamos ganado desde el principio.

¿Y qué puedo decir de mi bebé? Fue ese doce de diciembre. Lo recordaba todo con alegría. Recordaba las lágrimas de Gabriel al verle los ojos. Recordaba su pequeña respiración encima de mi pecho. Cómo lloraba con fuerza. «Mi pequeño, qué suerte tengo de que existas».

Vuelvo a centrarme en nuestros invitados.

—Bueno, Hugo, por lo que veo, vas a quedarte por aquí definitivamente, ¿no? —le pregunta Marc con interés, mirando de reojo a Carla, que habla animada con Sara.

—Sí, esa es la intención. Quiero estar cerca de la familia —contesta Hugo.

—Sí, claro, de la familia... —se burla Marc.

Todos sabemos que uno de los grandes motivos por el se queda es Carla. Desde que la conoció

en el hospital, cuando Ricard estuvo en coma, no pudo dejar de pensar en ella. Pasaron tanto tiempo juntos que acabó surgiendo algo precioso. Hugo volvió a enamorarse, después de mucho tiempo, y comprendió que, esta vez, no quería perderse ni un minuto de su nueva vida con ella en Barcelona.

—La familia es lo más importante. Además, ahora tengo un sobrino al que malcriar. —Se ríe Hugo, mientras coge a Leo de los brazos de Gabriel y empieza a hacerle carantoñas.

—¿Y quién va a quedarse en Shanghái?

—Pues ahora mismo mi mano derecha se está haciendo cargo de todo allí y yo voy muy de vez en cuando, solo cuando es necesario. Pero en poco tiempo, una persona de nuestra plena y absoluta confianza se ocupará de nuestra sede en Shanghái. Un gran amigo del que estamos muy orgullosos.

Ahora todos en la mesa están prestando atención a nuestra conversación. Yo sé quién es esa persona y sé lo que eso supone, pero no es mi cometido decirlo.

—¿Y quién es? —pregunta Sara.

Hugo busca una confirmación que recibe en forma de asentimiento y, entonces, habla:

—Evan. Evan es la persona que ha decidido ponerse al frente del bufete en Shanghái.

Se hace un silencio denso en la mesa. Todos miran al aludido. Él tiene la mirada fija en una persona: Sara. Y no sé qué es lo que está pasando por su cabeza en ese momento, pero puedo intuirlo y eso me hace sentir triste.

—Va a hacerlo genial, es la persona indicada para ello —dice Ricard, totalmente ajeno a la tensión que puede palparse.

Todos lo felicitan por el gran reto que acaba de aceptar y brindamos. Por él, por nuestro pequeño y por todos.

Entre Sara y Evan siempre ha habido algo; algo mágico que acaricia sus estómagos, pero Sara le tiene miedo al amor, y Evan no está dispuesto a esperar más. ¿O sí?

FIN

Agradecimientos

Queremos agradecer a todas las personas que nos han acompañado durante este largo camino. Todo empezó con una idea loca sobre un sorteo por parte de una persona muy importante para ambas, tú ya sabes quién eres. A partir de esa idea surgieron muchas más y una gran aventura que nos ha llevado hasta aquí. Durante este proceso ha habido muchas personas que nos han apoyado y a los que queremos dar las gracias.

Gracias a Javi por dejarnos su guarida para trabajar y escuchar nuestras idas de olla. Gracias también por compartir tu pizarra.

Gracias a Vane por leernos desde el principio y pedir siempre más porque eso nos ha animado a seguir escribiendo.

Gracias a la mami de Ana por leerse la historia y creer siempre en nuestro proyecto.

Gracias a Anaïs (@romanticaadicta), nuestra lectora cero, por dar una oportunidad a *Maldita mi suerte* y por sus consejos.

Gracias a nuestras familias.

Gracias a Elisa (@elisamayoescritora) por su buen trabajo como correctora y por resolver siempre nuestras dudas con una sonrisa.

Gracias a Nerea (@imagina_dd) por crear esta estupenda portada que nos tiene enamoradas y por su infinita paciencia con nuestras neuras *coloriles*.

Gracias a los lectores que empezaron a leer la novela en nuestro blog (www.escribocontigo.blogspot.com) y votaron cada semana en la #MalditaEncuesta.

Y un gracias especial a todos nuestros lectores de Wattpad porque sin sus miles de lecturas y votos no nos hubiésemos decidido a dar un paso más y publicar la historia de Ada y Gabriel para que pudiera llegar a más gente.

Si nos hemos olvidado de alguien, no os lo toméis a mal, somos un poco despistadas.

Gracias a ti, lector, por dar una oportunidad a *Maldita mi suerte*. Esperamos que hayas disfrutado tanto como nosotras escribiéndola.

Sobre las autoras



Cristina G. Cantero, nacida en Terrassa en 1985, es integradora social y educadora infantil. Apasionada de la lectura desde muy pequeña, empezó a escribir pequeños relatos en la adolescencia. Hace unos años, decidió comenzar a escribir más en serio todas esas historias que rondaban por su cabeza. Tiene varias obras y relatos cortos publicados en Wattpad, pertenecientes a los géneros: novela romántica, erótica, fantasía y paranormal.



Ana Martín Mañas (Terrassa, 1994) es periodista y se dedica al mundo del *marketing*. Es una apasionada de la comunicación, las letras y el cine. Inspirada desde pequeña por las películas románticas y las telenovelas, ha encontrado en la escritura una forma de expresión para contar historias.

[1] ¿Hay alguien ahí?

[2] Buenos días.

[3] ¿Español?